

COLECCION PENSAMIENTO DE NUESTRA AMERICA

JOSE CARLOS
MARIATEGUI
obras

Selección FRANCISCO BAEZA



CASA DE LAS AMERICAS

TOMO II

Edición: Dominica Diez

Diseño: Umberto Peña

I FIGURAS Y ASPECTOS DE LA VIDA MUNDIAL

CASA DE LAS AMÉRICAS

3RA. Y G, EL VEDADO, CIUDAD DE LA HABANA, CUBA

HERR HUGO STINNES*

Herr Hugo Stinnes es actualmente la figura central de la política alemana. El ministerio de Stressemann tiene como bases sustantivas, como bases primarias, a los populistas y a los socialistas. El partido populista (*Volkspartei*) es el partido de Stinnes. Stressemann, *leader* populista, representa en el gobierno a Stinnes y a la alta industria. (Hilferding representa al proletariado social-democrático). El jefe del gobierno resulta, en una palabra, un apoderado, un intermediario del gran industrial rhenano. Alemania, por esto, sigue atentamente la carrera cotidiana de la *limousine* de Hugo Stinnes.

¿Quién es este magnate que suena en la Alemania contemporánea más que la *relativitäts-theorie*? La potencia de Hugo Stinnes, como la desvalorización del marco, es un eco, un reflejo de la guerra. Ambos fenómenos han tenido un proceso paralelo y sincrónico. A medida que el valor del marco ha disminuido, el valor de Stinnes ha aumentado. A medida que el marco ha bajado, Stinnes ha subido. Hoy la cotización del marco alcanza una cifra astronómica como decía Rakovsky de la cotización del rublo. Y la figura de Hugo Stinnes domina la economía de Alemania sobre un mastodóntico pedestal de papel moneda.

Este Stinnes, hipertrofiado y tentacular, es un producto de la crisis europea. Antes de la guerra, Stinnes era un capitalista de proporciones normales, comunes. Era ya uno de los grandes productores de carbón de Alemania. Pero estaba distante todavía de la jerarquía plutocrática de Rockefeller, de Morgan, de Vanderbilt. Alemania se transformó, con la guerra, en una inmensa usina siderúrgica. Stinnes alimentó con su hulla westphaliana los hornos de la siderurgia tudesca. Fue uno de los generalísimos, uno de los dictadores, uno de los *leaders* de la guerra siderúrgica. Du-

rante la guerra, sus dominios se ensancharon, se extendieron, se multiplicaron. Más tarde, las consecuencias económicas de la guerra favorecieron este crecimiento, esta hipertrofia de Stinnes y de otros industriales de su tipo. La crisis del cambio, como es sabido, ha empobrecido, en beneficio de los grandes industriales, a innumerables capitalistas de tipo medio y tipo ínfimo. Los tenedores de deuda pública, por ejemplo, han sufrido la disolución progresiva, de su capital. Los tenedores de propiedad urbana, a su vez, han sufrido la evaporación de su renta. El Estado, en Alemania, ha llegado a las fronteras de la socialización de la propiedad urbana: la tarifa fiscal ha aniquilado los alquileres. Una casa que, antes de la guerra, redituaba 500 marcos oro mensuales a su propietario, no le reditúa ahora sino una cantidad flotante de billetes del Reichsbank equivalente a dos o tres marcos oro. Además, la industria media y pequeña, desprovistas de crédito y materias primas, han ido enrareciendo y pereciendo. Su actividad y su campo han sido absorbidos por los *trusts* verticales y horizontales. Se ha operado, en suma, una vertiginosa concentración capitalista. Millares de antiguos rentistas han sido tragados por el torbellino de la baja del cambio. Y una modernísima categoría capitalista de nuevos ricos, de especuladores felices de la Bolsa y de proveedores voraces del Estado, han salido a flote. Sobre los escombros y las ruinas de la guerra y la paz, algunos grandes industriales han construido gigantescas empresas, heteróclitos edificios capitalistas. Entre estos industriales, Hugo Stinnes es el más osado, el más genial, el más técnico.

Stinnes ha creado un nuevo tipo de *trust*; el *trust* vertical. El tipo clásico de *trust* es el *trust* horizontal que enlaza a industrias de la misma familia. Crece, así, horizontalmente. El *trust* vertical asocia, escalonadamente, a todas las industrias destinadas a una misma producción. Crece, por tanto, verticalmente. Stinnes, verbigracia, ha reunido en un *trust* minas de carbón y hierro, altos hornos, usinas metalúrgicas y eléctricas. Y, una vez tejida esta compleja malla minera y metalúrgica, ha penetrado en otras industrias desorganizadas o anémicas: ha adquirido diarios, imprentas, hoteles, bosques, fábricas diversas. A través de sus capitales bancarios, Stinnes influencia todo el movimiento económico alemán. A través de su prensa y sus editoriales, influencia extensos sectores de la opinión pública. Sus periodistas y sus publicistas provocan los estados de ánimo convenientes a sus intentos. Sus millares de dependientes, tributarios y colaboradores, su vasta claque electoral, son

otros tantos gérmenes de difusión y de propaganda de sus ideas. Y su actividad comercial no se detiene en los confines nacionales. Stinnes ha incorporado en su feudo una parte de la industria metalúrgica austriaca, ha comprado acciones de la industria metalúrgica italiana y ha diseminado sus agentes y sus raíces en toda la Europa central.

Estos hechos explican la posición singular de Stinnes en la política alemana. Stinnes es el *leader* de la plutocracia industrial de Alemania. En el nombre de esta plutocracia industrial, Stinnes negocia con los *leaders* del proletariado social-democrático. La clase media, la pequeña burguesía, desmonetizadas y pauperizadas por la crisis, insurgen instintivamente contra estos pactos. Y se concentran en la derecha reaccionaria y nacionalista, cuyo núcleo central son los latifundistas, los terratenientes, los *junkers*. Capitalistas agrarios y rentistas medios, sienten desamparados sus intereses bajo un gobierno de coalición industrial-socialista. A expensas de ellos, populistas y socialistas coordinan dos puntos de su programa de gobierno: requisición de las monedas extranjeras necesarias para el saneamiento del marco y fiscalización de los precios de la alimentación popular. Esta política contraría a latifundistas y rentistas. Aviva en ellos la nostalgia de la monarquía. Y los empuja a la reacción.

Veamos el programa económico y político de Stinnes y de su *Volkspartei*. Stinnes piensa que el remedio de la crisis alemana está en el aumento de la producción industrial. Propugna una política que estimule y proteja este aumento. Y aconseja las siguientes medidas: supresión de la jornada de ocho horas, cesión al capital privado de los ferrocarriles y bosques del Estado, simplificación del mecanismo del Estado, exonerándolo de toda función de empresario, de industrial y de gerente de los servicios públicos. El punto de vista de Stinnes es típica y peculiarmente el punto de vista simplista de un industrial. Stinnes considera y resuelve la crisis alemana con un criterio característico de gerente de *trust* vertical. Para Stinnes, la salud y la potencia de sus consorcios y de sus *carteles* son la salud y la potencia de Alemania. Y, por eso, Stinnes no tiende sino a anexar a sus negocios la explotación de los ferrocarriles y los bosques demaniales, a intensificar el trabajo y sus rendimientos y a eliminar del mercado del trabajo la concurrencia del Estado empresario. El trabajo es hoy una mercadería, un valor que se adquiere y se vende y que está, por ende, subordinado a la ley de oferta y demanda. El Estado,

a fin de evitar la desocupación, emplea en las obras públicas a numerosos trabajadores. La industria alemana quiere que cese esta competencia del Estado y disminuya la demanda de trabajadores, para que los salarios no encarezcan. Stinnes desea convertir a Alemania en una gran fábrica colocada bajo su gerencia. Tiene plena fe en su capacidad, en su imaginación y en su pericia de gerente. Esta fe lo induce a creer que la fábrica andaría bien y haría buenos negocios. Stinnes está seguro de que conseguiría la solución de todos los problemas administrativos y el financiamiento de todas las operaciones necesarias para el acrecentamiento de la producción. Los expertos de la economía le objetan respetuosamente: Herr Stinnes, ¿a quiénes vendería, a dónde exportaría Alemania este exceso de producción? No se trata tan sólo de acumular enormes *stocks*. Se trata, principalmente, de encontrar mercados capaces de absorverlos. Y bien. ¿Toleraría Francia, toleraría Inglaterra, sobre todo, que Alemania inundase de mercaderías el mundo? Herr Stinnes, cazurramente risueño, calla. Pero, recónditamente, razona sin duda así: Está bien. Inglaterra y Francia no consentirán, naturalmente, un gran crecimiento industrial y comercial de Alemania. El tratado de Versalles, además, las provee de armas eficaces para impedirlo. Pero existe una solución. La solución reside, precisamente, en asociar a Francia o Inglaterra, o a las dos conjuntamente, a la colossal empresa Stinnes. ¡Que Francia o Inglaterra tengan participación en nuestros negocios! ¡Que Francia o Inglaterra sean nuestro socio comanditario! Preferible sería, por supuesto, un entendimiento con Francia. 1º —Porque Francia tiene en sus manos los instrumentos de extorsión y de tortura de Alemania y en su ánimo la tendencia a usarlos. 2º —Porque Inglaterra, país hullero, metalúrgico y manufacturero, tendría que subordinar la actividad de la industria alemana a los intereses de su industria nacional.

¿Aceptaría Francia esta cooperación francoalemana? Entre industriales franceses y alemanes hubo, antes de la ocupación del Ruhr, conversaciones preliminares. El convenio Loucheur-Rathenau y el convenio Stinnes-Lubersac abrieron la vía del compromiso, de la *entente*. Pero, probablemente, una y otra parte encontraron recíprocamente excesivas sus pretensiones. Sobre vino la ocupación del Ruhr. Guerrera y dramáticamente, los industriales alemanes opusieron a esta operación militar una actitud de resistencia y de desafío. Bajo su orden las minas y las fábricas del Ruhr cesaron de producir. Thyssen y Krupp, en represalia, fueron juzgados por los tribunales marciales de

Francia. Al mundo le parecía asistir a un duelo a muerte. Pero los duelos a muerte eran cosa de la Edad Media. Poco a poco, los industriales alemanes se han fatigado de resistir. Los socialistas han pedido la suspensión de los subsidios al Ruhr, porque empobrecen la desangrada economía alemana. Finalmente, Stressemann ha anunciado el abandono de la resistencia pasiva. Tras de Stressemann anda Stinnes que planea, probablemente, un entendimiento con Francia. Esta política solivianta a la derecha reaccionaria y pangermanista que aprovecha de su número en Baviera, donde domina la burguesía agraria, para amenazar a Stressemann con una actitud secesionista. Y, al mismo tiempo, arrecian los asaltos revolucionarios de los comunistas. El gobierno es atacado, simultáneamente, por el fascismo y el bolchevismo. La derecha trama un *putsch*; la izquierda organiza la revolución. Contra una y otra agresión, Stinnes y la social-democracia movilizan todos sus elementos de persuasión y de propaganda, su prensa, su mayoría parlamentaria. Un frente único periodístico, que comienza en la *Deutsche Allgemeine Zeitung*, órgano de Stinnes, y termina en el *Vorwaerts*, órgano oficial socialista, explica a Alemania la necesidad de la suspensión de la resistencia pasiva.

¿Durará esta *entente* entre los industriales y los socialistas? Provisoriamente, los socialistas transigen con los industriales, sobre la base de una acción contra el hambre y la miseria. Pero, más tarde, Stinnes reclamará la abolición de la jornada de ocho horas y la entrega de los ferrocarriles a un *trust* privado. Los *leaders* de la social-democracia no podrán avenirse a estas medidas, sin riesgo de que las masas, descontentas y disgustadas, se pasen al comunismo. Stinnes tendría, entonces, que entenderse apresuradamente con la derecha. Pero, probablemente, tratará a toda costa de encontrar una nueva vía de compromiso con la socialdemocracia. Y logrará, tal vez, conducir a Alemania a una política de cooperación con Francia. Estos grandes señores de la industria son, momentáneamente, los orientadores de la política europea. Cailleaux, los equipara a los burgravios de la Edad Media. Y agrega que Europa parece en vísperas de caer en un período de feudalismo anárquico.

Stinnes tiene abolengo y blasón de hullero, de burgués y de industrial. Su padre fue también un minero. Bruno, recio, sólido, Stinnes es un hombre forjado en hulla westphaliana. Posee, como un fragmento de carbón de piedra, una ingente cantidad potencial de energía. Es

un gran creador, un gran constructor de riqueza. Es un representante típico de la civilización capitalista. Vive dentro de un mundo fantástico y extraño de telefonemas, de cotizaciones, de estenogramas y de cifras bursátiles. Ignora el ocio sensual y el ocio intelectual de los magnates de la Edad Antigua y de la Edad Media que se rodeaban de artistas, de estatuas, de musas, de música, de literatura, de voluptuosidad y de filosofía. Stinnes se rodea de estenógrafos, de financieros y de ingenieros. Carece de toda actividad teórica y de toda curiosidad metafísica. Adriano Tilgher observa, con suma exactitud, que los multimillonarios de este tipo, absorvidos por un trabajo febril, no conducen una vida grandemente diversa de la de uno de sus altos empleados. Y, definiendo la civilización capitalista como "la civilización de la actividad absoluta" dice de ella que "ama la riqueza por la riqueza, independientemente de las satisfacciones que puede dar, de los placeres que permite procurarse". Stinnes se viste como cualquiera de sus ingenieros. Y, como cualquiera de sus ingenieros, no entiende las estatuas de Archipenko, ni ama la música de Strauss, ni le importan las pinturas de Franz Mark, ni le preocupa Einstein ni le interesa Vaihingher.

CAILLAUX*

La ola reaccionaria ha desalojado del poder a los estadistas de la democracia, a los *leaders* de la política de "reconstrucción europea". Y ha agravado así la crisis de la desocupación y del *chômage*. Mas esos estadistas, esos *leaders*, no aceptan pasivamente la condición de desocupados. Invierten su tiempo en la propaganda, en la réclame de sus ideas y sus tácticas. Y como la reacción es un fenómeno internacional, no la combaten sólo en sus países respectivos: la combaten sobre todo, en el mundo. No intentan únicamente la conquista de la opinión nacional: intentan la conquista de la opinión mundial. Lloyd George, reemplazado en el gobierno de Inglaterra por los conservadores, efectúa en Estados Unidos un estruendoso desembarco de su dialéctica y su ideología. Francesco S. Nitti, destituido de influencia en los rumbos de Italia por los fascistas, flirtea con la democracia norteamericana y con la democracia tudesca. Joseph Caillaux, desterrado de Francia por el *bloc* nacional, emplea su exilio en una viva actividad teórica.

Pero Caillaux está más lejos de recuperar su influencia en Francia, que Lloyd George, que Nitti la suya en Inglaterra y en Italia. La victoria de los radicales y los socialistas no llevaría a Caillaux al gobierno. Sobre Caillaux pesa todavía una condena. Los *leaders* presentes del *bloc* de izquierdas son Herriot, Boncour, Painlevé. A ellos les tocaría ocupar los puestos de Poincaré, de Tardieu, de Aragó y de los conductores del *bloc* nacional. Ellos, además, una vez instalados en el poder, tendrían que dosificar su radicalismo al estado de la opinión francesa, en la cual la intoxicación actual dejaría tantos sedimentos reaccionarios y naciona- listas. Caillaux no es, por consiguiente, un candidato al gobierno. Es apenas un candidato a la rehabilitación y a la amnistía francesas.

Hace cinco años Caillaux era un acusado. Era el protagonista de un dramático proceso de alta traición. Ahora no es sino un exiliado político. El mundo está unánimemente convencido de que el proceso de Caillaux fue un proceso político. Algo así como un accidente del trabajo. La guerra dio a la clase conservadora, a la alta burguesía francesa, una ocasión de represalia contra Caillaux. Esa clase conservadora, esa alta burguesía, detestaban a Caillaux por su radicalismo. Durante la época de hegemonía en la política francesa del radicalismo y de sus mayores figuras —Waldeck-Rousseau, Combes, Caillaux— esa clase conservadora y esa alta burguesía almacenaron en su ánimo encendidos rencores contra la izquierda y sus hombres. La guerra produjo en Francia la unión sagrada. Y la unión sagrada, que creaba un estado de ánimo nacionalista y guerrero, produjo el resurgimiento de las derechas, ávidas de castigar la "demagogia financiera" de Caillaux, y de deshacerse de un adversario potente. Caillaux, de otro lado, no era un adherente incondicional y delirante de la unión sagrada. No tenía puesta la mirada únicamente en la batallas; la tenía puesta, más bien, en el porvenir y en la paz. Preveía que la reconstrucción de Europa, desvastada y desangrada por la guerra, obligaría a Francia y a Alemania a la solidaridad y a la cooperación. Pensar así era entonces pensar heréticamente. Y Caillaux era, por tanto, un sospechoso de herejía en aquellos días de inquisición patriótica. Clemenceau, disidente del radicalismo, conductor, animador y prisionero de la corriente reaccionaria, no retrocedió ante una acusación de inteligencia con el enemigo. Y, esgrimiendo esta acusación, mandó a Caillaux a la cárcel. El proceso vino después de la victoria, en un instante de apoteosis y de erección nacional. En un instante en que persistía agudamente la atmósfera marcial de la guerra. La acusación contra Caillaux no exhibió ninguna prueba. Se fundó en sospechas, en conjeturas, en presunciones. Explotó los contactos casuales de Caillaux con personajes sospechosos o equívocos en Italia, en la Argentina y en Francia. El fallo, impregnado del convencimiento de la inculpabilidad de Caillaux, tuvo, sin embargo, que concluir con una sentencia. Caillaux salió del proceso absuelto y condenado al mismo tiempo.

Después, las cosas han cambiado gradualmente. A medida que el ambiente francés se ha descargado de irritación bélica, la figura de Caillaux ha recobrado su verdadero contorno moral. Los radicales-socialistas, que temieron solidarizarse demasiado con su *leader* en los días de la acusación,

han anunciado su voluntad de conseguir la revisión del proceso.

Caillaux aguarda en el exilio esta revisión. Pero no ha gastado su actividad en una actitud de vindicación y de defensa de su personalidad y de su historia. Ha escrito un libro, *Mes Prisons*, denunciando la trastienda íntima de su persecución y de su condena. Y no ha vuelto a insistir sobre este tópico personal y autobiográfico. En su libro posterior, *Où va la France? Où va l'Europe?*, ha ocupado de nuevo su posición de polémica y de combate ideológicos.

En este libro, que tanto ha resonado en el mundo, estudia Caillaux, preliminarmente, el proceso de incubación de la guerra. Sostiene que los gobernantes europeos de 1914 no defendieron suficientemente la paz. Y describe luego las condiciones actuales de Europa. Su descripción de la crisis europea no es menos panorámica y emocionante que la de Nitti. Y es, tal vez, más profunda y más técnica. Caillaux, enfoca, uno tras otro, los aspectos esenciales de la crisis. Los déficits, las deudas, el pasivo de la guerra que arroja sobre las espaldas de varias generaciones europeas una carga abrumadora. La marejada campesina, la ola agraria, los intereses rurales en que en la Europa central tienda a aislar al campo de la industria urbana y a restablecer una economía medioeval superada y anacrónica. La baja del cambio, la desvalorización de la moneda que arruina a una extensa categoría de pequeños y medianos rentistas y que proletariza a la clase media. La hipertrofia, el crecimiento de los *trusts* gigantescos y de los carteles mastodónticos, construidos sobre ruinas y escombros, que confieren a unos cuantos grandes capitalistas una influencia desmesurada en la suerte de los pueblos. Las corrientes nacionalistas que se oponen a una política de cooperación y asistencia internacionales y enemistan y separan a las naciones. Los intereses pluto-cráticos que obstruyen la vía del compromiso y de la transacción entre la idea individualista y la idea socialista.

¿A dónde va Francia? ¿A dónde va Europa? Caillaux no admite el comunismo. Su resistencia al comunismo no es de orden ideológico sino de orden técnico. Caillaux piensa que el comunismo no puede reorganizar eficientemente la producción europea. El comunismo centraliza en el Estado todos los resortes de la producción. Entrega, por ende, la solución de todas las cuestiones económicas e

industriales a una burocracia política, omnipotente y dogmática. Y bien. Caillaux considera aún necesaria la acción del interés privado en el funcionamiento de la producción. Sus objeciones al comunismo son objeciones de financista. Caillaux no discute la ética del comunismo. Discute su eficacia, su utilidad, su oportunidad. Pero Caillaux, que no acepta la revolución, tampoco acepta la reacción. Con mayor énfasis que las soluciones de la extrema izquierda, rechaza las soluciones de la extrema derecha. Quiere que se pacte con las masas a fin de restaurar su voluntad de trabajo y de cooperación y de desviarlas de la atracción comunista. Advierte el envejecimiento del Estado individualista y el tramonto de la democracia jacobina. Y propone la reconstrucción del Estado sobre la base de una transacción entre la democracia occidental y el sovietismo ruso. Pero, deteniéndose ante la concepción de Rathenau del Estado profesional, afirma que el Estado económico debe estar subordinado al Estado político. Según Caillaux hay "una gran cuestión que supera en mucho a la del comunismo y el capitalismo"; la cuestión de la ciencia y de sus relaciones con la economía del mundo. La ciencia crea la inestabilidad económica y por consiguiente, la inestabilidad política. Actualmente las grandes usinas metalúrgicas se agrupan al lado de los yacimientos de hulla que abastecen los altos hornos. Mas se predice la invención de un sistema nuevo de fabricación del acero. Y esta sola invención puede transformar la geografía económica de Europa.

Caillaux propugna la cooperación entre las naciones y la cooperación entre las clases. Afirma su adhesión a la idea democrática. Niega la eficacia de la revolución y de la reacción. Señala los grandes problemas, las grandes incertidumbres contemporáneas. Busca una solución utilitaria, una solución técnica. Desecha toda solución dogmática. Pero su palabra intelectual, vacilante, escrupulosa y científica, no emociona a las muchedumbres actuales, que sienten una necesidad mística de fe, de fanatismo y de mito.

EL FASCISMO Y EL MONARQUISMO EN ALEMANIA*

El proceso de Hitler y Luddendorf no es sólo el proceso del fascismo bávaro. Es, sobre todo, el proceso de la segunda ofensiva monarquista y reaccionaria en Alemania. Esta segunda ofensiva ha sido, en apariencia, menos extensa y dramática que la primera. Kapp y Lutwitz consiguieron, en marzo de 1920, apoderarse de Berlín. Impusieron a una parte de la nación alemana una dictadura de cuatro días. Fueron vencidos por la resistencia enérgica y disciplinada de todos los elementos republicanos, coaligados en un compacto frente único. Hitler y Luddendorf, en noviembre de 1923, no llegaron, en cambio, a dominar Munich. Su tentativa —anécdota de opereta, conjuración de cervecería— abortó espontáneamente. La frustraron dos reaccionarios, dos monarquistas, Von Kahr y Von Lossow, con cuya cooperación o neutralidad contaban los conjurados. Las audiencias de Munich han sido, con este motivo, una monótona querella de Hitler y Luddendorf contra Von Kahr y Von Lossow.

Pero no se puede comprender ni juzgar la insurrección de Munich escindiéndola y aislando de los acontecimientos que la antecedieron y circundaron. Esta insurrección constituyó el episodio final de un emocionante capítulo de la historia alemana inaugurado por la ocupación del Ruhr. Fue el epílogo de la batalla librada en Alemania durante tal período, entre las fuerzas de la Revolución y las fuerzas de la Reacción.

La ocupación del Ruhr creó en Alemania un estado de ánimo agudamente nacionalista. Favoreció, por consiguiente, el desarrollo de las facciones fascistas que, desde hacía tiempo, excitaban contra la república alemana, y contra sus capitulaciones ante Francia, a los elementos

accesibles a una propaganda *jingoísta* y guerrera. La carestía, el *chômage*, la escasez, la ruina del marco exasperaron, al mismo tiempo, la lucha de clases. Los comunistas trataron de empujar al proletariado a la Revolución.

Baviera era el foco de la agitación reaccionaria y monárquica. Las derechas tenían ahí el gobierno. Von Kahr ejercía el poder civil y Von Lossow el poder militar. A ambos les confirió el gobierno imperial una autoridad extraordinaria y dictatorial. Y ambos la usaron, para rebelarse más de una vez contra el gobierno de Berlín, acusado por las derechas bávaras de excesiva subordinación a las influencias socialistas. El gobierno del imperio decretó, por ejemplo, la suspensión del diario de Hitler *Des Voelkische Beobachter*, dedicado a una propaganda desembozadamente insurreccional. Kahr y Lossow desobedecieron esta orden. Mientras sometían a los socialistas y comunistas bávaros a los rigores del estado de sitio, consentían la actividad subversiva de Hitler que incitaba y organizaba a sus brigadas fascistas para la marcha sobre Berlín.

Turinghia y Sajonia, en tanto, eran dos focos contiguos de agitación revolucionaria y comunista. El poder estaba en ambos Estados alemanes en manos de los obreros. Los antiguos ministerios social-democráticos fueron reemplazados por ministerios socialistas-comunistas. En Sajonia la cartera de gobierno fue entregada a un comunista. Y todos los ministros comunistas empezaron a usar sus posiciones en el gobierno como bases de operaciones revolucionarias.

Alemania parecía próxima a la guerra civil. Baviera clamaba contra la rebelión de Turinghia y Sajonia. Turinghia y Sajonia clamaban contra la desobediencia de Baviera. En Baviera se organizaba públicamente la reacción. En Turinghia y Sajonia se organizaba públicamente la revolución. Prusia, social-democrática y centrista, decidió entonces contener, ante todo, la ola comunista. El gobierno imperial de Berlín sometió a Sajonia y a Turinghia a la autoridad extraordinaria de un dictador militar. Y exigió la destitución de los ministros comunistas. El partido comunista contó sus fuerzas, compulsó sus probabilidades, amenazó con la insurrección. Pero solicitó inútilmente la solidaridad de los socialistas. Y prefirió repliegarse, sin combatir, a sus posiciones defensivas. Juzgó in-

madura la situación para desencadenar una decisiva ofensiva revolucionaria.

Hitler y Luddendorf, en tanto, vieron en la retirada comunista una coyuntura propicia para acometer la conquista de Alemania. Pensaron que, abortada la tentativa revolucionaria, nada obstruiría el camino de una tentativa reaccionaria. Mas a sus planes se oponían las rivalidades y las ambiciones que dividen en dos bandos a las derechas bávaras. Hitler y Luddendorf trabajan por la restauración de un Hohenzollern en el trono del imperio. Von Kahr y sus secuaces aspiran a la sustitución de la dinastía prusiana de los Hohenzollern por la dinastía bávara de los Wittelsbach. Su candidato es Rupprecht de Baviera. Hitler y Luddendorf han descubierto, en suma, la falta de cohesión en las derechas alemanas. El movimiento reaccionario alemán carece aún de unidad. Sus adherentes se reparten entre varias sectas y varios capitanes. El fascismo, en Baviera, se apoda demagógicamente "partido nacional-socialista", y sigue como jefe a Hitler. En el resto de Alemania, la mayor facción reaccionaria es el partido pangermanista, uno de cuyos principales *leaders* es Helferich, parlamentario profesional. Los *junkers*, los terratenientes, se agrupan en este partido tradicional y agresivamente anti-semita. Los industriales se concentran en el partido populista, representado ahora en el gobierno por Stressemann, uno de sus estadistas de más jerarquía. De los rangos del partido populista no están proscritos los judíos, ni de su programa, más o menos oportunista y flexible, que acepta la república sin renegar la monarquía, ni están excluidos los compromisos ni los pactos con la social democracia.

Las peripecias de la política alemana conducen a algunos de sus observadores a la adopción de un prejuicio vulgar. Se duda obstinadamente del republicanismo de los alemanes. Se les supone espiritual y orgánicamente conformados al dominio de un monarca militar. Alemania, sin embargo, es una de las naciones más educadas y adaptadas a la democracia. El fenómeno fascista y monárquico ha sido alimentado ahí, en gran parte, por las consecuencias del tratado de Versalles y de la política opresoras y guerrera de Poincaré. Las facciones reaccionarias reclutan sus adeptos en la clase media afigida por los rigores de una miseria insólita, desprovista de una ideología y de una conciencia y propensa, por ende, a la nostalgia del antiguo régimen. Además, la amenaza

creciente de la revolución proletaria ha empujado a mucha gente incolora a una posición de extrema derecha. La polarización de las masas a derecha y a izquierda, en Alemania, como en los demás países de avanzado proceso revolucionario, se cumple a expensas de los partidos centristas. Y, con todo, las fuerzas del centro y de la democracia son aún en Alemania lo suficientemente numerosas para conservar el poder. El ministerio actual es un ministerio centrista. Y, aunque las balas nacionalistas han abatido a algunos de los más robustos *leaders* de la democracia, —Erzberger, Rathenau—, la mayoría de la burguesía alemana persiste todavía en resistir a la revolución con los sistemas sagaces de una política oportunista y transaccional y no con los sistemas marciales de una política reaccionaria.

PROYECCIONES DEL PROCESO MATTEOTTI*

El fascismo no quiere que el proceso de los asesinos de Matteotti se convierta en el proceso de toda la gesta fascista. Contra el espontáneo desarrollo de este proceso, el fascismo moviliza sus brigadas de "camisas negras" y su poder gubernamental. El hecho judicial —dice— no debe transformarse en un hecho político. Y ha dado, con el propósito principal de impedir "indiscreciones" sobre el crimen y sus actores, un decreto-ley que reglamenta marcialmente la libertad de la prensa.

Pero no se gobierna la Historia. El propio fascismo —movimiento romántico, antihistórico, voluntarista— tiene sus raíces vitales en la Historia y no en la ideología ni en la acción de sus creadores y animadores. Es un producto de esa Historia que pretende negar o torcer a golpes de cachiporra. El asesinato de Matteotti ha sido la culminación de una política de terror. Es por eso que, al reaccionar contra tal crimen, la opinión italiana ha reaccionado contra todo el sistema que lo ha engendrado.

* Publicado en *Mundial*, Lima, 26 de setiembre de 1924. Con este artículo comenzó J.C.M. sus colaboraciones en *Mundial*, con la siguiente nota de encabezamiento de esa revista:

Comenzamos desde este número a publicar las colaboraciones del distinguido escritor nacional don José Carlos Mariátegui. La singular condición literaria de este intelectual, su brillante manera y su bien ganado prestigio de capacidad para apreciar las incidencias de la alta política europea van a tener desde nuestras columnas una oportunidad más de revelarse con beneficio para el afianzamiento de su personalidad intelectual y con beneficio mayor todavía para el público lector. El primer artículo de José Carlos Mariátegui analiza las proyecciones del proceso seguido en Italia por el asesinato del diputado socialista Matteotti y está lleno de esa justeza de apreciación que ha hecho del ilustre periodista un caso ejemplar de sinceridad de crítica.

El desenlace judicial no importa nada. La cuestión moral y política no era de la competencia de los magistrados. Ha tenido, por ende, un fuero especial, un fuero superior. Y de su juicio sumario han salido condenados el fascismo, su método y sus armas.

Cuando en la cámara italiana se denunció la desaparición del diputado socialista, Mussolini, inquietado por el viento de fronda que soplaban, sintió la necesidad de decir con su acostumbrado tono dramático: "*Giustizia sarà fatta sino in fondo.*"

Esta frase aparece ahora como una intuición histórica. En la intención del caudillo fascista era una promesa de que los jueces castigarían austeramente a los culpables. Pero ha adquirido luego una realidad superior y adversa a la voluntad fascista. La historia se ha apoderado de ella y la ha hecho suya. Se hará justicia plenamente; pero no sólo contra los asesinos materiales, sino contra la política en que el crimen se ha incubado. Como ha dicho Mussolini, "*Giustizia sarà fatta sino in fondo.*"

Veamos por qué el fascismo resulta tan comprometido en este proceso. Hay razones inmediatas. Los ejecutores del crimen eran hombres de confianza del estado mayor fascista. Uno de ellos, Dumini, delincuente orgánico, gozaba del favor de los más altos funcionarios del Estado y del partido, pertenecía al personal del diario fascista *Il Corriere d'Italia* y se titulaba adjunto de la oficina de prensa del jefe del gobierno. Está averiguada una circunstancia a su respecto: el día del delito, Dumini aguardó en el Palacio Viminal, donde funciona el ministerio del interior, al automóvil que debía conducirlo a secuestrar a Matteotti. El crimen fue ordenado, según las investigaciones judiciales, por Rossi y Marinelli, dos fascistas del primer rango y de la primera hora, miembros del cuadruvirato supremo del partido, y por Filipelli, director de *Il Corriere d'Italia*. El director de otro diario fascista *Il Nuovo Paese* acaba de ser llamado a Roma por edictos como otro de los responsables. El fascismo, en un principio, cuando le urgía calmar y satisfacer a la opinión pública, se esforzó por aislar la responsabilidad de los acusados. Los entregó a la justicia. Pero, poco a poco, un instinto más poderoso que su conciencia lo ha movido hacia ellos. En algunas demostraciones de los "camisas negras" se ha oído el grito de "Viva Dumini". Y se ha amenazado a la oposición con una segunda marcha a Roma destinada, sin duda, a liberar a los encausados. Finalmente

Farinacci, uno de los mayores lugartenientes de Mussolini, ha asumido la defensa de Dumini y ha intentado, como explicación del asesinato, atribuir a Rossi una conspiración contra Mussolini para reemplazarlo en el poder. (Su tentativa ha tenido tan mala suerte, ha encontrado un público tan incrédulo y hostil, que Farinacci no ha insistido en sus folletinescas revelaciones.)

De otro lado el asesinato de Matteotti no es un acto solitario en la historia del fascismo. Es un acto terrorista perfectamente encuadrado dentro de la teoría y la práctica de los "camisas negras".

La gesta fascista está llena de hechos similares. Matteotti ha sido asesinado por una banda especializada en el delito. Dumini y sus cómplices resultan ahora los autores del asalto a la casa del estadista Nitti y de las agresiones a los diputados Amendola, Mazzolani, Missuri y Forni, fascistas disidentes o cismáticos los dos últimos. Y, sobre todo, los capitanes del fascismo han alimentado siempre en sus brigadas un estado de ánimo agresivo y guerrero y, en algunos casos, han hecho la apología de la violencia. De este humor bélico han logrado contagiar hasta a algunas personas tenidas antes por sabias y prudentes. Giovanni Gentile, explicando filosóficamente su fascismo, ha dicho que "toda fuerza es forma moral, cualquiera que sea el argumento empleado: la predica o el garrote".

En este emocionante proceso acusan, pues, al fascismo muchas circunstancias y muchos testimonios. Sus consecuencias han sido, por eso, instantáneas e inexorables. Las largas masas sociales que, por desconcierto o inconsciencia, o seducidas por su lenguaje quijotesco y megalómano, seguían al fascismo, han empezado a abandonarlo. Las defeciones se multiplican. Las filas filofascistas pierden sus nombres más sonoros: Ricciotti Garibaldi hijo, Sern Benelli, etc. Los grupos liberales que colaboraban con Mussolini le retiran ahora su confianza. *Il Giornale d'Italia* de Roma, *Il Mattino* de Nápoles se aproximan a la oposición. Los mismos fascistas se dan cuenta de que se van quedando solos. Mussolini, en la última asamblea del consejo nacional fascista, ha recomendado la conquista de las masas. Pero tanto el Duce como sus secuaces cometan cotidianos errores de psicología que aumentan la excitación popular. Además, se constata en todas las capas sociales una mayor sensibilidad moral y política. Antes, los ataques a la libertad, los actos de terror del fascismo eran

tolerados o aceptados pasivamente por la mayoría de la población. Hoy, encuentran en ella una repulsa y una condenación enérgicas y vigorosas. Los laureles de la marcha a Roma se han marchitado mucho.

Probablemente los fascistas intentarán sacar del asesinato de su compañero, el diputado Casalini, armas morales defensivas y contraofensivas. Pero este crimen no puede cancelar el que lo ha precedido. La responsabilidad de los hechos es diferente; su proyección tiene que serlo también. Se trata, en el nuevo caso, de un acto de violencia individual. El asesino ha procedido aisladamente, por su propia cuenta. No es posible filiarlo sino como un exaltado. Tras él no existe una organización terrorista dirigida por *leaders* de la oposición. Los grupos de la oposición han execrado, generalmente, la violencia. Alguno de ellos ha mostrado una mentalidad próxima al gandhismo y casi ha predicado la resistencia pasiva. Gracias, en parte, a esta clase de adversarios, la gesta fascista encontró franca y abierta la vía del gobierno.

LA REVOLUCIÓN CHINA*

Ensayemos una interpretación sumaria de la actualidad china. Del destino de una nación que ocupa un puesto tan principal en el tiempo y en el espacio no es posible desinteresarse. La China pesa demasiado en la historia humana para que no nos atraigan sus hechos y sus hombres.

El tema es extenso y laberíntico. Los acontecimientos se agolpan, en esa vasta escena, tumultuosa y confusamente. Los elementos de estudio y de juicio de que aquí disponemos son escasos, parciales y, a veces, ininteligibles. Este displicente país, tan poco estudiado y atento, no conoce casi de la China sino el *coolie*, algunas hierbas, algunas manufacturas y algunas supersticiones. (Nuestro único caso de chinofilia es, tal vez, don Alberto Carranza.) Sin embargo, espiritual y físicamente, la China está mucho más cerca de nosotros que Europa. La psicología de nuestro pueblo es de tinte más asiático que occidental.

En la China se cumple otra de las grandes revoluciones contemporáneas. Desde hace trece años sacude a ese viejo y escéptico imperio una poderosa voluntad de renovación. La revolución no tiene en la China la misma meta ni el mismo programa que en el Occidente. Es una revolución burguesa y liberal. A través de ella, la China se mueve, con ágil paso, hacia la Democracia. Trece años son muy poca cosa. Más de un siglo han necesitado en Europa las instituciones capitalistas y democráticas para llegar a su plenitud.

Hasta sus primeros contactos con la civilización occidental la China conservó sus antiguas formas políticas y sociales. La civilización china, una de las mayores civilizaciones de la historia, había arribado ya al punto final de su trayectoria. Era una civilización agotada, momificada,

paralítica. El espíritu chino, más práctico que religioso, destilaba escepticismo. El contacto con el Occidente fue, más bien que un contacto, un choque. Los europeos entraron en la China con un ánimo brutal y rapaz de degradación y de conquista. Para los chinos era ésta una invasión de bárbaros. Las expoliaciones suscitaron en el alma china una reacción agria y feroz contra la civilización occidental y sus ávidos agentes. Provocaron un sentimiento xenófobo en el cual se incluyó el movimiento *boxer* que atrajo sobre la China una expedición marcial punitiva de los europeos. Esta beligerancia mantenía y estimulaba la incomprendión recíproca. La China era visitada por muy pocos occidentales de la categoría de Bertrand Russell y muchos de la categoría del general Waldersee.

Pero la invasión occidental no llevó sólo a la China sus ametralladoras y sus mercaderes sino también sus máquinas, su técnica y otros instrumentos de su civilización. Penetró en la China el industrialismo. A su influjo, la economía y la mentalidad china empezaron a modificarse. Un telar, una locomotora, un banco, contienen implícitamente todos los gémenes de la democracia y de sus consecuencias. Al mismo tiempo, miles de chinos salían de su país, antes clausurado y huraño, a estudiar en las universidades europeas y americanas. Adquirían ahí ideas, inquietudes y emociones que se apoderaban perdurablemente de su inteligencia y su psicología.

La revolución aparece, así, como un trabajo de adaptación de la política china a una economía y una conciencia nuevas. Las viejas instituciones no correspondían, desde hacía tiempo, a los nuevos métodos de producción y a las nuevas formas de convivencia. La China está ya bastante poblada de fábricas, de bancos, de máquinas, de cosas y de ideas que no se avienen con un régimen patriarcalmente primitivo. La industria y la finanza necesitan para desarrollarse una atmósfera liberal y hasta demagógica. Sus intereses no pueden depender del despotismo asiático ni de la ética budista, taoísta o confucionista de un mandarín. La economía y la política de un pueblo tienen que funcionar solidariamente.

Actualmente, luchan en la China las corrientes democráticas contra los sedimentos absolutistas. Combaten los intereses de la grande y pequeña burguesía contra los intereses de la clase feudal. Actores de este duelo son caudillos militares, *tuchuns*, como Chang-So-Lin o como el mismo Wu Pei Fu; pero se trata, en verdad, de simples instru-

mentos de fuerzas históricas superiores. El escritor chino F. H. Djen remarca a este respecto:

Se puede decir que la manifestación del espíritu popular no ha tenido hasta el presente sino un valor relativo, pues sus tenientes, sus campeones han sido constantemente jefes militares en los cuales se puede sospechar siempre ambición y sueños de gloria personal. Pero no se debe olvidar que no está lejano el tiempo en que acontecía lo mismo en los grandes Estados occidentales. La personalidad de los actores políticos, las intrigas tejidas por tal o cual potencia extranjera no deben impedir ver la fuerza política decisiva que es la voluntad popular.

Usemos, para ilustrar estos conceptos, un poco de cronología.

La revolución china principió formalmente en octubre de 1911, en la provincia de Hu Pei. La dinastía manchú se encontraba socavada por los ideales liberales de la nueva generación y descalificada, —por su conducta ante la represión europea de la revuelta *boxer*—, para seguir representando el sentimiento nacional. No podía, por consiguiente, oponer una resistencia nacional. No podía, por consiguiente, oponer una resistencia seria a la ola insurreccional. En 1912 fue proclamada la república. Pero la tendencia republicana no era vigorosa sino en la población del sur, donde las condiciones de la propiedad y de la industria favorecían la difusión de las ideas liberales sembradas por el doctor Sun Yat Sen y el partido *Kuo-Ming-Tang*. En el norte prevalecían las fuerzas del feudalismo y el mandarinismo. Brotó de esta situación el gobierno de Yuan Shi Kay, republicano en su forma, monárquico y *tuchun* en su esencia. Yuan Shi Kay y sus secuaces procedían de la vieja clientela dinástica. Su política tenía hacia fines reaccionarios. Vino un período de tensión extrema entre ambos bandos. Yuan Shi Kay finalmente, se proclamó emperador. Mas su imperio resultó muy fugaz. El pueblo insurgió contra su ambición y lo obligó a abdicar.

La historia de la república china fue, después de este episodio, una sucesión de tentativas reaccionarias, prontamente combatidas por la revolución. Los conatos de restauración eran invariablemente frustrados por la persistencia del espíritu revolucionario. Pasaron por el gobierno de Pekín diversos *tuchuns*: Chang Huin, Tuan Ki Chui, etc.

Creció, durante este período, la oposición entre el Norte y el Sur. Se llegó, en fin, a una completa secesión. El sur se separó del resto del imperio en 1920; y en Cantón, su principal metrópoli, antiguo foco de ideas revolucionarias, constituyóse un gobierno republicano presidido por Sun Yat Sen. Cantón, antítesis de Pekín, y donde la vida económica había adquirido un estilo análogo al de Occidente, alojaba las más avanzadas ideas y los más avanzados hombres. Algunos de sus sindicatos obreros permanecían bajo la influencia del partido *Kuo-Ming-Tang*; pero otros adoptaban la ideología socialista.

En el Norte subsistió la guerra de facciones. El liberalismo continuó en armas contra todo intento de restauración del pasado. El general Wu Pei Fu, caudillo culto, se convirtió en el intérprete y el depositario del vigilante sentimiento republicano y nacionalista del pueblo. Chang So Lin, gobernador militar de la Manchuria, cacique y *tuchun* del viejo estilo, se lanzó a la conquista de Pekín, en cuyo gobierno quería colocar a Liang Shi Y. Pero Wu Pei Fu lo detuvo y le infligió, en los alrededores de Pekín, en mayo de 1922, una tremenda derrota. Este suceso, seguido de la proclamación de la independencia de la Manchuria, le aseguró el dominio de la mayor parte de la China. Propugnador de la unidad de la China, Wu Pei Fu trabajó entonces por realizar esta idea, anudando relaciones con uno de los *leaders* del Sur, Chen Chiung Ming. Mientras tanto Sun Yat Sen, acusado de ambiciosos planes, y cuyo liberalismo, en todo caso, parece bastante disminuido, coqueteaba con Chang So Lin.

Hoy luchan, nuevamente, Chang So Lin y Wu Pei Fu. El Japón, que aspira a la hegemonía de un gobierno dócil a sus sugerencias, favorece a Chang. En la penumbra de los acontecimientos chinos los japoneses juegan un papel primario. El Japón se ha apoyado siempre en el partido Anfú y los intereses feudales. La corriente popular y revolucionaria le ha sido adversa. Por consiguiente, la victoria de Chang So Lin no sería sino un nuevo episodio reaccionario que otro episodio no tardaría en cancelar. El impulso revolucionario no puede declinar sino con la realización de sus fines. Los jefes militares se mueven en la superficie del proceso de la Revolución. Son el síntoma externo de una situación que pugna por producir una forma propia. Empujándolos o contrariándolos, actúan las fuerzas de la historia. Miles de intelectuales y de stu-

diantes propagan en la China un ideario nuevo. Los estudiantes, agitadores por excelencia, son la levadura de la China naciente.

El proceso de la revolución china, finalmente, está vinculado a la dirección fluctuante de la política occidental. La China necesita para organizarse y desarrollarse un *minimum* de libertad internacional. Necesita ser dueña de sus puertos, de sus aduanas, de sus riquezas, de su administración. Hasta hoy depende demasiado de las potencias extranjeras. El Occidente la sojuzga y la opprime. El pacto de Washington, por ejemplo, no ha sido sino un esfuerzo por establecer las fronteras de la influencia y del dominio de cada potencia en la China.

Bertrand Russell, en su *Problem of China*, dice que la situación china tiene dos soluciones: la transformación de la China en una potencia militar eficiente para imponerse al respeto del extranjero o la inauguración en el mundo de una era socialista. La primera solución, no sólo es detestable, sino absurda. El poder militar no se improvisa en estos tiempos. Es una consecuencia del poder económico. La segunda solución, en cambio, parece hoy mucho menos lejana que en los días de acre reaccionarismo en que Bertrand Russell escribió su libro. La *chance* del socialismo ha mejorado de entonces a hoy. Basta recordar que los amigos y correligionarios de Bertrand Russell están en el gobierno de Inglaterra. Aunque, realmente, no la gobiernen todavía.

IRLANDA E INGLATERRA*

El problema de Irlanda aún está vivo. De Valera, el caudillo de los *sinn feiners*, vuelve a agitar la escena irlandesa. Irlanda no se aquietá. Desde 1922, le ha sido reconocido el derecho de vivir autónomamente dentro de la órbita y los confines morales, militares e internacionales de la Gran Bretaña. Pero no a todos los irlandeses les basta esta independencia. Quieren sentirse libres de toda coerción, de toda tutela británica. No se conforman de tener una administración interna propia; aspiran a tener, también, una política exterior propia. Este sentimiento debe ser muy hondo cuando ni los compromisos ni las derrotas consiguen domesticarlo ni abatirlo. No es posible que un pueblo luche tanto por una ambición arbitaria.

Luis Araquistain escribía una vez que Irlanda, católica y conservadora, fuera de la Gran Bretaña viviría menos democrática y liberalmente. Por consiguiente, reteniéndola dentro de su imperio, y oprimiéndola un poco, Inglaterra servía los intereses de la Democracia y la Libertad. Este juicio paradójico y simplista correspondía muy bien a la mentalidad de un escritor democrático y aliadófilo como Araquistain entonces. Pero un examen atento de las cosas no lo confirmaba; lo contradecía. Las clases ricas y conservadoras de Irlanda se han contentado, generalmente, con un *home rule*. El proletariado, en cambio, se ha declarado siempre republicano, revolucionario, más o menos "feniano", y ha reclamado la autonomía incondicional del país. Araquistain prejuzgaba la cuestión, antes de ahondar su estudio.

Sin embargo, la alusión a la catolicidad irlandesa, lo colocaban aparentemente en buen camino, aprehendía imprecisamente una parte de la realidad. El conflicto entre el catolicismo y el protestantismo es, efectivamente, algo más

que una querella metafísica, algo más que una secesión religiosa. La Reforma protestante contenía tácitamente la esencia, el germen de la idea liberal. Protestantismo, liberalismo aparecieron sincrónica y solidariamente con los primeros elementos de la economía capitalista. No por un mero azar, el capitalismo y el industrialismo han tenido su principal asiento en pueblos protestantes. La economía capitalista ha llegado a su plenitud sólo en Inglaterra y Alemania, y dentro de estas naciones, los pueblos de confesión católica, han conservado instintivamente gustos y hábitos rurales y medioevales. Baviera, por ejemplo, es campesina. En su suelo se aclimata con dificultad la gran industria. Las naciones católicas han experimentado el mismo fenómeno. Francia —que no puede ser juzgada sólo por el cosmopolitismo de París— es prevalentemente agrícola. Su población es *trés paysanne*. Italia ama la vida del agro. Su demografía la ha empujado por la vía del trabajo industrial. Milán, Turín, Génova, se han convertido, por eso, en grandes centros capitalistas. Pero en la Italia meridional sobreviven algunos residuos de la economía feudal. Y, mientras en las ciudades italianas del norte el movimiento modernista fue una tentativa para rejuvenecer los dogmas católicos, el mediodía italiano no conoció nunca ninguna necesidad heterodoxa, ninguna inquietud erética. El protestantismo aparece, pues, en la historia, como la levadura espiritual del proceso capitalista. Pero ahora que la economía capitalista, después de haber logrado su plenitud, entra en un período de decadencia, ahora que en su entraña se desarrolla una nueva economía, que pugna por reemplazarla, los elementos espirituales de su crecimiento pierden, poco a poco, su valor histórico y su ánimo beligerante. ¿No es síntomático, no es nuevo, al menos, el hecho de que las diversas iglesias cristianas empiecen a aproximarse? Desde hace algún tiempo se debate la posibilidad de reunir en una sola a todas las iglesias cristianas y se constata que las causas de su enemistad y de su concurrencia se han debilitado. El libre examen asusta a los católicos mucho menos que en los días de la lucha contra la Reforma. Y, al mismo tiempo, el libre examen parece menos combativo, menos cismático que entonces.

No es, por ende, el choque entre el catolicismo y el protestantismo, tan amortiguado por los siglos y las cosas, lo que se opone a la convivencia cordial de Irlanda e Inglaterra. En Irlanda la adhesión al catolicismo tiene un fondo de pasión nacionalista. Para Irlanda su catolicidad, su lengua,

* Publicado en *Variedades*, Lima, 25 de octubre de 1924.

son, sobre todo, una parte de su historia, una prueba de su derecho a disponer autonómicamente de sus destinos. Irlanda defiende su religión como uno de los hechos que la diferencian de Inglaterra y que atestiguan su propia fisonomía nacional. Por todas estas válidas razones, un espectador objetivo no puede distinguir en este conflicto únicamente una Irlanda reaccionaria y una Inglaterra democrática y evolucionista.

Inglaterra ha usado, sagazmente, sus extensos medios de propaganda para persuadir al mundo de la exageración y de la exorbitancia de la rebeldía irlandesa. Ha inflado artificialmente la cuestión de Ulster con el fin de presentarla como un obstáculo insuperable para la independencia irlandesa. Pero malogrado sus esfuerzos, —no se mistifica la historia— no ha podido ocultar la evidencia, la realidad de la nación irlandesa, coercitiva y militarmente obligada a vivir conforme a los intereses y a las leyes de la nación británica. Inglaterra ha sido impotente para asimilarse al pueblo irlandés, impotente para soldarlo a su imperio, impotente para domar su acendrado sentimiento nacional. El método marcial que ha empleado para reducir a la obediencia a Irlanda, ha alimentado en el ánimo de ésta una voluntad irreductible de resistencia. La historia de Irlanda, desde la invasión de su territorio por los ingleses, es la historia de una rebeldía pasiva, latente, unas veces; guerrera y violenta otras. En el siglo pasado la dominación británica fue amenazada por tres grandes insurrecciones. Después, hacia el año 1870 Isaac Butt promovió un movimiento dirigido a obtener para Irlanda un *home rule*. Esta tendencia prosperó. Irlanda parecía contentarse con una autonomía discreta y abandonar la reivindicación integral de su libertad. Consiguió así que una parte de la opinión inglesa considerase favorablemente su nueva y moderada reivindicación. El *home rule* de Irlanda adquirió en la Gran Bretaña muchos partidarios. Se convirtió, finalmente, en un proyecto, en una intención de la mayoría del pueblo inglés. Pero vino la guerra mundial y el *home rule* de Irlanda fue olvidado. El nacionalismo irlandés recobró su carácter insurreccional. Esta situación produjo la tentativa de 1916. Luego, Irlanda, tratada marcialmente por Inglaterra, se aprestó para una batalla definitiva. Los nacionalistas moderados, autores del *home rule*, perdieron la dirección y el control del movimiento autonomista. Los reemplazaron los *sinn feiners*. La tendencia *sinn feiner* creada por Arthur Griffith, nació en 1906. En sus primeros años tuvo una actividad teórica y literaria; pero, modificada gradualmente por los

ractores políticos y sociales, atrajo a sus rangos a los soldados más enérgicos de la independencia irlandesa. En las elecciones de 1918, el partido nacionalista no obtuvo sino seis puestos en el parlamento inglés. El partido *sinn feiner* conquistó setenta y tres. Los diputados *sinn feiners* decidieron boicotear la cámara británica y fundaron un parlamento irlandés. Esta es una declaración formal de guerra a Inglaterra. Tornó a flote entonces el proyecto de *home rule* irlandés, que, aceptado finalmente por el parlamento británico, concedía a Irlanda la autonomía de un *dominion*. Los *sinn feiners*, sin embargo, siguieron en armas. Dirigido por De Valera, su gran agitador, su gran *leader*, el pueblo irlandés no se contentaba con este *home rule*. Mas con el *home rule* Inglaterra logró dividir la opinión irlandesa. Una escisión comenzó a bosquejarse en el movimiento nacionalista. Inglaterra e Irlanda buscaron, en fin, a fines de 1921, una fórmula de transacción. Triunfaba una vez más en la historia de Inglaterra la tendencia al compromiso. Los autonomistas irlandeses y el gobierno británico llegaron en diciembre de 1921 a un acuerdo que dio a Irlanda su actual constitución. El partido *sinn feiner* se escindió. La mayoría —64 diputados— votó en la cámara irlandesa a favor del compromiso con Inglaterra: la minoría de De Valera —57 diputados— votó en contra. La oposición entre los dos grupos era tan honda que causó una guerra civil. Vencieron los partidarios del pacto con Inglaterra y De Valera fue encerrado en una cárcel. Ahora, en libertad otra vez, vuelve a la empresa de sacudir y emocionar revolucionariamente a su pueblo.

Estos románticos *sinn feiners* no serán vencidos nunca. Representan el persistente anhelo de libertad de Irlanda. La burguesía irlandesa ha capitulado ante Inglaterra; pero una parte de la pequeña burguesía y el proletariado han continuado fieles a sus reivindicaciones nacionales. La lucha contra Inglaterra adquiere así un sentido revolucionario. El sentimiento nacional se confunde, se identifica con un sentimiento clasista. Irlanda continuará combatiendo por su libertad hasta que la conquiste plenamente. Sólo cuando realicen su ideal perderá éste para los irlandeses su actual importancia.

Lo único que podrá, algún día, reconciliar y unir a ingleses e irlandeses es aquello que aparentemente los separara. La historia del mundo está llena de estas paradojas y de estas contradicciones que, en verdad, no son tales contradicciones ni tales paradojas.

LA LIBERTAD Y EL EGIPTO*

Despedida de algunos pueblos de Europa, la Libertad parece haber emigrado a los pueblos de Asia y de África. Renegada por una parte de los hombres blancos, parece haber encontrado nuevos discípulos en los hombres de color. El exilio y el viaje no son nuevos, no son insólitos en su vida. La pobre Libertad es, por naturaleza, un poco nómada, un poco vagabunda, un poco viajera. Está ya bastante vieja para los europeos. (Es la Libertad jacobina y democrática, la Libertad del gorro frigio, la Libertad de los derechos del hombre.) Y hoy los europeos tienen otros amores. Los burgueses aman a la Reacción, su antigua rival, que reaparece armada del hacha de los lictores y un tanto modernizada, trucada, empolvada, con un tocado a la moda, de gusto italiano. Los obreros han desposado a la igualdad. Algunos políticos y capitanes de la burguesía osan afirmar que la Libertad ha muerto. "A la Dea Libertad —ha dicho Mussolini— la mataron los demagogos." La mayoría de la gente, en todo caso, la supone valetudinaria, achacosa, domesticada, deprimida. Sus propios escuderos actuales He-rrriot, Mac Donald, etc., se sienten un poco atraídos por la igualdad, la dea proletaria la nueva dea; y su último caballero, el Presidente Wilson, quiso imponerle una disciplina presbiteriana y un léxico universitario completamente absurdos en una Libertad coqueta y entrada en años.

Probablemente, lo que más que todo resiente a la vieja dama es que los europeos no la consideren ya revolucionaria. El caso es que se propone, ostensiblemente, demostrarles que no es todavía estéril ni inocua. Una gran parte de la humanidad puede aún seguirla. Su seducción resulta vieja en Europa; pero no en los continentes que hasta ahora no la han poseído o que la han gozado incompletamente. Ahí la pobre divorciada encontrará fácilmente quien la despose. ¿No ha sido acaso, en su nombre, que las democracias occi-

dentales han combatido, en la gran guerra contra la gente germana, nibelunga, imperialista y bárbara?

La Libertad jacobina y democrática no se equivoca. Es, en efecto, una Libertad vieja; pero en la guerra las democracias aliadas tuvieron que usarla, valorizarla y rejuvenecerla para agitar y emocionar al mundo contra Alemania. Wilson la llamaba la Nueva Libertad. Ella, musa inagotable y clásica, inspiró los catorce puntos. Y más puntos les hubiera dado a los aliados si más puntos hubiesen necesitado éstos para vencer. Pero sólo catorce, todos variaciones del mismo motivo, —libertad de los mares, libertad de las naciones, libertad de los Dardanelos, etc.— bastaron al presidente Wilson y a las democracias aliadas para ganar la guerra. La Libertad, después de alcanzar su máxima apoteosis retórica, comenzó entonces a tramontar. Las democracias aliadas pensaron que la Libertad, tan útil, tan buena en tiempos de guerra, resultaba excesiva e incómoda en tiempos de paz. En la conferencia de Versalles le dieron un asiento muy modesto y, luego, en el tratado intentaron degollarla, tras de algunas fórmulas equívocas y falaces.

Pero la Libertad había huido ya a Egipto. Viajaba por el África, el Asia y parte de América. Agitaba a los hindúes, a los persas, a los turcos, a los árabes. Desterrada del mundo capitalista, se alojaba en el mundo colonial. Su hermana menor, la igualdad, victoriosa en Rusia, la auxiliaba en esta campaña. Los hombres de color la aguardaban desde hacía mucho tiempo. Y, ahora, la amaban apasionadamente. Maltratada en los mayores pueblos de Europa, la anciana Libertad volvía a sentirse, como en su juventud, aventurera, conspiradora, carbonaria, demogógica.

Este es uno de los dramas de post-guerra. No sólo acontece que Asia y África, como dice Gorky, han perdido su antiguo, supersticioso respecto a la superioridad de Europa, a la civilización de Occidente. Sucede también que los asiáticos y los africanos han aprendido a usar las armas y los mitos de los europeos. No todos condenan misticamente, como Gandhi, la "satánica civilización europea". Todos, en cambio, adoptan el culto de la Libertad y muchos coquetean con el Socialismo.

Inglaterra es, naturalmente, la nación más damnificada por esta agitación. Pero es, también, la que con más astutos medios defiende su imperio. A veces se desmanda en el uso de métodos marciales, crueles y sangrientos; pero vuelve, invariablemente, a sus métodos sagaces. La vía del compromiso es siempre su vía predilecta. Las

* Publicado en *Variedades*, Lima, 1º noviembre de 1924.

colonias inglesas no se llaman hoy colonias; se llaman dominios. Inglaterra les ha concedido toda la autonomía compatible con la unidad imperial. Les ha consentido dejar el imperio como vasallos para volver a él como asociados. Mas no todas las colonias británicas se contentan con esta autonomía. El Egipto, por ejemplo, lucha esforzadamente por reconquistar su independencia. Y no la quiere relativa, aparente, condicionada.

Hace más de cuarenta años que los ingleses se instalaron militarmente en tierra egipcia. Algunos años antes habían desembarcado ya en el Egipto sus funcionarios, su dinero y sus mercaderías. Inglaterra y Francia habían impuesto en 1879 a los egipcios su control financiero. Luego, la insurrección de 1882 había sido aprovechada por Inglaterra para ocupar marcialmente el valle del Nilo.

El Egipto siguió siendo, formalmente, un país tributario de Turquía; pero, prácticamente, se convirtió en una colonia británica. Los funcionarios, las finanzas y los soldados británicos mandaban en su administración, su política y su economía. Cuando vino la guerra, los últimos vínculos formales del Egipto con Turquía quedaron cortados. El khedive fue depuesto. Lo reemplazó un sultán nombrado por Inglaterra. Se inauguró un período de franco y marcial protectorado británico. Conseguida la victoria, Inglaterra negó al Egipto participación en la Paz. Zagloul Pachá debía haber representado a su pueblo en la conferencia; pero Inglaterra no aceptó la fastidiosa presencia de los delegados egipcios. Deportado a la isla de Malta, Zagloul Pachá debió guardar mejor coyuntura y mejores tiempos. El Egipto insurgió violentamente contra la Gran Bretaña. Los ingleses reprimieron duramente la insurrección. Mas comprendieron la urgencia de parlamentar con los egipcios. La crisis post-bélica desgarraba Europa. Los vencedores se sentían menos arrogantes y orgullosos que en los días de embriaguez del armisticio. Una misión de funcionarios británicos desembarcó en diciembre de 1919 en el Egipto para estudiar las condiciones de una autonomía compatible con los intereses imperiales. El pueblo egipcio la boycotó y la aisló. Pero, algunos meses después, llamados a Londres, los representantes del nacionalismo egipcio debatieron con el gobierno británico las bases de un convenio. Las negociaciones fracasaron. Inglaterra quería conservar el Egipto bajo su control militar. Sus condiciones de paz eran inconciliables con las reivindicaciones egipcias.

Gobernaban entonces el Egipto, acaudillados por Adly Pachá, los nacionalistas moderados, que eran impotentes para dominar la ola insurreccional. Hubo, por esto, una tentativa de entendimiento entre estos y los nacionalistas integrales de Zagloul Pachá. Pero la colaboración aparecía inasequible. Adly Pachá continuó tratando sólo con los ingleses, sin avanzar en el camino de un acuerdo. La agitación, después de un compás de espera, volvió a hacerse intensa y tumultuosa. Varias explosiones nacionalistas provocaron, otra vez, la represión y Zagloul Pachá, que había regresado al Egipto, aclamado por su pueblo, sufrió una nueva deportación. A principios de 1922 una parte de los nacionalistas egipcios pareció inclinada a adoptar los métodos gandianos de la no-cooperación. Eran los días de plenitud del gandhismo. Inglaterra insistió, sin éxito, en sus ofrecimientos de paz.

Así arribó el conflicto a las últimas elecciones egipcias, en las cuales una abrumadora mayoría votó por Zagloul Pachá. El sultán tuvo que llamar al gobierno al caudillo nacionalista. Su victoria coincidía, aproximadamente, con la del *Labour Party* en las elecciones inglesas. Y las negociaciones entraron, consecuentemente, en una etapa nueva. Pero esta etapa ha sido demasiado breve. Zagloul Pachá ha estado, recientemente, en Londres, y ha conversado con Mac Donald. El diálogo entre el laborista británico y el nacionalista egipcio no ha podido desembocar en una solución. Se ha efectuado en días en que el gobierno laborista estaba vacilante. Zagloul Pachá ha vuelto, pues, a su país, con las manos vacías. La cuestión sigue integralmente en pie.

No puede predecirse, exactamente, su porvenir. Es probable que si Zagloul Pachá no consigue prontamente la independencia del Egipto, su ascendiente sobre las masas decaiga. Y que prosperen en el Egipto corrientes más revolucionarias y energicas que la suya. El poder ha pasado en el Egipto a tendencias cada vez más avanzadas. Primero lo conquistaron los nacionalistas moderados. Más tarde, tuvieron estos que cederlo a los nacionalistas de Zagloul Pachá. La última palabra la dirán los obreros y los *fellahs*, en cuyas capas superiores se bosqueja un movimiento clásista.

La suerte del Egipto está vinculada a los acontecimientos políticos de Europa. De un gobierno laborista podrían esperar los egipcios concesiones más liberales que de cualquier

otro gobierno británico. Pero la posibilidad de que los laboristas gobiernen, plenamente, efectivamente, Inglaterra, no es inmediata. Les queda a los egipcios el camino de la insurrección y la violencia. ¿Eligirá esta vía Zagloul Pachá? Será difícil, ciertamente, que el Egipto se decida a la guerra, antes que Inglaterra a la transacción. Sin embargo, las cosas pueden llegar a un punto en que la transacción resulte imposible. Esto sería una lástima para el clásico método del compromiso. ¿Pero acaso la crisis contemporánea no es una crisis de todo lo clásico?

POLÍTICA ALEMANA*

Las elecciones de diciembre no han modificado el problema parlamentario de Alemania. La posición de los partidos en el Reichstag no ha variado fundamentalmente. Vana ha sido esta nueva movilización de fuerzas electorales. El problema sigue planteado casi en los mismos términos que antes. Ningún bando ha vencido. La lucha tiene el fatigante proceso de una guerra de trincheras.

Para comprender esta lucha, conviene recordar previamente la demarcación de los sectores electorales y parlamentarios alemanes. Revistemos rápidamente los partidos y las tendencias.

La extrema derecha está formada por el partido fascista o *Deutsch Voelkish*, que comanda, marcialmente, el generalísimo Ludendorff. Viene luego el partido *Deutsch National* o pangermanista que reúne en su rango a los *junkers*, a los grandes terratenientes y a todos los conservadores de tipo clásico. Militan en esta facción reaccionaria y anti-semítas Von Tirpitz y otros monarquistas conspicuos. El plan Dawes dividió a los pangermanistas en dos fracciones. Una fracción se mantuvo fiel a la plataforma electoral del partido, agresivamente adversa a la aceptación del plan Dawes. La otra fracción abandonó esa plataforma intransigente. La derecha termina en el partido populista (Volks-Partei) acaudillado actualmente por Stressemann. Este partido es el órgano político de la gran industria. En sus filas maniobraba Hugo Stinnes. Programáticamente monarquista, acepta la república como un régimen eventual y transitorio.

Una parte de los populistas propugna la coalición con los pangermanistas; otra parte se inclina a la colaboración con los grupos centristas.

Constituyen el centro los católicos y los demócratas. En el partido católico se destacan las figuras de los ex-cancilleres Marx y Wirth. La composición social del partido católico es heterogénea. Su cúspide es burguesa; su base, proletaria. Los sindicatos de obreros católicos trabajan por una política social-democrática; la burguesía católica, en tanto, se resiste a romper con las derechas. El partido demócrata es el partido de Bernstoff y del "Berliner Tageblatt". Una bala nacionalista abatió en 1922 a su gran *leader* Walther Rethenau. Los demócratas tienden, en su mayoría, a la colaboración con los socialistas. Católicos y demócratas defienden la república contra la reacción monárquista.

La izquierda es, por antonomasia, el sector de la socialdemocracia. Está constituida por el partido socialista unificado. Los hombres más destacados de su estado mayor son Müller, Scheidemann, Hilferding, Breischeidt, Crispin, Ebert. Los socialistas forman el grupo más fuerte del nuevo Reichstag. En las elecciones de noviembre han conquistado 130 asientos. La extrema izquierda es el sector del comunismo. El partido comunista alemán, que procede del movimiento espartaquista de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, desenvuelve, como es notorio, una política intransigentemente clasista y revolucionaria.

Las elecciones de mayo crearon una complicada situación parlamentaria. Llevaron a la cámara una gruesa patrulla fascista y una más gruesa patrulla comunista. Reforzarón, a expensas de los otros partidos burgueses, al partido pangermanista. Ninguna sólida combinación ministerial era posible dentro de esta situación. El núcleo de un ministerio tenía que ser el centro. Pero este ministerio centrista necesitaba apoyarse, de una parte, en los votos de los populistas y, de otra parte, en los votos de los socialistas. Y un compromiso entre los populistas y los socialistas resultaba cada vez más difícil. Los populistas pugnaban porque el eje del gobierno se desplazase del centro a la derecha. Preconizaban una concentración de los partidos burgueses. Querían modificar las bases parlamentarias del gobierno, reemplazando a los socialistas con los pangermanistas. Los católicos y los demócratas se oponían, naturalmente, a esta combinación ministerial destinada a dar el predominio a las derechas. El centro se negaba a dejarse absorber por las derechas cediendo a los populistas su propio papel en el gobierno.

Transitoriamente, la necesidad de negociar con las potencias aliadas respecto al plan Dawes impuso la reorganización del ministerio Marx-Stressemann. El *leader* católico y el *leader* populista representaron a Alemania en la conferencia de Londres. Pactaron y suscribieron las condiciones de la ejecución del plan Dawes. Obtuvieron, luego, su aprobación por el Reichstag. La solución Dawes convenía a los intereses de los populistas y los socialistas. Una momentánea inteligencia sobre este terreno fue, pues, posible. Los propios pangermanistas no pudieron negarle, unánime y compactamente, su voto.

Pero, una vez superada esta situación, el conflicto entre la derecha y el centro reapareció en el ministerio Marx-Stressemann. Los demócratas y los católicos pensaron entonces que únicamente nuevas elecciones podían resolver este conflicto. La hora les parecía, además, propicia para apelar al voto del pueblo. Los primeros efectos económicos del plan Dawes difundían en Alemania la sensación de un retorno a la normalidad. El malestar, el descontento, la exasperación, que habían empujado en mayo a muchas personas a votar por los partidos extremistas, disminuían ahora en intensidad y en extensión. Los socialistas, por su parte, participaban también de estas previsiones.

La convocatoria a nuevas elecciones fue así decidida.

Los demócratas, los católicos y los socialistas movilizaron todas sus energías. Su bandera electoral era la defensa de la república. Esta afirmación republicana significaba una respuesta a las maniobras de Stressemann y los populistas por llevar al poder a un partido explícita y característicamente monárquista como el partido pangermanista o *deutsch national*. Los partidos republicanos disponían de los recursos y elementos necesarios para una gran campaña electoral. Su posición en el gobierno les consentía, además, una ilimitada propaganda. Los pangermanistas y los populistas, a su turno, no se encontraban por cierto en condiciones desventajosas. La plutocracia agraria y la plutocracia industrial financiaban, respectivamente, su campaña. Las circunstancias de la lucha aparecían desfavorables únicamente para los fascistas y los comunistas. El fascismo tudesco jugó su única carta en el *putsch* de Munich. El fracaso de ese golpe de mano, incubado en una cervecería, desacreditó a los *condottieri* fascistas, que la

luz de tal episodio exhibió como dos grotescos y mediocres tartarines. Constatado su tramonto, los mecenos del fascismo no tenían ya, de otro lado, el mismo interés de antes en abastecer de fondos a esta facción. El comunismo, por su parte, llegaba a las elecciones encarnizadamente perseguido. La disolución de la cámara había señalado el principio de una vasta y metódica ofensiva policial contra los agitadores y organizadores comunistas. El peculio del partido comunista, finalmente, no había convalecido aún de los gastos de la campaña electoral de mayo.

Realizada en estas condiciones, la votación de diciembre no ha correspondido a las esperanzas del bloque republicano. Pero tampoco ha dado la razón a las derechas. La situación parlamentaria no ha cambiado sustancialmente. Los pan-germanistas y los populistas, los demócratas y los católicos han ganado unos pocos votos. Los socialistas, que han sido los más favorecidos por los escrutinios, han obtenido treinta asientos más que en mayo. La peor parte ha tocado, como era natural, a los fascistas. El número de sus diputados, que en mayo subió a treintidós, en diciembre ha descendido a catorce. Los comunistas eran sesenta en la cámara de mayo. En la nueva cámara son cuarenta y cinco.

Estos resultados electorales, que no resuelven ni definen nada, han causado una de las más enredadas crisis ministeriales.

Reclamada por Stressemann la organización de un nuevo ministerio con el concurso de los pan-germanistas, el contraste entre la derecha y el centro ha tenido que exacerbarse y agriarse. Marx no ha podido esta vez combinar un ministerio centrista, tolerado y asistido, a la derecha, por los populistas, y, a la izquierda, por los socialistas. La gastada fórmula centrista no ha conseguido prevalecer. Mas Stressemann y su *Volks-Partei* tampoco han logrado imponer una fórmula derechista. El centro conserva sus antiguas fuerzas frente a las derechas. Los socialistas constituyen, además, una fuerza mayor que antes. No es el caso, por tanto, de pensar en una coalición de partidos burgueses bastante extensa y compacta para rechazar los ataques de los socialistas y los comunistas. Los demócratas y los católicos, al menos en sus estratos populares, no pueden aceptar el papel de comparsas de un ministerio reaccionario y monárquico.

Por esto, un ministerio de administración resulta el único ministerio posible. El doctor Luther ha sido encargado de la ardua fatiga. Pero, cualquiera que sea el éxito de sus gestiones, a un ministerio de administración —ministerio de técnicos y burócratas— no se le puede pronosticar larga vida. Un gobierno de esta índole reposará en una mayoría aleatoria e inestable. Su equilibrio es muy difícil. Un gabinete que vive de concenso de partidos e intereses encontrados es como una nave que navega entre arrecifes. El forcejeo de los partidos ministeriales por acaparar la mayor suma de poder, tiene que fracturar inevitablemente, en el instante menos previsto, la convencional y precaria mayoría que sostenga un sedicente ministerio de administración.

Mientras viva parlamentaria y democráticamente, Alemania no podrá pasar de un gobierno de coalición a un gobierno de partido. En esto, evidentemente, la suerte de la democracia alemana no se diferencia de la suerte de las otras democracias. En la democracia inglesa, cierto, el partido conservador ha conseguido conquistar, —a despecho de la teoría de que los parlamentos no pueden producir hoy sino gobiernos de coalición— la totalidad del poder. Pero este caso sólo se puede dar en Inglaterra, que, en materia de partidos, como en todas las cosas, ha sido siempre un país de gustos muy soberbios. En Inglaterra, de otro lado, se ha producido un fenómeno singular de concentración burguesa. Los liberales han sido casi completamente absorbidos por los laboristas. En Alemania a una concentración burguesa se opone el conflicto entre los fautores de la república y los fautores de la monarquía. Alemania tiene que oscilar forzosamente entre un bloque de derechas y un bloque de izquierdas. Y ya vemos cuán difícil aparece, no sólo el prevalecimiento de un bloque sobre otro, sino la misma organización, más o menos duradera, de uno y otro conglomerado. El problema político de Alemania continuará, por mucho tiempo, sin solución. Y es que esta solución, según los más seguros indicios, no puede ser una solución electoral.

LA BATALLA LIBERAL EN ITALIA*

Varias veces me he ocupado de la abdicación del liberalismo y la democracia ante el fascismo. La fortuna política de Mussolini y sus brigadas de "camisas negras" no se explica sino como una consecuencia de esa abdicación. La burguesía armó y financió al fascismo. La prensa demo-liberal le concedió su favor y su ternura. El Estado toleró sus *raids* y sus expediciones anti-proletarias. Luego, cuando el fascismo, convertido en una prepotente facción armada, reclamó el gobierno, la burguesía italiana casi no vaciló en confiárselo.

La marcha sobre Roma encontró muy escasa resistencia en los autores del ideario liberal y democrático. La burguesía puso a disposición del fascismo sus diarios, sus políticos, su dinero, todos o casi todos sus instrumentos de dominio de la opinión pública. Los diputados fascistas no eran sino treinta y cinco. A sus votos se sumaban en la cámara los de los nacionalistas, los agrarios y otros elementos de la extrema derecha; pero, aún con estas adiciones, el fascismo y el filo-fascismo constituyan en el parlamento una minoría reducida. Cada uno de los partidos de masas, el socialista y el popular o católico, contaba en la cámara con una representación más numerosa que la de todos los grupos de derecha coaligados. Y los grupos liberales conservaban la mayoría absoluta. El liberalismo no quiso, sin embargo, asumir la defensa de la legalidad. Aceptó y sancionó el golpe de estado mussoliniano. Y decidió con su ejemplo a los populares a acordar también su adhesión al nuevo régimen. Pocos liberales se mantuvieron fieles al programa liberal: Nitti, Améndola, Sforza, Albertini. La gran mayoría, con Orlando, Giolitti y De Nicola a la cabeza, capituló ante el fascismo. (Salandra y sus liberales de derecha marchaban al flanco de Mussolini desde mucho tiempo antes del golpe de Estado.) Los liberales y los

populares dieron toda su colaboración al primer gabinete de Mussolini. Colonna di Cesaró, uno de los *leaders* hoy de la oposición del Aventino, fue uno de los ministros de ese gabinete.

Más tarde, el conflicto entre la mentalidad democrática y la mentalidad fascista, que ningún compromiso podía soportar, empezó a manifestarse. Los fascistas anuncianan su intención de sustituir el Estado demo-liberal por un Estado fascista. Este Estado fascista no era claramente definido por sus teóricos. Se le asignaba, vagamente, un mecanismo sindical. Pero, en todo caso, se le atribuía un carácter esencialmente anti-democrático y anti-parlamentario. Sin embargo, larvada, confusa, caótica, la teoría fascista no impresionaba demasiado a la enervada democracia italiana, más sensible, sin duda, a la praxis fascista, asaz tundente y categórica. La cachiporra, el hacha del lictor y el aceite de ricino extirpaban, más eficaz y precisamente que cualquier argumento, todo equívoco sobre la función y el espíritu del fascismo. El grueso del partido popular, conducido e inspirado por Don Sturzo, se pronunció contra el método fascista. Colonna di Cesaró dejó el gobierno. Mas esta secesión maduraba muy lentamente.

Las elecciones de abril del año pasado encontraron aún indecisa o claudicante a la mayoría de las dispersas fuerzas del liberalismo y la democracia. Mussolini obtuvo su adhesión a una lista de candidatos ministeriales. Salandra, Orlando, De Nicola, Sem Benelli, figuraron en esta lista, mezclados y confundidos con los más incandescentes "camisas negras". Giolitti, que encabezó en su circunscripción territorial una lista independiente, cuidó de afirmar su independencia de la oposición mucho más que su independencia del fascismo. Sólo tres grupos demo-liberales, se enfrentaron al fascismo, regional y separadamente, en las elecciones de abril: el de Colonna di Cesaró en Sicilia, el de Bonomi en la Lombardía y el de Améndola en Nápoles y Salerno. El resto de los liberales no supo ni quiso diferenciarse del fascismo, no obstante que la incompatibilidad de la idea fascista y la idea liberal resultaba cada vez más evidente.

El asesinato de Matteotti mudó la situación. El fascismo, a medida que su responsabilidad se precisaba, perdía a sus aliados de la primera y de la segunda hora. La actitud de la oposición liberal tuvo, además, que acentuarse. Junto con los socialistas y los comunistas abandonaron la cámara los republicanos, los populares, los demócratas-

* Publicado en *Variedades*, Lima, 24 de enero de 1925.

sociales de Colonna di Cesaró y los demócratas constitucionales de Améndola. Quedó constituido el bloque del Aventino. *Il Corriere della Sera* del senador Albertini, antes opositora tibio, abrió contra el fascismo una acre campaña. *Il Gionarle d'Italia*, órgano que refleja marcadamente la opinión de la burguesía de la Italia meridional, rompió con el fascismo. Varios otros periódicos cambiaron, igualmente, de rumbo. El gobierno fascista empezó, además, a perder su antigua influencia sobre las asociaciones de combatientes y mutilados de guerra, Ricciotti y Peppino Garibaldi se plegaron a la oposición. Sem Benelli fundó la Liga Itálica específicamente adversa a la violencia fascista. Dos diputados fascistas, condecorados con la "medalla de oro", Viola y Ponzio di San Sebastiano, se separaron del fascismo. Dentro de la cámara, en torno de Giolitti y Orlando, pasados definitivamente a la oposición se formó una nueva minoría. A este bloque parlamentario se ha adherido últimamente Salandra, liberal de derecha, que hasta hace muy poco mantuvo cordialísimas relaciones con Mussolini y los "camisas negras".

El proceso Matteotti ha creado, según el bloque del Aventino, una cuestión moral. Améndola, uno de los *leaders* del Aventino, la define así:

Una cuestión moral, la cual envuelve todo el "régimen", domina la misma cuestión política. Todos entienden el sentido de estas palabras. Nosotros afirmamos que pertenece a la responsabilidad del régimen el haber practicado el delito, el haber cultivado el delito; nosotros rechazamos la justificación revolucionaria (desmentida por la verdad histórica y que el propio Mussolini dejó caer, en un cuarto de oro, ante el cadáver lacerado de Matteotti); nosotros afirmamos la incompatibilidad entre el gobierno del Estado y los hombres que de las responsabilidades criminosas del régimen están más o menos directamente acusados o que de ellas deben responder políticamente. Nosotros afirmamos, además, que el curso de la justicia, que persigue la indagación sobre el delito es obstaculizado y obstruido por la presencia de tales hombres en el gobierno.

Estas palabras han sido pronunciadas en la asamblea celebrada hace mes y medio en Milán por la oposición del Aventino. Precisando y completando más aún su sentido, ha dicho Améndola en este mismo discurso: "Sobre el terreno

político es posible avanzar o retroceder; sobre el terreno moral es necesario batirse hasta el extremo."

El programa de la oposición del Aventino se concreta en una sola palabra: Libertad. Cuando se plantea el programa de la libertad política, de la libertad civil, —dicen los grupos del Aventino para explicar su eventual coalición—, todos los demás problemas pasan a segundo término. No es el caso, sin embargo, de hablar de un renacimiento del liberalismo en Italia. Ya hemos visto cómo para el bloque del Aventino la campaña contra el gobierno fascista se funda en una cuestión moral más que en una cuestión política. Se cree inhabilitado y descalificado al fascismo para seguir ejerciendo el poder, no tanto por su método dictatorial y despótico como por la responsabilidad que sobre sus hombres arroja el asesinato de Matteotti. Si Matteotti no hubiese sido asesinado por una notoria cuadrilla de "camisas negras", el liberalismo no habría reaccionado tan resueltamente contra el fascismo. Lo que enemista a los fascistas y a los liberales más que la teoría y la praxis del fascismo son sus consecuencias y, sobre todo, sus responsabilidades. El fascismo de la marcha sobre Roma no era diferente del fascismo del proceso Matteotti. Sin embargo, el liberalismo, que casi no sintió ninguna necesidad de combatir al primero, siente una urgencia vivísima de combatir el segundo. La mayoría de los liberales y los demócratas, por tanto, no reacciona contra el fascismo; reacciona, más bien, contra su fracaso. Es imposible ver en su actual oposición al fascismo un verdadero renacimiento de la idea liberal y democrática.

Por otra parte, en la oposición del Aventino se confunden burgueses y proletarios. Mussolini la llama la "variopinta oposición". Y el término no es, en verdad, inexacto. Variopinto, pluricolor, heterogéneo, el bloque del Aventino lo es realmente. Contiene grupos y programas diversos y hasta antitéticos: liberales de varios matices ligados por una común adhesión a la monarquía constitucional; republicanos de ideología mazziniana que trabajan por obtener de la presente crisis un acrecentamiento del proselitismo de la república; populares o católicos a quienes su gran animador Don Sturzo ha dado un programa social-cristiano; socialistas unitarios y reformistas prontos a colaborar en el gobierno; socalistas maximalistas que oscilan entre la táctica colaboracionista y la táctica intransigente. Cada uno de estos grupos afirma, dentro del bloque del Aventino, la independencia de su propio programa.

Pero la batalla política que se libra presentemente en Italia contra el fascismo, no obstante todo esto, es siempre una batalla liberal. Los grupos que combaten a Mussolini formulan este desiderátum común: la normalización. La normalización quiere decir la vuelta a la legalidad. Claro que existen matices y grados en este anhelo. Para unos la legalidad es, sobre todo, un régimen de orden. Para otros la legalidad es, por encima de todas las cosas, un régimen de libertad. Más para unos y para otros significa la restauración del Estado demo-liberal. El bloque de la Cámara y el bloque del Aventino propugnan simplemente, una restauración. Por la revolución luchan sólo los comunistas. El partido comunista ha intentado empujar a los grupos del Aventino por una vía revolucionaria. Los ha invitado a funcionar como parlamento del pueblo en oposición al parlamento del fascismo. El bloque del Aventino se ha guardado mucho de escuchar esta invitación. A los intereses que representan Améndola, Colonna di Cesáro, el senador Albertini y el conde Sforza les interesa mucho que caigan Mussolini y el fascismo; pero les interesa mucho más todavía que su caída no comprometa la suerte de la burguesía. La burguesía torna a la idea liberal porque el experimento fascista la ha persuadido de que las instituciones y las leyes liberales son consustanciales con el desarrollo del capitalismo. El método fascista o reaccionario resucita truncamente la Edad Media con sus *condottieri*, sus jerarquías y sus corporaciones. Resucita un ambiente histórico que estorba el libre juego de los intereses y las fuerzas de la economía capitalista. Estimula y exaspera en las masas la tendencia revolucionaria. El fascismo, en suma, resulta un arma de dos filos. Al Medio Evo no se puede volver sin grandes peligros y molestias para la burguesía. Preferible es para la burguesía el orden democrático. El orden democrático que, según muchos augures, parece destinado, o mejor dicho condenado, a ceder el paso a un orden nuevo.

Este no es sólo el drama de la burguesía italiana. Es el drama de toda la burguesía europea. Imposibilidad de tomar al pasado. Imposibilidad de aceptar el porvenir.

EL PARTIDO BOLCHEVIQUE Y TROTSKY*

Nunca la caída de un ministro ha tenido en el mundo una resonancia tan extensa y tan intensa como la caída de Trotsky. El parlamentarismo ha habituado al mundo a las crisis ministeriales. Pero la caída de Trotsky no es una crisis de ministerio sino una crisis de partido. Trotsky representa una fracción o una tendencia derrotadas dentro del bolchevismo. Y varias otras circunstancias concurren, en este caso, a la sonoridad excepcional de la caída. En primer lugar, la calidad del *leader* en desgracia. Trotsky es uno de los personajes más interesantes de la historia contemporánea: *condottiere* de la revolución rusa, organizador y animador del ejército rojo, pensador y crítico brillante del comunismo. Los revolucionarios de todos los países han seguido atentamente la polémica entre Trotsky y el estado mayor bolchevique. Y los reaccionarios no han disimulado su magra esperanza de que la disidencia de Trotsky marque el comienzo de la disolución de la república soviética.

Examinemos el proceso del conflicto.

El debate que ha causado la separación de Trotsky del gobierno de los soviets ha sido el más apasionado y ardoroso de todos los que han agitado al bolchevismo desde 1917. Ha durado más de un año. Fue abierto por una memoria de Trotsky al Comité Central del Partido Comunista. En este documento, en octubre de 1923, Trotsky planteó a sus camaradas dos cuestiones urgentes: la necesidad de un "plan de orientación" en la política económica y la necesidad de un régimen de "democracia obrera" en el partido. Soste-

* Publicado en *Variedades*, Lima, 31 de enero de 1925. Véase "Trotsky", en *La escena contemporánea*, t. I, pp. 92-96, y los artículos "Trotsky y la oposición comunista" y "El exilio de Trotsky", reunidos en el segundo y en el tercer tomos de *Figuras y Aspectos de la Vida Mundial*, t. 18 y 19 de las Ediciones Populares de las Obras Completas [N. de los E.].

nía Trotsky que la revolución rusa entraba en una nueva etapa. La política económica debía dirigir sus esfuerzos hacia una mejor organización de la producción industrial que restableciese el equilibrio entre los precios agrícolas y los precios industriales. Y debía hacerse efectiva en la vida del partido una verdadera "democracia obrera".

Esta cuestión de la "democracia obrera" que dominaba el conjunto de las opiniones, necesita ser esclarecida y precisada. La defensa de la revolución forzó al partido bolchevique a aceptar una disciplina militar. El partido era gobernado por una jerarquía de funcionarios escogidos entre los elementos más probados y más adoctrinados. Lenin y su estado mayor fueron investidos por las masas de plenos poderes. No era posible defender de otro modo la obra de la revolución contra los asaltos y las acechanzas de sus adversarios. La admisión en el partido tuvo que ser severamente controlada para impedir que se filtrase en sus rangos gente arribista y equívoca. La "vieja guardia" bolchevique, como se denominaba a los bolcheviques de la primera hora, dirigía todas las funciones y todas las actividades del partido. Los comunistas convenían unánimemente en que la situación no permitía otra cosa. Pero, llegada la revolución a su séptimo aniversario, empezó a bosquejarse en el partido bolchevique un movimiento a favor de un régimen de "democracia obrera". Los elementos nuevos reclamaban que se les reconociese el derecho a una participación activa en la elección de los rumbos y los métodos del bolchevismo. Siete años de experimento revolucionario habían preparado una nueva generación. Y en algunos núcleos de la juventud comunista no tardó en fermentar la impaciencia.

Trotsky, apoyando las reivindicaciones de los jóvenes, dijo que la vieja guardia constituía casi una burocracia. Criticaba su tendencia a considerar la cuestión de la educación ideológica y revolucionaria de la juventud desde un punto de vista pedagógico más que desde un punto de vista político.

La inmensa autoridad del grupo de veteranos del partido —decía— es universalmente reconocida. Pero sólo por una colaboración constante con la nueva generación, en el cuadro de la democracia, conservará la vieja guardia su carácter de factor revolucionario. Si no, puede convertirse insensiblemente en la expresión más acabada del burocratismo.

mo. La historia nos ofrece más de un caso de este género. Citemos el ejemplo más reciente e impresionante: el de los jefes de los partidos de la Segunda Internacional. Kautsky, Bernstein, Guesde, eran discípulos directos de Marx y de Engels. Sin embargo, en la atmósfera del parlamentarismo y bajo la influencia del desenvolvimiento automático del organismo del partido y de los sindicatos, estos *leaders*, total o parcialmente, cayeron en el oportunismo. En la víspera de la guerra, el formidable mecanismo de la social-democracia, amparado por la autoridad de la antigua generación, se había vuelto el freno más potente del avance revolucionario. Y nosotros los "viejos" debemos decirnos que nuestra generación, que juega naturalmente el rol dirigente en el partido, no estaría absolutamente premunida contra el debilitamiento del espíritu revolucionario y proletario en su seno, si el partido tolerase el desarrollo de métodos burocráticos.

El estado mayor del bolchevismo no desconocía la necesidad de la democratización del partido; pero rechazó las razones en que Trotsky apoyaba su tesis. Y protestó vivamente contra el lenguaje de Trotsky. La polémica se tornó acre. Zinoviev confrontó los antecedentes de los hombres de la vieja guardia con los antecedentes de Trotsky. Los hombres de la vieja guardia —Zinoviev, Kamenev, Stalin, Rykov, etc.— eran los que, al lado de Lenin, habían preparado, a través de un trabajo tenaz y coherente de muchos años, la revolución comunista. Trotsky, en cambio, había sido menchevique.

Alrededor de Trotsky se agruparon varios comunistas destacados: Piatakov, Preobrajensky, Sapronov, etc. Karl Radek se declaró propugnador de una conciliación entre los puntos de vista del Comité Central y los puntos de vista de Trotsky. La "Pravda" dedicó muchas columnas a la polémica. Entre los estudiantes de Moscú las tesis de Trotsky encontraron un entusiasta proselitismo.

Mas el XIII Congreso del Partido Comunista, reunido a principios del año pasado, dio la razón a la vieja guardia que se declaró, en sus conclusiones, favorable a la fórmula de la democratización, anulando consiguientemente la bandera de Trotsky. Sólo tres delegados votaron en contra de las conclusiones del Comité Central. Luego, el congreso de la Tercera Internacional ratificó este voto.

Radek perdió su cargo en el Comité de la Internacional. La posición del estado mayor leninista se fortaleció, además, a consecuencia del reconocimiento de Rusia por las grandes potencias europeas y del mejoramiento de la situación económica rusa. Trotsky, sin embargo, conservó sus cargos en el Comité Central del Partido Comunista y en el consejo de comisarios del pueblo. El Comité Central expresó su voluntad de seguir colaborando con él. Zinoviev dijo en un discurso que, a despecho de la tensión existente, Trotsky sería mantenido en sus puestos influyentes.

Un hecho nuevo vino a exasperar la situación. Trotsky publicó un libro *1917* sobre el proceso de la Revolución de Octubre. No conozco aún este libro que hasta ahora no ha sido traducido del ruso. Los últimos documentos polémicos de Trotsky que tengo a la vista son los reunidos en su libro *Curso Nuevo*. Pero parece que *1917* es una requisitoria de Trotsky contra la conducta de los principales *leaders* de la vieja guardia en las jornadas de la insurrección. Un grupo de conspicuos leninistas —Zinoviev, Kamenev, Rykov, Miliutin y otros— discrepó entonces del parecer de Lenin. Y la disensión puso en peligro la unidad del partido bolchevique. Lenin propuso la conquista del poder. Contra esta tesis, aceptada por la mayoría del partido bolchevique, se pronunció dicho grupo. Trotsky, en tanto, sostuvo la tesis de Lenin y colaboró en su actuación. El nuevo libro de Trotsky, en suma, presenta a los actuales *leaders* de la vieja guardia, en las jornadas de octubre, bajo una luz adversa. Trotsky ha querido, sin duda, demostrar que quienes se equivocaron en 1917, en un instante decisivo para el bolchevismo, carecen de derecho para pretenderse depositarios y herederos únicos de la mentalidad y del espíritu leninistas.

Y esta crítica, que ha encendido nuevamente la polémica, ha motivado la ruptura. El estado mayor bolchevique debe haber respondido con una despiadada y agresiva revisión del pasado de Trotsky. Trotsky, como casi nadie ignora, no ha sido nunca un bolchevique ortodoxo. Perteneció al menchevismo hasta la guerra mundial. Unicamente a partir de entonces se acercó al programa y a la táctica leninistas. Y sólo en julio de 1917 se enroló en el bolchevismo. Lenin votó en contra de su admisión en la redacción de *"Pravda"*. El acercamiento de Lenin y Trotsky no quedó ratificado sino por las jornadas de octubre.

Y la opinión de Lenin divergió de la opinión de Trotsky respecto a los problemas más graves de la revolución. Trotsky no quiso aceptar la paz de Brest-Litovsk. Lenin comprendió rápidamente que, contra la voluntad manifiesta de los campesinos, Rusia no podía prolongar el estado de guerra. Frente a las reivindicaciones de la insurrección de Cronstadt, Trotsky volvió a discrepar de Lenin, que percibió la realidad de la situación con su clarividencia genial. Lenin se dio cuenta de la urgencia de satisfacer las reivindicaciones de los campesinos. Y dictó las medidas que inauguraron la nueva política económica de los soviets. Los leninistas tachan a Trotsky de no haber conseguido asimilarse al bolchevismo. Es evidente, al menos, que Trotsky no ha podido fusionarse ni identificarse con la vieja guardia bolchevique. Mientras la figura de Lenin dominó todo el escenario ruso, la inteligencia y la colaboración entre la vieja guardia y Trotsky estaban aseguradas por una común adhesión a la táctica leninista. Muerto Lenin, ese vínculo se quebraba. Zinoviev acusa a Trotsky de haber intentado con sus fautores el asalto del comando. Atribuye esta intención a toda la campaña de Trotsky por la democratización del partido bolchevique. Afirma que Trotsky ha maniobrado demagógicamente por oponer la nueva a la vieja generación. Trotsky, en todo caso, ha perdido su más grande batalla. Su partido lo ha ex-confesado y le ha retirado su confianza.

Pero los resultados de la polémica no engendrarán un cisma. Los *leaders* de la vieja guardia bolchevique, como Lenin en el episodio de Cronstadt, después de reprimir la insurrección, realizarán sus reivindicaciones. Ya han dado explícitamente su adhesión a la tesis de la necesidad de democratizar el partido.

No es la primera vez que el destino de una revolución quiere que ésta cumpla su trayectoria sin o contra sus caudillos. Lo que prueba, tal vez, que en la historia los grandes hombres juegan un papel más modesto que las grandes ideas.

SUN YAT SEN*

La Revolución China ha perdido su más conspicua figura. En los mayores episodios de su historia, ocupó Sun Yat Sen una posición eminente. Sun Yat Sen ha sido el *leader*, el *condottiere*, el animador máximo de una revolución que ha sacudido a cuatrocientos millones de hombres.

Perteneció Sun Yat Sen a esa innumerable falange de estudiantes chinos que, nutridos de ideas democráticas y revolucionarias en las universidades de la civilización occidental, se convirtieron luego en dinámicos y vehementes agitadores de su pueblo.

El sino histórico de la China quiso que esta generación de agitadores, educada en las universidades norteamericanas y europeas, crease en el escéptico y aletargado pueblo chino un estado de ánimo nacionalista y revolucionario en el cual debía formarse una vigorosa voluntad de resistencia al imperialismo norteamericano y europeo. Forzada por la conquista, la China salió de su clausura tradicional, para, luego, reentrar mejor en sí misma. El contacto con el Occidente fue fecundo. La ciencia y la filosofía occidentales no debilitaron ni relajaron el sentimiento nacional chino. Al contrario, lo renovaron y lo reanimaron. La transfusión de ideas nuevas rejuveneció la vieja y narcotizada ánima china.

La China sufría, en ese tiempo, los vejámenes y las exfoliaciones de la conquista. Las potencias europeas se habían instalado en su territorio. El Japón se había apresurado a reclamar su parte en el metódico despojo. La revuelta *bóxer* había costado a la China la pérdida de las últimas garantías de su independencia política y económica. Las finanzas de la nación se hallaban sometidas al control de las potencias extranjeras. La decrepita dinastía manchú, de otro lado, no podía oponer a la colonización

de la China casi ninguna resistencia. No podía suscitar ni presidir un renacimiento de la energía nacional. Impotente, inválida, ante ninguna abdicación de la soberanía nacional era ya capaz de retroceder. No la asistían ni la adhesión ni la confianza populares. Exangüe, anémica, extraña al pueblo, vegetaba lánguida y pálidamente. Representaba sólo una feudalidad moribunda, cuyas raíces tradicionales aparecían cada vez más envejecidas y soecavadas.

Las ideas nacionalistas y revolucionarias, difundidas por los estudiantes e intelectuales, encontraron, por consiguiente, una atmósfera favorable. Sun Yat Sen y el partido *Kuo-Ming-Tang* promovieron una poderosa corriente republicana. La China se aprestó a adoptar la forma y las instituciones demo-liberales de la burguesía europea y americana. No cabía, absolutamente, en la China, la transformación de la monarquía absoluta en una monarquía constitucional. Las bases de la dinastía manchú estaban totalmente minadas. Una nueva dinastía no podía ser improvisada. Sun Yat Sen no proponía, por consiguiente, una utopía. Había que intentar, de hecho, la fundación de una república, que no nacería, por supuesto, sólidamente cimentada, pero que, a través de las peripecias de un lento trabajo de afirmación, encontraría al fin su equilibrio. Los acontecimientos dieron la razón a estas previsiones.

La dinastía manchú se derrumbó, definitivamente, al primer embate recio de la revolución. La insurrección estalló en Wu Chang, capital de la provincia de Hu-Pei, el 10 de octubre de 1911. La monarquía no pudo defenderse. Fue proclamada la república. Sun Yat Sen, jefe de la revolución, asumió el poder. Pero Sun Yat Sen se dio cuenta de que su partido no estaba aún maduro para el gobierno. La dinastía había sido fácilmente vencida; pero los latifundistas, los *tuchuns*, los latifundistas del Norte conservaban sus posiciones. Las ideas liberales habían fructificado y prosperado en el Sur donde la población, mucho más densa, se componía principalmente de pequeños burgueses. En el Norte dominaba la gran propiedad. El partido *Kuo-Ming-Tang* no había conseguido desarrollarse allí.

Sun Yat Sen dejó el gobierno a Yuan Shi Kay que, dueño de un antiguo prestigio de estadista experto, contaba con el apoyo de la clase conservadora y de los jefes militares. El gobierno de Yuan Shi Kay representaba un compromiso. Le tocaba desenvolver una política de conciliación

* Publicado en *Variedades*, Lima, 28 de marzo de 1925.

de los intereses capitalistas y feudales con las ideas democráticas y republicanas de la revolución. Pero Yuan Shi Kay era un estadista del antiguo régimen. Un estadista escéptico respecto a los probables resultados del experimento republicano. Además, se apoderó pronto de él la ambición de devenir emperador. Y en diciembre de 1915 creyó llegada la hora de realizar su proyecto. La restauración resultó precaria. El nuevo imperio no duró sino ochenta y tres días. El sentimiento revolucionario, que se mantenía vigilante, volvió a imponerse. Abandonado por sus propios tenientes, Yuan Shi Kay tuvo que abdicar.

Pero, año y medio después, otra tentativa de restauración monárquica puso en peligro la república. Y, vencida entonces, la reacción no ha desarmado hasta ahora. El mandarínismo, el feudalismo, que la revolución no ha podido todavía liquidar, han conspirado incesantemente contra el régimen democrático. Tampoco la revolución ha desmovilizado sus legiones. Sun Yat Sen ha seguido siendo, hasta su muerte, uno de sus animadores.

En 1920, el conflicto entre las provincias del sur, dominadas por el partido *Kuo-Ming-Tang* y las provincias del norte dominadas por el partido *An-Fu* y por el caudillaje *tuchum*, produjo una secesión. Se constituyó en Cantón un gobierno independiente encabezado por Sun Yat Sen. Y este gobierno hizo de Cantón una ciudadela de la agitación nacionalista y revolucionaria. Condenó y rechazó el pacto suscrito en Washington en 1921 por las grandes potencias con el objeto de fijar los límites de su acción en la China. Combatió todos los esfuerzos de la dictadura del Norte por someter la China a un régimen excesivamente centralista, contrario a las aspiraciones de autonomía administrativa de las provincias. Contestó a la organización de un movimiento fascista, financiado por la alta burguesía de Cantón, con la movilización armada del proletariado.

Educado en la escuela de la democracia, Sun Yat Sen supo, sin embargo, en su carrera política, traspasar los límites de la ideología liberal. Los mitos de la democracia (soberanía popular, sufragio universal, etc.) no se enseñorearon de su inteligencia clara y fuerte de idealista práctico. La política imperialista de las grandes potencias occidentales lo ilustró plenamente respecto a la calidad de la justicia democrática. La Revolución Rusa, finalmente, lo iluminó sobre el sentido y el alcance de la crisis contemporánea. Su agudo instinto revolucionario lo orientó hacia Rusia y sus hombres. Sun

Yat Sen veía en Rusia la liberadora de los pueblos de Oriente. No pretendió nunca repetir, mecánicamente, en la China los experimentos europeos.

Conformaba, ajustaba su acción revolucionaria a la realidad de su país. Quería que en la China se cumpliese una Revolución China así como en Rusia se cumple, desde hace siete años, una Revolución Rusa. Su conocimiento de la cultura y del pensamiento occidentales no desnacionalizaba, no desarraigaba su alma al mismo tiempo profundamente china y profundamente humana. Doctor de una universidad norteamericana, frente al imperialismo yanqui, frente al orgullo occidental, prefería sentirse sólo un *coolí*. Sirvió austera, abnegada y dignamente el ideal de su pueblo, de su generación y de su época. Y a este ideal dio toda su capacidad y toda su vida.

POLÍTICA FRANCESA*

EL SECTOR SOCIALISTA**

En la escena política francesa el partido socialista tiene un rol primario. Un periodista escribía recientemente en un diario de París: "los radicales-socialistas ejercen el gobierno, pero los socialistas lo inspiran". El acuerdo de las opiniones, sobre este punto, es, por supuesto, absolutamente imposible. Las derechas declaran a Herriot prisionero del partido socialista. La extrema izquierda, en tanto, considera al partido socialista prisionero de Herriot y de su política. Pero ni una ni otra tesis extrema impide ver en el partido socialista francés a un protagonista de la lucha política que, con la dimisión del ministro de finanzas Clemantel, ha adquirido una tensión dramática.

Para conocer la personalidad y comprender la posición del partido socialista francés no basta la luz de los últimos acontecimientos. Exploraremos, pues, velozmente, su composición, su ideología y su historia.

* En una serie de cuatro artículos, José C. Mariátegui examinó la política francesa y los sectores operantes en esa época. Los presentamos aquí agrupados tanto porque —con excepción del último que apareció después del artículo "La elección de Hindenburg"— fueron publicados seguidamente, cuanto para mantener la unidad expositiva. La mayor parte del texto de dos de ellos, los referentes a los sectores socialista y comunista, fueron incorporados por el autor a *La Escena Contemporánea*, como se indica en las notas respectivas. (N. de los E.)

** Publicado en *Variedades*, Lima, 11 de abril de 1925. Con excepción de los cuatro párrafos que se presentan en esta compilación —los dos primeros y los dos últimos—, el resto del texto se encuentra contenido en "El socialismo en Francia", *La Escena Contemporánea*, pp. 122-127, t. 1 de Ediciones Populares de las *Obras Completas* [N. de los E.].

El socialismo se dividía en Francia, hasta fines del siglo pasado, en varias escuelas y diversas agrupaciones. El *Partido Obrero*, dirigido por Guesde y Lafargue, representaba oficialmente el marxismo y la táctica clasista. El *Partido Socialista Revolucionario*, emanado del blanquismo,¹ encarnaba la tradición revolucionaria francesa de la Comuna: Vaillant era su más alta figura. Los *independientes* reclutaban sus prosélitos, más que en la clase obrera, en las categorías intelectuales. En su estado mayor se daban cita no pocos diletantes del socialismo. Al lado de la figura de un Jaurés se incubaba, en este grupo, la figura de un Viviani.

En 1898, el partido obrero provocó un movimiento de aproximación de los varios grupos socialistas. Se bosquejaron las bases de una *entente*.² El proceso de clarificación de la teoría y la práxis socialistas, cumplido ya en otros países, necesitaba liquidar también en Francia las artificiales diferencias que anarquizaban aún, en capillas y sectas concurrentes, las fuerzas del socialismo. En el sector socialista francés había nueve matices; pero, en realidad no había sino dos tendencias: la tendencia clasista y la tendencia colaboracionista. Y, en último análisis, estas dos tendencias no necesitaban sino entenderse sobre los límites de su clasismo y de su colaboracionismo para arribar fácilmente a un acuerdo. A la tendencia clasista o revolucionaria le tocaba reconocer que, por el momento, la revolución debía ser considerada como una meta distante y la lucha de clases reducida a sus más moderadas manifestaciones. A la tendencia colaboracionista le tocaba conceder, en cambio, que la colaboración no significase, también por el momento, la entrada de los socialistas en un ministerio burgués. Bastaba eliminar esta cuestión para que la vía de la polarización socialista quedase franqueada.

Sobrevino entonces un incidente que acentuó y exacerbó momentáneamente esta única discrepancia sustancial. Millerand, afiliado a uno de los grupos socialistas, aceptó una cartera en el ministerio radical de Waldeck Rousseau.

¹ Blanqui, Auguste de Louis (1805-1884). Revolucionario francés de tendencias extremistas, se opuso a toda colaboración con la burguesía. Tuvo destacado papel durante la revuelta de la Comuna de París, en 1870.

² Entendimiento.

La tendencia revolucionaria reclamó la ex-confesión de Millerand y la descalificación definitiva de toda futura participación socialista en un ministerio. La tendencia colaboracionista, sin solidarizarse abiertamente con Millerand, se reafirmó en su tesis, favorable, en determinadas circunstancias, a esta participación. Briand que debía seguir, poco después, la ruta de Millerand, maniobraba activamente por evitar que un voto de la mayoría cerrase la puerta de la doctrina socialista a nuevas escapadas ministeriales. Pero, entre tanto, algo se había avanzado en el camino de la concentración socialista. Los grupos, las escuelas, no eran ya nueve sino únicamente dos.

A la unificación se llegó, finalmente, en 1904. La cuestión de la colaboración ministerial fue examinada y juzgada en agosto de ese año, en suprema instancia, por el Congreso Socialista Internacional de Amsterdam. Este congreso repudió la tesis colaboracionista. Jaurés —que hasta ese instante la sustentó honrada y sinceramente— con un gran sentido de su responsabilidad y de su deber se inclinó, disciplinado, ante el voto de la Internacional. Y, como consecuencia de la decisión de Amsterdam, los principios de un entendimiento entre la corriente dirigida por Jaurés y la corriente dirigida por Guesde y Vaillant quedaron, en las subsecuentes negociaciones, fácilmente establecidos. La fusión fue pactada y sellada, definitivamente, en el congreso de París de abril de 1905. En el curso del año siguiente, el Partido Socialista se desembarazó de Briand, atraído desde hacia algún tiempo al campo de gravitación de la política burguesa y los sillones ministeriales.

Pero la política del partido unificado no siguió, por esto, un rumbo revolucionario. La unificación fue el resultado de un compromiso entre las dos corrientes del socialismo francés. La corriente colaboracionista renunció a una eventual intervención directa en el gobierno de la Tercera República; pero no se dejó absorber por la corriente clasista. Por el contrario, consiguió suavisar su antigua intransigencia. En Francia, como en las otras democracias occidentales, el espíritu revolucionario del socialismo se enervaba y desfibraba en el trabajo parlamentario. Los votos del socialismo, cada vez más numerosos, pesaban en las decisiones del Parlamento. El partido socialista jugaba un papel en los conflictos y en las batallas de la política burguesa. Practicaba, en el terreno parlamentario, una política de colaboración con los partidos más avanzados de

la burguesía. La fuerte figura y el verbo elocuente de Jaurés imprimían a esta política un austero sello de idealismo. Mas no podían darle un sentido revolucionario que, por otra parte, no tenía tampoco la política de los demás partidos socialistas de la Europa occidental. El espíritu revolucionario había trasmigrado, en Francia, al sindicalismo. El más grande ideólogo de la revolución no era ninguno de los tribunos ni de los escritores del Partido Socialista. Era Jorge Sorel, creador y líder del sindicalismo revolucionario, crítico penetrante de la degeneración parlamentaria del socialismo.

Durante el período de 1905 a 1914, el partido socialista francés actuó, sobre todo, en el terreno electoral y parlamentario. En este trabajo, acrecentó y organizó sus efectivos; atrajo a sus rangos a una parte de la pequeña burguesía; educó en sus principios, asaz atenuados, a una numerosa masa de intelectuales y diletantes. En las elecciones de 1914, el partido obtuvo un millón cien mil votos y ganó ciento tres asientos en la Cámara. La guerra rompió este proceso de crecimiento. El pacifismo humanitario y estático de la social-democracia europea se encontró de improviso frente a la realidad dinámica y cruel del fenómeno bélico. El Partido Socialista francés sufrió, además, cuando la movilización marcial comenzaba, la pérdida de Jaurés, su gran líder. Desconcertado por esta pérdida, la historia de esos tiempos tempestuosos lo arrolló y lo arrastró por su cauce. Los socialistas franceses no pudieron resistir la guerra. No pudieron tampoco, durante la guerra, preparar la paz. Acabaron colaborando en el gobierno. Guesde y Sembat formaron parte del ministerio. Los jefes del socialismo y del sindicalismo sostuvieron mansamente la política de la *unión sagrada*. Algunos sindicalistas, algunos revolucionarios, opusieron, solos, aislados, una protesta inerme a la masacre.

El Partido Socialista y la Confederación General del Trabajo se dejaron conducir por los acontecimientos. Los esfuerzos de algunos socialistas europeos por reconstruir la Internacional no lograron su cooperación ni su consenso.

El armisticio sorprendió, por tanto, debilitado al Partido Socialista. Durante la guerra, los socialistas no habían tenido una orientación propia. Fatalmente, les había correspondido, por tanto, seguir y servir la orientación de la burguesía. Pero en el botín político de la victoria no les tocaba parte alguna. En las elecciones de 1919, a pesar de que la marejada revolucionaria nacida de la guerra empujaba a

su lado a las masas descontentas y desilusionadas, los socialistas perdieron varios asientos en la Cámara y muchos sufragios en el país.

Vino, luego, el cisma. La burocracia del Partido Socialista y de la Confederación General del Trabajo carecía de impulso revolucionario. No podía, por ende, enrolarse en la nueva Internacional. Un estado mayor de tribunos, escritores, funcionarios y abogados que no habían salido todavía del estupor de la guerra, no podía ser el estado mayor de una revolución. Tendía, forzosamente, a la vuelta a la beata y cómoda existencia de demagogia inocua y retórica, interrumpida por la despiadada tempestad bélica. Toda esta gente se sentía normalizadora; no se sentía revolucionaria. Pero la nueva generación socialista se movía, por el contrario, hacia la revolución. Y las masas simpatizaban con esta tendencia. En el Congreso de Tours de 1920 la mayoría del partido se pronunció por el comunismo. La minoría conservó el nombre de Partido Socialista. Quiso continuar siendo, como antes, la SFIO (Sección Francesa de la Internacional Obrera). La mayoría constituyó el Partido Comunista. El diario de Jaurés, *L'Humanité*,³ pasó a ser el órgano del comunismo. Los más ilustres parlamentarios, los más ancianos personajes permanecieron, en cambio, en las filas de la SFIO con León Blum, con Paul Boncour, con Jean Longuet.

El comunismo prevaleció en las masas; el socialismo en el grupo parlamentario.

El rumbo general de los acontecimientos europeos favoreció, más tarde, un resurgimiento del antiguo socialismo. La creciente revolución declinaba. Al período de ofensiva proletaria seguía un período de contraofensiva burguesa. La esperanza de una revolución mundial inmediata se desvanecía. La fe y la adhesión de las masas volvían, por consiguiente, a los viejos jefes. Bajo el gobierno del Bloque Nacional, el socialismo reclutó en Francia muchos nuevos adeptos. Hacia un socialismo moderado y parlamentario afluyan las gentes que, en otros tiempos hubiesen afluído al radicalismo. La SFIO coaligada con los radicales socialistas en el Bloque de Izquierdas, recuperó en mayo de 1924 todas las diputaciones que perdió en 1919 y ganó,

³ Jaurés, Jean (1859-1914). Político socialista francés. Fundador del diario *L'Humanité*. Fue asesinado, por oponerse a la Primera Guerra Mundial, en la víspera de la iniciación del conflicto. (Ver *La escena contemporánea*, pp. 128-131).

además, algunas nuevas. El Bloque de Izquierdas asumió el poder. Los socialistas no consideraron oportuno formar parte del Ministerio. No era todavía el caso de romper con la tradición anticolaboracionista —formalmente anticolaboracionista— de los tiempos prebélicos. Por el momento bastaba con sostener a Herriot, a condición de que Herriot cumpliese con las promesas hechas, en las jornadas de mayo, al electorado socialista.

En su congreso de Grenoble, en febrero último, los socialistas de la SFIO han debatido el tema de sus relaciones con el radicalismo. En esa reunión, Longuet, Ziromsky y Braque han acusado a Herriot de faltar a su programa y han reprobado al grupo parlamentario socialista su lenidad y su abdicación ante el ministerio. Por boca de esos tres oradores, una gruesa parte del proselitismo socialista ha declarado su voluntad de permanecer fiel a la táctica clasista. Pero, al mismo tiempo, ha reaparecido acentuadamente en el socialismo francés la tendencia a la colaboración ministerial, expulsada en otro tiempo con Millerand y Briand. León Blum, que como attaché⁴ de Marcel Sembat ha conocido ya la tibia y plácida temperatura de los gabinetes ministeriales, ha pedido a los representantes del colaboracionismo un poco de paciencia. Les ha recordado que sostener un ministerio no tiene los riesgos ni las responsabilidades de formar parte de él. Los socialistas, según Blum, no deben ir al gobierno como colaboradores de los radicales. Deben aguardar que madure la ocasión en que acapararán solos el poder. Al calor de un gobierno del bloque de izquierdas, los socialistas adquirirán la fuerza necesaria para recibir el poder de manos de sus aliados de hoy. Movido por esta esperanza, el Partido Socialista se ha declarado en Grenoble a favor del bloque de izquierdas, contra la reacción y contra el bolchevismo. Lo que equivale a decir que se ha declarado francamente democrático.

¿Los socialistas no son, entonces, sino una base parlamentaria del ministerio Herriot? ¿Sólo una base parlamentaria y no una base ideológica? La distinción entre una y otra cosa resultaría una distinción arbitraria y ficticia. Al asimilarse una parte de la materia socialista, la burguesía radical no puede escapar al riesgo de asimilarse también una parte de la idea socialista. Herriot, si no se apoyase en los socialistas, no se inclinaría fácilmente a buscar la solución de la crisis financiera de Francia en un

cupo al capital. Atenuada, deformada, suavizada en cualquier forma, esta medida aparece siempre como una medida de inspiración socialista.

¿Cuál tesis contiene, luego, mayor suma de verdad? ¿La de que el socialismo deviene democrático? ¿O la de que la democracia deviene socialista? He ahí un interesante problema de nuestro tiempo.

EL SECTOR COMUNISTA***

Intermitentemente, las derechas francesas denuncian el "peligro comunista" y conminan al gobierno radical-socialista a sofocarlo. El "peligro comunista" es, según parece, el más eficaz *ritornello* de la política reaccionaria. Las derechas se sirven de él para mantener amedrentada a la burguesía. Y para combatir al gobierno del *cartel* de izquierdas, acusado en la prensa y en la cámara, de flaqueza y de negligencia en la defensa del orden capitalista. La prensa conservadora descubre, cada vez que conviene a su política, un espeluznante complot bolchevique. Los comunistas, a su turno, culpan al gobierno de debilidad ante la movilización y la organización fascistas de las derechas. La democracia, —dicen los comunistas— abdica ante la reacción. Bajo el gobierno de los radicales socialistas, se prepara y se arma la ofensiva fascista.

La confrontación de estas dos tesis sería un inútil ejercicio teórico. Nos conduciría, al lector y a mí, después de una serie de análisis, a la conclusión lapalissiana de que se trata de dos tesis inconciliables, —absolutamente inconciliables como la Revolución y la Reacción— o a la conclusión relativista de que ambas tesis son igualmente válidas y verdaderas, cada una para su sistema o su mando respectivo. Preferible es que, el lector y yo, demos de antemano por adquirido cualquiera de esos resultados. Y que, ahorrándonos la fatiga de una interpretación total de la crisis francesa, nos contentemos por ahora con examinar parcialmente uno de los elementos, uno de los factores de esa crisis. Hemos explorado ya, sucesivamente, diversos sectores de la política francesa. Exploraremos ahora el sector comunista. Y averigüemos, ante todo, su historia.

*** Publicado en *Variedades*, Lima, 9 de mayo de 1925. Este artículo con excepción de los dos párrafos recogidos en esta compilación, fue incluido por el autor en *La escena contemporánea* con el título "El Partido Comunista Francés", pp. 131-136, t. 1 de Ediciones Populares de las *Obras Completas* [N. de los E.]

EL PARTIDO COMUNISTA FRANCÉS

El Partido Comunista Francés nació de la misma matriz que los otros partidos comunistas de Europa. Se formó, durante los últimos años de la guerra, en el seno del socialismo y del sindicalismo. Los descontentos de la política del Partido Socialista y de la Confederación General del Trabajo —los que en plena guerra osaron condenar la adhesión del socialismo a la "unión sagrada" y a la guerra— fueron su primera célula. Hubo pocos militantes conocidos entre estos precursores. En esta minoría minúscula, pero dinámica y combativa, que concurrió a las conferencias de Zimmerwald y Kienthal, es donde se bosquejó, embrionaria e informe todavía, una nueva Internacional revolucionaria. La revolución rusa estimuló el movimiento. En torno de Loriot, de Monatte, y de otros militantes, se concentraron numerosos elementos del Partido Socialista y de la Confederación General del Trabajo. Fundada la Tercera Internacional, con Gilbeaux y Sadoul como representantes de los revolucionarios franceses, la fracción de Monatte y de Loriot planteó categóricamente, en el Partido Socialista Francés, la cuestión de la adhesión a Moscú. En 1920 en el Congreso de Strasbourg, la tendencia comunista obtuvo muchos votos. Sobre todo, atrajo a una parte de sus puntos de vista a una tendencia centrista que, encabezada por Cachin y Frossard, constituía el grueso del Partido Socialista. El debate quedó abierto. Cachín y Frossard hicieron una peregrinación a Moscú donde el espectáculo de la revolución los conquistó totalmente. Esta conversión fue decisiva. En el Congreso de Tours, reunido meses después que el anterior, la mayoría del Partido Socialista se pronunció por la adhesión a la Tercera Internacional. El cisma se produjo en condiciones favorables al comunismo. Los socialistas conservaron el nombre del antiguo partido y la mayor parte de sus parlamentarios. Los comunistas heredaron la tradición revolucionaria y la propiedad de *L'Humanité*.

Pero la escisión de Tours no pudo separar, definitiva y netamente, en dos grupos absolutamente homogéneos, a reformistas y revolucionarios, o sea a socialistas y comunistas. Al nuevo Partido Comunista había trasmigrado una buena parte de la mentalidad y del espíritu del viejo Partido Socialista. Muchos militantes habían dado al comunismo una adhesión sólo sentimental e intelectual que su saturación democrática no les consentía mantener. Edu-

cados en la escuela del socialismo prebético, no se adaptaban al método bolchevique. Espíritus demasiado críticos, demasiado racionalistas, demasiado *enfants du siècle*,¹ no compartían la exaltación religiosa, mística, del bolchevismo. Su trabajo, su juicio, un poco escépticos en el fondo, no correspondían al estado de ánimo de la Tercera Internacional. Este contraste engendró una crisis. Los elementos de origen y de psicología reformistas tenían que ser absorvidos o eliminados. Su presencia paralizaba la acción del joven partido.

La fractura del Partido Socialista fue seguida de la fractura de la Confederación General del Trabajo. El sindicalismo revolucionario, nutrido del pensamiento de Jorge Sorel, había representado, antes de la guerra, un renacimiento del espíritu revolucionario y clasista del proletariado, enervado por la práctica reformista y parlamentaria. Este espíritu había dominado, al menos formalmente, hasta la guerra, en la CGT. Pero en la guerra la CGT se había comportado como el Partido Socialista. Con la crisis del socialismo sobrevino, por consiguiente, terminada la guerra, una crisis del sindicalismo. Una parte de la CGT siguió el socialismo; la otra parte siguió al comunismo. El espíritu revolucionario y clasista estaba representado, en esta nueva fase de la lucha proletaria, por las Legiones de la Tercera Internacional. Varios teóricos del sindicalismo revolucionario lo reconocían así. Jorge Sorel, crítico acerbo de la degeneración reformista del socialismo, aprobaba el método clasista de los bolcheviques, mientras que algunos socialistas, negando a Lenin el derecho de considerarse ortodoxamente marxista, sostenían que su personalidad acusaba, más bien, la influencia soreliana. La CGT se escindía porque los sindicatos necesitaban optar entre la vía de la revolución y la vía de la reforma. El sindicalismo revolucionario cedía su puesto, en la guerra social, al comunismo. La lucha, desplazada del terreno económico a un terreno político, no podía ser gobernada por los sindicatos, de composición inevitablemente heteróclita, sino por un partido homogéneo. En el hecho, aunque no en la teoría, los sindicalistas de las dos tendencias se sometían a esta necesidad. La antigua Confederación del Trabajo obedecía la política del Partido Socialista; la nueva Confederación (CGTU) obedecía la política del Partido Comunista. Pero también en el campo sindical debía cumplirse una clasificación, una polarización, más o menos lenta y laboriosa,

de las dos tendencias. La ruptura no había resuelto la cuestión: la había planteado solamente.

El proceso de *bolcheviquización* del sector comunista francés impuso, por estos motivos, una serie de eliminaciones que, naturalmente, no pudieron realizarse sin penosos desgarramientos. La Tercera Internacional, resuelta a obtener dicho resultado, empleó los medios más radicales. Decidió, por ejemplo, la ruptura de todo vínculo con la masonería. El antiguo Partido Socialista —que en la batalla laica, en los tiempos prebéticos, había sostenido al radicalismo— se había enlazado y comprometido excepcionalmente con la burguesía radical, en el seno de las logias. La franc-masonería era el nexo, más o menos visible, entre el radicalismo y el socialismo. Escindido el Partido Socialista, una parte de la influencia franc-masónica se trasladó al Partido Comunista. El nexo, en suma, subsistía. Muchos militantes comunistas que en la plaza pública combatían todas las formas de reformismo, en las logias fraternizaban con toda suerte de radicaloides. Un secreto cordón umbilical ligaba todavía la política de la revolución a la política de la reforma. La Tercera Internacional quería cortar este cordón umbilical. Contra su resolución, se rebelaron los elementos reformistas que alojaba el partido. Frossard, uno de los peregrinos convertidos en 1920, secretario general del comité ejecutivo, sintió que la Tercera Internacional le pedía una cosa superior a sus fuerzas. Y escribió, en su carta de dimisión de su cargo, su célebre *je ne peux pas*.² El partido se escisionó. Frossard, Lafont, Meric, Paul Louis y otros elementos dirigentes constituyeron un grupo autónomo que, después de una accidentada y láguida vida, ha terminado por ser casi íntegramente reabsorvido por el Partido Socialista.

Estas amputaciones no han debilitado al Partido en sus raíces. Las elecciones de mayo fueron una prueba de que, por el contrario, las bases populares del comunismo se habían ensanchado. La lista comunista alcanzó novecientos mil votos. Estos novecientos mil votos no enviaron a la Cámara sino veintiséis militantes del comunismo, porque tuvieron que enfrentarse solos a los votos combinados de dos alianzas electorales; el Bloque Nacional y el Cartel de Izquierdas. El partido ha perdido, en sus sucesivas depuraciones, algunas figuras; pero ha ganado en homogeneidad. Su *bolcheviquización* parece conseguida.

¹ Hijos del siglo, hijos de su época.

² Yo no puedo.

Pero nada de esto anuncia aún en Francia una inmediata e inminente revolución comunista. El argumento del "peligro comunista", es, en parte, un argumento de uso externo. Una revolución no puede ser predicha a plazo fijo. Sobre todo, una revolución no es un golpe de mano. Es una obra multitudinaria. Es una obra de la historia. Los comunistas lo saben bien. Su teoría y su praxis se han formado en la escuela y en la experiencia del materialismo histórico. No es probable, por ende, que se alimenten de ilusiones.

El partido comunista francés no prepara ningún apresurado y novelesco asalto del poder. Trabaja por atraer a su programa a las masas de obreros y campesinos. Derrama los gérmenes de su propaganda en la pequeña burguesía. Emplea, en esta labor, legiones de misioneros. Los doscientos mil ejemplares diarios de *L'Humanité* difunden en toda Francia sus palabras de orden. Marcel Cachin, Jacques Doriot, Jean Renaud, André Berthon, Paul Vaillant Couturier y André Marty, el marino rebelde del Mar Negro, son sus líderes parlamentarios.

Una rectificación. O, para decirlo en francés, *une mise au point*.³ En el vocabulario comunista, el término parlamentario no tiene su acepción clásica. Los parlamentarios comunistas no parlamentan. El parlamento es para ellos únicamente una tribuna de agitación y de crítica.

EL IMPERIALISMO Y LA CHINA*

Desde hace aproximadamente un mes, el conflicto entre los intereses imperialistas de las grandes potencias y el sentimiento nacionalista y revolucionario de la China asume un carácter violento. El pueblo chino se muestra más soliviantado que nunca contra los diversos imperialismos que chocan en su suelo. Las grandes potencias, a su vez, consideran urgente ahogar esta agitación revolucionaria y nacionalista. Para reducir a la obediencia a la inquieta China de hoy, se proponen emplear, primero, sus armas diplomáticas y financieras; recurrir después a armas más tundentes y coactivas.

El imperialismo capitalista declara responsable de la agitación china a los soviets. Habla, por esto, de convertir la ofensiva contra la China en una nueva ofensiva contra Rusia. El gobierno conservador de Inglaterra amenaza al gobierno de los soviets con la ruptura de las relaciones diplomáticas reanudadas hace poco más de un año. Y moviliza contra los soviets rusos a sus agentes de la Sociedad de las Naciones. Pero la situación internacional de Rusia no es ya la misma de 1918. El imperialismo británico, como cualquier otro imperialismo, es impotente en la actualidad para decretar un segundo bloqueo de Rusia. Los soviets, en siete años, han maniobrado diestramente. Han roto para siempre el cerco diplomático, económico y militar dentro del cual la fobia de Clemenceau soñó aislarlos y asfixiarlos. La Gran Bretaña puede retirar de Moscú a su embajador y despedir de Londres a Rakovsky; pero no puede inducir a las demás potencias capitalistas a seguir su ejemplo. El Japón, por ejemplo, que en 1918 atacaba a Rusia en el Extremo Oriente, conforme a la consigna de la diplomacia aliada, no renunciará ahora, por un interés o una necesidad británica, a las ventajas de su reciente tratado de amistad y de comercio con los so-

* Advertencia o llamada.

viets. Y, entre las mismas potencias aliadas, no es fácil un entendimiento. Italia no tiene intereses en la China. Le importa, en cambio, comerciar con Rusia. La política internacional de Mussolini es demasiado maquiavélica para no conservar en su juego la carta rusa. Francia misma, más próxima a los puntos de vista de la Gran Bretaña, no parece dispuesta a perder el terreno ganado en lo relativo a la reconciliación franco-rusa por la diplomacia del *bloc* de izquierdas.

El juicio del imperialismo británico sobre la agitación china resulta, por otra parte, demasiado simplista. Decir que la Tercera Internacional mueve todos los hilos de esta agitación es desconocer las raíces históricas de un fenómeno mucho más complejo y hondo. La revolución rusa ha influido poderosamente en el despertar de la China y de todo el Oriente. Pero no en la forma que un criterio exclusivamente policial es capaz de suponer.

Rusia, bajo el zarismo, colaboraba con las otras grandes potencias en la expliación de la China. La caída del zarismo, ha privado al imperialismo occidental de esta colaboración poderosa. El nuevo régimen ruso, además, ha renunciado a todos los privilegios contrarios a la soberanía china, de que Rusia zarista, como las otras grandes potencias, gozaba en el imperio amarillo.

Estos privilegios, como es notorio, lesionan y excitan profundamente el sentimiento nacional chino. El pueblo chino se siente tratado, en su propio territorio, como un pueblo inferior y bárbaro. Los súbditos de las grandes potencias se encuentran protegidos por un derecho especial de extraterritorialidad. Los tribunales chinos, cualesquiera que sean sus desmanes o sus delitos, no pueden juzgarlos. El Estado chino carece del derecho de elevar su tarifa aduanera. Las aduanas se hallan en manos del capitalismo extranjero. Las obligaciones impuestas a la China por las grandes potencias no le consienten cobrar un impuesto de importación de más del 7 y $\frac{1}{2}$ por ciento. Las mercaderías extranjeras invaden casi libremente los mercados chinos. La China no puede proteger su industria. No puede disponer de sus propias finanzas.

El ascendiente de Rusia sobre la China proviene de que los soviets la tratan diferentemente. Los soviets han proclamado, de una manera práctica, el derecho de la China a disponer de sí misma. La China, gracias a la Revolución Rusa, ha adquirido un aliado. La revolución ha hecho de Rusia el más válido sostén de las reivindicaciones chinas.

El pueblo chino lo percibe claramente. Y las diversas facciones o gobiernos chinos, que representan ideas e intereses políticos diferentes, coinciden sin embargo en conceder una importancia sustantiva a sus relaciones con los soviets. El gobierno de Mukden lo mismo que el gobierno de Pekín se encuentran representados en Moscú. En cuanto al partido *Kuo-Ming-Tang*, que domina en la China del Sur, es bien sabido que simpatiza fervorosamente con la Revolución Rusa. Los comunistas chinos componen el ala izquierda del movimiento *Kuo-Ming-Tang*.

Las raíces de la agitación anti-imperialistas son totalmente chinas. No es esta la primera vez que el pueblo chino lucha por su independencia. Los métodos del imperialismo capitalista son más eficaces para empujarlo a la rebelión que las presuntas maniobras de la Tercera Internacional. El Occidente a este respecto tiene una vasta experiencia. No es posible, sin duda, que haya olvidado la explosión xenófoba que produjo el movimiento de los *bóxers*. El sentimiento chino no ha tenido, de entonces a hoy, ningún motivo para tornarse favorable a las grandes potencias. Por el contrario, su antiimperialismo ha aumentado. La China, en los años transcurridos después de la expedición punitiva del general Waldersee, ha adquirido una conciencia nueva. En sus capas populares ha prendido la idea de la revolución. Y para ahogar esta idea, el Occidente no puede contar ya con Rusia, como en los tiempos del zarismo. Rusia está ahora al lado del pueblo chino. Pero las reivindicaciones de la China revolucionaria no constituyen, por esto, una invención ni una maniobra de la Tercera Internacional. Los diversos imperialismos deben buscar los orígenes de la agitación china en su propia conducta.

En la Conferencia de Washington estos varios imperialismos trataron de entenderse sobre la mejor manera de explotar en comandita la China. El Japón, aprovechando de la guerra, se había asegurado en la China una posición que los Estados Unidos, sobre todo, juzgaban desproporcionada. El imperialismo japonés fue obligado, en Washington, a renunciar a una parte de las concesiones que había arrancado a la China. Pero el tratado de Washington, proclamó el principio de la "puerta abierta". No consiguió delimitar la participación de cada imperialismo en la explotación de la China. En la China se contrastan y se oponen, por consiguiente, imperialismos rivales. El acuerdo permanente entre sus intereses es imposible.

Esta es otra de las circunstancias que favorece el movimiento revolucionario y nacionalista chino.

Finalmente, el proletariado europeo, más sensible y más poderoso que en la época de los *bóxers* se mueve también contra el imperialismo. Se extiende, presentemente, en Europa, con el lema de "¡No toquéis a la China!", una organización destinada a crear una corriente de opinión contraria a todo ataque a la independencia del pueblo chino. La causa de la China, en suma, encuentra en la nueva conciencia moral del mundo, su mejor y más activa defensa.

EL IMPERIALISMO Y MARRUECOS*

El Rif libra en estos días una batalla decisiva. España y Francia, rivales durante mucho tiempo en Marruecos, combinan presentemente sus fuerzas para sofocar la revolución de la independencia rifeña. La civilización occidental se siente amenazada por Abd-el-Krim, es por lo menos, lo que afirma en sus nerviosos artículos uno de los más conspicuos abogados y conductores de la reacción en Europa, Mr. Raimond Poincaré. Y en este lenguaje coinciden casi los hombres de la reacción y los hombres de la democracia. Painlevé, honesto democrática, piensa que Francia tiene la misión histórica de civilizar Marruecos.

Las democracias occidentales, desde este punto de vista, no han representado un progreso respecto de los antiguos imperios. Europa, después de su revolución burguesa, se ha sentido más o menos liberal en su propia casa. Pero no se ha sentido absolutamente liberal en casa ajena. Los derechos del hombre y del ciudadano, los "inmortales principios" de la revolución y de la democracia, no le han parecido buenos y válidos sino dentro del mundo Occidental. Durante el último siglo, que fue precisamente el del desarrollo de la democracia y de sus órganos característicos —sufragio universal y régimen parlamentario— Europa se repartió el dominio de Asia y de África con la misma falta de escrúpulos con que realizaba sus conquistas la Roma de los Césares. En otras épocas, el imperialismo cumplía sus anexiones y sus invasiones en el nombre del Emperador o de la Iglesia; en nuestra época democrática y capitalista, las cumple en el nombre de la Civilización. El lema ha cambiado. Pero el hecho sustancial sigue siendo el mismo.

La táctica de la conquista también se ha modificado en muchos casos. Inglaterra, por ejemplo, ha usado una praxis flexible. Puesto que a la civilización capitalista no

le importa que los indígenas de sus colonias muden las creencias religiosas, deja que los pueblos conquistados conserven su religión y sus ritos. Tolera igualmente que, en lo que no se opone a los derechos del Imperio, guarden sus instituciones y sus gustos políticos. Los ingleses no necesitan en este tiempo como los españoles en el de la conquista de América obligar a los indígenas de sus colonias adoptar sus ideas y su confesión religiosa. El dominio del espíritu los tiene, más o menos, sin cuidado. Lo que les interesa es el dominio de la materia.

Esta ha sido también la política colonial de Francia. Francia ha desembarcado sus soldados en África y en Asia para que sus banqueros y sus comerciantes ensancharan el radio de sus negocios. El aspecto bélico de la empresa era muy secundario. Lyautey, verbigracia, ha sido encomiado en Francia no como un gran guerrero, sino más bien como un buen administrador. La función de Lyautey en Marruecos consistía, mucho más que en aumentar la gloria militar y política de Francia, en asegurarles un sólido mercado a su finanza y a su comercio. Por consiguiente, solía usar con los marroquíes el lenguaje de un general de la Tercera República. Rodeaba al Sultán y a su corte, sabiéndolos perfectamente domesticados, de toda clase de honores inocuos y de cortesías diplomáticas. La apertura de un camino era un objeto más importante para su administración que el trucidamiento de un rebelde.

España había intentado ensayar análogo sistema. Pero en sus colonizadores persistía el instinto de la inquisición. Los soldados y los funcionarios españoles representaban en Marruecos un capitalismo. Pero preferían comportarse como si representasen exclusivamente a los Reyes de España. Por esto, España no pudo instalarse tranquilamente en Marruecos a la manera de Francia. Abd-el-Krim, en un reciente reportaje de un periodista italiano, cuenta cómo los rifeños fueron empujados, poco a poco, a la insurrección, por la propia política española. Su padre, Caid de Tafersit —recuerda Abd-el-Krim— comprendió desde que Francia tomó posesión de Marruecos, que el Rif no podía dejar de entrar en la órbita de la civilización europea.

Los cambios comerciales —agrega el jefe rifeño— fueron intensificados, las manifestaciones de simpatía no escasearon, y todo hizo suponer la pacífica venida de los españoles en tierra hospitalaria. Pero los herederos de los “conquistadores” procla-

maron de improviso aquel programa de “desmulsumanización” que fue el capítulo principal del programa de Isabel la Católica.

Esta política engendró la rebelión. El hijo de un Cid pacífico se convirtió en el general y el caudillo de una gran epopeya guerrera.

Las consecuencias políticas de la guerra reforzaron, sin duda, el movimiento nacionalista del Rif. Provocaron ese extenso fenómeno de resurrección de los pueblos orientales que actualmente socava las raíces de la potencia occidental. El Rif no se sintió más solo en la lucha por su independencia. La revolución rifeña cesó de ser un hecho aislado para convertirse en un episodio y en un sector de la revolución mundial. Y Francia, que hasta entonces había considerado a Abd-el-Krim únicamente como un enemigo de España, empezó a mirarlo como un adversario del Occidente capitalista.

Esta es la génesis del acuerdo franco-español. Francia y España se entienden, después de haberse querellado largamente en Marruecos, porque reconocen en Abd-el-Krim un peligro común. Francia, bajo el gobierno del bloque nacional dirigía su política hacia la posesión del Rif. Pensaba que España, decepcionada por sus malandanzas militares en Marruecos, se resignaría fácilmente a cederle la empresa de someter a Abd-el-Krim. El gobierno del *cartel* de izquierdas rectificó en parte esta política, pero no pudo ni quiso renunciar a sus consecuencias. Francia, bajo el gobierno de Herriot, se aprestó a la campaña contra Abd-el-Krim. Y ahora Francia y España, si no se ponen de acuerdo definitivamente respecto a la última meta de su imperialismo en Marruecos, reconocen por lo menos la necesidad de moverse combinada y mancomunadamente contra los rifeños.

El Rif ha sido, en este caso, el que ha atacado. Pero Abd-el-Krim, como él muy bien lo explica, se ha encontrado en la necesidad de tomar la ofensiva. Derrotado Primo de Rivera, el adversario militar de la independencia del Rif era Lyautey. Abd-el-Krim lo sabía perfectamente. No le quedaba por consiguiente más remedio que lanzar contra Lyautey sus legiones antes de que los preparativos franceses estuviesen más avanzados. Los documentos publicados últimamente en París revelan que, desde el año pasado, Lyautey organizaba la campaña contra el Rif.

Francia y España pretenden imponer al Rif una paz imperialista. Abd-el-Krim y sus legiones se sienten fuertes para combatir hasta el fin. Y, sobre todo, como más arriba observo, no se sienten solos. En la propia Francia una parte de la opinión sostiene el derecho del Rif a decidir de sus destinos. Painlevé y Briand han tenido que declarar en la cámara francesa que Francia no tiene intenciones de conquista. La nueva generación hispano-americana saluda en la empresa de Abd-el-Krim la repetición de la empresa de San Martín y de Bolívar. Y se da cuenta de que en Marruecos está en juego algo más que la simple independencia rifeña. Abd-el-Krim representa, en esa contienda, la causa humana.

LA PAZ EN LOCARNO Y LA GUERRA EN LOS BALKANES*

Se explica perfectamente el enfado del Consejo de la Sociedad de las Naciones contra Grecia y Bulgaria, responsables de haber perturbado la paz europea al día siguiente de la suscripción en Locarno de un pacto internacional destinado a asegurarla al menos provisoriamente. Firmado el pacto de Locarno, la Sociedad de las Naciones tenía en verdad derecho a sentirse arrullada durante algunos meses por los brindis y los salmos pacifistas de sus retores y de sus diplomáticos. La historia del protocolo de Ginebra, verbigracia, fue así. El protocolo, anunciando al mundo con entonación no menos exultante y jubilosa que el pacto, inspiró larga y pródigamente la oratoria pacifista. El gobierno conservador de Inglaterra declaró muy pronto su deceso, concediéndole cortés e irónicamente un funeral de primera clase. Pero, de toda suerte, el protocolo de Ginebra pareció inaugurar la era de la paz de un modo mucho más solemne que el pacto de Locarno.

En Locarno las potencias se han propuesto arribar a una meta más modesta. El pacto, según su letra y su espíritu, no establece las condiciones de la paz sino, solamente, las de una tregua. Se limita a prevenir, teóricamente, el peligro de una agresión militar. Pero deja intactas y vivas todas las cuestiones que pueden encender la chispa de la guerra. Como estaba previsto, Alemania se ha negado a ratificar en Locarno todas las estipulaciones de la paz de Versalles. Ha proclamado su necesidad y su obligación de reclamar, en debido tiempo, la corrección de sus absurdas fronteras orientales. Alemania, Checoslovaquia y Polonia han convenido en no agredirse marcialmente por ningún motivo. Han acordado buscar una solución pacífica a los problemas que puedan amenazar sus buenas relaciones.

* Publicado en la revista *Variedades*: Lima, 31 de octubre de 1925.

Mas este acuerdo no tiene suficientes fianzas y garantías. Táctita y hasta explicitamente la convivencia internacional reposa desde hace mucho tiempo en el mismo principio, sobre cuyo valor práctico la experiencia de la guerra mundial no consiente ilusionarse demasiado. Lo que importa no es absolutamente el principio que puede seguir triunfando indefinidamente en Locarno, en Ginebra, en La Haya y en todas las aras de la paz. Lo que importa es la posibilidad o la capacidad de Europa para aplicarlo y obedecerlo.

Nadie supone que el pacifismo de las potencias europeas sea una pura y total hipocresía. Europa ha menester de descansar de sus fatigas y de sus dolores bélicos. La civilización capitalista busca un equilibrio. Ni Francia, ni Inglaterra, ni Alemania, piensan en este momento en atacarse. La reorganización de la economía y de la finanza europeas exige un poco de paz y de desarme. El pacifismo de la Sociedad de las Naciones borda sus frases sobre una gruesa malla de intereses. No se trata para los gobiernos europeos de abstractos y lejanos ideales sino de concretas y perentorias necesidades. En la misma dirección se mueven los Estados Unidos, cuyos banqueros pugnan por imponer a toda Europa un plan Dawes. Y, finalmente, con los pacifistas circunstanciales de la banca y de los gobiernos, colaboran entusiastas los pacifistas sinceros de la social-democracia, de quienes se ha apoderado la ilusión de que el camino de Locarno y de Ginebra puede ser, realmente, el camino de la paz. Estos últimos son los que abastecen de sus máximos tribunos y de sus supremos hierofantes —Paul Boncour, Albert Thomas, Leon Juhaux, etc.— a las asambleas y a las oficinas de la Sociedad de las Naciones.

Pero no basta que los gobiernos europeos quieran la paz. Es necesario ante todo, averiguar cómo la quieren, cuál es el precio a que cada uno, está dispuesto a pagarla. Cuánto tiempo coincidirá su pacifismo con su interés. Planteada así la cuestión, se advierte toda su complejidad. Se comprende que existen muchas razones para creer que el Occidente europeo desea la paz; pero que existen muy pocas razones para creer que pueda realizarla.

Los gobiernos que han suscrito el documento de Locarno no saben todavía si este documento va a ser ratificado por todos los países contratantes. Apenas concluida la conferencia de Locarno, se ha producido una crisis de gobierno en Francia y en Alemania. En Alemania esta crisis es una

consecuencia directa del pacto. En Francia, no. Pero en Francia, como en Alemania, se habla de una probable disolución del Parlamento. Las mayorías parlamentarias alemana y francesa no son bastante compactas y sólidas. La defeción o el disenso de un grupo puede desquiciarlas. Y, por consiguiente, no es imposible la constitución de un gobierno que considere el problema de la paz con un criterio diferente del de Locarno. En las elecciones inglesas del año último naufragó el protocolo de Ginebra. Su suerte estaba demasiado vinculada a la del *Labour Party*. En otras elecciones, ya no inglesas, pero sí alemanas por ejemplo, el pacto de Locarno corre el riesgo de encallar semejantemente.

Mas, admitiendo que el pacto de seguridad sea unánimemente ratificado, su relatividad como garantía efectiva de la paz no resulta por esto menos evidente. Para que la guerra se encienda de nuevo en Europa no es indispensable que Alemania ataque a Francia ni que Francia ataque a Alemania. La historia de la guerra 1914-1918 aparece a este respecto asaz instructiva. La conflagración empezó en un conflicto entre Austria y Servia que, hasta última hora, se confió en mantener localizado. La seguridad de las fronteras de Francia no es sino una parte del problema de la paz. Cada uno de los estados favorecidos en Versalles aspira a la misma seguridad. Y cada uno de los estados mutilados en 1919 tienen por su parte alguna tierra irredenta que reivindicar. En la Europa Oriental, sobre todo, fermentan enconadamente varios irredentismos. Hay pocas naciones contentas de sus actuales confines. Poco importa, por consiguiente, que se elimine, de Europa Occidental el peligro de una guerra. El peligro subsiste en la Europa Oriental. Los pleitos balcánicos son un excelente cultivo de toda clase de morbos bélicos.

El conflicto greco-búlgaro ha venido a recordárselos un poco brusca y descomedidamente a los actores de la conferencia de Locarno. El sometimiento de los dos beligerantes a la voluntad del consejo de la Sociedad de las Naciones no anula la notificación que entraña lo ya acontecido. Inglaterra puede ponerse todo lo adusta que quiera contra los dos pueblos que han perturbado la paz. De los dos, Grecia en particular sabe muy bien a qué atenerse acerca del pacifismo británico. Después de "la última de las guerras" Inglaterra lanzó y armó a Grecia contra Turquía. La empresa le salió mal a Inglaterra y a Grecia. Pero Grecia sigue siendo en el tablero de la política internacional

el peón que Inglaterra puede tener necesidad de mover en cualquier momento contra Turquía.

Entre Bulgaria y Turquía existe un agrio motivo de enemistad: la cuestión de Macedonia. El gobierno de Kankof, que se defiende de sus enemigos mediante el terrorismo más sanguinario que es posible concebir, necesita explotar el sentimiento nacionalista para buscar un diversivo a la opinión pública búlgara. El gobierno griego, por su parte, es un gobierno militarista ansioso de una revancha de las armas griegas tan duramente castigadas en el Asia Menor. A través de estos gobiernos, interesados en explotar su enemistad, es imposible que Grecia y Bulgaria lleguen a entenderse. La amenaza, difícilmente sofocada hoy quedará latente.

El blanco más débil, el lado más oscuro de la paz de Locarno no es este sin embargo. Es, como ya tuve ocasión de observarlo en un artículo sobre el debate del pacto de seguridad, su carácter de paz anti-rusa. El Occidente capitalista propugna una paz exclusivamente occidental y burguesa; fundamentalmente anti-rusa, anti-oriental, anti-asiática. Su pacto tiene por objeto evitar que por el momento se maten los alemanes y los franceses; pero no el impedir que Francia, España e Inglaterra continúen guerreando en Marruecos, en Siria, en Mesopotamia. El gobierno francés, a pesar de ser un gobierno radical-socialista, localiza y circunscribe sus anhelos de paz a Europa. En África y en Asia, se siente obligado a masacrar, —en el nombre de la civilización es cierto—, a los rifeños y a los drusos.

PABLO IGLESIAS Y EL SOCIALISMO ESPAÑOL*

La figura de Pablo Iglesias domina la historia del partido socialista español. Iglesias ha ocupado hasta su muerte su puesto de jefe. El partido socialista español es una obra suya. Los intelectuales, los abogados, que enrolados en sus filas en su período de crecimiento, constituyen presentemente su estado mayor, no han sabido renovar su espíritu ni ensanchar su programa. Han adoptado la teoría y la práctica del antiguo y patriarcal tipógrafo.

Esto quiere decir, sin duda, que el edificio construido por Iglesias, en su austera y paciente vida, es un edificio sólido. Pero nada más que sólido. Trabajo de buen albañil más bien que de gran arquitecto. Iglesias se preocupó, sobre todo, de dar a su partido un cimiento seguro y prudente. Se propuso hacer un partido; no una revolución.

El mérito de su labor no puede ser contestado. En un país donde el industrialismo, el liberalismo, el capitalismo tenían un desarrollo exiguo, Iglesias consiguió establecer y acreditarse una agencia de la Segunda Internacional, con el busto de Karl Marx en la fachada. En torno del busto de Marx, si no de la doctrina, agrupó a los obreros de Madrid, separándolos, poco a poco, de los partidos de la burguesía. Organizó un partido socialista, fuerte y compacto, que con su sola existencia afirmó la posibilidad y la necesidad de una revolución y decidió a muchos intelectuales a colocarse al lado del proletariado.

En esta obra, Iglesias probó sus condiciones de organizador. Era de la estirpe clásica de la Segunda Internacional. Se puede encontrar vidas paralelas a la suya en todas las secciones de la social-democracia prebélica. Como Ebert, procedía del taller. Sabía bien que su misión no era de ideólogo sino de propagandista.

Para atraer al socialismo a las masas obreras, redujo las reivindicaciones socialistas casi exclusivamente al mejoramiento de los salarios y a la disminución de las horas de trabajo. Este método le permitió crear una organización obrera; pero le impidió insuflar en esta organización un espíritu revolucionario. La táctica de Pablo Iglesias, por otra parte, parecía consultar sólo las condiciones y las tendencias de los obreros de Madrid. Únicamente en Madrid llegó el socialismo a representar una gran fuerza. El partido socialista español podía haberse llamado en verdad partido socialista madrileño. Iglesias no supo encontrar las palabras de orden precisas para conquistar al proletariado campesino. Y ni aún en el proletariado industrial supo prevalecer realmente. Barcelona se mantuvo siempre fuera de su influencia. El proletariado catalán adoptó los principios del sindicalismo revolucionario francés, más o menos deformados por un poco de espíritu anarquista.

El partido socialista habría podido, sin embargo, asumir una función decisiva en la historia de España cuando la guerra inauguró un nuevo período histórico, si la preparación espiritual y doctrinaria de su categoría dirigente hubiese sido mayor. La guerra aceleró el proceso de anquilosamiento de los viejos partidos españoles. Luego, la revolución rusa sacudió fuertemente los ánimos. Entre los intelectuales se propagó un sentimiento filo-socialista. Pero esta situación sorprendía impreparado el partido de Pablo Iglesias. Los elementos intelectuales que se habían incorporado en él no eran capaces de tomar en sus propias manos el timón. En el momento en que se planteó la cuestión de la adhesión de la Tercera Internacional, la gran mayoría del partido se manifestó convencida de la conveniencia de continuar todavía empleando el viejo recetario de Iglesias. La juventud pasó a formar el comunismo.

Iglesias desconfiaba un poco de los intelectuales. Temía sin duda, entre otras cosas, que trastornasen y transformasen su política. Pero, en sus últimos años, la experiencia debe haberle demostrado que los intelectuales socialistas eran bastante inferiores a este temor. La prosa política de Besteiro, Largo Caballero, Fernando de los Ríos, etcétera, es más literaria y más elegante que la de Pablo Iglesias; pero, en el fondo, no es más nueva. El partido socialista español no ha logrado con estos elementos una clarificación de su ideología.

La situación actual de España parece favorecerlo. Los elementos jóvenes de la pequeña burguesía no pueden ya dejarse seducir por los gastados y ancianos sueños de las izquierdas burguesas. El partido socialista, libre de las responsabilidades de la vieja política, resulta un campo de concentración en el cual muchos de los que tratan de desentrañar oportunamente el porvenir comienzan ya a poner los ojos. La quiebra del anarco-sindicalismo, que ha perdido a sus conductores más dinámicos e inteligentes, coloca a los obreros ante el dilema de escoger entre la táctica socialista y la táctica comunista.

Pero para moverse con eficacia, en esta situación, el partido socialista necesita más que nunca un rumbo nuevo. Con Iglesias, con Ebert, con Branting, etc., ha tramontado definitivamente una época del socialismo. En estos tiempos en que la burguesía, sintiéndose seriamente amenazada, deroga o suspende sus propios códigos y sus propios principios, no sirve de nada la certidumbre de poder ganar, por ejemplo, en las próximas elecciones, las diputaciones de Madrid.

Pablo Iglesias desaparece en un instante en que a su partido le toca afrontar problemas desconocidos, insólitos. Para debatirlos y resolverlos acertadamente, su experiencia y su consejo no eran ya útiles. El proletariado español debe buscar y encontrar, por sí mismo, otro camino. Puede ser que en alguna de las cárceles de Primo de Rivera esté ya madurando el nuevo guía.

POLÍTICA ESPAÑOLA*

Después de dos años de dictadura militar, conviene echar una ojeada a la política española. Las cosas en España no están siquiera *come prima, meglio de prima*, cual en la comedia de Pirandello. Están, más bien, como antes, peor que antes. ¿Qué ha hecho en dos años el tartarinesco general Primo de Rivera? Cuando en septiembre de 1923 inauguró su gobierno, prometió poner a España como nueva en un trimestre. Más tarde, pidió para cumplir esta promesa el plazo de un año. El primer trimestre apenas si le sirvió para enterarse de que existía don Miguel de Unamuno. Ninguna de las promesas de Primo de Rivera era, por supuesto, digna de ser tomada en cuenta. Pero una de ellas, por ser la única que podía ser cumplida, produjo cierta complacencia en los optimistas a ultranza: la de que el experimento militar sería breve. El gobierno de Primo de Rivera se anunciaría como un gobierno transitorio. Primo de Rivera entre sus inauditas fanfarronadas no tenía la de sentirse con derecho a conservar el poder. Ofrecía resignarlo, lo más pronto posible, en más expertas manos.

Esta es una de las cosas en que la historia del golpe de estado de los generales españoles se diferenciaba netamente de la historia del golpe de estado de los *fasci* italianos. El fascismo, desde que conquistó el poder, declaró su intención de mantenerse en él a todo costo. La marcha sobre Roma, según sus proclamas, abría una era fascista. Mussolini, en el más modesto de los casos, tendría la función y la duración de un Bismarck. Los generales "casineros", como los llama Unamuno, no pudieron, —más por "casineros" que por generales—, emplear el mismo lenguaje ni instalarse en el gobierno con el mismo título. Al principio, se creyeron obligados hasta a dar algunas excusas.

Pero, poco a poco, Primo de Rivera ha cambiado de tono y de gesto. Dos años de dictadura interina no han sido bas-

tante, sino para una cosa: para persuadirlo de que la dictadura puede durar un poco más. En dos años, Primo de Rivera, si no ha encontrado ninguna solución para los problemas de España, ha descubierto su propia capacidad. Nadie podrá decir que el pintoresco marqués de la Estrella ha perdido su tiempo en el gobierno.

Hoy Primo de Rivera tiene una idea más absurda que nunca de sí mismo; pero tiene en cambio, una idea más razonable que antes del tiempo. Ya no da plazos de un trimestre ni de un año. Lo que desgraciadamente quiere decir que su ambición ha aumentado. Antes se imaginaba jugar, por sólo un instante, el papel de taumaturgo. Ahora pretende jugar, por toda la vida, el papel de un estadista.

El problema político de España no se ha simplificado ni se ha complicado con este cambio que, en realidad, no es un cambio. Como no lo es tampoco el reemplazo del directorio de generales por el ministerio de la Unión Patriótica. La dictadura sigue siendo en España, una dictadura militar. Basta saber que Primo de Rivera es el jefe y que a su lado está el "siniestro" Martínez Anido, para comprender que la dictadura de hoy es sustancialmente la misma de ayer. La presencia de gente civil en el gobierno no significa nada. Quienes dan el tono al régimen son, igual que antes, y más que antes, Primo de Rivera y Martínez Anido.

La política que quiera o pueda desenvolver este gobierno carece en sí de todo interés histórico. La Unión Patriótica no es un partido ni es un movimiento. Los residuos espirituales y mentales del tradicionalismo de Vázquez de Mella o del conservadorismo de Maura son absolutamente impotentes para constituir la base programática o doctrinal de un gobierno. Sin el sable de Primo de Rivera, la Unión Patriótica no existiría como facción o fuerza gubernamental.

Mas, independientemente de su voluntad y de su fraseología, esta dictadura tiene en la historia española una función de la cual es imposible no interesarse. Una función, naturalmente, muy distinta y muy contraria a la que Primo de Rivera y sus secuaces pretenden llenar. La dictadura está liquidando el equívoco o la ficción de la democracia en España. Y, por tanto, está liquidando a los viejos partidos. Estos partidos, que tan medrosa y claudicantemente se han comportado ante el Directorio, han perdido para siempre el derecho de invocar sus ancianos principios. Su abdicación es su muerte. El pueblo español tiene que mirar

* Publicado en *Variedades*, Lima, 26 de diciembre de 1925.

con desprecio un liberalismo y un democratismo que no han sabido denunciar la traición de la monarquía a la Constitución.

Bajo la dictadura de Primo de Rivera, se elabora en España una nueva conciencia pública. Los hombres comienzan a darse cuenta del vacío de algunas imponentes palabras: Democracia, Libertad, Constitución, etc. El catedrático Jiménez de Asúa, en un artículo reciente, publicado en la prensa argentina, proclama la falencia moral de la monarquía española. Preconiza, como única solución posible de la crisis precipitada por el golpe de estado militar, la organización de una república de bases socialistas. Este no habría sido, sin duda, hace algunos años, el lenguaje de los elementos reformistas. Primo de Rivera los obliga ahora a sacrificar toda reserva acerca del régimen.

La historia está deshaciendo las ilusiones sobrevivientes. En España, como en Italia —y salvadas las diferencias y las distancias— la dictadura se consolida, la reacción se burocratiza. La resistencia de los que se le oponen en el nombre de la constitución y de la libertad resulta absolutamente estéril e inepta. Esta realidad puede parecerles a los hombres un poco dura. Pero tiene que tornarlos, poco a poco, más realistas. Que es lo que hace falta para ver claro en el fondo de los hechos y de las ideologías. Y para encontrar la fórmula de un realismo idealista o de un idealismo realista de la cual pueda salir un régimen nuevo.

II FIGURAS Y ASPECTOS DE LA VIDA MUNDIAL

POLÍTICA ITALIANA*

Para los que en 1924 se emborracharon con exceso de ilusiones reformistas y democráticas, el balance de 1925 no puede ser más desconsolador. El año se ha cerrado con fuertes pérdidas para el reformismo y la democracia. En Francia, el *cartel* de izquierda ha entrado, en el curso de 1925, en un período de disolución. En Alemania, la elección de Hindenburg ha marcado un retorno de los principios conservadores y militaristas. En Italia, sobre todo, el régimen fascista, que en 1924 vacilaba, en 1925 ha contraatacado victoriósamente.

Durante más de un semestre, la heterogénea coalición del Aventino vivió en el error de creer que el *boicot* del parlamento bastaba para traer abajo a Mussolini. El partido comunista le recordó en vano que un régimen instaurado por la fuerza no podía ser abatido sino por la fuerza. La democracia italiana no quiso discutir siquiera la proposición comunista de convertir el Aventino en un parlamento revolucionario. Los socialistas —unitarios y maximalistas— se solidarizaron con esta táctica pasiva. La batalla se libraba en la prensa. La oposición, dueña de la mayor parte de los periódicos, se embriagaba con el estruendo de una ofensiva periodística en gran estilo.

Pero, naturalmente, por esta vía no se podía llegar a la meta soñada. Ni Mussolini era hombre de dejarse arredar por una maniobra como la de la retirada al Aventino. Ni la oposición podía suscitar una agitación popular capaz de producir extra-parlamentariamente un nuevo gobierno. El Aventino representaba un gesto negativo. No tenía un programa positivo, un método creador. Y el tiempo, lógica y fatalmente, trabajaba por el fascismo. La tensión nerviosa producida por el asesinato de Matteotti se debilitaba a medida que los meses pasaban sin que el anti-fascismo empeñase el combate decisivo.

En enero pasado, constatadas ya hasta el exceso la impotencia de la oposición aventinista y la domesticidad de la oposición parlamentaria, Mussolini comprendió que era el instante de contra-atacar. Los hechos han probado que no se equivocaba. Mussolini, en seis meses de defensiva, le había tomado bien el pulso al adversario. Había averiguado, por ejemplo, que no tenía intenciones de presentarle combate, por el momento, sino en el terreno periodístico. Y que, en consecuencia, la posición contra la cual debía dirigir sus fuegos era la prensa.

La prensa no fue suprimida; pero sí fueron suprimidos sus ataques. Mussolini sometió las noticias y los comentarios de la prensa a la justicia sumaria y rápida de los prefectos. Sus autoridades no se tomaban la molestia de la censura previa. No prevenían: reprimían. Las ediciones que contenían una noticia o un comentario demasiado heterodoxo eran secuestradas por la policía. Por consiguiente, los periódicos sufrían no sólo en su propaganda sino, además, en su economía.

Mediante este simple sistema de represión, Mussolini consiguió casi desarmar a la oposición. El bloque del Aventino pensó entonces en el regreso a la cámara. A falta de la tribuna periodística, había que emplear la tribuna parlamentaria.

Pero a este respecto el acuerdo no era fácil. A la resolución definitiva, sobre todo, no se podía arribar prontamente. Algunos diputados del Aventino se manifestaban reacios al retorno a Montecitorio. Esta especie de declaratoria de quiebra de una empresa acometida con tanta arrogancia y tanto énfasis les resultaba más difícil de aceptar que todas las dosis posibles de aceite de ricino.

Y tuvo así el Aventino un período de parálisis, durante el cual se incubaron acontecimientos sorpresivos, teatrales, destinados a obstruir el mismo camino del retorno. El golpe frustrado de Zaniboni contra el Duce vino, hace un mes, a mudar la situación. Zaniboni, ex-diputado socialista unitario, ex-combatiente condecorado con la medalla de oro al valor militar, fue sorprendido en un cuarto de hotel, estratégicamente ubicado, en instantes en que se preparaba a disparar sobre Mussolini los dos tiros de un fusil de precisión matemática.

El complot no podía ser atribuido a la oposición aventinista. La policía de Mussolini sabía que Zaniboni obraba de acuerdo con unos pocos elementos demo-masones. No

cabía siquiera el procesamiento de su partido. Los hilos de la conjuración no denunciaban la existencia de una red de preparativos revolucionarios. Denunciaban sólo un estado de desesperación en los temperamentos más ardorosos y tropicales del Aventino. Pero el fascismo necesitaba sacar de este acontecimiento todo el partido posible. Y, sin duda, lo ha sacado.

Mussolini prohibió a sus gregarios las represalias. Su orden fue obedecida. Mas, precisamente a la sombra de esta disciplinada abstención de actos esporádicos de violencia y de terror, la policía cargó a fondo contra la oposición. No ha habido en Italia, a raíz de la tentativa de Zaniboni, represalias individuales de los "camisas negras". El gobierno fascista ha preferido usar, con el máximo rigor, la represión policial.

Todos los reductos legales de la oposición han sido asaltados. Y muchos han caído definitivamente en manos del fascismo. El régimen fascista ha aprovechado la tentativa estúpida de Zaniboni para disolver al partido socialista unitario, para suprimir *La Giustizia*, *La Voce Repubblicana* y otros diarios, para ocupar las logias masónicas, etcétera. Los sindicatos fascistas se han instalado *manu militare* en el local de la cámara de trabajo de Milán, antigua ciudadela del proletariado socialista, considerada inexpugnable por mucho tiempo.

El episodio más resonante de esta ofensiva fascista ha sido, tal vez, la conquista del *Corriere della Sera*. La *Stampa* de Turín y el *Corriere della Sera* de Milán, sus dos mayores rotativos, eran las dos más fuertes posiciones del antifascismo en la prensa italiana. Mussolini podía suprimirlos. Pero esto le parecía, sin duda, demasiado "escuadrista". Mucha gente *ben pensante* no le perdonaría nunca el asesinato de dos periódicos en cuya lectura cotidiana se había habituado a formar su criterio. Lanzada a los vientos la noticia del golpe fracasado, se presentaba, en tanto, la ocasión de ganar para el fascismo estas dos tribunas. *La Stampa* de Turín fue la primera en caer. El senador Frassati, —percibido el peligro de la supresión lisa y llana del diario—, abandonó su dirección. Con el *Corriere della Sera* hubo que apelar a medios más enérgicos. El secretario general del partido fascista, Farinacci, puso a los hermanos Crespi, principales accionistas del *Corriere*, frente a este dilema: o la suspensión del diario o su entrega al fascismo. Y los hermanos Crespi, pacíficos industriales lombardos, optaron en segui-

da por el segundo término. El olvido de una formalidad de la escritura celebrada en 1919 con el senador Albertini, director y accionista del *Corriere*, amo absoluto de sus destinos y opiniones, les proporcionó el pretexto para la anulación del contrato de sociedad. En la edición del 28 de noviembre último, el senador Luigi Albertini y su hermano Alberto Albertini, tuvieron que despedirse melancólicamente de sus lectores.

Los hermanos Albertini, liberales de antigua estampa, pertenecen a una democracia empeñada en no combatir al fascismo sino legalmente. No se puede negar al fascismo el mérito de haber hecho todo lo posible para modificar su actitud y destruir su ilusión.

EL VATICANO Y EL QUIRINAL*

El cable anuncia la proximidad o, al menos, la probabilidad de una reconciliación oficial entre la Iglesia Católica y el Estado italiano. O sea la probabilidad de una liquidación definitiva de la vieja "cuestión romana". Y la política oportunísticamente filocatólica del fascismo podría autorizar esta vez la esperanza de un acuerdo entre el Vaticano y el Quirinal. Pero son demasiado sólidas y concretas las razones que aconsejan acoger el presuroso anuncio con escéptica reserva. Se trata de una noticia que, desde hace algún tiempo, erra de vez en cuando por la plana cablegráfica de los rotativos. Los observadores del tiempo y del espacio políticos pueden definirla como un cometa de la post-guerra.

¿Cuál sería la fórmula del arreglo? Un telegrama ha hablado de una mediación de la Liga de las Naciones destinada a dar al Papado un mandato sobre un pedazo de territorio. Pero el Vaticano se ha apresurado a demostrar lo absurda de esta fórmula. Ni el Vaticano puede someterse al fallo de una Sociedad de Naciones, en la cual la Iglesia no está representada y en la cual la suspicacia de los nacionalismos latinos sospecha y denuncia una criatura del espíritu protestante y de la finanza judía. Ni el Estado italiano que, desde el advenimiento del fascismo al poder, se muestra hiperestésicamente celoso de su soberanía, puede encargar a la Sociedad de las Naciones, por la cual manifiesta tan poca estimación, que resuelva un problema en el que el fascismo no puede ver sino un problema interno.

Claro está que el gobierno fascista no se considera vinculado a los conceptos que inspiraron invariablemente, a

* Publicado en *Variedades*, Lima, 23 de enero de 1926. Con este mismo título, aunque ciertamente con distinto contenido, publicó J.C.M. un artículo en *El Tiempo*, el 30 de agosto de 1921, recopilado en *Cartas de Italia*, t. 15 de Ediciones Populares de las *Obras Completas*. (N. de los E.)

este respecto, la política de los anteriores gobiernos de Italia. Frente a la "cuestión romana", como frente a todas las otras cuestiones de Italia, el fascismo se siente libre o, en todo caso, no se siente responsable del pasado. El fascismo predica, cada día con más fuerza, su voluntad de construir el Estado fascista sobre bases y principios absolutamente diversos de los que durante tantos años han sostenido al Estado liberal. El Estado fascista aspira a ser la antítesis y la negación del Estado liberal, calificado acerba y lapidariamente por la prosa agresiva de los "camisas negras".

El fascismo, sobre todo, —aunque sus gregarios hayan creído necesario muchas veces administrar una buena dosis de aceite de ricino o de cachiporrazos a los militares demasiado ardorosos e intransigentes del partido católico—, desenvuelve en el gobierno una política de simpatía y de amistad a la Iglesia. Bien se puede afirmar que el fascismo, en materia religiosa, —actitud del Estado ante la Iglesia—, ha realizado el programa del partido popular o católico fundado hace siete años por Don Sturzo en defensa de los intereses de la religión. Lo ha realizado a tal punto que ha hecho inútil la existencia de un partido católico. "El Papa puede despedir a Don Sturzo", escribía hace dos años y medio Mario Missiroli constatando el clericalismo de la política gubernamental de Mussolini. Y los hechos han venido a demostrar que no se equivocaba en esta afirmación que a no pocos pudo parecer entonces excesiva.

El acercamiento del fascismo a la Iglesia, por otra parte, no sólo se ha operado en el orden práctico, mediante una restauración más o menos política del catolicismo en la escuela, antes irreductiblemente laica. También ha habido una remarcable aproximación en el orden teórico. Los intelectuales fascistas, de Gentili a Pellizzi, se han complacido en el elogio de la Iglesia. Lorenzo Giusso, comentando precisamente el libro de Missiroli a que pertenece la frase que acabo de citar, decía en diciembre de 1924 lo siguiente:

El Estado abstracto masónico, que declaraba la guerra a la religión, ha sido sustituido por un Estado concreto que ha exaltado todos los valores del espíritu, entre los cuales la religión tiene su sitio. Acusar al fascismo de anticlericalismo significa pronunciar su elogio. El fascismo ha instaurado una era nueva en las relaciones de la Iglesia con el

Estado, curando la herida que impedía al católico ser ciudadano. El fascismo ha remediado este tremendo dualismo y ha liquidado todas las supervivencias posibles de las abstracciones setecentistas.

Y, más recientemente, otros teóricos del fascismo, afanosamente empeñados en la destilación de una doctrina fascista, han encontrado en el tomismo los fundamentos filosóficos de esta doctrina.

Nadie puede tomar en serio el sofístico esfuerzo de los que pretenden probar que, en el fondo, el fascismo no reniega ni contrasta de ningún modo al cristianismo. El conflicto espiritual y filosófico entre el nacionalismo fascista y el universalismo cristiano es demasiado patente. Lo es también la oposición entre la violencia fascista y el evangelio de Jesús. Las divergencias aparecen insanables hasta en este terreno político en que, con un poco de inductilidad y hermenéutica jesuitas, devienen posibles todos los entendimientos.

No obstante ciertas solidaridades prácticas del instante —observa acertadamente Mario Missiroli— la concepción del Estado propia del fascismo, del nacionalismo, del liberalismo gentiliano, es la negación radical del catolicismo, como aquella que tiene, en último análisis, a resolver la Iglesia en el Estado, reconociendo en el Estado la capacidad de interpretar el elemento divino de la vida. ¡Qué lejos estamos del tranquilo liberalismo cavouriano o de las pacíficas tolerancias de la democracia y del mismo socialismo reformista! El Estado "fuerte", el Estado "ético", el Estado panteísta, no tolera supremacias ni paridad. Puede conceder en las escuelas el Crucifijo y el catecismo; pero detrás de este catecismo espían Lutero y Machiavello. Los católicos, que tienen un vivo sentido de las posiciones teóricas, lo saben, y advierten en tal concepción del Estado un enemigo peligrosísimo. Y cuando Don Sturzo habla de nación "deificada" y De Gasperi recuerda a los pensadores clásicos del Estado moderno, —que contrastaron todos la doctrina católica—, no tienen una sino mil razones.

El hecho es, sin embargo, que, —doctrina y praxis aparte—, el Estado fascista trata de apoyarse en el catolicismo. Y que, de acuerdo con este interés, actúa un programa

de restauración del catecismo y del culto católicos que ya le han ganado la adhesión de ortodoxos doctores de la Iglesia. Todo lo cual confiere, en verdad a Mussolini una aptitud única para afrontar la famosa "cuestión romana".

Si cabe dudar de la probabilidad de un arreglo, es por otras razones. Es, *verbi gratia*, porque el fascismo, que tanto ha hablado de robustecer y valorizar la autoridad del Estado, no puede absolutamente, sin grave daño para su política, llevar al Estado a una abdicación, por muy atenuada que ésta parezca a los ojos de Italia.

Desde este punto de vista, la solución del viejo entredicho entre la Iglesia Católica y el Estado italiano no se presenta hoy menos difícil que antes. Mussolini y el fascismo saben que pueden permitirse cualquier desmán verbal, cualquiera licencia oratoria, contra el tundido Estado demo-liberal-masónico, tratado de claudicante y abúlico. Pero que una cosa es renegar la herencia de Giolitti, de Nitti y de Orlando y otra sería renegar, en su sentido nacionalista y patriótico, el *Risorgimento*.

FARINACCI*

Farinacci ha dado su nombre, su tono y su estilo a una tensa y acre jornada de la campaña fascista. Después de catorce meses de agresiva campaña, ha dejado el puesto de secretario general del partido fascista, al cual fuera llamado cuando Mussolini, convencido de que la "vario-pinta" oposición del Aventino no era capaz de la insurrección, resolvió pasar a la ofensiva, inaugurando una política de rígida represión de las campañas de la prensa y de tribuna de sus muchos y muy enconados pero heterogéneos y mal concertados adversarios.

Fascista de la primera hora, Farinacci procede de la pequeña burguesía y del socialismo. Fue en 1914 uno de los disidentes socialistas que predicaron la intervención. En esta falange a la que, por diversos caminos, arribaban sindicalistas revolucionarios como Corridoni, socialistas tempestuosos como Mussolini y socialistas reformistas y parlamentarios como Bissolati, era Farinacci un mítite oscuro y terciario. No le destacaban siquiera el ánimo *ardito*, osado, ni la actitud temeraria, demagógica. Amigo y adepto del diputado Bissolati, líder de un grupo de socialistas colaboracionistas, Farinacci tenía una franca posición reformista y democrática. La guerra exaltó su temperamento y cambió su filiación. El gregario del reformismo bissolatiano se convirtió en un ardiente secuaz de Mussolini.

En el fascismo, Farinacci encontró su camino y descubrió su personalidad, que no eran —contrariamente a lo que hasta entonces podía haberse pronosticado—, los de un pávido y mesurado funcionario social-democrático, sino los de un frenético y encendido agitador fascista. El opaco ferroviario, se sintió elegido para jugar un rol en la historia de Italia.

Fue el organizador y animador del fascismo en la provincia de Cremona, una de las provincias septentrionales donde prendió más tempranamente el fuego mussoliniano. Esta actuación le franqueó en las elecciones de 1921 las puertas de la Cámara. Le tocó a Farinacci ser uno de los fascistas que ingresaron entonces al Parlamento para denunciar, tumultuariamente, los impropios y los anatemas de los entonces innumerables diarios de oposición. Pero desde que el fascismo inició su contra-ofensiva, —a continuación de un famoso discurso de Mussolini en la cámara, asumiendo toda la responsabilidad histórica y política de la violencia fascista y desafiando al bloque del Aventino a acusarlo categóricamente de culpabilidad en el asesinato de Matteotti—, Farinacci resultó designado fatalmente por la situación y los acontecimientos para ocupar el puesto de mando. La elección de Farinacci como secretario general del fascismo correspondió al nuevo humor escuadrista de los "camisas negras".

Esta designación era, más aún que el discurso de Mussolini del 3 de enero, una enfática declaratoria de guerra sin cuartel. Y no de otro modo sonó en los oídos y en los ánimos de los diputados del Aventino que, en seis meses de vociferación antifascista, habían consumido su energía y perdido la oportunidad de derrocar al fascismo.

Durante más de un año, el puño y la frase crispados del terrible ferroviario de Cremona han marcado el compás de la política fascista. Los elementos templados y discretos del fascismo han tenido que sufrir, resignadamente, durante todo este tiempo, su impacable dictadura y su pésima sintaxis. Un seco y agrió *úkase* de Farinacci, a poco de su asunción de la secretaría general, expulsó del fascismo, marcándolo a fuego como un traidor, a uno de los más significados entre estos elementos, Aldo Ovigli, ex-ministro de justicia del régimen fascista.

Pero un año de represión policial y de movilización escuadrista ha bastado al fascismo para liquidar al bloque del Aventino y para sentar las bases de una legislación fascista que radicalmente modifica el estatuto de Italia. Otras ofensivas escuadristas serán, sin duda, necesarias en lo porvenir. Mas, por ahora, el fascismo puede hacer reposar sus cachiporras. El juicio Matteotti ha concluido con la absolución de los responsables, y hace año y medio era para el propio Duce del fascismo un crimen nefando. En la audiencia de Chieti, Farinacci ha hecho no la defen-

sa, sino más bien la apología, de Amerigo Dumini y de sus secuaces. Después de este último golpe de *manganello*, no le quedaba a Farinacci nada que hacer en la jefatura del fascismo donde, pasada la tempestad, su virulencia y su belicosidad habían empezado a volverse embarazantes. Farinacci en 1925 era el jefe lógico del fascismo; en 1926, su misión ha concluido. Mussolini, que, buen conocedor de la psicología de su gente, usa fórmulas solemnemente sibilinas, condensa el programa fascista para este año en estas dos palabras: silencio y trabajo. Estas palabras, según el lenguaje del *Popolo d'Italia*, definen el estílo fascista en 1926.

Los *alalás* de Farinacci no se compadecían con el nuevo estilo fascista. Por esto —licenciado o no por Mussolini—, Farinacci ha dejado el comando del partido. Desde hace algún tiempo se señalaba y se comentaba su sordo disenso, su silenciosa lucha con Federzoni. El ministro del interior, con Rocco, Meraviglia, y otros, "nacionalistas", representa el sector moderado, tradicional, derechista del fascismo. Y por el momento, ésta es la gente que debe dar el tono al régimen. El escuadrismo, momentáneamente, se retira a Cremona.

DESPUÉS DE LA MUERTE DE DZERJINSKY*

La muerte de Dzerjinsky ha abierto otro claro en el estado mayor de la Revolución Rusa. Los soviets han perdido uno de sus mejores funcionarios; la revolución uno de sus más heroicos combatientes. Dzerjinsky pertenecía a la vieja guardia del bolchevismo. A esa vieja guardia que conoció la derrota en 1905, la cárcel y el destierro en todos sus largos y duros años de conspiración y la victoria de 1917. Y que, entonces, justamente, empezó a vivir sus días más dramáticos, más agónicos, más exaltados.

Como la mayor parte de los hombres de la vieja guardia, Dzerjinsky, era un revolucionario nato. Su biografía hasta octubre de 1917, es absolutamente la biografía de un agitador. A la edad de 17 años, estudiante de retórica en el colegio de Vilna, se enrola en el socialismo y se consagra a su propaganda. Tres años después dirige en Kovno las grandes huelgas de 1879, señalándose desde entonces a la policía zarista como un agitador peligroso. Deportado de Kovno, Dzerjinsky, se dedica a la organización del partido social-democrático en Varsovia, actividad que le cuesta primero la prisión, luego la deportación a Siberia. Escapa a esta última pena refugiándose en Alemania. El año trágico de 1905, lo encuentra en Varsovia en un puesto directivo de la social democracia polaca. Condenado nuevamente al exilio de Siberia, Dzerjinsky logra fugar por segunda vez, pero regresa a su trabajo revolucionario en 1912 y la policía zarista cae impacable sobre él. La revolución de Kerensky, le abre finalmente, en 1917, las puertas de la prisión. Y Dzerjinsky, vuelve a su puesto de combate. Participa activa y principalmente en la revolución bolchevique, como miembro del Comité Militar Revolucionario, en primera fila en la responsabilidad y el riesgo.

En el Gobierno revolucionario, su tarea, es, como siempre, una de las más penosas. Le toca presidir la Cheka, tan

mal afamada por su dura función de tribunal revolucionario. En 1919, es nombrado además ministro del interior. La revolución, atacada en múltiples frentes debe defenderse por todos los medios. Dzerjinsky lo sabe. Y asume la responsabilidad histórica de la tremenda batalla. La contrarrevolución es al fin vencida. La Cheka es reemplazada por la GPU. Pero Dzerjinsky no está hecho para el reposo. Se le encarga el Ministerio de Vías de Comunicación. Rusia necesita regularizar sus desordenados transportes. Sólo la terrible energía de Dzerjinsky es capaz de conseguirlo. Y, en efecto, los trenes al poco tiempo marchan normalmente. En fin, cuando Rykoff es llamado a la Presidencia del Consejo de Comisarios del pueblo, Dzerjinsky lo reemplaza en la presidencia del Consejo Nacional de Economía.

En este puesto, entregado a la labor gigantesca de disciplinar y reorganizar la economía rusa, lo ha sorprendido la muerte. Dzerjinsky ha dado a la revolución, hasta su último instante, su energía y su potencia formidables de organizador.

No era un teórico sino un práctico del marxismo. No deja obra teórica. Encontró siempre, claro y neto, su camino. No tuvo tiempo sino para la acción. Le faltaban dotes de *leader*, de caudillo. Pero Dzerjinsky no ambicionó nunca más de lo que debía ambicionar. Tenía el genio de la organización; no de la creación. Aunque parezca paradójico, es lo cierto que este agente de la revolución, que pasó la mayor parte de su vida entre el complot, la prisión y el destierro, era fundamentalmente un agente del orden.

La mayor parte de los hombres aceptan probablemente como la imagen verdadera de Dzerjinsky, la fosca imagen del jefe de la Cheka inventada por las leyendas del cable. Pero ésta es, seguramente, la menos real de todas sus obras. Dzerjinsky, según el testimonio de los extranjeros que lo visitaron y conocieron en su despacho de Moscú, daba una impresión de asceta. Era, físicamente, un monje magro, dulce y triste. Herriot, en su libro *La Rusia Nueva*, lo llama el *Saint Just eslavo*. Nos habla de su aire de asceta, de su figura de ícono. De su cuarto sin calefacción, desnudo y humilde como una celda, cuyo acceso no defendía ningún soldado.

Después de su muerte el cable anuncia cotidianamente la reacción y el desorden en Rusia. Se ha vivido tanto

* Publicado en *Variedades*, Lima, 21 de agosto de 1926.

tiempo con la idea de que este frío eslavo, tenía a Rusia en un puño que, apenas se le ha sabido muerto, la esperanza de los enemigos de la revolución ha renacido. Las polémicas, los debates internos del partido bolchevique, tan antiguos como el partido mismo, son presentados como las primeras escaramuzas de una sangrienta guerra civil. Quebrada la última esperanza de contrarrevolución, toda la esperanza del capitalismo occidental está en la posibilidad de un cisma del bolchevismo.

Este cisma, claro está, no es teórica ni prácticamente imposible. Pero sí improbable. El mismo alcance se atribuyó después de la muerte de Lenin al disenso entre el directorio del partido y Trotsky. Se dijo entonces que Trotsky había sido aprehendido y deportado. Que una parte del ejército rojo se había sublevado a su favor. Todo, invención absurda. Meses después, Trotsky, no obstante su oposición a la mayoría del directorio, regresaba a ocupar disciplinadamente su puesto en el gobierno de Rusia.

LA EXCOMUNIÓN DE *L'ACTION FRANÇAISE*^{*}

La política de *L'Action Française* se definía, hasta hace poco, con estas tres palabras: monarquía, catolicismo, nacionalismo. Estas dos últimas aparecen en la historia en constante desavenencia teórica, no obstante su frecuente entendimiento práctico. La idea de la Nación se presenta como un producto del espíritu renacentista, denunciado por los doctores de la Iglesia como herético y protestante. Por nacionalista —esto es, por herética y protestante en primer o último análisis— fue condenada a la hoguera Juana de Arco. Católico es universal. Pero Charles Maurras, el filósofo de *L'Action Française* había encontrado siempre en el recetario de su monarquismo positivista la fórmula no sólo de reconciliar sino hasta de mancomunar catolicismo y nacionalismo.

El compromiso entre la Iglesia Católica y el Estado demó-liberal, —afirmado y ratificado en todo el mundo a medida que el liberalismo, después de asegurar el poder a la burguesía, perdió su sentido revolucionario—, favorecía paradojalmente la tesis de Maurras, enemigo irreductible del Estado demó-liberal; para él siempre herético y absurdo. La extinción de la vieja polémica entre la Iglesia y la Nación suprimía los conflictos teóricos y prácticos que habrían saboteado en otro tiempo su especulación filosófica.

Pero ahora el Vaticano, que sabe de oportunismo y de positivismo mucho más que el eminente monarquista, liquida con esa declaración irrevocable el equívoco escondido en su programa. *L'Action Française* ha sido excomulgada. Los libros de Charles Maurras, puestos en el Index. *L'Action Française*, en vez de abjurar su herejía, la ha reafirmado. Charles Maurras y León Daudet han respondido con un rotundo "Non posomus" a la sentencia papal. Puestos a elegir entre su catolicismo y su nacionalismo,

105 * Publicado en *Variedades*, Lima, 5 de marzo de 1927.

han optado por éste. O, mejor, por su monarquismo, eludiendo el dilema.

Naturalmente, lo que la Santa Sede ha condenado no es el nacionalismo de *L'Action Française* sino el paganismo de Maurrás. En estos tiempos de fascismo, el Vaticano, en *flirt* diplomático con el *fascio littorio*, no se aventuraría a romper, imprudentemente, una lanza por el carácter ecuménico, universal —ergo antinacionalista—, de la catolicidad, a menos que muy fuertes y concretas razones se lo aconsejaran. El anatema cae sobre lo que hay de pagano y hasta de ateo en el fondo de la literatura y la filosofía de Maurrás. Todos saben que el catolicismo de Maurrás es inconfundiblemente oportunista y relativo. Maurrás no está por la Fe, sino por la Iglesia. Su catolicismo reposa en razones prácticas. Ha llegado a él por la vía del positivismo. Es católico por tradición nacional. La monarquía en Francia fue católica; él, legitimista ortodoxo, no puede ser sino católico.

Mas de esto estaban enterados desde hace mucho tiempo todos los lectores de Maurrás: adversos, amigos y neutros. La Iglesia era la única que parecía ignorarlo. Le han sido necesarios al menos quince años más que a cualquiera para informarse cabal y definitivamente del espíritu de Maurrás y, por ende, del espíritu de *L'Action Française*. (Y hay que referirse siempre a Maurrás y no a Daudet porque el que está en causa es Maurrás. La filosofía de *L'Action Française* es de Maurrás; la literatura de Daudet. O, mejor, en *L'Action Française*, Maurrás es el ideólogo. Daudet el panfletista). Los doctores del Vaticano, interpelados, responderían probablemente así: —Es cierto. Todo el mundo sabía que Maurrás no era un católico auténtico. Pero la Iglesia no podía comportarse como todo el mundo. La Iglesia era juez. Maurrás estaba procesado. Su juicio ha durado todo este tiempo.

Se dice, en efecto, que la condena definitiva de Maurrás estaba resuelta hace más de diez años. Parece que la guerra la detuvo. El Santo Oficio tenía documentada la peligrosa heterodoxia del pontífice del legitimismo francés. Se vacilaba, por complicadas razones de oportunidad para fulminarlo con un anatema. Para resolverse a condenarlo, el Papa mismo ha estudiado toda su obra.

El golpe desde el punto de vista político, no es al nacionalismo. Es, más bien, al legitimismo, al monarquismo. Desde los tiempos del Concordato, el Vaticano ha renunciado

completamente a contestar y, más aún, a repudiar el orden burgués en Francia. Republicanos y demócratas son, al mismo tiempo, buenos católicos. El nacionalismo no está acaparado en Francia por la capilla de *L'Action Française*. El movimiento reaccionario se guarda de identificarse con el movimiento monárquista. El fascismo francés tiene otros capitanes. Tiene hasta otros órganos: el diario dirigido por George Valois. En tanto, se dice que el Vaticano le guarda cierto rencor al anglicanismo que, bajo la monarquía, opuso tantas veces la iglesia nacional a Roma.

Por esto mismo, *L'Action Française* queda gravemente maltracha. El derecho a llamarse católica le ha sido cancelado por la suma autoridad eclesiástica. El derecho a llamarse nacional le es contestado cotidianamente por las fracciones concurrentes. A la gaceta polémica de Maurrás y Daudet no le queda, pues, realmente sino su legitimismo, su monarquismo. Esto es, la bendición platónica del duque de Guise. Y el paganismo de Maurrás, condenado por el Papa. Y la diatriba de Daudet, que no le interesa a la Iglesia, ni a la Historia.

LA TOMA DE SHANGHAY*

Con la ocupación de Shanghai por el ejército cantonés se abre una nueva etapa de la revolución china. El derrocamiento de la claudicante y asmática dinastía manchú, la constitución del gobierno nacionalista revolucionario de Cantón y la captura de Shanghai por las tropas de Chang Kai-Chek, son hasta hoy los tres acontecimientos sustantivos de esta revolución de cuya realidad y trascendencia sólo ahora parece darse cuenta el mundo. En los quince años transcurridos después de la caída de la monarquía, la revolución ha sufrido muchas derrotas y ha alcanzado muchas victorias. Pero entre éstas, ninguna ha conmovido e impresionado al mundo como la de Shanghai. La razón es que esta victoria no aparece ganada por la revolución sólo contra sus enemigos de la China, sino, sobre todo, contra sus enemigos de Occidente.

La colaboración de las fuerzas reaccionarias de la China ha permitido durante mucho tiempo a Europa detener la revolución y la independencia chinas. Generales mercenarios como Chan-So-Lin y Wu-Pei-Fu han conservado en sus manos, al amparo de las potencias imperialistas, el dominio de la mayor parte de la China. Por la subsistencia de una economía feudal, el norte de la China se ha mantenido, salvo breves intervalos, bajo el despotismo de los *tuchuns*. El fenómeno revolucionario, en no pocos momentos, ha estado localizado en Cantón. Pero los revolucionarios chinos no han perdido nunca el tiempo. Entrenados por la lucha misma han aprendido a asestar certeros golpes al imperialismo extranjero y a sus agentes y aliados de la China. El *Kuo-Min-Tang* se ha convertido en una formidable organización con un programa realista y con un arraigo profundo en las masas.

La toma de Shanghai es una victoria decisiva de la revolución. El desbande de las tropas reaccionarias ante el avance de Chang Kai-Chek, indica el grado de desmora-

lización de las fuerzas que en la China sirven al imperialismo. Y el hecho de que las potencias imperialistas parlamenten con los revolucionarios —aunque los amenacen intermitentemente con sus cañones— denuncia la impotencia del Occidente capitalista para imponer hoy su ley al pueblo chino, como en los tiempos en que la rebelión de los *boxers* provocó el envío de la expedición militar del general Waldersee.

La China monárquica y conservadora de los emperadores manchúes no era capaz de otra cosa que de capitular ante los cañones occidentales. Las grandes potencias la obligaron hace un cuarto de siglo a pagar los gastos de la invasión de su propio territorio con el pretexto del restablecimiento del orden y de la protección de las vidas y propiedades de los occidentales. No había humillación que rechazase por excesiva. La China revolucionaria, en cambio, se declara dueña de sus destinos. Al lenguaje insolente de los imperialismos occidentales responde con un lenguaje digno y firme. Su programa repudia todos los tratados que someten al pueblo chino al poder extranjero.

En otros tiempos, las potencias capitalistas habrían exigido a los chinos, con las armas en la mano, la ratificación humilde de esos tratados y el abandono inmediato de toda reivindicación revisionista. Pero la posición de esas potencias en Oriente está profundamente socavada a consecuencia de la revolución rusa y en general de la crisis post-bélica. La Rusia zarista, ponía todo su poder al servicio de la opresión del Asia por los occidentales. Hoy la Rusia socialista sostiene las reivindicaciones del Asia contra todos sus opresores.

Se repite, en un escenario más vasto y con nuevos actores, el conflicto de hace cuatro años, entre la Gran Bretaña y el nacionalismo revolucionario turco. También entonces, después de proferir coléricas palabras de amenaza, la Gran Bretaña tuvo que resignarse a negociar con el gobierno de Angora. Se oponían a toda aventura guerrera la voluntad de sus Dominios y la conciencia del propio pueblo inglés.

Europa siente que su imperio en Oriente declina. Y sus hombres más iluminados comprenden que la libertad de Oriente significa la más legítima de las expansiones de Occidente: la de su pensamiento. La guerra contra la China no podría ser ya aceptada por la opinión pública de

* Publicado en *Variedades*, Lima, 2 de abril de 1927.

ningún país, por muy diestramente que la envenenases la prensa y la diplomacia imperialistas.

Los revolucionarios chinos tienen franco el camino de Pekín. La conquista de la capital milenaria no encuentra ya obstáculos insalvables. Inglaterra, el Japón, Estados Unidos, no cesarán de conspirar contra la revolución, explotando la ambición y la venalidad de los jefes militares asequibles a sus sugerencias. Se advierte ya la intención de tentar a Chang Kai-Chek a quien el cable, tendenciosamente, presenta en conflicto con el *Kuo-Min-Tang*. Pero no es verosímil que Chang Kai-Chek caiga en el lazo. Hay que suponerle la altura necesaria para apreciar la diferencia entre el rol histórico de un libertador y el de un traidor de su pueblo.¹

Por lo pronto la revolución ha ganado con Shanghai una gran base material y moral. Hasta hace poco, Cantón, la ciudad de Sun-Yat-Sen, era su única gran fortaleza. Hoy Shanghai se agita bajo la sombra de sus banderas que lo transforman en uno de los mayores escenarios de la historia contemporánea.

Sobre Shanghai convergen las miradas más ansiosas del mundo. Unas llenas de temor y otras llenas de esperanza. Para todas, un episodio de la epopeya revolucionaria vale más que todos los episodios sincrónicos de la política capitalista.

LA RUPTURA ANGLO-RUSA*

No se puede decir en rigor que la ruptura de relaciones diplomáticas entre Inglaterra y Rusia, interrumpa o amenace la paz entre el capitalismo británico y el comunismo ruso, por la sencilla razón de que esa paz no ha existido nunca. El gobierno inglés y el gobierno bolchevique, entraron primero en negociaciones y después en relaciones diplomáticas, para hacerse mejor la guerra. El estado de guerra, activo o latente, visible u oculto, no ha cesado entre uno y otro gobierno desde el nacimiento de los soviets. La lucha ha tenido en los nueve años transcurridos desde la Revolución de Octubre, diversos grados de intensidad, distintas fases de desarrollo, pero en ningún momento ha sido ni ha podido ser suspendida por una ni otra parte. No obstante el período llamado de estabilización capitalista, ni el capitalismo ni el comunismo han desarmado.

Inglaterra rompe con Rusia por razones de política inglesa. El gobierno conservador, forzado por la lógica de la situación, más que por la presión de sus extremistas, se encuentra en el caso de actuar una política resueltamente reaccionaria. El éxito de esta ofensiva —que en el orden interno tiene su expresión en el *bill* contra la huelga y en el orden interno en la ruptura con Rusia—, es para los conservadores, más precisamente para el método conservador, una cuestión de vida o muerte. La propaganda comunista no se ha hecho más amenazadora que antes en Europa. Por el contrario, en los países occidentales, como una consecuencia de las ilusiones, y también de las realidades, del período de estabilización capitalista, esa propaganda ha perdido terreno. Pero, en cambio, la agitación revolucionaria se ha tornado inquietante en Asia y África, donde ataca y socava las posiciones del Imperio Británico. En especial, la revolución china ha costado al

¹ Los sucesos posteriores, lamentablemente, demostraron que Chang-Kai-Chek no supo situarse a la altura de su "rol histórico", prefiriendo el de "traidor de su pueblo". (N. de los E.)

imperio inglés —al “orgullo” y al “prestigio” ingleses— muy caras derrotas. Y de todo esto, el gobierno conservador de Valdwin necesita culpar a Rusia, para justificar integralmente su política agresiva frente a las revoluciones nacionales de Oriente y frente a la propia clase obrera inglesa.

Lo que está inmediatamente en peligro es el Imperio Británico. El capitalismo occidental, puede subsistir, ciertamente, después de que hayan desaparecido la hegemonía y potencia inglesas. Mas al gobierno de Inglaterra le toca sostener que esto no es posible y que la suerte del Imperio Británico y de la sociedad capitalista son consustanciales y están mancomunadas.

El hecho de que, verdaderamente, no lo sean, constituye el signo más evidente de que la Gran Bretaña ha perdido el primer puesto en la política mundial. El eje de la organización capitalista se ha desplazado de Inglaterra a los Estados Unidos. ¿En qué instante se ha cumplido, precisamente, este desplazamiento? Tal vez no sea posible decirlo, del mismo modo que no es posible asir exactamente el instante en que concluye el día, sin que por esto sea posible duñar luego de la llegada de la noche. Antes, la Gran Bretaña al hacer una política británica hacia una política europea y occidental. Uno y otro hecho, uno y otro término se identificaban. Ahora, vemos claramente que esto no sucede ya. La Gran Bretaña ha dejado de representar los máximos intereses materiales y políticos de la civilización capitalista. Económica, y por ende políticamente, Europa cae, cada día más, bajo la dependencia de los Estados Unidos. Y la Gran Bretaña no puede sustraerse a este destino. Es probable que la señal de desplazamiento del eje capitalista de Inglaterra a Estados Unidos haya sido la suscripción del plan Dawes. Imponiendo a Europa este modo de arreglo de la deuda alemana, los Estados Unidos volvieron a asumir en la liquidación de la guerra la función que les dio Wilson en las conferencias de la paz antes del fracaso práctico de su programa de reorganización mundial.

Rusia y Estados Unidos son hoy los dos polos de la historia del mundo.

Por esto, al romper sus relaciones con Rusia, la Gran Bretaña ha ejecutado un acto de mucha menor trascendencia mundial que hace tres años al restablecerlas. Entonces el reconocimiento británico, reforzó en el Occidente la 112

posición del gobierno de los Soviets. Hoy la ruptura no la debilita, evidentemente, en la misma medida. Alemania necesita mantener su colaboración comercial con Rusia. Italia, dentro del programa imperialista de Mussolini, tiene que seguir en sus asuntos internacionales, y sobre todo respecto de Rusia, una línea italiana más bien que una línea británica. Francia, bajo la dirección de un piloto tan reaccionario y pequeño-burgués como Poincaré, seguirá denunciando estridentemente la revolución rusa como un crimen de lesa civilización; pero frente a Rusia, como frente a la China, se guardará de comprometer inútilmente su posición en obsequio a Inglaterra.

La actitud inglesa ha alcanzado su máxima potencia cuando han hablado aprobándola, por boca de uno de sus embajadores, los Estados Unidos. Pero esta declaración yanqui no podía faltar. Justamente porque los Estados Unidos son en la actualidad la sede del capitalismo, deben sostener a la Gran Bretaña contra Rusia. Claro que esta solidaridad se limita a los intereses generales de la civilización occidental o capitalista, sin abrazar, mínimamente, los intereses particulares del Imperio Británico, en frecuente contraste con los del Imperio yanqui.

Rusia ha pretendido en la Conferencia Económica de Ginebra que los representantes de las naciones participantes en esa asamblea internacional, proclamasen como postulado fundamental de la reconstrucción económica de Europa, el reconocimiento categórico de que el sistema capitalista y el sistema socialista pueden coexistir. La conferencia se ha clausurado sin resolver este problema; pero tampoco ha podido descartarlo. Y sus conclusiones entrañan la confesión tácita de que muy poco es lo que se puede avanzar efectivamente en un trabajo de restauración europea sin resolver el problema planteado por Rusia. La ruptura anglo-rusa significa un paso atrás en el camino de su solución. Este hecho define el sentido y el alcance de la conducta inglesa mejor que ningún otro. La presenta en oposición con intereses y necesidades de la economía europea que los técnicos de ese continente, reunidos en Ginebra, han tenido que reconocer.

TROTSKY Y LA OPOSICIÓN COMUNISTA*

La expulsión de Trotsky y Zinoviev del Partido Comunista ruso y las medidas sancionadas por éste contra la oposición trotskista, reclaman una ojeada a la política interna de Rusia. La crítica contrarrevolucionaria, tantas veces defraudada por los acontecimientos rusos, se entretiene ya en pronosticar la inminente caída del régimen soviético a consecuencia de su desgarramiento intestino. Los más avisados y prudentes de sus escritores prefieren conformarse con la esperanza de que la política de Stalin y el partido representan simple y llanamente la marcha hacia el capitalismo y sus instituciones. Pero basta una rápida ojeada a la situación rusa para convencerse de que las expectativas interesadas de la burguesía occidental no son esta vez más solventes que en los días de Kolchak y Wrangel.

La revolución rusa, que como toda gran revolución histórica, avanza por una trocha difícil que se va abriendo ella misma con su impulso, no conoce hasta ahora días fáciles ni ociosos. Es la obra de hombres heroicos y excepcionales, y, por este mismo hecho, no ha sido posible sino con una máxima y tremenda tensión creadora. El partido bolchevique, por tanto, no es ni puede ser una apacible y unánime academia. Lenin le impuso hasta poco antes de su muerte su dirección genial; pero ni aún bajo la inmensa y única autoridad de este jefe extraordinario, escasearon dentro del partido los debates violentos. Lenin ganó su autoridad con sus propias fuerzas; la mantuvo, luego, con la superioridad y clarividencia de su pensamiento. Sus puntos de vista prevalecían siempre por ser los que mejor correspondían a la realidad. Tenían, sin embargo, muchas

* Publicado en *Variiedades*, Lima, 25 de febrero de 1928. Revisado conforme al original que poseemos; el autor ha interpolado algunas palabras y suprimido o modificado algunos párrafos. (N. de los E.)

veces que vencer la resistencia de sus propios tenientes de la vieja guardia bolchevique.

La muerte de Lenin, que dejó vacante el puesto de un jefe genial, de inmensa autoridad personal, habría sido seguida por un período de profundo desequilibrio en cualquier partido menos disciplinado y orgánico que el partido comunista ruso. Trotsky se destacaba sobre todos sus compañeros por el relieve brillante de su personalidad. Pero no sólo le faltaba vinculación sólida y antigua con el equipo leninista. Sus relaciones con la mayoría de sus miembros habían sido, antes de la revolución, muy poco cordiales. Trotsky, como es notorio, tuvo hasta 1917 una posición casi individual en el campo revolucionario ruso. No pertenecía al partido bolchevique, con cuyos líderes, sin exceptuar al propio Lenin, polemizó más de una vez acremente. Lenin apreciaba inteligente y generosamente el valor de la colaboración de Trotsky, quien, a su vez, —como lo atestigua el volumen en que están reunidos sus escritos sobre el jefe de la revolución—, acató sin celos ni reservas una autoridad consagrada por la obra más sugestiva y avasalladora para la conciencia de un revolucionario. Pero, si entre Lenin y Trotsky pudo borrarse casi toda distancia, entre Trotsky y el partido mismo la identificación no pudo ser igualmente completa. Trotsky no contaba con la confianza total del partido, por mucho que su actuación como comisario del pueblo mereciese unánime admiración. El mecanismo del partido estaba en manos de hombres de la vieja guardia leninista que sentían siempre un poco extraño y ajeno a Trotsky, quien, por su parte, no conseguía consustanciarse con ellos en un único bloque. Por otra parte, Trotsky, según parece, no posee las dotes específicas de político que en tan sumo grado tenía Lenin. No sabe captarse a los hombres; no conoce los secretos del manejo de un partido. Su posición singular —equidistante del bolchevismo y del menchevismo— durante los años corridos entre 1905 y 1917, además de desconectarlo de los equipos revolucionarios que con Lenin prepararon y realizaron la revolución, hubo de deshabituarlo a la práctica concreta de líder de partido.

El conflicto entre Trotsky y la mayoría bolchevique, que arriba a un punto culminante con la exclusión del trotskismo de los rangos del partido, ha tenido un largo proceso. Tomó un carácter de neta oposición en 1924 con los ataques de Trotsky a la política del Comité Central,

contenidos en los documentos que, traducidos al francés, se publicaron bajo el título de *Cours Nouveau*. Las instancias de Trotsky para que se adoptara un régimen de democratización en el partido comunista miraban al socavamiento del poder de Stalin. La polémica fue agria. Mas entre la posición del Comité y la de Trotsky cabía aún el compromiso. Trotsky cometió entonces el error político de publicar un libro sobre 1917, del cual no salían muy bien parados Zinoviev, Kamenev y otros miembros del gobierno, duramente calificados por Lenin en ese tiempo por sus titubeos para reconocer el carácter revolucionario de la situación. El debate se reavivó, con un violento recrudecimiento del ataque personal. Zinoviev y Kamenev, que hacían causa común con Stalin, no ahorraron a Trotsky ningún molesto recuerdo de sus querellas con el bolchevismo antes de 1917. Pero, después de una controversia ardorosa, el espíritu de compromiso volvió a prevalecer. Trotsky se reincorporó en el Comité Central, después de una temporada de descanso en una estación climática. Y tornó a ocupar un puesto en la administración.

Mas la corriente opositora, en el siguiente congreso del partido, reapareció engrosada. Zinoviev, Kamenev y otros miembros del Comité Central, se sumaron a Trotsky, quien resultó así el líder de una composición heterogénea, en la cual se mezclaban elementos sospechosos de desviación derechista y social-democrática con elementos incandescentemente extremistas, amotinados contra las concesiones de la Nep a los *kulaks*.

Trotsky, por otra parte, es un hombre de cosmópolis. Zinoviev, lo acusaba en otro tiempo, en un congreso comunista, de ignorar y negligir demasiado al campesino. Tiene, en todo caso, un sentido internacional de la revolución socialista. Sus notables escritos sobre la transitoria estabilización del capitalismo lo colocan entre los más alertas y sagaces críticos de la época. Pero este mismo sentido internacional de la revolución, que le otorga tanto prestigio en la escena mundial, le quita fuerza momentáneamente en la práctica de la política rusa. La revolución rusa está en un período de organización nacional. No se trata por el momento, de establecer el socialismo en el mundo, sino de realizarlo en una nación que, aunque es una nación de ciento treinta millones de habitantes que se desbordan sobre dos continentes, no deja de constituir por eso, geográfica e históricamente, una unidad. Es lógico que en esta etapa, la revolución rusa esté representa-

da por los hombres que más hondamente sienten su carácter y sus problemas nacionales.

Stalin, eslavo puro, es de estos hombres. Pertenece a una falange de revolucionarios que se mantuvo siempre arraigada al suelo ruso. Mientras tanto Trotsky, como Radek, como Rakovsky, pertenece a una falange que pasó la mayor parte de su vida en el destierro. En el destierro hicieron su aprendizaje de revolucionarios mundiales, ese aprendizaje que ha dado a la revolución rusa su lenguaje universalista, su visión ecuménica. Por ahora, a solas con sus problemas, Rusia prefiere hombres más simples y puramente rusos.

HERBERT HOOVER Y LA CAMPAÑA REPUBLICANA*

Mr. Herbert Hoover, candidato del Partido Republicano a la presidencia de los Estados Unidos, dirige su campaña electoral con la misma fría y severa estrategia con que dirigía una campaña económica desde el Ministerio de Comercio o, mejor aún, desde su bufete de *business man*. Es, según parece, el mejor candidato que el Partido Republicano podía enfrentar a Al Smith, quien como ya hemos visto es, a su vez, el mejor candidato que el Partido Demócrata podía escoger entre sus directores. Ningún otro candidato permitiría a los demócratas movilizar a sus votantes con las mismas probabilidades de victoria. Con cualquier otro opositor, el candidato republicano estaría

* Publicado en *Variedades*, Lima, 3 de noviembre de 1928.

Producida la elección de Herbert Hoover, éste efectuó una visita a América Latina. Así comentó la revista *Amauta* (Nº 19, noviembre-diciembre de 1928), en la sección "Notas" de "Panorama Móvil" la gira de Hoover y su paso por Lima:

"LA VISITA DEL SEÑOR HOOVER"

"¿Qué clase de mensaje ha traído a América Latina el señor Herbert Hoover, presidente electo de los Estados Unidos? El señor Hoover es, ante todo, un hombre de negocios y ha dicho pocas y sobrias palabras. En Lima, ha hablado de la excelencia de la aviación comercial como medio de acercar a los pueblos de América. Su viaje, según propia definición, es un viaje de buena voluntad. El ingeniero y el puritano, el capitalista y el explorador, aparecen siempre en sus gestos y en su lenguaje.

"El señor Hoover ha trabajado en minas de Australia y la China, en finanzas de Europa, en la industria y la administración de Estados Unidos. Le faltaba este viaje a la América Latina para redondear su experiencia personal del mundo. Antes de ocupar la presidencia de Estados Unidos, ha querido concluir su aprendizaje imperialista.

"Porque el señor Hoover, en la presidencia de los Estados Unidos, representa al mismo tiempo que al capitalismo puro, una concepción plenamente imperialista de la política yanqui. El ca-

absolutamente seguro de su elección. Los dos grandes partidos confrontan a sus mejores hombres, como se dice, un poco deportivamente, en lenguaje anglo-americano.

Ya he tenido oportunidad de observar cómo eligiendo a Smith, la democracia norteamericana se mantendría más dentro de su tradición —y por ende se mostraría, en cierto sentido, más conservadora—, que si prefiriese a Hoover, por corresponder Smith al tipo específico de administrador, de gobernante, de estadista, que la república de Washington, Lincoln y Jefferson ha estimado invariablemente como su tipo presidencial, aún dentro de la más rigurosa política imperialista y plutocrática.

Hoover procede directamente del estado mayor de la industria y la finanza. Es, personal e inmediatamente, un capitalista, un hombre de negocios. Tiene la formación espiritual más integral y característica del líder industrial y financiero del imperio yanqui. No viene de una facultad de humanidades o de derecho. Es un ingeniero, modelado desde su juventud por la disciplina tecnológica del industrialismo. Hizo, apenas salido de la Universidad, su aprendizaje de colonizador en minas de Australia y de la China. En su madurez, como Director de Auxilios, amplió y com-

pitalismo, con esta elección, prescinde de intermediarios, en la más típica de sus democracias: no busca ya su jefe de gobierno entre tipos de magistrados, estadistas o profesores, sino directamente entre tipos de industriales y financieros de versación mundial, con servicios en los 5 Continentes. Llegamos a la etapa en que el hombre de Estado se identifica absolutamente con el hombre de negocios.

"El mensaje del señor Hoover no es, por ende, el de sus millones de electores —que al elegirlo han votado unos por el protestantismo, otros por el prohibicionismo, otros por el más cuáquero y norteamericano de los candidatos—, ni es siquiera el mensaje del Partido Republicano, que fue el del gran leñador Lincoln y hoy se contenta con ser el de la plutocracia de Wall Street; es el mensaje de la diplomacia del dólar, la misma cuando habla por boca del señor Coolidge que cuando habla por boca del señor Borah. Cuestión de roles.

"La crónica, si es exacta, registrará que el señor Hoover encontró en Lima, como es lógico, cortesía oficial, atenciones protocolarias; pero que el pueblo, en todas sus capas, presenció su llegada con la más absoluta y compacta indiferencia. No tenía por qué mostrar otro gesto. Con prisa norteamericana, con velocidad de *recordman*, el señor Hoover quiere llevarse una impresión cinematográfica de la América Latina. Esta impresión debe ser lo más superficial y física que resulte posible". (N. de los E.)

pletó en Europa su experiencia de los intereses imperiales de los Estados Unidos.

Este último es, al mismo tiempo, el cargo del cual arranca su carrera política. Porque, sin haber pasado por el servicio público y haberse acreditado competente en él, es evidente que ningún *business man* norteamericano, aún en una época de extrema afirmación capitalista, estaría en grado de obtener el voto de sus correligionarios para la presidencia de la República.

Por profesar con entusiasmo y énfasis ilimitados el más norteamericano individualismo, Hoover pertenece, sin duda, a la estirpe del *pioneer*, del colonizador, del capitalista, mucho más que Smith. Su protestantismo hace también de Hoover un hombre de más cabal filiación capitalista. Hoover reivindica, con intransigencia, la doctrina del Estado liberal, contra las proclividades intervencionistas y humanitarias del demócrata Smith. Pero esto, en los tiempos que corren, no importa propiamente fidelidad a la economía liberal clásica. El individualismo de Hoover no es el de la economía de la libre concurrencia, sino el de la economía del monopolismo, de la cartelización. Contra las empresas, negocios y restricciones estatales Hoover defiende a las grandes empresas particulares. Por su boca, no habla el capitalismo liberal del período de libre concurrencia, sino el capitalismo de los *trusts* y monopolios.

Hoover es uno de los líderes de la "racionalización de la producción". Como una de sus mayores benemerencias, se recuerda su acción, en el Ministerio de Comercio, para conseguir la máxima economía en la producción industrial, mediante la disminución de los tipos de manufaturas y productos. El más cabal éxito de Hoover, como Secretario de Comercio, consiste en haber logrado reducir de 66 a 4 las variedades de adoquines, de 88 a 9 las de grados de asfalto, de 1,351 a 496 las de limas y escofinas, de 78 a 12 las de frazadas, etc. Paradójico destino el del gobernante individualista, en esta edad del capitalismo: trabajar, con todas sus fuerzas, por la estandarización, esto es por un método industrial que reduce al mínimo los tipos de artículos y manufaturas, imponiendo al público y a la vida el mayor ahorro de individualismo.

Quizá igualmente paradójico sea el destino del capitalista e imperialista absoluto en el orden político. Contribuyendo a que el proceso capitalista se cumpla rigurosamente, sin preocupaciones humanitarias y democráticas, sin con-

cesiones oportunistas a la opinión y a la ideología medias, un gobernante del tipo de Hoover, apresuraría seguramente mejor que un gobernante del tipo de Smith, el avance de la revolución y, por tanto, la evolución económica y política de la humanidad. La experiencia democrática demagógica de la Europa occidental parece confirmar plenamente la concepción soreliana de la guerra de clases en la economía y la política. El capitalismo necesita ser, vigorosa y enérgicamente, capitalista. En la medida en que se inspira en sus propios fines, y en que obedece sus propios principios sirve al progreso humano, mucho más que en la medida en que los olvida, debilitada su voluntad de potencia, disminuido su impulso creador.

Hilferding, el ministro de la social-democracia alemana —más estimable sin duda como teórico del *Finanzkapital*— decía no hace mucho que, puesto que el capitalismo seguía adelante, no era posible dudar de que se avanzaba hacia la revolución, porque nada es más revolucionario que el capitalismo. El juicio de Hilferding, como conviene a la posición de un reformista algo escéptico, acusa un determinismo demasiado mecanista, incompatible con un verdadero espíritu socialista y revolucionario. Pero, es útil y oportuna su cita en este caso, como elemento de investigación del sino de la candidatura Hoover. Los que en la política norteamericana operan en una dirección revolucionaria, pueden admitir íntimamente que la victoria de Hoover, dentro de un orden de circunstancias que es el más probable en un período de temporal estabilización capitalista, convendría a la transformación final del régimen económico y social del mundo, más que la victoria del demócrata Smith. Pero no les es dado o lícito pensar esto, sino a condición de oponerse con toda su energía, a esa misma victoria de Hoover, aún a trueque de ir al encuentro de la victoria de Smith. Porque la historia quiere que cada cual cumpla, con máxima acción, su propio rol. Y que no haya triunfo sino para los que son capaces de ganarlo con sus propias fuerzas, en inexorable combate.

III FIGURAS Y ASPECTOS DE LA VIDA MUNDIAL

LA LIQUIDACIÓN DE LA CUESTIÓN ROMANA*

El fascismo concluye, en estos momentos, uno de los trabajos para el que se sintió instintivamente predestinado desde antes, acaso, de su ascensión al poder. Ni sus orígenes anti-clericales, agresivamente teñidos de paganismo marinettiano y futurista —el programa de Marinetti comprendía la expulsión del Papa y su corte y la venta del Vaticano y sus museos—; ni las reyertas entre campesinos católicos y legionarios fascistas en los tiempos de beligerancia del partido de Don Sturzo; ni las violentas requisitorias de Farinacci entre el anti-fascismo recalcitrante —*inittiano addirittura!*— del Cardenal Gasparri; ni la condena por los tribunales fascistas de algunos curas triestinos; ni la terminante exclusión del *scoutismo* católico como concurrente de la organización mussolinista de la adolescencia; ninguno de los actos o conceptos, individuos o situaciones que han opuesto tantas veces el *fascio littorio* y el cetro de San Pedro, ha frustrado la ambición del *Dux* de reconciliar el Quirinal y el Vaticano, el Estado y la Iglesia.

¿Quién ha capitulado, después de tantos lustros de intransigente reafirmación de sus propios derechos? Verdaderamente, la cuestión romana, como montaña casi insalvable entre el Quirinal y el Vaticano, había desaparecido poco a poco. Incorporada la Italia del *Risorgimento* en la buena sociedad europea, el Vaticano había visto tramontar, año tras año, la esperanza de que un nuevo ordenamiento de las relaciones internacionales consintiese la reivindicación del Estado pontificio. Dictaban su ley no sólo a la buena sociedad europea, sino a la sociedad mundial, naciones protestantes y sajonas con muy pocos motivos de aprecio por la ortodoxia romana; le imponía su etiqueta diplomática una nación latina —Francia—, entregada, desde su revolución, a la más severa y formalista laicidad

franc-masona. La Iglesia Romana, en el curso del ochocientos, habría dado muchos pasos hacia la democracia burguesa, separando teórica y prácticamente su destino del de la feudalidad y la autocracia. El liberalismo italiano a su vez, no había osado tocar el dogma, llevando a su pueblo al protestantismo, a la iglesia nacional. La cuestión romana había sido reducida por los gobernantes del "transformismo" italiano, a las proporciones de una cuestión jurídica. En realidad, descartados sus aspectos político, religioso y moral, no era casi otra cosa. Si el Vaticano aceptaba el dogma de la soberanía popular y, por ende, el derecho del pueblo italiano a adoptar en su organización los principios del Estado moderno, no tenía que reclamar, sino contra la unilateralidad arbitraria de la Ley *delle Guarentigie*. Esta ley era inválida por haber pretendido resolver, sin preocuparse del consenso ni las razones del Papado, una cuestión que afectaba a sus derechos.

Pero, en tiempos de parlamentarismo demo-liberal, un arreglo estaba excluido por el juego mismo de la política de cámara y pasillos. Aparte de que todos los líderes coincidían tácitamente con la tendencia giolittiana a aplazar, por tiempo indefinido, cualquiera solución. La política —o la administración— giolittiana tenía que *ménager* de una parte, a los cléricales, gradualmente atraídos a una democracia sosegada, progresista, tolerante, exenta de todo excesivo sectarismo, de toda peligrosa duda teológica; y de otra parte, a los demo-liberales y demo-masones empeñados en sentirse legítimos y vigilantes del patrimonio ideal del *Risorgimento*.

La crisis post-bélica, la transformación cada día más acentuada de la política de partidos en política de clases, la consiguiente aparición del partido popular italiano bajo la dirección de Don Sturzo, cambiaron después de la guerra los términos de la situación. La catolicidad, que políticamente había carecido hasta entonces en Italia de representación propia, comenzó a disponer de una fuerza electoral y parlamentaria que pesaba decisivamente, dada la actitud de los socialistas, en la composición de la mayoría y el gobierno.

Pero estaba vigente aún la tradición del Estado liberal y laico surgido del *Risorgimento*. La distancia entre el Estado y la Iglesia se había acortado. Mas el Estado no podía dar, por su parte, el paso indispensable para salvarla. La Iglesia, a su vez, esperaba la iniciativa del Estado. Histórica y diplomáticamente, no le tocaba abrir las negociaciones.

Mussolini ha operado en condiciones diversas. En primer lugar, el gobierno fascista, como he recordado ya en otra ocasión, tratando este mismo tópico¹, no se considera vinculado a los conceptos que inspiraron invariablemente a este respecto, la política de los anteriores gobiernos de Italia. Frente a la "cuestión romana", como frente a todas las otras cuestiones de Italia, el fascismo no se siente responsable del pasado. El fascismo pregonó su voluntad de construir el Estado fascista sobre bases y principios absolutamente diversos de los que durante tantos años ha sostenido el Estado liberal. El Estado fascista aspira a ser la antítesis y la negación del Estado liberal. Al mismo tiempo, el fascismo desenvuelve, con astuto oportunismo, una política de acercamiento a la Iglesia, cuyo rol como instrumento de italiañidad y latinidad ha sido imperialistamente exaltado por Mussolini. En materia religiosa, el fascismo ha realizado el programa del partido popular o católico fundado en 1919 por Don Sturzo. Lo ha realizado a tal punto que ha hecho inútil la existencia en Italia de un partido católico. (Hay que agregar, que en ningún caso, después del Aventino, la habría permitido como existencia de un partido democrático. "El Papa puede despedir a Don Sturzo", escribía ya nace cinco años Mario Missiroli. El acercamiento del fascismo, a la Iglesia, no sólo se ha operado en el orden práctico, mediante una restauración más o menos política en la escuela. También se ha intentado la aproximación en el orden teórico. Los intelectuales fascistas de Gentile, a Giusso y Pellizzi, se han esmerado en el elogio de la Iglesia. Los más autorizados teóricos del *fascio littorio*, han encontrado en el tomismo no pocos de los fundamentos filosóficos de su doctrina. La excomunión de *L'Action Française*, ha comprometido un poco esta *démarche* reaccionaria. Frente al mismo fascismo, el Vaticano ha reivindicado discretamente el concepto católico del Estado, incompatible con el dogma fascista del Estado ético y soberano.

Mas, si a este respecto el acuerdo resultara siempre difícil, no ocurriría lo mismo con la "cuestión romana". Precisamente, en este terreno, el fascismo podía ceder sin peligro. Y reconocer al Papado la soberanía sobre los palacios vaticanos, una indemnización y otras prerrogativas, no es ceder demasiado. Lo mismo habría dado, presuroso, Cavour. Sólo que entonces habría parecido muy poco.

¹ Véase el artículo "El Vaticano y el Quirinal", en el t. II de *Figuras y aspectos de la vida mundial* [N. de los E.]; y en este volumen pp. 95-98.

RUSIA Y CHINA*

El ataque a la URSS por uno de los Estados que la diplomacia y la finanza de los imperialismos capitalistas puede movilizar contra la revolución rusa estaba demasiado previsto desde que a la etapa del reconocimiento de los Soviets por los gobiernos de Occidente —empujados en parte a esta actitud, según lo observa Alvarez del Vayo, por la esperanza de que los negocios en Rusia aliviasen su crisis industrial— siguió la etapa de hostilidad y agresión inaugurada por el allanamiento de la casa Arcos en Londres. Desde entonces es evidente la reaparición en las potencias capitalistas de un acre humor antisoviético. Mr. Baldwin no trepidó en aceptar las responsabilidades de la ruptura de las relaciones diplomáticas, restablecidas por el primer gabinete Mac Donald. Y en Francia una estridente campaña de prensa, subsidiada y dirigida por la más notoria plutocracia, exigió el retiro del embajador Rakovsky.

Pero, generalmente, se pensaba que la ofensiva comenzaría otra vez en Occidente. Polonia se ha impuesto el oficio de gendarmero de la reacción. Y el general Pilsudsky, en vena siempre de aventuras más o menos napoleónicas, se ha entrenado bastante en la conspiración y la maniobra antisoviéticas. Rumania, favorecida por la paz con la anexión de la Besarabia, a expensas de Rusia y del principio de libre determinación de las nacionalidades, es otro foco de intrigas y rencores contra la URSS. Y, en general, a ningún trabajo se han mostrado tan atentas las potencias de Occidente como al de interponer entre la URSS. y la vieja Europa demoburguesa una sólida muralla de Estados incondicionalmente adictos a la política imperialista del capitalismo.

La amenaza a que más sensible se manifestaba esta política era, sin embargo, la de la creciente influencia de Rusia en Oriente. Y era lógico, por consiguiente, que la nueva ofensiva anti-rusa eligiese para sus operaciones los países asiá-

ticos. En esto, el Imperio Británico, sobre todo, continuaba su tradición. Inglaterra, desde los tiempos de Disraeli, ha sentido en Rusia a su mayor rival en Asia.

En la política de Persia, la mano de Inglaterra se ha movido activamente contra Rusia en los últimos tiempos, en modo demasiado ostensible. Y, a partir del nuevo curso de la política china, que ha hecho del *Kuo-Ming-Tang* y sus generales un instrumento más perfecto y moderno de los intereses imperialistas que los antiguos caudillos feudales, la excitación de China contra Rusia no ha cesado un instante. La actitud de las autoridades de la Manchuria expulsando intempestivamente a los rusos de esa parte de la China y apoderándose de modo violento del ferrocarril oriental, no es sino un efecto de un trabajo, cuyos antecedentes hay que buscar en la lucha de los imperialismos capitalistas con los Soviets durante la acción nacionalista revolucionaria del *Kuo-Ming-Tang*.

El Japón juega, sin duda, en la preparación de este conflicto un rol preponderante. Las inversiones del Japón en la Manchuria alcanzan una cifra conspicua. La penetración japonesa en la China, en general, avanza a grandes pasos desde la guerra que hizo del Japón algo así como el fiduciario de la Entente en el Extremo Oriente. La Conferencia de Washington sobre los asuntos chinos, tuvo entre sus principales objetos el de contener la expansión japonesa en la China. Estos intereses económicos se han reflejado incesantemente en el desarrollo de la política. El Japón, occidentalizado y progresista, se ha esmerado a este respecto en la colaboración con los elementos más retrógrados de la China. El Club An-Fú fue su partido predilecto. Luego, Chang-So-Ling, el dictador de la Manchuria, acaparó sus simpatías. Y las ambiciones del Japón sobre la Manchuria son de vieja data. El ferrocarril ruso de la Manchuria recuerda, precisamente, al Japón una de sus derrotas diplomáticas. Su victoria militar sobre la China en 1895 le pareció título bastante para instalarse en la península de Liao-Tung, en Port Arthur, en Dalny, en Wei-Hai-Wei y la Corea. Pero, entonces, este apetito excesivo y poco razonable estaba en absoluto conflicto con los intereses de las potencias europeas. Rusia zarista, particularmente, que acababa de construir la línea transiberiana, no podía avenirse a las pretensiones desmesuradas del Japón. La diplomacia de Rusia, Francia y Alemania obligó al Japón a soltar la presa. Y, más tarde, Rusia se hacía adjudicar el Liao-Tung

129 con Port Arthur y Dalny y obtenía la autorización de cons-

truir el ferrocarril de la Manchuria. Rusia perdió en la guerra con el Japón una parte de estas posesiones; pero entre otras, juzgadas incontestables, conservó la del ferrocarril. Y en 1924 el propio gobierno de Chang-So-Ling reconoció a Rusia sus derechos sobre esta vía férrea. La diplomacia revolucionaria de los Soviets había roto con la tradición del zarismo en sus relaciones con China, renunciando a los derechos de extraterritorialidad y otros que los tratados vigentes con las potencias europeas le reconocían. Rusia había inaugurado una nueva etapa en las relaciones de Europa con China, tratándola de igual a igual. Chang-So-Ling, dictador feudal del más reaccionario espíritu, no era por cierto un gobernante dispuesto a apreciar debidamente este lado de la nueva política rusa. Pero los derechos de Rusia aparecían tan indiscutibles que el tratado no podía conducir sino a su ratificación.

La conducta de la China va contra toda norma de derecho. Un telegrama de Ginebra comunica "que los juristas de Ginebra y La Haya se muestran generalmente inclinados a favorecer la actitud de los abogados de Moscú, quienes insisten en que la China no ha tenido ninguna causa justificada para proceder en la violenta y reprendina forma que lo hiciera, sin tratar siquiera de justificar su actitud mediante avisos previos". Esta opinión, dada la ninguna simpatía de que goza la Rusia soviética en el ambiente de la Sociedad de las Naciones, revela que la sutileza de los jurisconsultos no encuentra excusa seria para el proceder chino. Se invoca, como de costumbre, el pretexto, bastante desacreditado, de la propaganda comunista. Pero esta propaganda, en caso de estar comprobada, podría haber sido una razón para medidas circunscritas contra los elementos no deseables. Es imposible explicar con el argumento de la propaganda comunista, las prisiones y exportaciones en masa y la confiscación del ferrocarril.

La política del Japón en la China obedece a intereses distintos y aún rivales de los que dictan la política yanqui. Habían dejado de coincidir aún con los de la política británica. La lucha entre los imperialismos rivales es, sin duda, un obstáculo para un inmediato frente único, antisoviético, de las grandes potencias capitalistas. Pero la intención de este frente está en los estadistas de sus burguesías. El pacto Kellogg confronta su primera gran prueba, lo mismo que la diplomacia laborista. La China feudal y militarista, la China de Chang-Hsueh-Liang y Chang Kai-Chek, carece de voluntad en este conflicto. No será ella, en el fondo, la que dé la respuesta que aguarda la demanda soviética.

LA CONFERENCIA DE LAS REPARACIONES*

La estabilización capitalista descansa en fórmulas provisionales. La interinidad de los acuerdos es su característica dominante. La constitución de los Estados Unidos de Europa sería el medio de organizar a la Europa burguesa en una liga que, resolviendo los conflictos internos de política y la economía europeas, opusiese un compacto bloque, de un lado a la influencia ideológica de la URSS y de otro a la expansión económica de Norteamérica. Pero, a cada paso, surge un incidente que descubre la persistencia —más todavía, la sorda exacerbación—, de los antagonismos que alejan o descartan la posibilidad de unificar a la Europa capitalista. Ramsay Mac Donald se cuenta entre los estadistas que prevén que en el decenio próximo se preparará algo así como los Estados Unidos de Europa; pero esto no le impide asumir en la conferencia de las reparaciones de La Haya una actitud tan estrictamente ajustada al interés y al sentimiento nacionales como la que tomaría, en el mismo caso, Winston Churchill. Las siete potencias interesadas en la cuestión de las reparaciones y de los créditos de guerra, después de algunos coloquios, pueden entenderse provisoriamente respecto a este problema; pero mucho más difícil es que pacten un plan definitivo, una solución integral. Formular el plan Young, ha sido, por esto, más laborioso y complicado que formular el plan Dawes. Se trata ahora de fijar totalmente las obligaciones de Alemania hasta la extinción de su deuda, la participación de los aliados —o mejor, ex-aliados— en estas cantidades y la vinculación entre los pagos alemanes y las deudas interaliadas. Y, antes de suscribir un convenio que compromete irremediablemente su política en el porvenir, cada uno de los principales interesados extrema sus precauciones. Como el régimen Dawes debe cesar el 31 de este mes; si el régimen Young no queda sancionado en La Haya, la conferencia de las reparaciones se verá en el caso de adoptar, mientras se elabora un acuerdo completo, alguna disposición provisoria.

El plan Young, según sus autores, es un todo invisible. Todas sus partes están en relación unas con otras. Tocar el capítulo del pago en especies, por ejemplo, es tocar el monto de la indemnización, y, por consiguiente, la escala de las anualidades. Los expertos de Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Italia, Bélgica, el Japón y Alemania, no han conseguido montar esta ingeniosa maquinaria sino después de un larguísimo trabajo de coordinación de sus engranajes. Si se mueve una sola de sus ruedas, la maquinaria no funcionará: habrá que reconstruirla totalmente.

Los expertos han establecido, en primer término, un sistema de cierta elasticidad. Distribuir el total de la deuda alemana en un número de años, y señalar la cuota fija de amortización anual, habría sido fácil; pero un sistema de esta rigidez habría reclamado, en conflicto con las circunstancias, constantes revisiones prácticas. El plan de los expertos tenía que considerar la capacidad de pago de Alemania como un factor sujeto a posibles variaciones. Dentro de un programa de regulación definitiva de los pagos y las deudas, necesitaba dejar un margen al juego de las contingencias. El plan Young, objeto actualmente de los reparos de Inglaterra, adopta una escala de amortizaciones que prevé la cancelación de la deuda alemana en el plazo de 59 años. Pero divide las anualidades en dos partes: una incondicional y otra dependiente de la capacidad de pago de Alemania. El Reich pagará en divisas extranjeras, en cuotas mensuales, sin ningún derecho de suspensión, 660 millones de marcos al año. Esta suma corresponde a la que el plan Dawes exige obtener de las entradas de los ferrocarriles alemanes. Durante diez años, Alemania conserva el derecho de efectuar en mercaderías una parte adicional de los pagos, conforme a una escala que fija esta cuota, para el primer año, en 750 millones de marcos, reduciéndola anualmente en 50 millones, de suerte que la décima anualidad sea sólo de 300 millones. El pago del resto de la anualidad, —que fijada en 1,707.9 millones de marcos oro para el ejercicio 1930-31, sube a 2,428.8 millones para 1965-66—, es diferible si circunstancias especiales lo demandan. La apreciación de estas circunstancias queda encargada a un comité consultivo, convocado por el Banco de *réglements internacionales* que el plan Young propone como organismo especial de recaudación y administración de las reparaciones. Los plazos que, en virtud de este margen, pueden ser concedidos a Alemania tienen por objeto protegerla "contra las consecuencias posibles de un período de depresión relativamente corta que, por razones de orden

interno o externo, podría amenazar suficientemente los cambios como para tornar peligrosas las transferencias al exterior". El gobierno alemán, en este caso, tiene el derecho de suspender estos abonos por un plazo máximo de dos años.

Las observaciones de Inglaterra no conciernen a este aspecto del plan Young —las obligaciones de Alemania y el método de hacerlas efectivas sin daño de la economía alemana en el caso de eventuales crisis— sino a la participación británica en las anualidades y al mantenimiento por diez años del pago en mercaderías. La industria británica sufre las consecuencias de esta estipulación del plan Dawes que imponen a la Gran Bretaña, en plena crisis industrial por el descenso de sus exportaciones, absorber anualmente una cantidad de manufacturas alemanas. Snowden reclama que se asignen a su país 48 millones más de marcos en el reparto de las anualidades alemanas. Cualquiera rectificación, en uno y otro aspecto, importa la revisión total del plan Young. Si se suprime o reduce la cuota en especies, toda la escala de amortización de la deuda alemana tendría que ser reformada. Por consiguiente, nuevo debate respecto a la capacidad de pago del Reich en los 59 años próximos. Si se acuerdan a Inglaterra los millones suplementarios que demanda, ¿a quién o a quiénes se rebajaría su parte? Francia defiende celosamente su prioridad. Italia piensa que es ya bastante exigua su participación.

Inglaterra, en todo caso, no está dispuesta a prestar su asentimiento a ninguna fórmula que perjudique sus intereses, visiblemente distintos de los de Francia, Alemania y Estados Unidos. Hasta hace pocos años, las mayores dificultades para el arreglo de la cuestión de las reparaciones parecían provenir del conflicto entre los intereses alemanes y franceses. Ahora resulta evidente que la oposición entre los intereses alemanes y británicos es todavía mayor. Alemania no puede prosperar y restaurarse industrialmente, sino a expensas, en cierto grado, de la reconstrucción británica. Y no se hable del conflicto todavía más profundo e irreducible que se manifiesta entre los intereses de la Gran Bretaña y Estados Unidos. La conferencia de reparaciones de La Haya ha venido a revelar la fatalidad y crecimiento de estas contradicciones, en instantes que preferirían quizás transcurrir bajo el signo del espíritu de Locarno, mientras la amenaza guerrera reaparece en Oriente.

ASPECTOS ACTUALES DE LA CRISIS DE LA DEMOCRACIA EN FRANCIA*

En Francia no han prosperado ninguna de las tentativas del fascismo, más o menos directamente inspiradas en el modelo italiano. Los equipos de *L'Action Française* han sufrido sucesivas derrotas. El Estado francés ha reprimido sus más belicosas efervescencias, aplicando el código a León Daudet; la Iglesia Romana ha puesto a Charles Maurras en el *index* de los autores heréticos. Las patrullas fascistas de George Vaulois y del renegado Gustavo Hervé no han tenido más fortuna. Las derechas, en busca de un dictador, han creído encontrarlo, por momentos, en un general: Castelnau el católico, Lyautey el africano; pero todos estos preludios de fascistización de la Tercera República han durado poco y han tenido un final chafado y pobre. La reacción, el fascismo, como movilización de todas las fuerzas del Estado y de la burguesía contra la agitación revolucionaria, sin embargo, no han cesado de ganar terreno. Los fascistas de estilo netamente escuadrista y dictatorial han fracasado en sus empeños; pero el fascismo —un fascismo francés, leguleyo, poincarista, que ha hablado siempre el lenguaje de la legalidad aunque por esto no haya blandido menos rabiosamente el bastón reaccionario— han conquistado lentamente al gobierno instalando en el Ministerio del Interior a André Tardieu, el lugarteniente de Clemenceau, el negociador de Versalles, el reaccionario bochado en las elecciones del 11 de mayo y reintegrado al Palacio Borbón por una elección suplementaria; apenas desencadenada la contraofensiva de las derechas. Desde el momento en que el *cartel* de izquierdas dirigido por Herriot, se reveló incapaz de actuar el programa victorioso en las urnas eleccionarias el 11 de mayo, con la restauración de Poincaré, aunque realizada con algunas concesiones a los radicales-socialistas, era evidente este *ricorso*. El gabinete

del franco no era otra cosa que un retorno al bloque racional, a una política de concentración burguesa, actuada conforme a los principios de Poincaré y Clemenceau bélicos. La Tercera República no se avenía a que la crisis del régimen demo-liberal y parlamentario le impusiera una dictadura personal y facciosa; se conformaba, por el momento, con una dictadura de clase, de estilo estrictamente legal y republicano, amparada por una mayoría parlamentaria. Las invocaciones reaccionarias no habían llevado al poder al Dictador, aguardado con impaciencia por la burguesía atomista y católica a nombre de la cual René Johannet escribió su *Elogio del burgués francés*. Regresaba al gobierno Poincaré, un político de tradición netamente parlamentaria, aferrado a las convenciones jurídicas y republicanas, con obstinación y ergotismos de abogado. La estabilización capitalista, en Francia, como en otros países, aportaba formalmente la estabilización democrática. Pero, bajo este ropaje, se inauguraba en verdad una política cerradamente reaccionaria, enderezada a la represión fascista del proletariado. Con Poincaré, llegaba al gobierno André Tardieu, el más agresivo y ambicioso líder de las derechas.

Esta fisonomía y esta práctica reaccionarias se han acentuado con el gabinete Briand. Tardieu, Ministro del Interior, se esmera en la ofensiva antiproletaria. Emplea contra la organización y la propaganda comunista una especie de fascismo policial, en el que los polizones hacen el trabajo de los "camisas negras", con menos estridencia y alaridos, pero con los mismos objetivos. Briand, a quien su vejez no ha ahorrado ninguna claudicación, ni aún la de su laicismo de parlamentario de escuela demo-masónica, suscribe y auspicia esta política con su eterno escepticismo. Está demasiado habituado a las contradicciones de su destino para que su función de presidente de un ministerio derechista le cause algún disgusto. Teorizante de la huelga general en su debut de abogado socialista, le tocó reprimir una gran huelga en el gobierno. El más intransigente y celoso prefecto de Francia no lo hubiese superado en el método. Briand, además, ocupa la presidencia del Consejo, pero es, sobre todo, en el gabinete precario que encabeza un ministro de negocios extranjeros. ¿Qué política interna, por otra parte, se le podría pedir? Briand nunca ha tenido ninguna. La de Tardieu, como Ministro del Interior, no se diferencia sustancialmente de la de Sarraut. Briand está pronto a suscribir cualesquiera: la que las circunstancias y la mayoría parlamentaria consientan.

Los radical-socialistas, según los cablegramas de los últimos días, se aprestan a la batalla parlamentaria contra este gabinete. El partido radical-socialista es de un humor perennemente *frondeur*, cuando se sienta en los bancos de la oposición. Bajo este aspecto, sus preparativos de combate no tienen por qué suscitar excepcional preocupación. Pero la tendencia a coaligarse otra vez los votos parlamentarios del partido radical-socialista y del partido socialista, reanudando el experimento del *cartel* de izquierdas, coincide con la presión reaccionaria por aumentar los poderes de Tardieu hasta colocar en sus manos la dirección misma del gobierno. Los socialistas pudieron llevar a las últimas consecuencias hace cinco años, la táctica colaboracionista que consintió la constitución del *cartel* de izquierdas. No se sabe, exactamente, qué misterioso pudor o qué ambicioso cálculo detuvo entonces, al líder de los socialistas León Blum, en la antesala de la colaboración ministerial. Blum no admitía que el partido socialista fuese más allá de la política de apoyo parlamentario de un gabinete radical-socialista. El partido debía reservar sus hombres para la hora, que Blum anuncia próxima, en que conquistada la mayoría parlamentaria, asumiese íntegramente el poder. El vaticinio de este augur escéptico, comentador agudo de Sthendal, sirena asmática del reformismo, no se ha cumplido aún. *El Labour Party* británico ha precedido a sus colegas del socialismo reformista francés en la asunción total del gobierno, vemos ya con qué resultados. La social-democracia alemana encabeza un ministerio de coalición, en el que más que rectora resulta prisionera de la aleatoria mayoría que preside. Y, en el actual parlamento francés, las fuerzas del *cartel* de izquierdas son menores que en el parlamento del 11 de mayo. La ofensiva radical-socialista bien podría tener como desenlace el apresuramiento de un gabinete Tardieu.

La persecución policial del comunismo es la nota dominante de la política gubernamental francesa desde hace algún tiempo. Pero, acaso por esto mismo, el tema de la revolución es más debatido que nunca. Comentando un último escrito de André Chamson escribe Jean Guehenno:

Estamos obsedidos por la Revolución. Desde hace seis meses, los escritores no hablan en París sino de ella. Esto no quiere decir que la harán ellos, sino a lo más que temen que se haga sin ellos o a pesar de ellos, lo que sería igualmente lesivo para su amor propio. Chamson está obsedido como todo el mundo. 136

Se quiere revolucionario, pero no llega a serlo sin dificultades.

Y Jean Richard Bloch, en tono desencantado y pesimista, constata en el mismo cuaderno de "Europa" la paganización del pensamiento moderno y ve a Francia encaminarse a grandes pasos hacia la situación dictatorial de Italia, España, y otros países, entre los cuales Bloch incluye a Rusia, que con la estabilización stalinista del régimen soviético ha dejado de representar para él abstractista y romántico, el mito revolucionario.

LA CRISIS DE LOS VALORES EN NUEVA YORK Y LA ESTABILIZACIÓN CAPITALISTA*

La relatividad de la estabilización capitalista no podría estar demostrada por ningún suceso con tanta nitidez como por la crisis del mercado de valores de Nueva York. No hace mucho que, comentando la acumulación de capitales en Estados Unidos, los más avisados economistas europeos recordaban que se muere de apoplejía lo mismo que de anemia. El exceso de oro, tiene entre otros efectos fatales, el de la inflación de las acciones. La especulación encuentra el más propicio factor en la abundancia de capitalistas que no saben como colocar su dinero.

La concentración de oro en Estados Unidos que, de un lado, empuja al capitalismo yanqui a la exportación del capital, esto es los préstamos o inversiones en la industria extranjera, de preferencia en los países coloniales, de otro lado aporta, necesariamente, la tendencia a supervalorizar las acciones y los títulos en el mercado.

Las contradicciones de la economía capitalista aparecen, en este juego, a plena luz.

Las crisis financieras, como las crisis industriales, son inherentes a la mecánica del capitalismo. Y la estabilización capitalista no importa, bajo ningún aspecto, su atenuación temporal. Por el contrario, todo induce a creer que en esta época de monopolio, trustificación y capital financiero, las crisis se manifestarán con mayor violencia.

Los Estados Unidos son hoy la primera potencia capitalista. La democracia individualista conserva en ese país sus antiguos atributos. El poder está en manos del partido que representa los intereses y el espíritu de la gran burguesía.

* Publicado en *Mundial*, Lima, 22 de noviembre de 1929, en la sección "Lo que el cable no dice".

Nada anuncia ahí todavía inmediatamente un gran movimiento socialista. Sin embargo, nada de esto preserva a la economía yanqui de pruebas como la de la caída de los valores en la bolsa neoyorquina. El oro y sus símbolos burbujas no viven en tranquilo equilibrio; su juego insidioso irreparablemente la salud del más joven y robusto capitalismo.

Hoover se comprometía en los sobrios discursos de su campaña eleccionaria a mantener a los Estados Unidos dentro de su tradición de individualismo. Pero esa tradición entre otras características tiene la de esas repentinas automáticas destrucciones de una parte de la riqueza. Un liberal clásico verá en estas pérdidas algo así como esas sangrías heroicas sin las cuales no se salva de la apoplejía.

GUÍA ELEMENTAL DE GEORGES CLEMENCEAU*

Entre los retratos que del Primer Ministro de la "unión sagrada" nos ofrecen sus biógrafos y críticos, ninguno retorna a mi recuerdo con la insistencia de este esquema de León Blum:

Lo que hay de más apasionante y de más patético en aquel que se ha apodado el Tigre, es el drama interior, el conflicto que sostienen en él dos seres. El uno, moral, está animado por un pesimismo absoluto, por la misantropía más aguda, más cínica, por la repugnancia de los hombres, de la acción, de todo. Lo habita un escepticismo espantoso. Lo obsoleto la vanidad de las cosas y del esfuerzo. Y su filosofía íntima es la del Nirvana. El otro ser, físico, tiene, por el contrario, una necesidad desmesurada de acción, una devorante fiebre de energía, un temperamento de ímpetu, de ardor y de brutalidad. Así Clemenceau, desesperando de lo que hace a causa Clemenceau, desesperando de lo que percibe al cabo de todo, es de la nada terrible que percibe al cabo de todo, es empujado por su actividad demoníaca a luchar por aquello de que duda, a defender aquello que secretamente desprecia y a desgarrar a quienes se oponen a aquello que él congenitalmente estima inútil. Creo, sin embargo, que, en el fondo de este abismo de escepticismo, hay en él un refugio sólido y firme como una roca: su amor por la Francia.

Este retrato atribuye a Clemenceau el mismo rasgo fijado en la célebre frase: "Ama a la Francia y odia a los franceses". La oposición entre los dos seres que se agitaban en Clemenceau, entre su razón pesimista y su vida operante y combativa, está sagazmente expresado, de acuerdo con el gusto sthenaliano de León Blum por lo psicológico e ínti-

mo. Clemenceau era, sin duda, un caso de escepticismo y desesperanza en una vocación y un destino de hombre de lucha y de presa. Ministro de la Tercera República, le tocó gobernar con una burguesía financiera y urbana que se sentía seguramente más a gusto con Caillaux, el hombre a quien Clemenceau, implacable y ultrancista, hizo condenar. Las ideas, las instituciones por las que combatió, le eran, en último análisis, indiferentes. No asignó nunca a las grandes palabras que escribió en sus banderas de polemista más valor que el de santos y señas de combate. Libertad, Justicia, Democracia, abstracciones que no estorbaban, con escrúpulos incómodos, su estrategia de conductor.

Pero no se explica uno suficientemente el conflicto interior, el drama personal de Clemenceau, si no lo relaciona con su época, si no lo sitúa en la historia. La fuerza, la pasión de Clemenceau, estaba en contraste con los hechos y las ideas de la realidad sobre la cual actuaban. Este aldeano de la Vandée, este espécimen de una Francia anticlerical, campesina y *frondeuse*, era un jacobino supérstite, un convencional extraviado en el parlamento y la prensa de la Tercera República. No entendió jamás, por esto, verdadera y profundamente, los intereses ni la psicología de la clase que en dos oportunidades lo elevó al gobierno. Tenía el ímpetu demoledor de los tribunos de la Revolución Francesa. En una Francia parlamentaria, industrial y bursátil este ímpetu no podía hacer de él sino un polemista violento, un adversario inexorable de ministerios de los que nada sustancial lo separaba ideológica y prácticamente. Pequeño-burgués de la Vandée, humanista, asaz voltaírano, Clemenceau no podía poner su fuerza al servicio del socialismo o del proletariado. El humanitarismo y el pacifismo de los elocuentes parlamentarios de la escuela de Jaurés, se alejaban poco, sin duda, con su humor jacobino. Pero lo que alejaba sobre todo a Clemenceau del socialismo, más que su recalcitrante individualismo de pequeño-burgués de provincia, era su incomprendión radical de la economía moderna. Esto lo condenaba a los *impasses* del radicalismo. Clemenceau no podía ser sino un "hombre de izquierda", pronto a emplear su violencia, como Ministro del Interior, en la represión de las masas revolucionarias izquierdistas.

La guerra dio a este temperamento la oportunidad de usar plenamente su energía, su rabia, su pasión. Clemenceau era en el elenco de la política francesa, el más perfecto ejemplar de hombre de presa. La guerra no podía ser dirigida en Francia con las hesitaciones y compromisos de los parla-

mentarios, de los estadistas de tiempos normales. Reclamaba un jefe como Clemenceau, perpetuo viento de fronda ansioso de transformarse en huracán. Otro hombre, en el gobierno de Francia, habría negociado con menos rudeza la unidad de comando, habría planteado y resultó con menos agresividad las cuestiones del frente interno. Otro hombre no habría sometido a Caillaux a la Corte de Justicia. La guerra bárbara, la guerra a muerte, exige jefes como Clemenceau. Sin la guerra, Clemenceau no habría jugado el rol histórico que avalora hoy mundialmente su biografía. Se le recordaría como una figura singular, potente, de la política francesa. Nada más.

Pero si la guerra sirvió para conocer la fuerza destructora y ofensiva de Clemenceau, sirvió también para señalar sus límites de estadista. La actuación de Clemenceau en la paz de Versalles, es la de un político clausurado en sus horizontes nacionales. El "Tigre" siguió comportándose en las negociaciones de la paz como en las operaciones de la guerra. El castigo de Alemania, la seguridad de Francia: estas dos preocupaciones inspiraban toda su conducta, impidiéndole proceder con una ancha visión internacional. Keynes, en su versión de la conferencia de la paz, presenta a Clemenceau desdénoso, indiferente a todo lo que no importaba a la revancha francesa contra Alemania.

Pensaba de la Francia —escribe Keynes— lo que Pericles pensaba de Atenas—; todo lo importante residía en ella, pero su teoría política era la de Bismarck. Tenía una ilusión: la Francia; y una desilusión: la humanidad; a comenzar por los franceses y por sus colegas.

Esta actitud permitió a Francia obtener del tratado de Versalles el máximo reconocimiento de los derechos de la victoria; pero permitió a la política imperial de Inglaterra, al mismo tiempo, vencer en la reglamentación de los problemas internacionales y coloniales con el voto de Francia. Francia llevó a Versalles un espíritu nacionalista; Inglaterra un espíritu imperialista. No es necesario aludir a otras diferencias para establecer la superioridad de la política británica.

El patriotismo, el nacionalismo exacerbado de Clemenceau —sentido con exaltación de jacobino— era una fuerza decisiva, poderosa, en la guerra. En una paz, que no podía sustraerse al influjo de la independencia de las naciones y de sus intereses, cesaba de operar con la misma eficacia.

Hacía falta, en esta nueva etapa política, una noción cosmopolita, moderna, de la economía mundial, a cuyas sugerencias el genio algo provincial y horaño de Clemenceau, era intimamente hostil.

El amigo de Georges Brandes y de Claudio Monet, consecuente con el sentimiento de que se nutrían en parte estas dos devociones aplicaba a la política, por recónditas razones de temperamento, los principios del individualismo y del impresionismo. Era un individualista casi misántropo que no tenía fe sino en sí mismo. Despreciaba la sociedad en que vivía, aunque luchaba por imponerle su ley con exasperada voluntad de dominio. Y era también un impresionista. No deja teorías, sistemas, programas, sino impresiones, manchas, en que el color sacrifica y desborda al dibujo.

La fuerza de su personalidad está en su beligerancia. Su perenne ademán de desafío y de combate, es lo que perdurará de él. No lo sentimos moderno sino cuando constatamos que, sin profesarla, practicaba la filosofía de la actividad absoluta. En contraste con una demo-burguesía de compromisos y transacciones infinitas, de poltronería refinada, Clemenceau se mantuvo obstinado, agresivamente, en un puesto de combate. Tal vez en el trato de *pioneer* norteamericano, del puritano industrial y colonizador, se acrecentó, excitada por el dinamismo de la vida yanqui, su voluntad de potencia. En la política, obedió siempre su instinto violento de hombre de presa. "Entre los bolcheviques y nosotros —decía este jacobino tardío— no hay sino una cuestión de fuerza". Contra todo lo que pueda sugerir la obra de su primer gobierno, Clemenceau no podía plantearse el problema de la lucha contra la revolución en términos de diplomacia y compromiso. Pero le sobraban años, desilusión, aversiones para acaudillar a la burguesía de su patria en esta batalla. Y, por esto, el congreso del bloque nacional y de las elecciones de 1919, después de glorificarlo como caudillo de la victoria, votó —eligiendo presidente a un adversario a quien despreciaba—, su jubilación y su ostracismo del poder.

LA GUERRA CIVIL EN LA CHINA*

Para que se le ratifiquen de nuevo sus poderes, ha renunciado por enésima vez. La renuncia es el arma que mejor esgrime dentro de su partido. En todas las situaciones difíciles, Chang Kai-Chek hace uso de ella con provecho inmediato para los fines de su caudillaje, bastante maltrecho con la larga serie de fracasos que siguen a la toma de Shanghai y al golpe de Estado de 1927.

El programa de la dictadura de Chang Kai-Chek era la unificación de la China bajo un gobierno nacionalista que formalmente detentara los lemas del antiguo *Kuo-Ming-Tang*. Para obtener esta unificación, Chang Kai-Chek no retrocedió ante ninguna transacción. Comenzó por capitular ante los imperialismos extranjeros que pronto reconocieron en él un aliado y un servidor incondicional.

La China, dividida y desgarrada por la guerra civil, denuncia cotidianamente la quiebra de este programa. La Manchuria sigue constituyendo, como en los tiempos de Chang So Ling, un Estado aparte. La provocación primero y la cesación después del estado de guerra con Rusia, han sido decididas por Mukden y no por Nanking. La lucha de facciones y de caudillos renace implacable. El proletariado, pese al régimen de terror de Chang Kai-Chek, continúa su acción de clase.

Aunque otra vez Chang Kai-Chek domine a Feng Yuh Siang y sus demás adversarios, el gobierno de Nanking no alcanzará la estabilidad a que aspira. El fermento revolucionario seguirá trabajando en la situación social, económica y política de la inmensa república feudal de los chinos. La rivalidad y la potencia de los caudillos militares no son sino una consecuencia de esa situación que el triunfo temporal de uno de esos *condottieres* no modificará sustancialmente.

La China no reserva sino sorpresas a los observadores occidentales que la contemplan desde su particular punto de vista. El optimismo de los imperialistas anunció con demasiada prisa la unificación de la China bajo el general que acababa de probar su ferocidad reaccionaria masacrando en Shanghai y Cantón a los organizadores obreros. Traicionado por Chang Kai-Chek, el programa de Sun Yat Sen, puesto al día por sus legítimos herederos, tenía aún muchos adeptos vigilantes y fieles.

* Publicado en *Mundial*, Lima, 13 de diciembre de 1929, en la sección "Lo que el cable no dice".

LA LUCHA DE LA INDIA POR LA INDEPENDENCIA NACIONAL*

El más fácil pronóstico sobre las perspectivas de 1930 es el de que este año señalará una etapa culminante del movimiento nacionalista hindú. La reunión del Congreso Nacional Hindú está rodeada de la más grande expectación mundial por la gravedad de las decisiones que esta vez le tocará tomar. Desde hace dos años la lucha por la emancipación nacional de la India ha entrado en una fase de decisiva aceleración.

Las deliberaciones del Congreso Nacional reunido en Madras en diciembre de 1927 tuvieron un acentuado tono revolucionario. Malgrado la resistencia abierta o disfrazada de líderes moderados, propugnadores de una política transaccional, el Congreso se pronunció en esa oportunidad a favor de la completa independencia de la India. Aprobó también el Congreso una moción de solidaridad con los revolucionarios chinos y con la Liga Mundial contra el Imperialismo, en cuyo segundo congreso, celebrado en Francfort en julio de 1929, las masas revolucionarias hindúes han estado compisamente representadas.

El año de 1928 se caracterizó por la agitación del proletariado industrial de Calcuta y Bombay, focos de la acción sindical hindú. Centenares de miles de obreros de las fábricas de tejidos reafirmaron en las jornadas de 1920 un programa clasista. Este proletariado es, sin duda, el que desde el primer congreso sindical pan-hindú de octubre de 1928 comunica un sentido de clase, un fondo social y económico al movimiento nacionalista de la India.

El gobierno de Baldwin encargó a una comisión parlamentaria, en el mismo año, el estudio de la cuestión hindú y la proposición de las medidas que la Gran Bretaña debe adoptar. El nombramiento de esta comisión significa el re-

conocimiento de la insuficiencia y del fracaso de la reforma con que la Gran Bretaña creyó cumplir en 1919 las promesas hechas a la India, como a todas sus colonias durante la guerra, para asegurarse de su cooperación y obediencia. Los organismos nacionalistas acordaron el *boycott* de esta comisión, de la que la India no podía esperar sino una morosa encuesta y algunas tardías sugerencias. La comisión Simon fue recibida con demostraciones hostiles, trágicamente selladas por la muerte del gran líder nacionalista Lala Lajpat Rai, a consecuencia de los maltratos sufridos en manos de la policía inglesa.

Lala Lajpat Rai, o Lalaji como se le llamaba usualmente, a los 63 años, con una foja de servicios políticos eminentes de cuarenta años, podía haberse abstenido de concurrir personalmente a las protestas de su pueblo contra la nueva maniobra del imperialismo británico. Pero hombre de acción ante todo, tenía que entregar a la causa de la libertad hindú sus últimas energías. Participó en persona en la manifestación con que el pueblo recibió a Mr. John Simon y sus acompañantes en la estación de Lahore el 30 de octubre de 1928. Los golpes de los policías ingleses causaron su muerte el 17 de noviembre. Todos los adalides de la India lo despidieron con emocionadas y reverentes frases de reconocimiento de su obra. Rabindranath Tagore, Mahatma Gandhi, Motilal Nehru, tradujeron con elocuencia concisa el sentido del pueblo hindú.

El Congreso Nacional Hindú, cuyas resoluciones son aguardadas esta vez con tanta ansiedad, no ha surgido, como se sabe, directamente de la agitación de las masas nacionalistas. Durante largos años, prevaleció en él un espíritu favorable a los intereses de la Gran Bretaña. Era una asamblea de la burguesía hindú, que tenía su origen en los sentimientos del sector liberal de ésta, pero a la que el Imperio Británico, cuyo poder en la India se apoyaba en la colaboración de las castas privilegiadas y de la riqueza, pudo mirar por mucho tiempo sin aprehensión.

Pero, a medida que la corriente nacionalista empezó a acentuarse y precisarse, y a movilizar a las masas, la actitud del Congreso Nacional Hindú frente a la dominación británica cambió completamente. En 1918 el Congreso tomó una posición revolucionaria. En los años siguientes, siguió la política de Gandhi y adoptó la fórmula de la no cooperación. Las fallas de este programa, en cuya aplicación retrocedió el propio Gandhi, alarmado por los actos de violencia de la

multitud, han demostrado luego a las masas la absoluta necesidad de una línea nueva. Al ensancharse las bases del Congreso, que representa en cada reunión un número mayor de sufragios, las reivindicaciones de las masas han comenzado a pesar cuantiosamente en sus deliberaciones. El partido obrero y campesino, organizado en los dos últimos años, y cuya fuerza es un índice del declinamiento del gandhismo, actúa activamente en el seno del Congreso. La derecha colaboracionista, pierde terreno y autoridad fatalmente, a pesar de que Gandhi y sus partidarios, mediando entre los dos sectores extremos, prolongan la táctica de compromiso y la esperanza en las concesiones británicas.

Precisamente en el Congreso de Calcuta, hace un año, la tendencia derechista hizo un esfuerzo por predominar, con un proyecto que establecía la autonomía dentro del Imperio. Pero los partidarios de la independencia total insurgieron vigorosamente contra esta maniobra. Y la derecha tuvo que limitar el alcance de su propuesta, fijando un plazo de un año para su realización.

En estas condiciones, se reúne hoy el Congreso. El año previsto ha transcurrido. La comisión Simon no ha hecho conocer aún sus conclusiones. Una declaración del Virrey de la India anunciando el propósito del gobierno de conceder a la India el régimen de un Dominio, ha provocado la protesta de liberales y conservadores, que acusan al gobierno laborista de proceder como si no existiera la comisión Simon. Los laboristas se han visto obligados a atenuar al mínimo la declaración de Lord Irwin. La Gran Bretaña les regatea a los hindúes el estatuto del Dominio, en plena creciente del movimiento nacionalista por la emancipación completa. En las labores preparatorias del Congreso, Gandhi ha reasumido un rol ponderador. Pero esta vez la existencia en el Congreso de una fuerza revolucionaria compacta, apoyada en las masas obreras y campesinas, y el des prestigio de las fórmulas conciliadoras, están destinados a imprimir un nuevo curso a los debates. El primer voto del Congreso lo evidencia.

EL DR. SCHACHT Y EL PLAN YOUNG*

Los delegados de Alemania han tenido que aceptar, en la segunda conferencia de las reparaciones, el plan Young, tal como ha quedado después de su retoque por las potencias vencedoras. Esto hace recaer sobre el ministerio de coalición y, en particular sobre la socialdemocracia, toda la responsabilidad de los compromisos contraídos por Alemania en virtud de ese plan. El doctor Schacht, presidente del Reichsbank, ha jugado de suerte que aparece indemne de esa responsabilidad. La burguesía industrial y financiera estará tras él, a la hora de beneficiarse políticamente de sus reservas, si esa hora llega. El sentimiento nacionalista es una de las cartas a que juega la burguesía en todos los países de Occidente, a pesar de que los propios intereses del capitalismo no pueden soportar el aislamiento nacional. La subsistencia del capitalismo no es concebible sino en un plano internacional. Pero la burguesía cuida como de los resortes sentimentales y políticos más decisivos de su extrema defensa del sentimiento nacionalista. El doctor Schacht ha obrado, en todo este proceso de las reparaciones, como un representante de su clase.

LA REPÚBLICA DE MONGOLIA

Cuando el gobierno nacionalista, revisando apresuradamente la línea del Kuo Ming Tang despidió desgarbadamente a Borodin y a sus otros consejeros rusos, las potencias capitalistas saludaron exultante este signo del definitivo tramonto de la influencia soviética en la China. El ascendiente de la diplomacia soviética, la presencia activa de sus emisarios en Cantón, Pekín y el mismo Mukden, eran la pesadilla de la política occidental. Chang Kai-Chek aparecía como un hombre providencial porque aceptaba y asumía la misión de liquidar la influencia rusa en su país.

Hoy, después del tratado ruso-chino, que pone término a la cuestión del ferrocarril oriental, la posición de Rusia en la China se presenta reforzada. Y de aquí el recelo que suscitan en Occidente los anuncios de la próxima creación de la República Soviética de la Mongolia. La Mongolia fue el centro de las actividades de los rusos blancos, después de las jornadas de Kolchak en la Siberia. Empezó luego, con la pacificación de la Siberia y la consolidación en todo su territorio del orden soviético, la penetración natural de la política bolchevique en Barga y Hailar. En este proceso, lo que el imperialismo capitalista se obstina en no ver, es sin duda, lo más importante: la acción espontánea del sentimiento de los pueblos de Oriente para organizarse nacionalmente, que sólo para la política soviética no es un peligro, pero a la que todas las políticas imperialistas temen como a la más sombría amenaza.

LA JUVENTUD ESPAÑOLA CONTRA PRIMO DE RIVERA*

Otra vez, la juventud de las universidades españolas se encuentra en acérrimo conflicto con la dictadura del general Primo de Rivera. La agitación universitaria coincide esta vez con la crisis, definitiva al parecer, del gobierno que preside el Marqués de Estella que acaba de solicitar, según el cable, el sufragio de los capitanes generales del ejército, la armada y la policía para saber si debe retener el poder.

* Publicado en *Variedades*, Lima, 29 de enero de 1930.

A propósito de la represión contra los intelectuales y estudiantes universitarios desatada por la dictadura de Primo de Rivera, *Amauta* (Nº 22, abril de 1929) publicó, en la sección "Notas" de "Panorama Móvil" el texto siguiente:

PRIMO DE RIVERA CONTRA ESPAÑA. La dictadura de Primo de Rivera ha entrado, con la crisis universitaria, en un periodo de visible y escandalosa descomposición. Primo de Rivera parece dispuesto a cerrar una tras otra, todas las Universidades de España. Todo lo que se rebela contra su despotismo, está demás en España. Este es el principio de su política simplista y obscena. Por este camino, llegaría Primo de Rivera, a la agresión, al ultraje a España entera.

La monarquía acecha, sin duda, el momento de quitarle el hombro. Pero está tan comprometida en la aventura dictatorial y absolutista, que ante cada oportunidad retrocede. Se sabe condenada a caer con Primo de Rivera. Su instinto de conservación, su miedo a la responsabilidad, la empuja irresistiblemente a emplear todas sus fuerzas en retardar esta caída. Por grande que sea la tendencia a la componenda, el hábito de cortesanía, en los políticos españoles, es imposible que prevalezcan sobre el inapelable juicio que la opinión mundial ha pronunciado contra el Rey y la monarquía. España republicana, España socialista, nacerán de esta crisis. *Amauta* envía su saludo fraternal a los estudiantes e intelectuales revolucionarios de España en su lucha contra la Reacción [N. de los E.].

La huelga universitaria de hace cerca de un año movilizó contra Primo de Rivera, con la vehemencia que todos recuerdan, la opinión de los estudiantes. La dictadura se halló de pronto en incómoda lucha con la juventud del claustro, fallida totalmente la esperanza de enrolar fascísticamente a una parte de ésta, con una etiqueta más o menos romántica, en los rangos de la Reacción. Unamuno, el gran maestro de Salamanca, saludó desde su destierro esta insurrección de la juventud española contra un régimen que sólo por insensibilidad anacrónica o excepticismo precoz habría podido obtener la neutralidad o la resignación de esa juventud.

Los que se imaginaron que el régimen de Primo de Rivera tenía las mismas posibilidades de duración que el régimen de Mussolini sólo por reposar como éste en la fuerza negligían o ignoraban uno de los aspectos fundamentales del fascismo: el romántico aislamiento de grandes contingentes de la juventud italiana bajo las banderas de Mussolini al canto de *«Giovinezza, giovinezza!»* El fascismo antes de ser una dictadura había sido un movimiento, un partido, una milicia. Sus *condottieri*, sus agitadores habían usado expertamente, en la excitación de la juventud burguesa y pequeño-burguesa, un lenguaje d'annunziano y futurista que imprimía al fascismo un tono estrictamente nacional y le otorgaba una tradición aunque no fuese política sino literaria o sentimental, en el proceso histórico de Italia. Primo de Rivera y sus eventuales colaboradores, antes y después de su golpe de Estado, eran impotentes para un trabajo semejante.

Asistido por generales, nobles y bachilleres de muy mediocre inteligencia y nulo ascendiente, Primo de Rivera no ha sabido maniobrar de suerte de ganarse, por alguna vía indirecta al menos, cierto séquito en la juventud universitaria.

La juventud no es, necesariamente, revolucionaria. El doctor Marañón que en su último libro proclama como su primer deber la rebeldía, conviene sagazmente en que el ímpetu combativo de la juventud puede ponerse al servicio de una política reaccionaria.

Lo típico de la juventud —escribe— es la rebeldía, la noble dificultad con que acomoda el ritmo generoso de su vida que empieza, al ritmo mesurado del ambiente; pero se concibe un joven, que se siente henchido de esta juventud y que sea, por lo tanto

biológicamente joven, y que aplique su rebeldía a sostener una causa profundamente antigua. Los *camelos du roi*, que en Francia luchan bravamente por un ideal incompatible con el tono de nuestros tiempos, como es el de resucitar en su país una monarquía reaccionaria, son todo lo anticuados que se quiera, pero tan legítimamente joven es como los comunistas que propugnan la implantación de un estado social fantástico de puro remoto. Y en nuestra patria podrían citarse muchos casos, algunos bien recientes (juventudes carlistas, juventudes conservadoras, jóvenes de la Unión Patriótica, etc.) de cómo una auténtica juventud biológica florecía en gentes que sostenían criterios que trascendían a modo de vetustez.

No es ésta la ocasión de rectificar el juicio que este párrafo contiene sobre el comunismo. En el hombre de ciencia y de cátedra, de espíritu liberal y humanista, que concede sin reservas al partido socialista de su patria, con un certificado de salud, un testimonio de simpatía y confianza, y que predica como un ideal de su tiempo la eugenesia, la palabra comunismo puede suscitar supersticiosas aprensiones, aunque la práctica del único estado comunista del mundo —la URSS— le enseñe que no existe entre los dos términos más conflicto que el originado por el cisma entre reformistas y revolucionarios y por la necesidad práctica eventual de distinguir estos dos campos con dos rótulos diversos. Lo que viene a cuento subrayar es la negación de que la juventud emplee natural y espontáneamente su energía y su entusiasmo en una empresa revolucionaria.

La dictadura en España no ha sido apta ni aún para crearse un influyente equipo intelectual. El estado de espíritu de una buena parte de los intelectuales, como lo atestigua la conducta de *La Gaceta Literaria* y de don José Ortega y Gasset, le habría permitido asegurarse cierto activo consenso de la literatura y la cátedra, con sólo esquivar conflictos demasiado estridentes con ciertos fueros de la inteligencia. Pero Primo de Rivera no ha tenido esta habilidad elemental. La insolencia espiritual e ideológica de su régimen lo ha condenado a retirados gestos de agravio y desacato contra toda institución liberal. Su actitud contra los estudiantes en 1928 le acarreó, entre otras, la renuncia del propio Ortega y Gasset.

La presencia de los más autorizados maestros en las filas de la oposición, ha ejercido igualmente un fuerte influjo antidictatorial. La juventud española ha seguido, sin duda, las lecciones políticas de Marañón, Jiménez de Asúa, Besteiro, etc., más atentamente que sus lecciones científicas. Hay épocas en que la preocupación política está por encima de todas las otras preocupaciones, por una exigencia que Marañón llamaría tal vez biológica.

¿A dónde va España? se preguntan vigilantes críticos de la situación española. Si la huelga universitaria sirve para acelerar la descomposición de la dictadura, y con ella la de la monarquía, la generación estudiantil de 1930, en lucha con Primo de Rivera, entrará a los veinte años en la historia. Debut precoz que no significará ciertamente la inauguración de una política ni de un régimen de la "nueva generación", como con facilidad latinoamericana se ambicionaría en algún claustro de nuestro Continente en parecidas circunstancias, sino el impulso desinteresado, instintivo, espontáneo, de los jóvenes de una vasta, larga y difícil batalla.

LA CRISIS FRANCESA*

La tentativa de Chautemps ha ido más allá del punto que alcanzó la tentativa Daladier; pero no ha podido afrontar con éxito la primera batalla parlamentaria. En torno del gabinete formado por el partido radical-socialista, con el concurso de Briand, Loucheur y algún otro miembro del gobierno de Tardieu se han concentrado 277 votos solamente, contra 299 adversos a este experimento.

Se habla de disolución del parlamento y convocatoria a elecciones, como único medio de obtener un gobierno de mayoría estable. Pero nada garantiza, en caso de elecciones, este resultado. A pesar de la ley de elecciones, que favorece a los cacicazgos electorales en daño de los partidos de masas y de sus candidaturas, el escrutinio último, en el apogeo del poincarismo, envió a la Cámara un número de socialistas y radicales-socialistas que impide a cualquier jefe de la derecha o del centro contar con una mayoría sólida y segura. La mayoría poincarista, aunque entonada sin discrepancias a un espíritu ortodoxamente conservador, no es bastante compacta. Su unidad reposa en el acuerdo de diversos grupos. Puede fallar en cualquier votación difícil, por un leve desmoronamiento de grupo. No logra estabilidad sino con la colaboración de elementos como Briand y Loucheur, oportunistas diestros, prontos como se sabe a entrar también en una fórmula de izquierdas.

Tardieu ha trabajado activamente en el Ministerio del Interior con miras a "sus elecciones". La preparación técnica, policial, de unas selecciones derechistas está, sin duda, bien avanzada; pero no se puede decir lo mismo de la preparación sentimental, política. El humor del electorado francés amenaza siempre con sorpresas. Si el resultado del próximo escrutinio fuese aproximadamente el del pasado,

* Publicado en *Mundial*, Lima, 1^o de marzo de 1930, en la sección "Lo que el cable no dice".

sería una derrota para los que piden al electorado una cerrada mayoría conservadora. Habría que recurrir de nuevo a las combinaciones y a los compromisos, con mengua del crédito de la estrategia reaccionaria y de sus hombres.

La consulta al electorado se presenta como una operación riesgosa, a la que Tardieu prefiere, ciertamente, una concentración burguesa, en la que entren con sus huestes, las de Chautemps, Herriot y Daladier. Es decir una *suite* poincarista, una reanudación de la mayoría de estabilización del franco. Dentro de esta combinación, propensa a romperse en cualquier ruda prueba parlamentaria, Tardieu maniobraría por atraer agua a su molino electoral.

Más de una vez he escrito que la estabilización capitalista importaba, en cierto grado, la estabilización democrática y parlamentaria, contra lo que podía sugerir su génesis más o menos fascista. Europa occidental tiende a un mismo nivel en uno y otro plano. En Inglaterra, los laboristas gobernán aunque sin mayoría; en Alemania los socialistas se mantienen en el poder, a costa de concesiones a los grupos que los acompañan en la coalición dirigida por Müller. Diferida la amenaza revolucionaria, la burguesía y la pequeña burguesía reconsideran una parte de sus quejas contra la democracia y el parlamento. Se avienen a un régimen de escasa mayoría, de composición aleatoria, de complicado equilibrio. Francia, dentro de esta situación europea, no puede decidirse por una fórmula categóricamente derechista. El tono de su política tiene que seguir siendo poincarista por algún tiempo.

MOVILIZACIÓN ANTI-SOVIÉTICA

Los espectadores perspicaces, o simplemente, atentos, de la política mundial, no se dejarán confundir, ciertamente, por la multiplicación de las noticias desfavorables al curso de la política soviética en la información telegráfica cotidiana. Pero estos espectadores, que no se dejan aturdir por la algazara cablegráfica y que se documentan en fuentes más claras, son una minoría. El público está formado, en su mayoría, por personas a las que una ola de noticias impresiona siempre en el sentido que el cable quiere. Sobre los nervios de estas capas del público, se proponen actuar los cablegramas que registra diariamente la prensa desde hace algunas semanas.

Presenciamos una nueva movilización antisoviética. Fallida la maniobra china, el capitalismo occidental prepara su ofensiva con otros elementos. Trata de amotinar contra la URSS, con el pretexto religioso, la sentimentalidad de públicos soliviantados por una ducha matinal y otra ducha vespertina de telegramas crispantes y de crónicas patéticas.

No es por azar que coinciden las gesticulaciones de la prensa conservadora o amarilla de París contra la embajada soviética en Francia, con la ruptura por México de sus relaciones diplomáticas con la URSS y con las versiones dramáticas de la campaña antirreligiosa en los Soviets. Todo esto obedece a un perfecto plan de movilización, cuyos hilos sólo no son perceptibles a los que en la política mundial se atienden al cuadro esquemático y festinitorio de la información cablegráfica.

La URSS no está ensayando, como algunos podrían imaginarse, una nueva política religiosa. La línea del gobierno, frente a esta cuestión, como lo testimonia con autoridad irrecusable, la iglesia rusa, es la misma de años atrás. Las sociedades ateístas continúan su propaganda; pero el Estado no se ocupa en la persecución de las ideas religiosas con ningún repentino ensañamiento que, en este ren-

cimiento de fervores medioievales que caracterizan en parte la Reacción en Occidente, puede exigir una cruzada. Esto lo saben todos los que siguen el curso de la vida rusa, a través de una documentación seria.

Testimonios insospechados han desvanecido en los últimos años todas las leyendas inventadas por el cable, en el período de las campañas de Yudenitch, Denikin, Kolchak, Wrangel, etc., sobre el bolchevismo. En español, se han publicado libros como los de Alvarez del Vayo y como el de Hidalgo (*Un notario español en Rusia*), que destruyen, con la fuerza de testimonios procedentes de visitantes objetivos y escrupulosos, las patrañas flotantes en nuestra atmósfera intelectual.

La ofensiva anti-soviética toca, por eso, para la preparación sentimental de sus campañas, otros resortes. No se insiste ya en la socialización de las mujeres, ni en el terror rojo, ni en el despojo de los campesinos. Se resucita la cuestión religiosa, vastamente agitada ya en los días en que el cable nos trasmisitía puntualmente todas las palabras y gestos del Patriarca Tikhonx, prisionero de la Tcheka.

CROQUIS DE LA CRISIS ESPAÑOLA*

Los factores inmediatos de la rápida caída de Primo de Rivera, —seguida a tan breve término por su deceso—, que el cable dejó en los primeros días en la sombra, son ya detalladamente conocidos por las revelaciones de Eduardo Ortega y Gasset, Marcelino Domingo, Indalecio Prieto y otros líderes de la oposición al régimen. Se sabe que un movimiento destinado a depoñer, con la dictadura, al monarca que la instigó y autorizó, debía haber estallado entre el 5 y el 8 de febrero. El general Goded, gobernador militar de Cádiz, trabajaba desde el mes de octubre de acuerdo con los elementos constitucionales para producir un vasto pronunciamiento militar. Casi todas las guarniciones de Andalucía estaban comprometidas para esta acción revolucionaria. Alfonso XIII y Martínez Anido tuvieron informes de la conspiración, ante los cuales Primo de Rivera decidió la destitución del General Goded y del Infante don Carlos, Capitán General de Sevilla, no sin enviar a Cádiz un emisario, encargado de negociar un arreglo con Goded, quien asumió una actitud de rebeldía, declarando que no tenía que obedecer ninguna orden de destitución. Este conflicto movió a Primo de Rivera a la desdichada consulta a los jefes militares y al Rey a reemplazarlo por el general Berenguer, capitulando ante la tendencia constitucionalista del ejército. Goded se consideró exonerado de todo compromiso con esta solución. Se trasladó a Madrid, donde le aguardaba un importante nombramiento. Eduardo Ortega y Gasset que, bajo su firma, ha explicado de este modo la génesis del ministerio Berenguer, en un artículo titulado "Cómo ha salvado su trono Alfonso XIII", agrega que muchos oficiales quisieron seguir adelante sin Goded, pero que "la indecisión se propagó desde entonces en todas las organizaciones".

Antes que la restauración del orden constitucional, la misión del gobierno de Berenguer es el salvamento de la monarquía. Este es el juicio que, apenas anunciado el cambio, emitió sobre su significado, y en el que me confirma el conocimiento de sus antecedentes. Alfonso XIII se encuentra ante un dilema: el absolutismo o la Constitución. No tiene sino estos dos caminos. Tomará cualquiera de los dos para salvarse. Pasará de uno a otro, sin la menor hesitación, si las circunstancias se lo imponen. Por el momento, prefiere el camino del regreso a la legalidad. Pero este camino puede llevar muy lejos: a la Constituyente, a la reforma de la Constitución, al juzgamiento de las responsabilidades, a la proclamación de la República.

Liquidar seis años de dictadura no es un asunto de ordinaria administración. Alfonso XIII ha dado este encargo a un gabinete de familiares, que puede reemplazar en cualquier momento para volver a la manera fuerte. En el instante en que se decidió por la rendición a la tendencia constitucional, no le quedaba otra cosa que hacer. Martínez Anido no compartía la confianza de Primo de Rivera sobre la posibilidad de dominar el espíritu de rebelión que cundía en el ejército. El Rey tenía los informes privados del Infante don Carlos, Capitán General de Sevilla y de otros jefes. Se dice que en una oportunidad, advertido del peligro de que el Rey lo echara por la borda para arreglarse de nuevo con los grupos constitucionales, Primo de Rivera afirmó: "¡A mí no me borbonea este Borbón!" La decepción de que, años después, no fuese otra su suerte, debe haber amargado profundamente los últimos días del derrotado dictador.

Una monarquía constitucional, así sea la de España, no puede abandonar impunemente la legalidad más de seis años, para restablecerla cuando los acontecimientos se lo impongan conminatoriamente. Viejos servidores de la monarquía como Sánchez Guerra, ajenos a toda veleidad republicana, han cumplido el deber de notificar a Alfonso XIII sobre las irreparables consecuencias de la responsabilidad en que ha incurrido violando el pacto constitucional, en que descansaba su autoridad. Alfonso XIII querría que se le amnistiase alegremente, con todos sus compañeros de aventura, por estos 6 años de vacaciones. Pero aún entre los más ortodoxos monárquicos encuentra censores severos, jueces inexorables como Sánchez Guerra, cuya actitud descubre hasta qué punto está comprometido y socavado el régimen monárquico de España.

¿Cómo va a restablecer la legalidad el gobierno de Berenguer, sin que se ponga en el tapete la cuestión del régimen y las responsabilidades? Ya hemos visto cómo este ministerio normalizador ha tenido que detenerse y retroceder en la primera modestísima etapa de la normalización. La censura de la prensa sigue vigente. ¿Cuándo se restituirá a los ciudadanos y a los partidos la libertad de reunión y de tribuna? Si el discurso de un líder conservador tiene una resonancia revolucionaria tan amenazadora, es fácil prever las aprehensiones que van a seguir a los discursos de los líderes republicanos, socialistas, comunistas. Y mientras estas elementales libertades no hayan sido restablecidas, ¿qué campaña eleccionaria ni qué convocatoria a elecciones serán posibles?

Estas son las dificultades del régimen en el orden político. Habría que examinar aparte las que confronta actualmente en el orden económico. La política hacendaria y financiera de la dictadura ha sido el factor decisivo de su quiebra. Cambó no ha aceptado, en el gabinete de Berenguer, el Ministerio de las Finanzas, para no cargar con esta ingrata y riesgosa herencia. ¿Qué autoridad tiene un gobierno de transición, de interinidad manifiesta, para abordar eficazmente este problema? La misma que tiene para suprimir la censura de la prensa, resistir la crítica de la opinión, tolerar los comicios de los partidos e ir al encuentro de elecciones normales.

No existe, sin duda, en España, un partido bastante poderoso y organizado para llevar al pueblo victoriamente a la revolución. Si existiese, la insurrección no habría estado a merced, en los primeros días de febrero, de la defeción del general Goded, posiblemente confabulado con el Rey. El partido socialista es el único partido de masas; pero carece, en su burocracia, de espíritu y voluntad revolucionarios. La crisis del régimen confiere grandes posibilidades de acción a la concentración de los elementos republicanos. Pero lo característico de las situaciones revolucionarias es la celeridad con que crean las fuerzas y el programa de una revolución. La dinastía española tiene añeja experiencia de esta clase de vicisitudes. Y tan pronto está, probablemente, a festejar en la plaza su retorno al pacto con el pueblo, como a preparar en las capitánías generales un segundo golpe de estado, jugándose, si los riesgos de las elecciones y la constituyente le parecen excesivos, la carta desesperada del absolutismo.

IDEOLOGÍA Y POLÍTICA

I. TESIS IDEOLÓGICAS

EL PROBLEMA DE LAS RAZAS EN LA AMÉRICA LATINA*

I. PLANTEAMIENTO DE LA CUESTIÓN

El problema de las razas sirve en la América Latina, en la especulación intelectual y burguesa, entre otras cosas, para encubrir o ignorar los verdaderos problemas del continente. La crítica marxista tiene la obligación impostergable de plantearlo en sus términos reales, desprendiéndolo de toda tergiversación casuista o pedante. Económica, so-

* "El problema de las razas en la América Latina" comprende dos partes, claramente diferenciables: la primera, "I. Planteamiento de la cuestión" (pp. 21 a 46 de esta edición), escrita totalmente por José Carlos Mariátegui; y la segunda, desde la introducción a "II. Importancia del problema racial" hasta el fin de la tesis (pp. 46 a 86), en cuya redacción, sobre el esquema básico de Mariátegui, el doctor Hugo Pesce aportó la mayor parte del texto.

La tesis, en conjunto, fue presentada y discutida en la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana realizada en Buenos Aires en junio de 1929, y reproducida en el libro *El movimiento revolucionario latino americano. Versiones de la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana* (pp. 263 a 291), editado por la Revista *La Correspondencia Sud-americana* de Buenos Aires, publicación oficial del Secretariado Sudamericano de la Internacional Comunista. Esta presentación en conjunto de la tesis reproduce sólo un tercio de la primera parte (*I. Planteamiento de la cuestión*) e interpola en la segunda (*II. Importancia del problema racial*) los dos tercios restantes, ensamblados a las secciones escritas por Hugo Pesce quien, a su vez, incorporó algunos párrafos de trabajos afines llevados por delegados de otros países a la Conferencia. Para mantener la unidad de conjunto de la segunda parte, conservamos en la recopilación esta forma de presentación, que repite parte de la primera en el contexto refundido por Hugo Pesce (con excepción del cap. V. Si-

cial y políticamente, el problema de las razas, como el de la tierra, es, en su base, el de la liquidación de la feudalidad.

Las razas indígenas se encuentran en la América Latina en un estado clamoroso de atraso y de ignorancia, por la servidumbre que pesa sobre ellas, desde la conquista española. El interés de la clase explotadora —española primero, criolla después—, ha tendido invariablemente, bajo diversos disfraces, a explicar la condición de las razas indígenas con el argumento de su inferioridad o primitivismo. Con esto, esa clase no ha hecho otra cosa que reproducir, en esta cuestión nacional interna, las razones de la raza blanca en la cuestión del tratamiento y tutela de los pueblos coloniales.

El sociólogo Vilfredo Pareto, que reduce la raza a sólo uno de los varios factores que determinan las formas del desenvolvimiento de una sociedad, ha enjuiciado la hipocresía de la idea de la raza en la política imperialista y esclavizadora de los pueblos blancos en los siguientes términos:

La teoría de Aristóteles sobre la esclavitud natural es también la de los pueblos civiles modernos para justificar sus conquistas y su dominio sobre pueblos llamados por ellos de *raza inferior*. Y como Aristó-

tuación económico-social de la población indígena del Perú, que reproduce textualmente la sección respectiva de la primera parte, como se señala en el lugar correspondiente y que por lo tanto se omite).

La primera parte de la tesis, que se refiere casi exclusivamente al problema indígena peruano, fue llevada en su integridad al Congreso Constituyente de la Confederación Sindical Latino Americana efectuada en Montevideo en mayo de 1929, y reproducida en el libro *Bajo la Bandera de la CSLA*. (Imprenta La Linotipo, Montevideo, 1929, pp. 147 a 159) con el título "El Problema Indígena". Esta misma primera parte apareció reproducida en *Amauta* N° 25 (Julio-agosto de 1920) con el título "El Problema Indígena" en la sección "Panorama Móvil". De esta última fuente hemos tomado la primera parte (*I. Planteamiento de la cuestión*), considerando que es la única que alcanzó a revisar el autor. La segunda parte (desde *II. Importancia del problema racial*), de la mencionada versión de la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana. Ricardo Martínez de la Torre, en su importante revisión documentaria contenida en los 4 tomos de *Apuntes para una interpretación marxista de historia social del Perú* (Empresa Editora Peruana, Lima, 1947-1949), reproduce la tesis completa en el Capítulo Octavo del Tomo II ("Cómo orga-

teles decía que existen hombres naturalmente esclavos y otros patrones, que es conveniente que aquéllos sirvan y éstos manden, lo que es además justo y provechoso para todos; parecidamente los pueblos modernos, que se gratifican ellos mismos con el epíteto de *civilizados*, dicen existir pueblos que deben naturalmente dominar, y son ellos, y otros pueblos que no menos naturalmente deben obedecer y son aquellos que quieren explotar; siendo justo, conveniente y a todos provechoso que aquéllos manden, éstos sirvan. De esto resulta que un inglés, un alemán, un francés, un belga, un italiano, si lucha y muere por la patria es un héroe; pero un africano si osa defender su patria contra esas naciones, es un vil rebelde y un traidor. Y los europeos cumplen el sacrosanto deber de destruir los africanos, como por ejemplo en el Congo, para enseñarles a ser *civilizados*. No falta luego quien beatamente admira esta obra "de paz, de progreso, de civilidad". Es necesario agregar que, con hipocresía verdaderamente admirable, los buenos pueblos civiles pretenden hacer el bien de los pueblos a ellos sujetos, cuando los oprimen y aun los destruyen; y tanto amor les dedican que los quieren "libres" por la fuerza. Así los ingleses liberaron a los indios de la

nizamos el partido", pp. 434 a 466); y la primera parte en "La Confederación General de Trabajadores del Perú", (Tomo III, pp. 16 a 29).

La tesis sobre "El problema de las razas en la América Latina" fue discutido en la sesión del 8 de junio. El doctor Hugo Pesce, a nombre del grupo socialista peruano y representante personal de José Carlos Mariátegui, abrió la reunión con las siguientes palabras:

Compañeros: Es la primera vez que un Congreso Internacional de los Partidos Comunistas dedica su atención en forma tan amplia y específica al problema racial en la América Latina.

La tarea de nuestro Congreso, por lo que a este punto se refiere, consiste en estudiar objetivamente la realidad y enfocar según los métodos marxistas, los problemas que ella encierra, para poder llegar a su solución revolucionaria a través de una táctica clara y eficiente, establecida para este caso particular de acuerdo con la línea general de la Internacional Comunista.

Los elementos que nos permiten conocer la realidad en todos los aspectos de la cuestión racial, son principalmente de

"tiranía" de los *raia*, los alemanes liberaron a los africanos de la "tiranía" de los reyes negros, los franceses liberaron a los habitantes de Madagascar y, para hacerlos más libres, mataron a muchos reduciendo a los otros a un estado que sólo en el nombre no es de esclavitud; así los italianos liberaron a los árabes de la opresión de los turcos. Todo esto es dicho seriamente y hay hasta quien lo cree. El gato atrapa al ratón y se lo come, pero no dice que hace esto por el bien del ratón, no proclama el dogma de la igualdad de todos los animales y no alza hipócritamente los ojos al cielo para adorar al "Padre común" (Trattato di Sociologia Generale, Vol. II).

La explotación de los indígenas en la América Latina trata también de justificarse con el pretexto de que sirve a la redención cultural y moral de las razas oprimidas.

orden histórico y de orden estadístico. Ambos han sido insuficientemente estudiados y dolorosamente adulterados por la crítica burguesa de todas las épocas y por la criminal despreocupación de los gobiernos capitalistas.

Sólo en estos últimos años asistimos a la aparición de unos estudios diligentes e imparciales destinados a revelarnos en su auténtico aspecto los elementos que constituyen entre nosotros el problema racial. Recién han comenzado a aparecer los trabajos serios de crítica marxista que realizan un estudio concienzudo de la realidad de estos países, analizan su proceso económico, político, histórico, étnico, prescindiendo de los moldes escolásticos y académicos y plantean los problemas actuales en relación con el hecho fundamental, la lucha de clases. Pero esta labor recién se ha iniciado y se refiere tan sólo a algunos países. Para la mayoría de los países de la América Latina, los compañeros delegados de los respectivos Partidos se han encontrado con material insuficiente o falsificado; así se explica cómo los aportes informativos a esta Conferencia hayan evidenciado necesariamente un contenido escaso y, en algunos casos, un carácter confuso en la orientación con respecto al problema de las razas.

Este informe, destinado a proporcionar material y orientación para la discusión en el Congreso, ha sido elaborado utilizando los aportes de los compañeros de todas las delegaciones; creo que, por lo tanto, reflejará en distinta medida, las adquisiciones y las deficiencias señaladas, proporcionalmente al grado de su entidad en cada país de la América Latina [N. de los E.]

La colonización de la América Latina por la raza blanca no ha tenido, en tanto, como es fácil probarlo, sino efectos retardatarios y deprimentes en la vida de las razas indígenas. La evolución natural de éstas ha sido interrumpida por la opresión envilecedora del blanco y del mestizo. Pueblos como el quechua y el azteca, que habían llegado a un grado avanzado de organización social, retrogradaron, bajo el régimen colonial, a la condición de dispersas tribus agrícolas. Lo que en las comunidades indígenas del Perú subsiste de elementos de civilización es, sobre todo, lo que sobrevive de la antigua organización autóctona. En el agro feudalizado, la civilización blanca no ha creado focos de vida urbana, no ha significado siempre siquiera industrialización y maquinismo: en el latifundio serrano, con excepción de ciertas estancias ganaderas, el dominio del blanco no representa, ni aún tecnológicamente, ningún progreso respecto de la cultura aborigen.

Llamamos problema indígena a la explotación feudal de los nativos en la gran propiedad agraria. El indio, en el 90 por ciento de los casos, no es un proletario sino un siervo. El capitalismo, como sistema económico y político, se manifiesta incapaz, en la América Latina, de edificación de una economía emancipada de las taras feudales. El prejuicio de la inferioridad de la raza indígena, le consiente una explotación máxima de los trabajos de esta raza; y no está dispuesto a renunciar a esta ventaja, de la que tantos provechos obtiene. En la agricultura, el establecimiento del salariado, la adopción de la máquina, no borran el carácter feudal de la gran propiedad. Perfeccionan, simplemente, el sistema de explotación de la tierra y de las masas campesinas. Buena parte de nuestros burgueses y "gamonaes" sostiene calurosamente la tesis de la inferioridad del indio: el problema indígena es, a su juicio, un problema étnico cuya solución depende del cruzamiento de la raza indígena con razas superiores extranjeras. La subsistencia de una economía de bases feudales se presenta, empero, en inconciliable oposición con un movimiento inmigratorio suficiente para producir esa transformación por el cruzamiento. Los salarios que se pagan en las haciendas de la costa y de la sierra (cuando en estas últimas se adopta el salario) descartan la posibilidad de emplear inmigrantes europeos en la agricultura. Los inmigrantes campesinos no se aventrían jamás a trabajar en las condiciones de los indios; sólo se les podría atraer haciéndolos pequeños propietarios. El indio no ha podido ser nunca reemplazado en las faenas agrícolas de las haciendas costeñas sino con el esclavo ne-

gro o el "coolí" chino. Los planes de colonización con inmigrantes europeos tienen, por ahora, como campo exclusivo, la región boscosa del Oriente, conocida con el nombre de Montaña. La tesis de que el problema indígena es un problema étnico no merece siquiera ser discutida; pero conviene anotar hasta qué punto la solución que propone está en desacuerdo con los intereses y las posibilidades de la burguesía y del gamonalismo, en cuyo seno encuentra sus adherentes.

Para el imperialismo yanqui o inglés, el valor económico de estas tierras sería mucho menor, si con sus riquezas naturales no poseyesen una población indígena atrasada y miserable a la que, con el concurso de las burguesías nacionales, es posible explotar extremadamente. La historia de la industria azucarera peruana, actualmente en crisis, demuestra que sus utilidades han reposado, ante todo, en la baratura de la mano de obra, esto es en la miseria de los braceros. Técnicamente, esta industria no ha estado en ninguna época en condiciones de concurrir con la de otros países en el mercado mundial. La distancia de los mercados de consumo, gravaba con elevados fletes su exportación. Pero todas estas desventajas eran compensadas largamente por la baratura de la mano de obra. El trabajo de esclavizadas masas campesinas, albergadas en repugnantes "rancherías", privadas de toda libertad y derecho, sometidas a una jornada abrumadora, colocaba a los azucareros peruanos en condiciones de competir con los que, en otros países, cultivaban mejor sus tierras o estaban protegidos por una tarifa proteccionista o más ventajosamente situados desde el punto de vista geográfico. El capitalismo extranjero se sirve de la clase feudal para explotar en su provecho estas masas campesinas. Mas, a veces, la incapacidad de estos latifundistas (herederos de los prejuicios, soberbia y arbitrariedad medioevas) para llenar la función de jefes de empresa capitalista, es tal que aquel se ve obligado a tomar en sus propias manos la administración de latifundios y centrales. Esto es lo que ocurre, particularmente, en la industria azucarera, monopolizada casi completamente en el valle de Chicama por una empresa inglesa y una empresa alemana.

La raza tiene, ante todo, esta importancia en la cuestión del imperialismo. Pero tiene también otro rol, que impide asimilar el problema de la lucha por la independencia nacional en los países de la América con fuerte porcentaje de población indígena, al mismo problema en el Asia o el

Africa. Los elementos feudales o burgueses, en nuestros países, sienten por los indios, como por los negros y mulatos, el mismo desprecio que los imperialistas blancos. El sentimiento racial actúa en esta clase dominante en un sentido absolutamente favorable a la penetración imperialista. Entre el señor o el burgués criollo y sus peones de color, no hay nada de común. La solidaridad de clase, se suma a la solidaridad de raza o de prejuicio, para hacer de las burguesías nacionales instrumentos dóciles del imperialismo yanqui o británico. Y este sentimiento se extiende a gran parte de las clases medias, que imitan a la aristocracia y a la burguesía en el desdén por la plebe de color, aunque su propio mestizaje sea demasiado evidente.

La raza negra, importada a la América Latina por los colonizadores para aumentar su poder sobre la raza indígena americana, llenó pasivamente su función colonialista. Explotada ella misma duramente, reforzó la opresión de la raza indígena por los conquistadores españoles. Un mayor grado de mezcla, de familiaridad y de convivencia con éstos en las ciudades coloniales, la convirtió en auxiliar del dominio blanco, pese a cualquier ráfaga de humor turbulento o levantisco. El negro o mulato, en sus servicios de artesano o doméstico, compuso la plebe de que dispuso siempre más o menos incondicionalmente la casta feudal. La industria, la fábrica, el sindicato, redimen al negro de esta domesticidad. Borrando entre los proletarios la frontera de la raza, la conciencia de clase eleva moral, históricamente, al negro. El sindicato significa la ruptura definitiva de los hábitos serviles que mantienen, en cambio, en él la condición de artesano o criado.

El indio por sus facultades de asimilación al progreso, a la técnica de la producción moderna, no es absolutamente inferior al mestizo. Por el contrario, es, generalmente, superior. La idea de su inferioridad racial está demasiado desacreditada para que merezca, en este tiempo, los honores de una refutación. El prejuicio del blanco, que ha sido también el del criollo, respecto a la inferioridad del indio, no reposa en ningún hecho digno de ser tomado en cuenta en el estudio científico de la cuestión. La cocamanía y el alcoholismo de la raza indígena, muy exagerados por sus comentadores, no son otra cosa que consecuencias, resultados de la opresión blanca. El gamonalismo fomenta y explota estos vicios, que bajo cierto aspecto se alimentan de los impulsos de la lucha contra el dolor, particularmente vivos y operantes en un pueblo subyugado. El indio en la antigüedad

no bebió nunca sino "chicha", bebida fermentada de maíz, mientras que desde que el blanco implantó en el continente el cultivo de la caña, bebe alcohol. La producción del alcohol de caña es uno de los más "saneados" y seguros negocios del latifundismo, en cuyas manos se encuentra también la producción de coca en los valles cálidos de la montaña.

Hace tiempo que la experiencia japonesa demostró la facilidad con que pueblos de raza y tradición distintas de las europeas, se apropián de la ciencia occidental y se adaptan al uso de su técnica de producción. En las minas y en las fábricas de la Sierra del Perú, el indio campesino confirma esta experiencia.

Y ya la sociología marxista ha hecho justicia sumaria a las ideas racistas, producto todas del espíritu imperialista. Bukharin escribe en *La théorie du matérialisme historique*:

La teoría de las razas es ante todo contraria a los hechos. Se considera a la raza negra como una raza "inferior", incapaz de desarrollarse por su naturaleza misma. Sin embargo, esta probado que los antiguos representantes de esta raza negra, los kushitas, habían creado una civilización muy alta en las Indias (antes que los hindúes) y en Egipto. La raza amarilla, que no goza tampoco de un gran favor, ha creado en la persona de los chinos una cultura que era infinitamente más elevada que las de sus contemporáneos blancos; los blancos no eran entonces sino unos niños en comparación con los chinos. Sabemos muy bien ahora todo lo que los griegos antiguos tomaron a los asirio-babilonios y a los egipcios. Estos hechos bastan para probar que las explicaciones sacadas del argumento de las razas no sirven para nada. Sin embargo, se nos puede decir: Quizá tenéis razón; pero, ¿podéis afirmar que un negro medio iguale por sus cualidades a un europeo medio? No se puede responder a esta cuestión con una salida como la de ciertos profesores liberales: todos los hombres son iguales; según Kant la personalidad humana constituye un fin en sí misma; Jesucristo enseñaba que no había ni Helenos ni Judíos, etcétera (ver, por ejemplo, en Khvestov: "es muy probable que la verdad esté de lado de los defensores de la igualdad de los hombres" . . . "La Théorie du processus historique"). Pues, tender a la igualdad de los hombres, no quiere decir reconocer la

igualdad de sus cualidades, y, de otra parte, se tiene de siempre hacia lo que existe todavía, porque otra cosa sería forzar una puerta abierta. Nosotros no tratamos por el momento de saber hacia qué se debe tender. Lo que nos interesa es saber si existe una diferencia entre el nivel de cultura de los blancos y de los negros en general. Ciertamente, esta diferencia existe. Actualmente los "blancos" son superiores a los otros. ¿Pero, que prueba esto? Prueba que actualmente las razas han cambiado de lugar. Y esto contradice la teoría de las razas. En efecto, esta teoría reduce todo a las cualidades de las razas, a su "naturaleza eterna". Si fuera así esta "naturaleza" se habría hecho sentir en todos los períodos de la historia. ¿Qué se puede deducir de aquí? Que la "naturaleza" misma cambia constantemente, en relación con las condiciones de existencia de una raza dada. Estas condiciones están determinadas por las relaciones entre la sociedad y la naturaleza, es decir, por el estado de las fuerzas productivas. Por tanto, la teoría de las razas no explica absolutamente las condiciones de la evolución social. Aparece aquí claramente que hay que comenzar su análisis por el estudio del movimiento de las fuerzas productivas" (*La théorie du matérialisme historique* p. 129 a 130).

Del prejuicio de la inferioridad de la raza indígena, empieza a pasarse al extremo opuesto: el de que la creación de una nueva cultura americana será esencialmente obra de las fuerzas raciales autóctonas. Suscribir esta tesis es caer en el más ingenuo y absurdo misticismo. Al racismo de los que desprecian al indio, porque creen en la superioridad absoluta y permanente de la raza blanca, sería insensato y peligroso oponer el racismo de los que superestiman al indio, como fe mesiánica en su misión como raza en el renacimiento americano.

Las posibilidades de que el indio se eleve material e intelectualmente dependen del cambio de las condiciones económico-sociales. No están determinadas por la raza sino por la economía y la política. La raza, por sí sola, no ha despertado ni despertaría al entendimiento de una idea emancipadora. Sobre todo, no adquiriría nunca el poder de imponerla y realizarla. Lo que asegura su emancipación es el dinamismo de una economía y una cultura que portan en

su entraña el germen del socialismo. La raza india no fue vencida, en la guerra de la conquista, por una raza superior étnica o cualitativamente; pero sí fue vencida por su técnica que estaba muy por encima de la técnica de los aborígenes. La pólvora, el hierro, la caballería, no eran ventajas raciales; eran ventajas técnicas. Los españoles arribaron a estas lejanas comarcas porque disponían de medios de navegación que les consentían atravesar los océanos. La navegación y el comercio les permitieron más tarde la explotación de algunos recursos naturales de sus colonias. El feudalismo español se superpuso al agrarismo indígena, respetando en parte sus formas comunitarias; pero esta misma adaptación creaba un orden extático, un sistema económico cuyos factores de estagnación eran la mejor garantía de la servidumbre indígena. La industria capitalista rompe este equilibrio, interrumpe este estancamiento, creando nuevas fuerzas productoras y nuevas relaciones de producción. El proletariado crece gradualmente a expensas del artesano y la servidumbre. La evolución económica y social de la nación entra en una era de actividad y contradicciones que, en el plano ideológico, causa la aparición y desarrollo del pensamiento socialista.

En todo esto, la influencia del factor raza se acusa evidentemente insignificante al lado de la influencia del factor economía —producción, técnica, ciencia, etc—. Sin los elementos materiales que crea la industria moderna, o si se quiere el capitalismo, ¿habría posibilidad de que se esbozase el plan, la intención siquiera de un Estado socialista, basado en las reivindicaciones, en la emancipación de las masas indígenas? El dinamismo de esta economía, de este régimen, que torna inestables todas las relaciones, y, que con las clases opone las ideologías, es sin duda lo que hace factible la resurrección indígena, hecho decidido por el juego de fuerzas económicas, políticas, culturales, ideológicas, no de fuerzas raciales. El mayor cargo contra la clase dominante de la república es el que cabe formularle por no haber sabido acelerar, con una inteligencia más liberal, más burguesa, más capitalista de su misión, el proceso de transformación de la economía colonial en economía capitalista. La feudalidad opone a la emancipación, al despertar indígena, su estagnación y su inercia; el capitalismo, con sus conflictos, con sus instrumentos mismos de explotación empuja a las masas por la vía de sus reivindicaciones, la conmina a una lucha en la que se capacitan material y mentalmente para presidir un orden nuevo.

El problema de las razas no es común a todos los países de la América Latina ni presenta en todos los que lo sufren las mismas proporciones y caracteres. En algunos países latinoamericanos tiene una localización regional y no influye apreciablemente en el proceso social y económico. Pero en países como el Perú y Bolivia, y algo menos en el Ecuador, donde la mayor parte de la población es indígena, la reivindicación del indio es la reivindicación popular y social dominante.

En estos países el factor raza se complica con el factor clase en forma que una política revolucionaria no puede dejar de tener en cuenta. El indio quechua o aymara ve su opresor en el "misti", en el blanco. Y en el mestizo, únicamente la conciencia de clase, es capaz de destruir el hábito del desprecio, de la repugnancia por el indio. No es raro encontrar en los propios elementos de la ciudad que se proclaman revolucionarios, el prejuicio de la inferioridad del indio, y la resistencia a reconocer este prejuicio como una simple herencia o contagio mental del ambiente.

La barrera del idioma se interpone entre las masas campesinas indias y los núcleos obreros revolucionarios de raza blanca o mestiza.

Pero, a través de propagandistas indios, la doctrina socialista, por la naturaleza de sus reivindicaciones, arraigará prontamente en las masas indígenas. Lo que hasta ahora ha faltado es la preparación sistemática de estos propagandistas. El indio alfabeto, al que la ciudad corrumbre, se convierte regularmente en un auxiliar de los explotadores de su raza. Pero en la ciudad, en el ambiente obrero revolucionario, el indio empieza ya a asimilar la idea revolucionaria, a apropiarse de ella, a entender su valor como instrumento de emancipación de esta raza, oprimida por la misma clase que explota en la fábrica al obrero, en el que descubre un hermano de clase.

El realismo de una política socialista segura y precisa en la apreciación y utilización de los hechos sobre los cuales le toca actuar en estos países, puede y debe convertir el factor raza en factor revolucionario. El Estado actual en estos países reposa en la alianza de la clase feudal terrateniente y la burguesía mercantil. Abatida la feudalidad latifundista, el capitalismo urbano carecerá de fuerzas para resistir a la creciente obrera. La representa una burguesía mediocre, débil, formada en el privilegio,

sin espíritu combativo y organizado que pierde cada día más su ascendiente sobre la fluctuante capa intelectual.

La crítica socialista ha iniciado en el Perú el nuevo planteamiento del problema indígena, con la denuncia y el repudio inexorables de todas las tendencias burguesas o filantrópicas a considerarlo como problema administrativo, jurídico, moral, religioso o educativo (*7 Ensayos de interpretación de la realidad peruana: El problema indígena*, por J. C. Mariátegui). Las conclusiones sobre los términos económicos y políticos en que se plantea en el Perú, y por analogía en otros países latinoamericanos de numerosa población indígena, esta cuestión y la lucha proletaria por resolverla, son las siguientes en nuestra opinión:

1. *Situación económico-social de la población indígena del Perú*

No existe un censo reciente que permita saber exactamente la proporción actual de la población indígena. Se acepta generalmente la afirmación de que la raza indígena compone las cuatro quintas partes de una población total calculada en un mínimo de 5'000,000. Esta apreciación no tiene en cuenta estrictamente la raza, sino más bien la condición económico-social de las masas que constituyen dichas cuatro quintas partes. Existen provincias donde el tipo indígena acusa un extenso mestizaje. Pero en estos sectores la sangre blanca ha sido completamente asimilada por el medio indígena y la vida de los "cholos" producidos por este mestizaje no difiere de la vida de los indios propiamente dichos.

No menos del 90 por ciento de la población indígena así considerada, trabaja en la agricultura. El desarrollo de la industria minera ha traído como consecuencia, en los últimos tiempos, un empleo creciente de la mano de obra en la minería. Pero una parte de los obreros mineros continúan siendo agricultores. Son indios de "comunidades" que pasan la mayor parte del año en las minas; pero que en la época de las labores agrícolas retornan a sus pequeñas parcelas, insuficientes para su subsistencia.

En la agricultura subsiste hasta hoy un régimen de trabajo feudal o semi-feudal. En las haciendas de la sierra, el salariado, cuando existe, se presenta tan incipiente y deformado que apenas si altera los rasgos del régimen

feudal. Ordinariamente los indios no obtienen por su trabajo sino una mezquina parte de los frutos. (V. en *7 Ensayos de la realidad peruana*, en el capítulo sobre el Problema de la Tierra, los diferentes sistemas de trabajo empleados en la Sierra). El suelo es trabajado en casi todas las tierras de latifundio en forma primitiva; y no obstante que los latifundistas se reservan siempre las mejores, sus rendimientos, en muchos casos, son inferiores a los de las tierras "comunitarias". En algunas regiones las "comunidades" indígenas conservan una parte de las tierras; pero en proporción exigua para sus necesidades, de modo que sus miembros están obligados a trabajar para los latifundistas. Los propietarios de los latifundios, dueños de enormes extensiones de tierras, en gran parte incultivadas, no han tenido en muchos casos interés en despojar a las "comunidades" de sus propiedades tradicionales, en razón de que la comunidad anexa a la hacienda le ha permitido a ésta contar con mano de obra segura y "propia". El valor de un latifundio no se calcula sólo por su extensión territorial, sino por su población indígena propia. Cuando una hacienda no cuenta con esta población, el propietario, de acuerdo con las autoridades, apela al reclutamiento forzoso de peones a quienes se remunera miserablemente. Los indios de ambos sexos, sin exceptuar a los niños, están obligados a la prestación de servicios gratuitos a los propietarios y a sus familias, lo mismo que a las autoridades. Hombres, mujeres y niños se turnan en el servicio de los "gamonales" y autoridades, no sólo en las casas-hacienda, sino en los pueblos o ciudades en que residen éstos. La prestación de servicios gratuitos ha sido varias veces prohibida legalmente; pero en la práctica subsiste hasta hoy, a causa de que ninguna ley puede contrariar la mecánica de un orden feudal, si la estructura de éste se mantiene intacta. La Ley de conscripción vial ha venido a acentuar en estos últimos tiempos la fisonomía feudal de la sierra. Esta ley obliga a todos los individuos a trabajar semestralmente seis días en la apertura o conservación de caminos o a "redimirse" mediante el pago de los salarios conforme al tipo fijado de cada región. Los indios son, en muchos casos, obligados a trabajar a gran distancia de su residencia, lo que los obliga a sacrificar mayor número de días. Son objeto de innumerables expoliaciones por parte de las autoridades, con el pretexto del servicio vial, que tiene para las masas indígenas el carácter de las antiguas mitas coloniales.

En la minería rige el salariado. En las minas de Junín y de la Libertad, donde tienen su asiento las dos grandes empresas mineras que explotan el cobre, la Cerro de Pasco Copper Corporation y la Northern, respectivamente, los trabajadores ganan salarios de S/. 2.50 a S/. 3.00. Estos salarios son, sin duda, elevados, respecto a los inverosímilmente ínfimos (veinte o treinta centavos) que se acostumbran en las haciendas de la sierra. Pero las empresas se aprovechan en todas las formas de la atrasada condición de los indígenas. La legislación social vigente es casi nula en las minas, donde no se observan las leyes de accidentes del trabajo y jornada de ocho horas, ni se reconoce a los obreros el derecho de asociación. Todo obrero acusado de intento de organización de los trabajadores, aunque sólo sea con fines culturales o mutuales, es inmediatamente despedido por la empresa. Las empresas, para el trabajo de las galerías, emplean generalmente a "contratistas", quienes con el objeto de efectuar las labores al menor costo, actúan como un instrumento de explotación de los braceros. Los "contratistas", sin embargo, viven ordinariamente en condición estrecha, abrumados por las obligaciones de sus adelantos que hacen de ellos deudores permanentes de las empresas. Cuando se produce un accidente del trabajo, las empresas burlan, por medio de sus abogados, abusando de la miseria e ignorancia de los indígenas, los derechos de éstos, indemnizándolos arbitraria y miseramente. La catástrofe de Morococha, que costó la vida de algunas docenas de obreros, ha venido últimamente a denunciar la inseguridad en que trabajan los mineros. Por el mal estado de algunas galerías y por la ejecución de trabajos que tocaban casi al fondo de una laguna, se produjo un hundimiento que dejó sepultados a muchos trabajadores. El número oficial de las víctimas es 27; pero hay fundada noticia de que el número es mayor. Las denuncias de algunos periódicos, influyeron esta vez para que la Compañía se mostrase más respetuosa de la ley de lo que acostumbra, en cuanto a las indemnizaciones a los deudos de las víctimas. Últimamente, con el objeto de evitar mayor descontento, la Cerro de Pasco Copper Corporation, ha concedido a sus empleados y obreros un aumento del 10 por ciento, mientras dure la actual cotización del cobre. En provincias apartadas como Cotabambas, la situación de los mineros es mucho más atrasada y penosa. Los "gamonales" de la región se encargan del

reclutamiento forzoso de los indios, y los salarios son miserables.

La industria ha penetrado muy escasamente en la Sierra. Está representada principalmente por las fábricas de tejidos del Cuzco, donde la producción de excelentes calidades de lana es el mayor factor de su desarrollo. El personal de estas fábricas es indígena, salvo la dirección y los jefes. El indio se ha asimilado perfectamente al maquinismo. Es un operario atento y sobrio, que el capitalista explota diestramente. El ambiente feudal de la agricultura se prolonga a estas fábricas, donde cierto patriarcalismo que usa a los protegidos y ahijados del amo como instrumentos de sujeción de sus compañeros, se opone a la formación de conciencia clasista.

En los últimos años, al estímulo de los precios de las lanas peruanas en los mercados extranjeros, se ha iniciado un proceso de industrialización de las haciendas agropecuarias del Sur. Varios hacendados han introducido una técnica moderna, importando reproductores extranjeros, que han mejorado el volumen y la calidad de la producción, sacudiéndose del yugo de los comerciantes intermediarios, estableciendo anexamente en sus estancias molinos y otras pequeñas plantas industriales. Por lo demás, en la Sierra, no hay más plantas y cultivos industriales, que los destinados a la producción de azúcar, chancaca y aguardiente para el consumo regional.

Para la explotación de las haciendas de la Costa, donde la población es insuficiente, se recurre a la mano de obra indígena serrana en considerable escala. Por medio de "enganchadores" las grandes haciendas azucareras y algodoneras, se proveen de los braceros necesarios para sus labores agrícolas. Estos braceros ganan jornales, aunque ínfimos siempre, muy superiores a los que se acostumbran en la Sierra feudal. Pero, en cambio, sufren las consecuencias de un trabajo extenuante, en un clima cálido, de una alimentación insuficiente en relación con este trabajo y del paludismo endémico en los valles de la Costa. El peón serrano difícilmente escapa al paludismo, que lo obliga a regresar a su región, muchas veces tuberculoso e incurable. Aunque la agricultura, en esas haciendas está industrializada (se trabaja la tierra con métodos y máquinas modernas y se benefician los productos en "ingenios" o centrales bien equipados), su ambiente no es el del capitalismo y el salariado en la indus-

tria urbana. El hacendado conserva su espíritu y práctica feudales en el tratamiento de sus trabajadores. No les reconoce los derechos que la legislación del trabajo establece. En la hacienda no hay más ley que la del propietario. No se tolera ni sombra de asociación obrera. Los empleados niegan la entrada a los individuos de quienes, por algún motivo, desconfía el propietario o el administrador. Durante el coloniaje, estas haciendas fueron trabajadas con negros esclavos. Abolida la esclavitud, se trajo coolies chinos. Y el hacendado clásico no ha perdido sus hábitos de negrero o de señor feudal.

En la Montaña o floresta, la agricultura es todavía muy incipiente. Se emplea los mismos sistemas de "enganche" de braceros de la Sierra; y en cierta medida se usa los servicios de las tribus salvajes familiarizadas con los blancos. Pero la Montaña tiene, en cuanto a régimen de trabajo, una tradición mucho más sombría. En la explotación del caucho, cuando este producto tenía alto precio, se aplicaron los más bárbaros y criminales procedimientos esclavistas. Los crímenes del Putumayo, sensacionalmente denunciados por la prensa extranjera, constituyen la página más negra de la historia de los "caucheros". Se alega que mucho se exageró y fantaseó en el extranjero alrededor de estos crímenes, y aun que medió en el origen del escándalo una tentativa de chantaje, pero la verdad está perfectamente documentada por las investigaciones y testimonios de funcionarios de la justicia peruana como el juez Valcárcel y el fiscal Paredes que comprobaron los métodos esclavistas y sanguinarios de los capataces de la casa Arana. Y no hace tres años, un funcionario ejemplar, el doctor Chuquihuanca Ayulo, gran defensor de la raza indígena —indígena él mismo— fue exonerado de sus funciones de fiscal del departamento de Madre de Dios a consecuencia de su denuncia de los métodos esclavistas de la más poderosa empresa de esa región.

Esta sumaria descripción de las condiciones económico-sociales de la población indígena del Perú, establece que al lado de un reducido número de asalariados mineros y un salarido agrícola aun incipiente, existe, más o menos atenuado en el latifundio, un régimen de servidumbre; y que en las lejanas regiones de la Montaña, se somete, en frecuentes casos, a los aborígenes a un sistema esclavista.

2. *La lucha indígena contra el gamonalismo*

Cuando se habla de la actitud del indio ante sus explotadores, se suscribe generalmente la impresión de que, envilecido, deprimido, el indio es incapaz de toda lucha, de toda resistencia. La larga historia de insurrecciones y asonadas indígenas y de las masacres y represiones consecuentes, basta por sí sola para desmentir esta impresión. En la mayoría de los casos las sublevaciones de los indios han tenido como origen una violencia que los ha forzado incidentalmente a la revuelta contra una autoridad o un hacendado; pero en otros casos no ha tenido este carácter de motín local. La rebelión ha seguido a una agitación menos incidental y se ha propagado a una región más o menos extensa. Para reprimirla, ha habido que apelar a fuerzas considerables y a verdaderas matanzas. Miles de indios rebeldes han sembrado el pavor en los "gamonales" de una o más provincias. Una de las sublevaciones que, en los últimos tiempos, asumió proporciones extraordinarias, fue la acaudillada por el mayor de ejército Teodomiro Gutiérrez, serrano mestizo, de fuerte porcentaje de sangre indígena, que se hacía llamar Rumiamaqui y se presentaba como el redentor de su raza. El mayor Gutiérrez había sido enviado por el gobierno de Billinghurst al departamento de Puno, donde el gamonalismo extremaba sus exacciones, para efectuar una investigación respecto a las denuncias indígenas e informar al gobierno. Gutiérrez entró entonces en íntimo contacto con los indios. Derrocado el Gobierno de Billinghurst, pensó que toda perspectiva de reivindicaciones legales había desaparecido y se lanzó a la revuelta. Lo seguían varios miles de indios, pero, como siempre, desarmados e indefensos ante las tropas, condenados a la dispersión o a la muerte. A esta sublevación han seguido las de La Mar y Huancané en 1923 y otras menores, sangrientamente reprimidas todas.

En 1921 se reunió, con auspicio gubernamental, un congreso indígena al que concurrieron delegaciones de varios grupos de comunidades. El objeto de estos congresos era formular las reivindicaciones de la raza indígena. Los delegados pronunciaban, en quechua, enérgicas acusaciones contra los "gamonales", las autoridades, los curas. Se constituyó un comité "Pro-Derecho Indígena Tahuantinsuyo". Se realizó un congreso por año hasta 1924, en que el gobierno persiguió a los elementos revolucionarios indígenas, intimidó a las delegaciones y desvirtuó el espí-

ritu y objeto de la asamblea. El congreso de 1923, en el que se votaron conclusiones inquietantes para el gamonalismo como las que pedían la separación de la Iglesia y el Estado y la derogación de la ley de conscripción vial, había revelado el peligro de estas conferencias, en las que los grupos de comunidades indígenas de diversas regiones entraban en contacto y coordinaban su acción. Ese mismo año se había constituido la Federación Obrera Regional Indígena que pretendía aplicar a la organización de los indios los principios y métodos del anarcosindicalismo y que estaba, por tanto, destinada a no pasar de un ensayo; pero que representaba de todos modos un franco orientamiento revolucionario de la vanguardia indígena. Desterrados dos de los líderes indios de este movimiento, intimidados otros, la Federación Obrera Regional Indígena quedó pronto reducida a solo un nombre. Y en 1927 el gobierno declaró disuelto el propio Comité Pro-Derecho Indígena Tahuantisuyo, con el pretexto de que sus dirigentes eran unos meros explotadores de la raza cuya defensa se atribuían. Este comité no había tenido nunca más importancia que la anexa a su participación en los congresos indígenas y estaba compuesto por elementos que carecían de valor ideológico y personal, y que en no pocas ocasiones habían hecho protestas de adhesión a la política gubernamental, considerándola pro-indigenista; pero para algunos "gamonales" era todavía un instrumento de agitación, un residuo de los congresos indígenas. El gobierno, por otra parte, orientaba su política en el sentido de asociar a las declaraciones pro-indigenistas, a las promesas de reparto de tierras, etc., una acción resuelta contra toda agitación de los indios por grupos revolucionarios o susceptibles de influencia revolucionaria.

La penetración de ideas socialistas, la expresión de reivindicaciones revolucionarias, entre los indígenas, han continuado a pesar de esas vicisitudes. En 1927 se constituyó en el Cuzco un grupo de acción pro-indígena llamado "Grupo Resurgimiento". Lo componían algunos intelectuales y artistas, junto con algunos obreros cuzqueños. Este grupo publicó un manifiesto que denunciaba los crímenes del gamonalismo. (Véase *Amauta* No. 6) A poco de su constitución uno de sus principales dirigentes, el doctor Luis E. Valcárcel, fue apresado en Arequipa. Su prisión no duró sino algunos días; pero, en tanto, el Grupo Resurgimiento era definitivamente disuelto por las autoridades del Cuzco.

3. Conclusiones sobre el problema indígena y las tareas que impone

El problema indígena se identifica con el problema de la tierra. La ignorancia, el atraso y la miseria de los indígenas, no son, repetimos, sino la consecuencia de su servidumbre. El latifundio feudal mantiene la explotación y la dominación absolutas de las masas indígenas por la clase propietaria. La lucha de los indios contra los "gamonales" ha estribado invariablemente en la defensa de sus tierras contra la absorción y el despojo. Existe, por tanto, una intuitiva y profunda reivindicación indígena: la reivindicación de la tierra. Dar un carácter organizado, sistemático, definido, a esta reivindicación es la tarea que tenemos el deber de realizar activamente.

Las "comunidades" que han demostrado bajo la opresión más dura condiciones de resistencia y persistencia realmente asombrosas, representan en el Perú un factor natural de socialización de la tierra. El indio tiene arraigados hábitos de cooperación. Aún cuando de la propiedad comunitaria se pasa a la apropiación individual y no sólo en la Sierra sino también en la Costa, donde un mayor mestizaje actúa contra las costumbres indígenas, la cooperación se mantiene; las labores pesadas se hacen en común. La "comunidad" puede transformarse en cooperativa, con mínimo esfuerzo. La adjudicación a las "comunidades" de las tierras de los latifundios, es en la Sierra la solución que reclama el problema agrario. En la Costa, donde la propiedad es igualmente omnipotente, pero donde la propiedad comunitaria ha desaparecido, se tiene de inevitablemente a la individualización de la propiedad del suelo. Los "yanaconas", especie de aparceros duramente explotados, deben ser ayudados en sus luchas contra los propietarios. La reivindicación natural de estos "yanaconas" es la del suelo que trabajan. En las haciendas explotadas directamente por sus propietarios, por medio de peonadas, reclutadas en parte en la Sierra, y a las que en esta parte falta vínculo en el suelo, los términos de la lucha son distintos. Las reivindicaciones por las que hay que trabajar son: libertad de organización, suspensión del "enganche", aumento de los salarios, jornada de ocho horas, cumplimiento de las leyes de protección del trabajo. Sólo cuando el peón de hacienda haya conquistado estas cosas, estará en la vía de su emancipación definitiva.

Es muy difícil que la propaganda sindical penetre en las haciendas. Cada hacienda es, en la Costa, como en la Sierra, un feudo. Ninguna asociación que no acepte el patronato y tutela de los propietarios y de la administración, es tolerada; y en este caso sólo se encuentran las asociaciones de deporte o recreo. Pero con el aumento del tráfico automovilístico se abre poco a poco una brecha en las barreras que cerraban antes la hacienda a toda propaganda. De ahí la importancia que la organización y movilización activa de los obreros del transporte tiene en el desarrollo del movimiento clasista en el Perú. Cuando las peonadas de las haciendas, sepan que cuentan con la solidaridad fraternal de los sindicatos y comprendan el valor de éstos, fácilmente se despertará en ellas la voluntad de lucha que hoy les falta y de que han dado pruebas más de una vez. Los núcleos de adherentes al trabajo sindical que se constituyan gradualmente en las haciendas, tendrán la función de explicar a las masas sus derechos, de defender sus intereses, representarlos de hecho en cualquier reclamación y de aprovechar la primera oportunidad de dar forma a su organización, dentro de lo que las circunstancias consientan.

Para la progresiva educación ideológica de las masas indígenas, la vanguardia obrera dispone de aquellos elementos militantes de raza india que, en las minas o los centros urbanos, particularmente en los últimos, entran en contacto con el movimiento sindical y político. Se asimilan sus principios y se capacitan para jugar un rol en la emancipación de su raza. Es frecuente que obreros procedentes del medio indígena, regresen temporal o definitivamente a éste. El idioma les permite cumplir eficazmente una misión de instructores de sus hermanos de raza y de clase. Los indios campesinos no entenderán de veras sino a individuos de su seno que les hablen su propio idioma. Del blanco, del mestizo, desconfiarán siempre; y el blanco y el mestizo a su vez, muy difícilmente se impondrán el arduo trabajo de llegar al medio indígena y de llevar a él la propaganda clasista.

Los métodos de autoeducación, la lectura regular de los órganos del movimiento sindical y revolucionario de América Latina, de sus opúsculos, etc., la correspondencia con los compañeros de los centros urbanos, serán los medios de que estos elementos llenen con éxito su misión educadora.

La coordinación de las comunidades de indígenas por regiones, el socorro de los que sufren persecuciones de la justicia o la policía (los "gamonales" procesan por delitos comunes a los indígenas que les resisten o a quienes quieren despojar), la defensa de la propiedad comunitaria, la organización de pequeñas bibliotecas y centros de estudios, son actividades en las que los adherentes indígenas a nuestro movimiento deben tener siempre actuación principal y dirigente, con el doble objeto de dar a la orientación y educación clasista de los indígenas directivas serias y de evitar la influencia de elementos desorientadores (anarquistas, demagogos, reformistas, etcétera).

En el Perú, la organización y educación del proletariado minero es con la del proletariado agrícola una de las cuestiones que inmediatamente se plantean. Los centros mineros, el principal de los cuales (La Oroya) está en vías de convertirse en la más importante central de beneficio en Sud-América, constituyen puntos donde ventajosamente puede operar la propaganda clasista. Aparte de representar en sí mismos importantes concentraciones proletarias con las condiciones anexas al salariado, acercan a los braceros indígenas a obreros industriales, a trabajadores procedentes de las ciudades, que llevan a esos centros su espíritu y principios clasistas. Los indígenas de las minas, en buena parte continúan siendo campesinos, de modo que el adherente que se gane entre ellos es un elemento ganado también en la clase campesina.

La labor, en todos sus aspectos, será difícil; pero su progreso dependerá fundamentalmente de la capacidad de los elementos que la realicen y de su apreciación precisa y concreta de las condiciones objetivas de la cuestión indígena. El problema no es racial, sino social y económico; pero la raza tiene su rol en él y en los medios de afrontarlo. Por ejemplo, en cuanto sólo militantes salidos del medio indígena pueden, por la mentalidad y el idioma, conseguir un ascendiente eficaz e inmediato sobre sus compañeros.

Una conciencia revolucionaria indígena tardará quizás en formarse; pero una vez que el indio haya hecho suya la idea socialista, le servirá con una disciplina, una tenacidad y una fuerza, en la que pocos proletarios de otros medios podrán aventajarlo.

El realismo de una política revolucionaria, segura y precisa, en la apreciación y utilización de los hechos sobre

los cuales toca actuar en estos países, en que la población indígena o negra tiene proporciones y rol importantes, puede y debe convertirse el factor raza en un factor revolucionario. Es imprescindible dar al movimiento del proletariado indígena o negro, agrícola e industrial, un carácter neto de lucha de clases.

Hay que dar a las poblaciones indígenas o negras esclavizadas —dijo un compañero del Brasil— la certidumbre de que solamente un gobierno de obreros y campesinos de todas las razas que habitan el territorio, los emancipará verdaderamente, ya que éste solamente podrá extinguir el régimen de los latifundios y el régimen industrial capitalista y librarlos definitivamente de la opresión imperialista.

PUNTO DE VISTA ANTI-IMPERIALISTA*

Iº ¿Hasta qué punto puede asimilarse la situación de las repúblicas latinoamericanas a la de los países semi-coloniales? La condición económica de estas repúblicas, es, sin duda, semi-colonial, y, a medida que crezca su capitalismo y, en consecuencia, la penetración imperialista, tiene que acentuarse este carácter de su economía. Pero las burguesías nacionales, que ven en la cooperación con el imperialismo la mejor fuente de provechos, se sienten lo bastante dueñas del poder político para no preocuparse seriamente de la soberanía nacional. Estas burguesías, en Sud América, que no conoce todavía, salvo Panamá, la ocupación militar yanqui, no tienen ninguna predisposición a admitir la necesidad de luchar por la segunda independencia, como suponía ingenuamente la propaganda aprista. El Estado, o mejor la clase dominante no echa de menos un grado más amplio y cierto de autonomía nacional. La revolución de la Independencia está relativamente demasiado próxima, sus mitos y símbolos demasiado vivos, en la conciencia de la burguesía y la pequeña burguesía. La ilusión de la soberanía nacional se conserva en sus principales efectos. Pretender que en esta capa social prenda un sentimiento de nacionalismo revolucionario, parecido al que en condiciones distintas representa un factor de la lucha anti-imperialista en los países semi-coloniales avasallados por el imperialismo en los últimos decenios en Asia, sería un grave error.

* La tesis presentada a la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana (Buenos Aires, junio de 1929). Se ha reproducido de *El Movimiento Revolucionario Latino Americano* (Editado por La Correspondencia Sudamericana). La misma versión aparece en el Tomo II de la obra de Martínez de la Torre (pp. 414 a 418). Fue leída por Julio Portocarrero en circunstancias en que se debatía "La lucha anti-imperialista y los problemas de táctica de los Partidos Comunistas de América Latina". Al término de su lectura, el delegado peruano señaló: "Compañeros: Así escribe el compañero José Carlos Mariátegui cuando formula su tesis sobre anti-imperialismo, analizando antes el estado económico y social del Perú..." [N. de los E.]

Ya en nuestra discusión con los dirigentes del aprismo, reprobando su tendencia a proponer a la América Latina un Kuo-Min-Tang, como modo de evitar la imitación europeísta y acomodar la acción revolucionaria a una apreciación exacta de nuestra propia realidad, sosteníamos hace más de un año la siguiente tesis:

La colaboración con la burguesía, y aún de muchos elementos feudales, en la lucha anti-imperialista china, se explica por razones de raza, de civilización nacional que entre nosotros no existen. El chino noble o burgués se siente entrañablemente chino. Al desprecio del blanco por su cultura estratificada y decrepita, corresponde con el desprecio y el orgullo de su tradición milenaria. El anti-imperialismo en la China puede, por tanto, descansar en el sentimiento y en el factor nacionalista. En Indo-América las circunstancias no son las mismas. La aristocracia y la burguesía criollas no se sienten solidarizadas con el pueblo por el lazo de una historia y de una cultura comunes. En el Perú, el aristócrata y el burgués blanco, desprecian lo popular, lo nacional. Se sienten, ante todo, blancos. El pequeño burgués mestizo imita este ejemplo. La burguesía limeña fraterniza con los capitalistas yanquis, y aún con sus simples empleados, en el Country Club, en el Tennis y en las calles. El yanqui desposa sin inconveniente de raza ni de religión a la señorita criolla, y ésta no siente escrúpulo de nacionalidad ni de cultura en preferir el matrimonio con un individuo de la raza invasora. Tampoco tiene ese escrúpulo la muchacha de la clase media. La "huachafita" que puede atrapar un yanqui empleado de Grace o de la Foundation lo hace con la satisfacción de quien siente elevarse su condición social. El factor nacionalista, por estas razones objetivas que a ninguno de ustedes escapa seguramente, no es decisivo en la lucha anti-imperialista en nuestro medio. Sólo en los países como la Argentina, donde existe una burguesía numerosa y rica, orgullosa del grado de riqueza y poder en su patria, y donde la personalidad nacional tiene por estas razones contornos más claros y netos que en éstos países retardados, el anti-imperialismo puede (tal vez) penetrar fácilmente en los elementos burgueses; pero por razones de expansión y crecimiento capitalistas y

no por razones de justicia social y doctrina socialista como es nuestro caso.

La traición de la burguesía china, la quiebra del Kuo-Min-Tang, no eran todavía conocidas en toda su magnitud. Un conocimiento capitalista, y no por razones de justicia social y doctrinaria, demostró cuán poco se podía confiar, aún en países como la China, en el sentimiento nacionalista revolucionario de la burguesía.

Mientras la política imperialista logre "manéger" los sentimientos y formalidades de la soberanía nacional de estos Estados, mientras no se vea obligada a recurrir a la intervención armada y a la ocupación militar, contará absolutamente con la colaboración de las burguesías. Aunque enfeudados a la economía imperialista, estos países, o más bien sus burguesías, se considerarán tan dueños de sus destinos como Rumania, Bulgaria, Polonia y demás países "dependientes" de Europa.

Este factor de la psicología política no debe ser descuidado en la estimación precisa de las posibilidades de la acción anti-imperialista en la América Latina. Su relegamiento, su olvido, ha sido una de las características de la teorización aprista.

2º La divergencia fundamental entre los elementos que en el Perú aceptaron en principio el Apra —como un plan de frente único, nunca como partido y ni siquiera como organización en marcha efectiva— y los que fuera del Perú la definieron luego como un Kuo-Min-Tang latino-americano, consiste en que los primeros permanecen fieles a la concepción económico-social revolucionaria del anti-imperialismo, mientras que los segundos explican así su posición: "Somos de izquierda (o socialistas) porque somos anti-imperialistas". El anti-imperialismo resulta así elevado a la categoría de un programa, de una actitud política, de un movimiento que se basta a sí mismo y que conduce, espontáneamente, no sabemos en virtud de qué proceso, al socialismo, a la revolución social. Este concepto lleva a una desorbitada superestimación del movimiento anti-imperialista, a la exageración del mito de la lucha por la "segunda independencia", al romanticismo de que estamos viviendo ya las jornadas de una nueva emancipación. De aquí la tendencia a reemplazar las ligas anti-imperialistas con un organismo político. Del Apra, concebida inicialmente como frente único, como alianza popular, como bloque de las cla-

ses oprimidas, se pasa al Apra definida como el Kuo-Min-Tang latinoamericano.

El anti-imperialismo, para nosotros, no constituye ni puede constituir, por sí solo, un programa político, un movimiento de masas apto para la conquista del poder. El anti-imperialismo, admitido que pudiese movilizar al lado de las masas obreras y campesinas, a la burguesía y pequeña burguesía nacionalistas (ya hemos negado terminantemente esta posibilidad) no anula el antagonismo entre las clases, no suprime su diferencia de intereses.

Ni la burguesía, ni la pequeña burguesía en el poder pueden hacer una política anti-imperialista. Tenemos la experiencia de México, donde la pequeña burguesía ha acabado por pactar con el imperialismo yanqui. Un gobierno "nacionalista" puede usar, en sus relaciones con los Estados Unidos, un lenguaje distinto que el gobierno de Leguía en el Perú. Este gobierno es francamente, desenfadadamente pan-americanista, monroísta; pero cualquier otro gobierno burgués haría, prácticamente, lo mismo que él, en materia de empréstitos y concesiones. Las inversiones del capital extranjero en el Perú crecen en estrecha y directa relación con el desarrollo económico del país, con la explotación de sus riquezas naturales, con la población de su territorio, con el aumento de las vías de comunicación. ¿Qué cosa puede oponer a la penetración capitalista la más demagógica pequeña-burguesía? Nada, sino palabras. Nada, sino una temporal borrachera nacionalista. El asalto del poder por el anti-imperialismo, como movimiento demagógico populista, si fuese posible, no representaría nunca la conquista del poder, por las masas proletarias, por el socialismo. La revolución socialista encontraría su más encarnizado y peligroso enemigo, —peligroso por su confusionismo, por la demagogia—, en la pequeña burguesía afirmada en el poder, ganado mediante sus voces de orden.

Sin prescindir del empleo de ningún elemento de agitación anti-imperialista, ni de ningún medio de movilización de los sectores sociales que eventualmente pueden concurrir a esta lucha, nuestra misión es explicar y demostrar a las masas que sólo la revolución socialista opondrá al avance del imperialismo una valla definitiva y verdadera.

3º Estos hechos diferencian la situación de los países Sud Americanos de la situación de los países Centro Americanos, donde el imperialismo yanqui, recurriendo a la intervención armada sin ningún reparo, provoca una reacción

patriótica que puede fácilmente ganar al anti-imperialismo a una parte de la burguesía y la pequeña burguesía. La propaganda aprista, conducida personalmente por Haya de la Torre, no parece haber obtenido en ninguna otra parte de América mayores resultados. Sus prédicas confusionistas y mesiánicas, que aunque pretenden situarse en el plano de la lucha económica, apelan en realidad particularmente a los factores raciales y sentimentales, reúnen las condiciones necesarias para impresionar a la pequeña burguesía intelectual. La formación de partidos de clase y poderosas organizaciones sindicales, con clara conciencia clasista, no se presenta destinada en esos países al mismo desenvolvimiento inmediato que en Sud América. En nuestros países el factor clasista es más decisivo, está más desarrollado. No hay razón para recurrir a vagas fórmulas populistas tras de las cuales no pueden dejar de prosperar tendencias reaccionarias. Actualmente el aprismo, como propaganda, está circunscripto a Centro América; en Sud América, a consecuencia de la desviación populista, caudillista, pequeño-burguesa, que lo definía como el Kuo-Min-Tang latinoamericano, está en una etapa de liquidación total. Lo que resuelva al respecto el próximo Congreso Anti-imperialista de París, cuyo voto tiene que decidir la unificación de los organismos anti-imperialistas y establecer la distinción entre las plataformas y agitaciones anti-imperialistas y las tareas de la competencia de los partidos de clase y las organizaciones sindicales, pondrá término absolutamente a la cuestión.

4º ¿Los intereses del capitalismo imperialista coinciden necesaria y fatalmente en nuestros países con los intereses feudales y semifeudales de la clase terrateniente? ¿La lucha contra la feudalidad se identifica forzosa y completamente con la lucha anti-imperialista? Ciertamente, el capitalismo imperialista utiliza el poder de la clase feudal, en tanto que la considera la clase políticamente dominante. Pero, sus intereses económicos no son los mismos. La pequeña burguesía, sin exceptuar a la más demagógica, si atenua en la práctica sus impulsos más marcadamente nacionalistas, puede llegar a la misma estrecha alianza con el capitalismo imperialista. El capital financiero se sentirá más seguro, si el poder está en manos de una clase social más numerosa, que, satisfaciendo ciertas reivindicaciones apremiosas y estorbando la orientación clasista de las masas, está en mejores condiciones que la vieja y odiada clase feudal de defender los intereses del capitalismo, de ser su custodio y su ujier. La creación de la pequeña propiedad,

la expropiación de los latifundios, la liquidación de los privilegios feudales, no son contrarios a los intereses del imperialismo, de un modo inmediato. Por el contrario, en la medida en que los rezagos de feudalidad entraban en el desarrollo de una economía capitalista, ese movimiento de liquidación de la feudalidad, coincide con las exigencias del crecimiento capitalista, promovido por las inversiones y los técnicos del imperialismo; que desaparezcan los grandes latifundios, que en su lugar se constituya una economía agraria basada en lo que la demagogia burguesa llama la "democratización" de la propiedad del suelo, que las viejas aristocracias se vean desplazadas por una burguesía y una pequeña burguesía más poderosa e influyente —y por lo mismo más apta para garantizar la paz social—, nada de esto es contrario a los intereses del imperialismo. En el Perú, el régimen leguiista, aunque tímido en la práctica ante los intereses de los latifundistas y gamonales, que en gran parte le prestan su apoyo, no tiene ningún inconveniente en recurrir a la demagogia, en reclamar contra la feudalidad y sus privilegios, en tronar contra las antiguas oligarquías, en promover una distribución del suelo que hará de cada peón agrícola un pequeño propietario. De esta demagogia saca el leguiismo, precisamente, sus mayores fuerzas. El leguiismo no se atreve a tocar la gran propiedad. Pero el movimiento natural del desarrollo capitalista —obras de irrigación, explotación de nuevas minas, etcétera— va contra los intereses y privilegios de la feudalidad. Los latifundistas, a medida que crecen las áreas cultivables, que surgen nuevos focos de trabajo, pierden su principal fuerza: la disposición absoluta e incondicional de la mano de obra. En Lambayeque, donde se efectúan actualmente obras de regadío, la actividad capitalista de la comisión técnica que las dirige, y que preside un experto norteamericano, el ingeniero Sutton ha entrado prontamente en conflicto con las conveniencias de los grandes terratenientes feudales. Estos grandes terratenientes son, principalmente, azucareros. La amenaza de que se les arrebate el monopolio de la tierra y el agua, y con él el medio de disponer a su antojo de la población de trabajadores saca de quicio a esta gente y la empuja a una actitud que el gobierno, aunque muy vinculado a muchos de sus elementos, califica de subversiva o anti-gobiernista. Sutton tiene las características del hombre de empresa capitalista norteamericano. Su mentalidad, su trabajo, chocan al espíritu feudal de los latifundistas. Sutton ha establecido, por ejemplo, un sistema de distribución de las aguas, que

reposa en el principio de que el dominio de ellas pertenece al Estado; los latifundistas consideraban el derecho sobre las aguas anexo a su derecho sobre la tierra. Según su tesis, las aguas eran suyas; eran y son propiedad absoluta de sus fundos.

5º ¿Y la pequeña burguesía, cuyo rol en la lucha contra el imperialismo se superestima tanto, es como se dice, por razones de explotación económica, necesariamente opuesta a la penetración imperialista? La pequeña burguesía es, sin duda, la clase social más sensible al prestigio de los mitos nacionalistas. Pero el hecho económico que domina la cuestión, es el siguiente: en países de pauperismo español, donde la pequeña burguesía, por sus arraigados prejuicios de decencia, se resiste a la proletarización; donde ésta misma, por la miseria de los salarios no tiene fuerza económica para transformarla en parte en clase obrera; donde imperan la empleomanía, el recurso al pequeño puesto del Estado, la caza del sueldo y del puesto "decente"; el establecimiento de grandes empresas que, aunque explotan enormemente a sus empleados nacionales, representan siempre para esta clase un trabajo mejor remunerado, es recibido y considerado favorablemente por la gente de clase media. La empresa yanqui representa mejor sueldo, posibilidad de ascensión, emancipación de la empleomanía del Estado, donde no hay porvenir para los especuladores. Este hecho actúa, con una fuerza decisiva, sobre la conciencia del pequeño burgués, en busca o en goce de un puesto. En estos países, de pauperismo español, repetimos, la situación de las clases medias no es la constatada en los países donde estas clases han pasado un período de libre concurrencia, de crecimiento capitalista propicio a la iniciativa y al éxito individuales, a la opresión de los grandes monopolios.

En conclusión, somos anti-imperialistas porque somos marxistas, porque somos revolucionarios, porque oponemos al capitalismo el socialismo como sistema antagónico, llamando a sucederlo, porque en la lucha contra los imperialismos extranjeros cumplimos nuestros deberes de solidaridad con las masas revolucionarias de Europa.

Lima, 21 de mayo de 1929.

II. ESCRITOS POLÍTICOS Y SINDICALES*

EL 1º DE MAYO Y EL FRENTE ÚNICO*

El 1º de Mayo es, en todo el mundo, un día de unidad del proletariado revolucionario, una fecha que reúne en un mismo frente único internacional a todos los trabajadores organizados. En esta fecha resuenan, unánimemente obedecidas y acatadas, las palabras de Carlos Marx: "Proletarios de todos los países, únios". En esta fecha caen espontáneamente todas las barreras que diferencian y separan en varios grupos y varias escuelas a la vanguardia proletaria.

El 1º de Mayo no pertenece a una Internacional: es la fecha de todas las Internacionales. Socialistas, comunistas y libertarios de todos los matices se confunden y se mezclan hoy en un solo ejército que marcha hacia la lucha final.

Esta fecha, en suma, es una afirmación y una constatación de que el frente único proletario es posible y es practicable y de que a su realización no se opone ningún interés, ninguna exigencia del presente.

A muchas meditaciones invita esta fecha internacional. Pero para los trabajadores peruanos la más actual, la más oportuna, es la que concierne a la necesidad y a la posibilidad del frente único. Ultimamente se han producido algunos intentos seccionistas. Y urge entenderse, urge concretarse para impedir que estos intentos prosperen, evitando que socaven y que minen la naciente vanguardia proletaria del Perú.

Mi actitud, desde mi incorporación en esta vanguardia, ha sido siempre la de un fautor convencido, la de un pro-

* Publicado en *El Obrero Textil*, Año 5, N° 59, Lima, 1º de mayo de 1924.

pagandista fervoroso del frente único. Recuerdo haberlo declarado en una de las conferencias iniciales de mi curso de historia de la crisis mundial. Respondiendo a los primeros gestos de resistencia y de aprensión de algunos antiguos y hieráticos libertarios, más preocupados de la rigidez del dogma que de la eficacia y la fecundidad de la acción, dije entonces desde la tribuna de la Universidad Popular: "Somos todavía pocos para dividirnos. No hagamos cuestión de etiquetas ni de títulos".

Posteriormente he repetido estas o análogas palabras. Y no me cansaré de reiterarlas. El movimiento clasista, entre nosotros, es aún muy incipiente, muy limitado, para que pensemos en fraccionarle y escindirle. Antes de que llegue la hora, inevitable acaso, de una división, nos corresponde realizar mucha obra común, mucha labor solidaria. Tenemos que emprender juntos muchas largas jornadas. Nos toca, por ejemplo, suscitar en la mayoría del proletariado peruano, conciencia de clase y sentimiento de clase. Esta faena pertenece por igual a socialistas y sindicalistas, a comunistas y libertarios. Todos tenemos el deber de sembrar gérmenes de renovación y de difundir ideas clasistas. Todos tenemos el deber de alejar al proletariado de las asambleas amarillas y de las falsas "instituciones representativas". Todos tenemos el deber de luchar contra los ataques y las represiones reaccionarias. Todos tenemos el deber de defender la tribuna, la prensa y la organización proletaria. Todos tenemos el deber de sostener las reivindicaciones de la esclavizada y oprimida raza indígena. En el cumplimiento de estos deberes históricos, de estos deberes elementales, se encontrarán y juntarán nuestros caminos, cualquiera que sea nuestra meta última.

El frente único no anula la personalidad, no anula la filiación de ninguno de los que lo componen. No significa la confusión ni la amalgama de todas las doctrinas en una doctrina única. Es una acción contingente, concreta, práctica. El programa del frente único considera exclusivamente la realidad inmediata, fuera de toda abstracción y de toda utopía. Preconizar el frente único no es, pues, preconizar el confusionismo ideológico. Dentro del frente único cada cual debe conservar su propia filiación y su propio ideario. Cada cual debe trabajar por su propio credo. Pero todos deben sentirse unidos por la solidaridad de clase, vinculados por la misma voluntad revolucionaria, y la misma pasión renovadora. Formar un frente único es tener una actitud solidaria ante un problema concreto, ante una nece-

sidad urgente. No es renunciar a la doctrina que cada uno sirve ni a la posición que cada uno ocupa en la vanguardia. La variedad de tendencias y la diversidad de matices ideológicos es inevitable en esa inmensa legión humana que se llama el proletariado. La existencia de tendencias y grupos definidos y precisos no es un mal; es por el contrario la señal de un período avanzado del proceso revolucionario. Lo que importa es que esos grupos y esas tendencias sepan entenderse ante la realidad concreta del día. Que no se esterilicen bizantinamente en exconfesiones y excomuniones recíprocas. Que no alejen a las masas de la revolución con el espectáculo de las querellas dogmáticas de sus predicadores. Que no empleen sus armas ni dilapiden su tiempo en herirse unos a otros, sino en combatir el orden social, sus instituciones, sus injusticias y sus crímenes.

Tratemos de sentir cordialmente el lazo histórico que nos une a todos los hombres de la vanguardia, a todos los autores de la renovación. Los ejemplos que a diario nos vienen de fuera son innumerables y magníficos. El más reciente y emocionante de estos ejemplos es el de Germaine Berthon. Germaine Berthon, anarquista, disparó certeramente su revólver contra un organizador y conductor del terror blanco por vengar el asesinato del socialista Jean Jaurés. Los espíritus nobles, elevados y sinceros de la revolución, perciben y respetan, así, por encima de toda barrera teórica, la solidaridad histórica de sus esfuerzos y de sus obras. Pertenecen a los espíritus mezquinos, sin horizontes y sin alas, a las mentalidades dogmáticas que quieren petrificar e inmovilizar la vida en una fórmula rígida, el privilegio de la incomprendición y del egotismo sectarios.

El frente único proletario, por fortuna, es entre nosotros una decisión y un anhelo evidente del proletariado. Las masas reclaman la unidad. Las masas quieren fe. Y, por eso, su alma rechaza la voz corrosiva, disolvente y pesimista de los que niegan y de los que dudan, y busca la voz optimista, cordial, juvenil y fecunda de los que afirman y de los que creen.

MANIFIESTO A LOS TRABAJADORES DE LA REPÚBLICA
LANZADO POR EL COMITÉ PRO 1º DE MAYO*

El 1º de Mayo ha sido, es y será, más que el motivo de recordación de la masacre de Chicago, el día en que el proletariado de todo el Universo efectúa el balance de sus actividades y el recuento de sus acciones, para, después de una crítica sincera, marcar el camino a seguir en el nuevo año a comenzar.

El Proletariado del Perú, también tiene esta obligación, y por eso después de estudiar una a una sus luchas, después de estudiar día a día, sus movimientos, podemos declarar que el balance arroja un enorme déficit. ¿Y en qué nos fundamos para decir esto? En las acciones de los Sindicatos, en las acciones de las Federaciones; dentro del año hemos tenido una serie de movimientos mal planteados y peor conducidos. En la totalidad de los Sindicatos y Federaciones ha habido un marcado retroceso, hemos visto cómo en la mayoría de estos Sindicatos y Federaciones, los obreros han sido despojados por los patronos de sus más preciosas conquistas, hemos visto cómo los patronos con su insolencia inaudita han querido negar la organización, y en muchos casos lo han logrado, aunque momentáneamente, desoyendo y desconociendo toda comisión de reclamos, toda comisión de obreros que han querido poner coto a sus abusos cotidianos, hemos visto, en fin, cómo los trabajadores han tenido que "aguantar" resignadamente tanto abuso, tanta iniquidad patronal. ¿Pero por haber visto todas estas cosas podemos decir que el proletariado ha perdido su fe, que las masas han perdido su entusiasmo? No; el proletariado sigue siendo el mismo, las masas no se han despojado de su sed de justicia, no se han despojado de sus ansias reivindicatorias; lo que ha pasado, y pasa, es que no han tenido dirección, que no ha habido evolución dentro de su organización. Mientras la burgue-

197 * Publicado en *Labor*, N° 8, p. 8, Lima, 1º de mayo de 1929.

sía se ha armado de todos sus adelantos reaccionarios, el proletariado sigue actuando como ayer, con sus mismas organizaciones a la "antigua". Y de ahí sus fracasos, de ahí sus retrocesos. Pero esta situación no puede seguir así, es preciso que el Proletariado reaccione, es preciso que reconstruya sus organismos, pero dentro de un criterio clasista; es preciso que el proletariado cree sus cuadros sindicales a base de la organización de empresa, a base de la organización por industria; no podemos seguir con organismos a base de oficios, la experiencia mundial precisamente nos demuestra que esta forma de organización ya ha llenado su rol dentro de la revolución social; hoy vivimos la era de la máquina, hoy que el capitalismo da su formidable ofensiva con sus sistemas de racionalización, el proletariado tiene que reconcentrarse, tiene que centralizarse, y esto tiene que hacerlo a base de los comités de empresa, de los comités de fábricas, y hoy más que nunca, porque ya vemos que dentro del horizonte proletario asoma la sombra siniestra del oportunismo, del reformismo burgués. Tanta es la despreocupación de las masas que ha habido patrón que ha querido aprovecharse de la situación creando cajas mutuales, y asociaciones para el fomento del mutualismo, forma ésta de colaboración que el proletariado no puede aceptar. Y no porque toda asistencia social tiene que tenerla el proletariado mediante la conquista del Seguro Social, mediante la creación de fondos destinados para la jubilación y cesantía y enfermedades; pero estos fondos no pueden ser creados con el jornal del obrero, que harto sabemos que es un jornal de hambre, estas conquistas tiene que efectuarlas el proletariado al igual que la jornada de ocho horas, es decir mediante una fuerte organización de clase. Y como esta conquista tiene el proletariado muchas que efectuar y aún más que defender las que ha conseguido. ¿Pero todas estas reivindicaciones y conquistas puede efectuarlas el obrero de la ciudad solo? Sería absurdo creerlo. El obrero de la ciudad tendrá que dar el ejemplo, organizándose. Pero no podrá sostener sus luchas solo. Y es preciso que ayudemos a organizarse a los campesinos, a esos miles de asalariados para los cuales no hay leyes de accidentes de trabajo, ni jornada de ocho horas; tenemos que fomentar y ayudar la organización de los mineros, de los obreros de los yacimientos petroleros, quienes hasta ahora no disfrutan sino de una sola "libertad": la de morirse de hambre y miseria; tenemos que despertar de su letargo a los marineros mercantes, a los peones explotados. Tenemos, en fin, que unirnos con todo el proletariado de la República para

emprender nuestras conquistas. De ahí que al hablar de organización nueva, tenemos que comprender que es a base de su centralización en una central única del proletariado, que se constituya nuestra Confederación Nacional. Pero aquí surge también otro problema. El proletariado tuvo su Federación Regional, su Federación Local, nuestra gloriosa Federación Obrera Local de Lima, organismos estos que fracasaron debido en parte a la desidia de nosotros mismos, pero más que todo por haber sido construidos dentro de un criterio que no correspondía a nuestro medio, a nuestro modo de ser. Y fracasaron por estar moldeados dentro de un criterio anarco-sindical, que en su afán de mantenerse "puros" actuaban hasta cierto punto dentro de un marco de ilegalidad, cosa que aprovechó hábilmente la burguesía y el Estado para caer sobre ésta en la forma que todos conocemos; de ahí la necesidad de reaccionar contra esos imperativos, porque ya hemos visto sus fracasos; tenemos que reaccionar contra el sistema anarco-sindical, y situarnos dentro de nuestro medio y nuestras posibilidades de organización. ¿Y cómo reaccionar? En la forma que hemos apuntado, es decir, creando nuestra Central y situándonos dentro del marco que señalan las leyes del Estado, para de esa manera actuar en el terreno de la legalidad y concretarnos a nuestra organización con las garantías que tiene que disfrutar todo organismo oficialmente reconocido.

Para efectuar todos estos trabajos tenemos que contar con los medios de propaganda, y ninguno puede ser más efectivo ni más práctico que la prensa obrera. Debemos crearla, auspiciarla y estimularla; reaccionar contra el criterio que algunos compañeros tienen de hacer que sus Sindicatos no tomen números (con la muletilla de "que debemos de crear conciencia por otros medios, no podemos aceptar periódico porque nos comprometemos"). Debemos reaccionar contra este criterio estrecho porque si algo nos hace daño es esta muletilla, y al esgrimirla nos hacemos cómplices de la situación ayudando inconscientemente a la burguesía y haciéndonos sospechosos de complicidad manifiesta con los patrones. Por esto debemos crear nuestra prensa; cada federación debe tener su órgano, cada sindicato su vocero. Es preciso que el proletariado, lo mismo que se acostumbra a comprar el periódico burgués, deba comprar, leer y difundir el periódico de su clase. Porque así como la burguesía tiene su prensa, el proletariado debe tener la suya, que es la única que podrá defender sus intereses, denunciar los abusos que con los

trabajadores se comete y servirá como el mejor medio, por hoy, de hacer propaganda de organización.

El Comité Pro 1º de Mayo en este día plantea, pues, al proletariado la necesidad que tiene de asociarse, de organizarse férreamente por industrias, por empresa, no solamente en nuestro ambiente local, sino nacional. Las exigencias e imperativos de la hora presente demandan de cada trabajador, de cada marino, asalariado, minero y campesino, la obligación de luchar por su organización, por sus organismos de clase, creando su Central (Confederación General de Trabajadores del Perú), reaccionando contra métodos antiguos, haciéndonos reconocer oficialmente, no para colaborar con nadie, sino para obtener mayor libertad de acción y contener el avance reaccionario de la burguesía, para defender nuestros salarios, para defender nuestras conquistas.

El Comité Pro 1º de Mayo cumple pues con lanzar esto al proletariado de la República y lo conmina a luchar por sus conquistas más inmediatas, que son: libertad de reunión, libertad de organización, libertad de prensa obrera, libertad de imprenta proletaria. Son estas las conquistas más inmediatas que tiene que efectuar el proletariado de una manera general, aparte de sus defensas económicas.

MANIFIESTO DE LA "CONFEDERACIÓN GENERAL DE TRABAJADORES DEL PERÚ" A LA CLASE TRABAJADORA DEL PAÍS*

La creación de la Central del Proletariado Peruano, cierra una serie de intentos de la clase trabajadora por dar vida a una Federación Unitaria de los gremios obreros. En 1913, surge la "Federación Marítima y Terrestre", con sede en el Callao, y un subcomité en Lima, que después de librar diferentes luchas desaparece en el año de 1915. En 1918, con ocasión de la lucha por la jornada de las ocho horas, se creó el Comité "Pro Ocho Horas", que llevó el movimiento hasta su culminación. Al año siguiente, se creó el Comité "Pro Abaratamiento de las Subsistencias", naciendo de este Comité, la "Federación Regional Peruana", que convocó el Primer Congreso Obrero en 1921. En 1922 esta Federación, se transformó en "Federación Obrera Local de Lima", organización que, aunque por el nombre parecía destinada únicamente a los obreros de Lima, se preocupó de los problemas de los obreros de provincias, conociendo y planteando reclamaciones a favor de los obreros de Huacho, campesinos de Ica, cuando la masacre de Parcona, lo mismo que cuando las masacres de indígenas de Huancané y la Mar. La herencia anarco-sindical, que prevalecía en ella, restó eficacia a sus actividades, originándose serios conflictos por la supremacía "ideológica", que culminaron en el Congreso Obrero Local de 1926. Este Congreso, pese a la desorientación de los congresales que emplearon tres semanas en discusiones sobre la "orientación ideológica", aprobó una moción que tra-

* Reproducido de *Apuntes para una interpretación marxista de historia social del Perú*, de Ricardo Martínez de la Torre, T. III ("La Confederación General de Trabajadores del Perú"), pp. 70 a 81. Este documento, en cuya inspiración y redacción participó principalmente J.C.M., fue preparado con el concurso del núcleo organizador de CGTP, con Avelino Navarro entre los más activos. Está escrito en un lenguaje directo, con capacidad de comunicación a todos los niveles y de fácil acceso para las masas trabajadoras [N. de los E.].

taba de la transformación de la Local, en "Unión Sindical Peruana". Esta resolución que al hacerse efectiva hubiera producido un gran avance del movimiento sindical, no pudo llevarse a la práctica, tanto por el poco apoyo que le prestaron las organizaciones en disolución como por la represión del mes de junio, que terminó con el Congreso y Federación Local. Mientras, en Lima, se trataba de dar vida a una Central Sindical, los obreros de provincias trabajaban en el mismo sentido, creándose en Ica la "Federación de Campesinos", en Puno la "Federación Regional del Sur", y en Trujillo, el "Sindicato Regional del Trabajo". Pero es solo el Comité Pro Primero de Mayo, de este año, el que sienta las bases para la constitución de la Central del Proletariado Peruano. El manifiesto que lanzó (reproducido en *Labor* N° 8) con esta ocasión, fue un llamamiento al proletariado para la creación de su Central. El nacimiento de nuestra Central no es pues la obra de la casualidad, sino de todo un proceso que ha seguido el Proletariado Peruano, en su esfuerzo de reivindicación. Las asambleas populares del día 30 de abril y 1º de mayo, efectuadas en el local de los compañeros choferes de Lima, aprobaron las conclusiones siguientes para la creación de nuestra Central.

- 1.— Luchar por la creación de un frente único sindical sin distinción de tendencias en una Central Única del Proletariado.
- 2.— Luchar por la creación y sostenimiento de la Prensa Proletaria.
- 3.— Luchar por la libertad de asociación, de reunión, de prensa, de tribuna.
- 4.— Defender y hacer respetar las leyes que se refieren al trabajador, hoy groseramente violadas por la reacción capitalista.

Para aplicar estas conclusiones las asambleas autorizaron con su voto unánime al Comité Pro 1º de Mayo a que siguiera los trabajos de organización con el nombre de Comité "Pro Confederación General de Trabajadores del Perú". Este Comité ensanchó su radio de acción al Callao, y el día 17 de mayo, se efectuaba la sesión en que quedó constituido el Comité Provisional de la "Confederación General de Trabajadores del Perú", integrado por delegados de las Federaciones de Chauferes, Textil, Yanaconas, y Unificación de Obreros Cerveceros, por Lima; Federación de Obreros Ferroviarios de Chosica, Federación de Tripulantes del Cabotaje, Sociedad de Estibadores, y Sindicato

de Trabajadores en Madera, por el Callao. Nacida así nuestra Confederación y contando con la adhesión de la Sociedad Marítima Confederada, Unificación de Cerveceros Callao, Sociedad de Albañiles, Gremio de Fideleros y Molineros, Sociedad del Ferro-Carril Inglés, Industriales del Mercado del Callao, y Federación de Panaderos del Perú, más algunas del Centro y Norte, nos dirigimos a los obreros y campesinos del país, para que respondiendo al llamado histórico de nuestra clase, procedan a crear la organización sindical, tanto en la fábrica, empresa, minas, puertos, como en las haciendas, valles y comunidades.

Hasta el presente se ha hablado siempre de organización pero en un sentido general, sin que los trabajadores hayan podido darse cuenta del tipo de organización de clase que reclama la defensa de sus intereses. La "Confederación General de Trabajadores del Perú", aborda este problema delineando a grandes rasgos la forma de organización, por la cual luchará incesantemente. La situación general del país, con su incipiente desarrollo industrial en las ciudades, carácter feudal del latifundismo en la costa y en la sierra, ha impedido hasta el presente el desenvolvimiento clasista del proletariado. El artesano ha recurrido a sus sociedades mutuales, viendo en ellas el único tipo de asociación obrera. Pero hoy se operan grandes concentraciones de masas proletarias, en las minas, puertos, fábricas, ingenios, plantaciones, etc., este tipo de organización, que ha correspondido a la etapa del artesano, decae dando paso al sistema sindical. ¿Cuáles son las ventajas de la organización sindical? La organización sindical en primer término tiene la ventaja de que permite la agrupación de todos los obreros que trabajan en una misma empresa, o industria, en un solo organismo sin distinción de raza, edad, sexo, o creencias, para la lucha por su mejoramiento económico, para la defensa de sus intereses de clase. En segundo lugar, destierra el burocratismo establecido por el sistema mutual, que entrega todo el maquinismo director en manos del presidente, que en muchos casos no es ni obrero. En tercer lugar adiestra al obrero a manejar intereses por sí mismo educando y desarrollando su espíritu de clase, desterrando al intermediario que casi siempre resulta un político oportunista. Y en cuarto lugar siendo una organización de defensa económica, resuelve todos los problemas económicos de los trabajadores, con la formación, bajo su supervigilancia, de cajas mutuales, cooperativas, etc., que no son más que secciones del sindicato, como lo es la sección de deportes obreros, de cultura, de solidaridad, artística, biblioteca, etc.

Estas son las ventajas fundamentales de la organización sindical (sin que sean todas). Por eso, la Confederación sindical esta palabra de orden, frente al problema de la organización esta la constitución de sindicatos de trabajadores, de empresa, fábrica, minas, marítimos, agrícolas, e indígenas. La palabra sindicato no enuncia una fórmula cerrada. Bien sabemos que hay sitios donde no se puede establecer sindicatos, ya por falta de fábrica, empresas, etc., o porque el solo anuncio de la palabra sindicato, siembra la alarma por los prejuicios y rezagos del ambiente. En ese caso hay que establecer unificaciones de oficios varios, asociaciones, o sociedades, que respondan a un sentido de clase, es decir, organizaciones creadas, sostenidas, y dirigidas por obreros, sin la intervención de políticos o patrones, ni aún a título de presidentes o socios honorarios. El obrero debe bastarse en la representación y defensa de sus intereses sin necesidad de recurrir a compromisos que a la postre lo tienen que agobiar.

La organización sindical nace pues como una fuerza propia del proletariado que tiene que afrontar y resolver múltiples problemas de clase, entre los que se delinean los que tratamos en seguida.

Problemas del proletariado industrial.

Racionalización

El avance del capital financiero no encuentra mejor cauce por donde prosperar, que la explotación incesante de la clase trabajadora. El sistema actual de la racionalización de la industria, nos demuestra cómo organiza la burguesía su sistema de explotación. Esta explotación la encontramos en las grandes compañías, (mencionaremos entre otras la "Fred T. Ley y Compañía"), las cuales para su mejor "desarrollo" hacen tabla rasa de los derechos que asisten a los trabajadores, con el sistema empleado de destajos y de "contratistas". Estos intermediarios para sacar su jornal que peligra ante la competencia "profesional" reciben a trabajadores, que se someten por un salario ínfimo a trabajar 9 y 10 horas diarias. El sistema implantado por la Frederik Snare Comp., en las obras portuarias del Callao, al pagar a los trabajadores a tanto la hora, (los peones ganan 25 centavos la hora, sin distinción de domingos o días feriados), los obliga a trabajar 10 y 12 horas diarias para llevar a su hogar un jornal que les sirve para no morirse de hambre. El sistema, en fin, de las grandes Compañías Ferrocarrileras que pagan

por kilometraje, de las empresas mineras con sus sistemas de contratas creando capataces, etc., de las fábricas textiles, de maderas, empresas eléctricas, etc., con su sistema de piezas y destajos, son otros tantos métodos implantados por la racionalización de la industria. Los trabajadores, ante la carencia de trabajos unos, y ante la perspectiva de un centavo más de otros, no reflexionan en el peligro de someterse a estos métodos y, cuando lo palpan, como se encuentran desorganizados no tienen quién los defienda y ampare. La sección del trabajo del Ministerio de Fomento, conoce ya un sinnúmero de reclamos de esta índole, reclamos que no pueden ser todos desde que los que reclaman son sólo los más "audaces". Ante este problema no cabe pues sino la organización de las masas explotadas en sólidos sindicatos. A la vez que constatamos el régimen de explotación en que se debate el obrero de la ciudad, tenemos que hacer constar la forma inhumana como es tratado y pagado el marino nacional, sin una reglamentación de salarios, sin medidas que lo defiendan de la voracidad del armador. El marino mercante nacional sufre una serie de privaciones y vejámenes: el trato soez de que hacen gala los capitanes y pilotos de buques, el salario irrisorio que perciben (fluctúa de 25 a 50 soles al mes), las ninguna garantías de seguridad de algunos buques, hacen no ya odiosa sino imposible la vida a estos compañeros. Los marinos encontrarán amparo únicamente en su organización, en la organización nacional a base de los comités de buques y de puertos.

Problema de la juventud

Hasta el presente el problema de la juventud obrera no ha sido planteado entre nosotros, aún más, muchos no le dan importancia, pero si nos detenemos a estudiarlo veremos de manera concluyente que no puede quedar relegado y que la organización de la juventud nos dará una fuerza más activa para nuestras luchas. Consideremos a los jóvenes aprendices que trabajan en los talleres, fábricas, etc., y veremos cómo son explotados por el "patrón" desde el momento de su ingreso. Primeramente veremos en los talleres que por carecer de las nociones propias del "oficio" tienen que desempeñar comisiones domésticas y otras tantas, aún en casa del "patrón" que no tienen nada que hacer con el oficio que van a aprender. La jornada de labor para los aprendices en el mejor de los casos es de 10 horas, pero hay talleres donde trabajan hasta las 10 y 11 de la noche, es decir que se trabaja 14 horas diarias. El jornal inicial, si se prescinde de los que tra-

bajan sin recibir nada, es de 80 centavos, o 1 sol, jornal que no varía hasta que a juicio del "patrón" el aprendiz ya es oficial; su jornal entonces sube hasta dos soles, vale decir que cuando un joven llega a oficial puede reemplazar al operario y competir con él en la ejecución de los trabajos, en una proporción de 50 ó 60 por ciento. Generalmente los oficiales sirven de reemplazo para que los vean que ya saben trabajar y de esta manera los jefes de talleres disponen de un personal que reemplazando a los trabajadores calificados de "operarios" no llegan a ganar sino el 40 ó 50 por ciento del salario de éstos. Si nos encontramos con estos cuadros en los talleres en que, por la forma de trabajo que realizan, se encuentran muchas veces a la vista del público, pensemos cómo pueden ser tratados los jóvenes en las "fábricas" pequeños boliches, en el campo donde el arrendatario o dueños de huertas tienen a su servicio, por cada trabajador adulto, dos o tres "cholitos" que trabajan igual que los "cholos" grandes, pero que tienen la ventaja de comer menos y ganar menos también. En las minas, y empresas encontramos a los jóvenes tanto o peor explotados que en los talleres o huertas. Pero donde la explotación de la juventud llega al colmo, es indudablemente en la propia casa del burgués. Ahí lo encontramos desempeñando las funciones de mandadero, ama seca, cocinera, lavandera, en fin todas las funciones propias de los "sirvientes" trabajando desde las seis de la mañana hasta las diez u once de la noche, hora en que terminan sus labores para ir a dormir en su "cama" (que mejor la tiene el can en la casa del burgués). La forma de "reclutamiento" de estos "cholitos" nos demuestra también el espíritu medioeval de nuestra burguesía: un latifundista o gamonal manda desde sus "dominios" a criaturas arrancadas a sus padres so pretexto de que las mandan a leer y escribir a casa de sus familiares, compadres, o amigos, de la ciudad, donde los hallamos descalzos, semidesnudos, y con las consabidas "costuras" en la cabeza, señales todas del buen "trato" que les dan. El salario que gana esta masa juvenil son los zapatos y ropa vieja del "niño" y cinco o diez centavos, como propina a la semana. Los trabajadores conscientes, vale decir sindicados, tienen que afrontar de lleno este problema, el problema de la juventud, que es el problema de todos los explotados. Su tratamiento, su enfocamiento dentro de las luchas reivindicacionistas, debe de ser una tarea asumida con toda la atención que merece, instituyendo dentro de cada sindicato la sección juvenil donde disfruten los jóvenes de los mismos derechos que los trabajado-

res adultos; integradas por los más jóvenes y más entusiastas compañeros, estas secciones serán las que tratarán y resolverán los problemas propios de la juventud obrera.

Problema de la mujer

Si las masas juveniles son tan cruelmente explotadas, las mujeres proletarias sufren igual o peor explotación. Hasta hace muy poco la mujer proletaria tenía circumscripta su labor a las actividades domésticas en el hogar. Con el avance del industrialismo entra a competir con el obrero en la fábrica, taller, empresa, etc., desterrando el prejuicio que la encerraba a hacer vida conventual. Si la mujer avanza en la vía de su emancipación en el terreno democrático-burgués, en cambio este hecho suministra al capitalista mano de obra barata a la par que un serio competidor al trabajador masculino. Así la vemos en las fábricas textiles, gallerías, lavanderías, fábricas de envases y cajas de cartón, jabones, etc., en que desempeñando las mismas funciones que el obrero, desde el manejo de la máquina hasta la más mínima ocupación, gana siempre de 40 a 60 por ciento menos que el varón. Al mismo tiempo que la mujer se adiestra para desempeñar funciones en la industria, penetra también a las actividades de oficinas, casas comerciales, etc., compitiendo siempre con el hombre y con gran provecho de las empresas industriales que obtienen una baja apreciable de los salarios y aumento inmediato de sus ganancias. En la agricultura y las minas encontramos a la mujer proletaria en franca competencia con el trabajador, y donde quiera que investiguemos encontramos a grandes masas de mujeres explotadas prestando sus servicios en toda clase de actividades. Toda la defensa de la mujer que trabaja está reducida a la Ley 2851, que por su reglamentación deficiente por cierto, pese al espíritu del legislador, en la práctica no llena sus fines, y por lo tanto no impide la explotación de que es víctima la obrera. En el proceso de nuestras luchas sociales el proletariado ha tenido que plantear reivindicaciones precisas en su defensa; los sindicatos textiles, que son los que hasta hoy más se han preocupado de este problema, aunque deficientemente, en más de una ocasión han ido a la huelga con el objeto de hacer cumplir disposiciones que, estando enmarcadas en la Ley, los gerentes se han negado a cumplir. Tenemos capitalistas (como el "amigo" del obrero, señor Tizón y Bueno), que no han trepidado en considerar como "delito" el hecho que una trabajadora haya dado indicios de que iba a ser madre, "delito" que

ha determinado su despedida violenta para eludir las disposiciones de la Ley. En las galleterías la explotación de la mujer es inicua. Fe de esta asercción pueden darla los compañeros textiles y choferes, de Lima, que en gesto solidario sostuvieron la reclamación planteada por el personal de la Compañía A. Field, en 1926. El gran incremento de las pequeñas lavanderías, cuyos propietarios, nacionales, asiáticos o europeos, no vacilan en ajustar más el anillo opresor de sus obreras exige mayor atención y ayuda a estas compañeras. (En 1926, formaron en Lima, su Federación de Lavanderas, entidad que desapareció por la poca cooperación que le prestaron los compañeros, y el rezago de prejuicios de muchas compañeras.) Las pequeñas industrias, fábricas de tapas de lata, envases, cajas de cartón, jabonerías, talleres de moda, productos químicos (la misma Intendencia de Guerra, con su sistema de trabajo que da a coser las prendas de la tropa a domicilio, pagando precios irrisorios), etc., son centros de explotación despiadada de la mujer. En las haciendas, "despajando", "garroteando", "apañando algodón", etc., en las minas acarreando metales y demás faenas, la mujer es tratada poco menos que como bestia de carga. Todo este cúmulo de "calamidades" que pesa sobre la mujer explotada, no puede resolverse, sino es a base de la organización inmediata; de la misma manera que los sindicatos tienen que construir sus cuadros juveniles, deben de crear sus secciones femeninas, donde se educarán nuestras futuras militantes.

Problema del proletariado agrícola

Las condiciones de vida de las grandes masas de trabajadores agrícolas, exigen también una mejor atención. En su tratamiento empírico se le ha confundido con el problema campesino, cosa que precisa distinguir para no caer en el mismo error. ¿Quiénes forman el proletariado agrícola? Las grandes masas de trabajadores, que rinden sus esfuerzos, en haciendas, huertas, chácaras, plantaciones, etc., dependiendo de la autoridad del "patrón", ejercida por el ejército de caporales, mayordomos, apuntadores y administradores, percibiendo un jornal por día o "tarea", viviendo en miserias covachas, esos son los trabajadores agrícolas. Estos trabajadores que desde las 4 de la mañana tienen que levantarse para pasar "lista", que trabajan hasta que cae el Sol, en sus faenas de lampertos, gañanes, regadores, sembradores, cortadores de caña, etc., unos al jornal y otros a "tarea" percibiendo 208

jornales, desde 60 centavos las mujeres y jóvenes, hasta 2.20 los adultos, no han disfrutado hasta el presente salvo muy raras excepciones, (hacienda Santa Clara, Naranjal, Puente Piedra), de organizaciones que velen por sus intereses de clase; de ahí que para el trabajador agrícola es lo mismo que si no existieran leyes de ocho horas, de Accidentes del Trabajo, de la Mujer y El Niño, etc. Los asalariados agrícolas que trabajan en las haciendas (verdaderos latifundios), explotados miserablemente, padeciendo (por falta de cumplimiento de las disposiciones sanitarias) de enfermedades como el paludismo (que debe declararse como enfermedad profesional), percibiendo jornales de hambre, no podrán mitigar sus padecimientos, sino es por medio de su organización. No es posible en este manifiesto dar a conocer todas las arbitrariedades que padecen los trabajadores de nuestros valles y haciendas. Son tan agobiantes y tan penosas las condiciones de vida, que más de un periodista liberal, se ha hecho eco de ellas en las columnas de los periódicos de provincias, y en Lima en las informaciones de *El Mundo*.

Precisa pues la formación de los cuadros sindicales formados por trabajadores agrícolas, para dar vida a los Comités de Hacienda, a los "Sindicatos de Trabajadores Agrícolas".

Problema campesino

El problema campesino guarda cierta similitud objetiva con el problema agrícola, en relación a las faenas que representa, a la vez se identifica con el problema indígena, por ser un problema de la tierra, por lo tanto su tratamiento requiere un cuidado especial. Existen en el país diferentes tipos de campesinos, el "colono" o "compañero", que trabaja la tierra sólo para partir con el "patrón" sus productos o cosechas, el yanacón, que toma las tierras en arriendo (cuyo pago exige la mayoría de los hacendados en quintales de algodón) y el dueño de pequeñas parcelas de tierra, herencia de sus antepasados, etc.; son diversos tipos de campesinos, pero no tienen problemas comunes que resolver. En nuestro medio hay organizaciones, de campesinos como la que existe en Ica, la "Federación de Campesinos de Ica", y en Lima, la "Federación General de Yanaconas"; además a lo largo de la costa existen pequeñas sociedades de regantes. Pero la gran masa de campesinos se encuentra desorganizada, los problemas que tiene que resolver son múltiples, pero los más 209 asaltantes, los más inmediatos son: baja de arriendo de

la tierra, libertad de sembrar la sementera que más le convenga, repartición equitativa del agua de regadío, atajo al despojo de tierra, hacer valer el derecho de pagar el arrendamiento en moneda nacional, etc.; para el enfocamiento y resolución de estos problemas precisa la organización campesina de la educación de las masas en su rol de clase, y su concentración en ligas campesinas, en comunidades campesinas, que tiendan a la creación de la "Federación Nacional de Ligas Campesinas".

Problema indígena

Si el problema agrícola y campesino requiere una gran atención, el problema indígena no puede quedar a la zaga. Al ahondar este problema veremos el enlazamiento que tiene con el problema agrícola, campesino y minero, etc. De ahí que al tratar este problema desde el punto de vista sindical tiene que hacerse a base de la organización, de la educación clasista. El problema indígena está ligado al problema de la tierra, y en su solución no podrá avanzarse si no es a base de la organización de las masas indígenas. El indio en nuestras serranías trabaja de 6 a 7 meses al año, tiempo que por lo general dura la siembra y cosecha de sus productos. En los meses restantes, se dedica a trabajar, en los latifundios serranos y minas, unos, y otros en las haciendas de la costa, haciéndose de inmediato trabajador agrícola. Esta forma de emigración temporal concurre a exigir que se le preste toda la atención necesaria desde el punto de vista sindical. Los sindicatos, del proletariado agrícola, y de los mineros, tendrán una carga pesada en las tareas impuestas por la afluencia temporal de estas masas indígenas, y su educación por el sindicato será tanto más pesada también cuanto menos sea su sentido de clase. Precisa, pues, una gran labor en las comunidades y ayllus, etc., donde deben de establecerse bibliotecas, comisiones de enseñanza que luchen contra el analfabetismo (el analfabetismo se puede decir que es una lacra social de la raza indígena), secciones de deportes, etcétera, que estando a cargo de compañeros preparados, desarrollos una enseñanza activa que tienda a capacitarlos en su rol de clase, explicándoles su condición de explotados, sus derechos y los medios de reivindicarlos. De esta manera el indio será un militante del movimiento sindical, esto es soldado que luche por la liberación social de su clase. El objetivo de las comunidades será pues, la capacitación de sus componentes, y la federación de todas las comunidades en un solo frente de defensa común.

Immigración

La afluencia cada día mayor de trabajadores inmigrantes exige que tampoco se deje de lado este problema en la organización sindical. Las organizaciones sindicales no pueden estar imbuidas de falsos prejuicios nacionalistas porque estos prejuicios favorecen íntegramente al capitalismo, que siempre encontrará elementos dóciles entre los compañeros inmigrantes para enfrentarlos a los trabajadores "nativos" haciéndolos desempeñar labores de crumios y rompehuelgas. Puesto que nos agrupamos bajo principios que nos dicen "trabajadores del mundo, unidos" debemos de proceder a dar cabida en nuestros sindicatos a todos los trabajadores, asiáticos, europeos, americanos, o africanos, que reconociendo su condición de explotados, ven en el sindicato su organismo de representación y defensa; precisa que los sindicatos destaqueen comisiones de militantes que, confundiéndose con los trabajadores "extranjeros", estudien sus condiciones de vida y sus necesidades, para plantearlas en los sindicatos, los cuales defenderán con todo interés las reivindicaciones de estos compañeros, englobándolas en los pliegos de reclamos que presenten a las empresas. De esta manera conquistaremos a las masas de trabajadores inmigrantes, a la par que conseguiremos más de un militante consciente para nuestra organización.

Leyes sociales

El trabajador peruano hasta el presente no está aún amparado por leyes sociales eficaces. El decreto dado en 1919, sobre la jornada de ocho horas, la ley de accidentes del trabajo, y la ley de protección a la mujer y el niño, apenas si son conatos de esta legislación. El decreto de las ocho horas que fue arrancado, por la fuerza solidaria del proletariado de la capital en 1919, hasta el presente sólo ha sido cumplido en determinados sectores, en una que otra fábrica donde la fuerza de la organización de los trabajadores ha impedido su violación, pero después, comenzando por las pequeñas fabriquetas que existen en Lima, como las de envases, cajas de cartón, zapatos, jabones, lavanderías, talleres de moda, sucursales de panaderías, etcétera, y llegando a las más grandes empresas, todas hacen tabla rasa de sus disposiciones. Con el proceso de la racionalización de la industria, esta burla se hace más descarada. Las Empresas Eléctricas Asociadas, en sus trabajos han adoptado últimamente el sistema de contratas

(que no emplean ellas solas pues como ya hemos visto lo emplean otras compañías) y a tal efecto han establecido una escala de precios sobre sus distintos trabajos que ha sido presentada a los obreros más calificados o más antiguos, con el dilema de su aceptación o despedida inmediata de las labores. El obrero que acepta esta tarifa de hecho se vuelve contratista, perdiendo su antigüedad, a la vez que los pocos beneficios que la legislación le acuerda. El memorial últimamente presentado por los obreros ferroviarios, también demuestra palmariamente el no cumplimiento por las empresas ferrocarrileras de la jornada de ocho horas. La forma de pago de algunas fábricas y empresas (Sanguinetti y Dasso, Frederick Snare Comp.), a tanto la hora, es otra forma de burla por parte del capital. Pero si esto constatamos en Lima y Callao, pensemos ahora cómo se cumplirá la jornada de ocho horas en las haciendas, minas, y demás industrias y empresas establecidas en el territorio nacional. La Ley de Accidentes del Trabajo no es menos violada que la de las ocho horas. En las obras portuarias del Callao, en los buques de la marina mercante nacional, en las haciendas, en las minas, en las empresas petroleras, en fin en todas las pequeñas fábricas que existen fuera de la capital, no sólo no se cumple sino que se persigue con encarnizamiento a todo aquel que trate de darla a conocer a los trabajadores. La revisión y perfeccionamiento de esta Ley, es algo que interesa a toda la clase trabajadora. Una Ley dada en una época en que las exigencias de la vida no eran las de hoy, es claro que no podía establecer en forma equitativa, la escala de indemnización necesaria. Por ejemplo, de acuerdo con la ley el obrero recibe como indemnización en caso de accidente, el 33 por ciento de su salario. Ahora, si consideramos la escala de los salarios actuales, cuyo término medio podemos establecerlo en tres soles, veremos que el obrero recibe como indemnización 99 centavos diarios (el salario de los peones fluctúa desde 60 centavos en la sierra, 1.20 en las haciendas, hasta 2 y 2.50 en la capital, y de los obreros calificados de 3 a 6 soles diarios) cantidad que no puede satisfacer el presupuesto de un hogar, bastante elevado con el encarecimiento de las subsistencias. Además la Ley establece como máximo de salario, para atenerse a ella, el de 100 soles mensuales, es decir, 4 soles diarios, de manera que en el mejor de los casos el obrero recibe de acuerdo con la Ley, 1.32, cantidad que es necesario remarcar hasta qué punto resulta insuficiente para el sostenimiento de un hogar. El obrero no cuenta hasta hoy con ninguna disposición que lo ampare, en caso de enfermedad, muerte (natural),

vejez, despedida, etc. La dación de una Ley, de Seguros Sociales, que contemple todos estos casos, estableciendo en la constitución de los fondos la contribución en partes iguales del Capitalista y el Estado, es algo que reclama y exige el obrero al hablar de las Leyes Sociales. La Ley de protección a la mujer y al niño, tampoco se puede decir que satisface las necesidades de la mujer proletaria, ni menos que se respete en sus términos vigentes. Ya hemos visto cuando se trata de este problema, la forma como la mujer sufre y cómo es tratada en la fábrica, taller, empresas, campos, etc. El cumplimiento de ésta como de cualquier otra Ley, no puede quedar subordinado a la acción individual de los obreros, precisa disposiciones terminantes, a la vez que la entrega del control a la organización obrera como única forma de hacer efectivos los derechos legales. Por lo demás la "Confederación General de Trabajadores del Perú", no es la única que adopta este punto de vista sobre las leyes de nuestra legislación social; coincide con los que han sostenido campañas periódicas, criticando y dando a conocer las deficiencias e incumplimiento de las mismas.

Conclusiones

Estudiados someramente los problemas fundamentales de nuestra organización conviene referirse a la cuestión de la legalidad de la organización que preconizamos y promovemos. Las condiciones de explotación y régimen semi esclavista en las nueve décimas partes del Perú, hacen que los trabajadores al organizarse piensen en esta cuestión. Nuestra burguesía siempre ha visto en la organización obrera el "fantasma" que ha de poner coto a su régimen de explotación, y ha creado en torno de ella arbitrarías leyendas. El gobierno del Perú, como firmante del tratado de Versalles, ha reconocido el derecho a la organización sindical de los trabajadores. Aún más, tiene establecido en el Ministerio de Fomento, una sección a cargo del reconocimiento de las instituciones. La "Confederación General de Trabajadores del Perú" sostiene el principio de que el sindicato para existir legal y jurídicamente, no necesita sino el acuerdo de sus asociados (pero esto no obsta para que pida su reconocimiento oficial a fin de ampararse en la legalidad). La Confederación reivindica para la organización obrera en todas las industrias y labores, el derecho a la existencia legal, y a la debida personería jurídica, para la representación y defensa de los intereses proletarios. Los problemas de la masa tra-

bajadora, por lo demás no pueden resolverse ni siquiera conocerse si no es por medio de la organización, de un organismo que exprese sus necesidades, que estudie las deficiencias de nuestro régimen social, que exponga y sostenga las reclamaciones de todos los trabajadores del Perú. El problema de la creación de la Central del proletariado peruano, a más de su justificación histórica, tiene el de la representación genuina de la clase explotada de nuestro país. Ella no nace por un capricho del azar, nace a través de la experiencia adquirida en las luchas pasadas y como una necesidad orgánica de la masa explotada del Perú. La representación del obrero nacional hasta el presente ha sido escamoteada por falsas agrupaciones "representativas" que, como la Confederación Unión Universal de Artesanos, y Asambleas de Sociedades Unidas, (formadas por sociedades de dudosa existencia unas, y otras carentes del espíritu de clase que anima a las organizaciones de masa, por lo mismo que sus actividades se concretan a las mutuales sin preocuparse de la defensa económica porque ese no es su rol) se han atribuido tal representación sin el consenso de los que ellas creen representar. La representación del obrero nacional corresponde a una Central, formada de abajo para arriba; es decir por organismos nacidos en las fábricas, talleres, minas, empresas marítimas y terrestres, por los trabajadores agrícolas y campesinos, por las grandes masas de indios explotados. Una Central que cuente con estos elementos, que albergue en su seno a los sindicatos obreros del país, será la única que tendrá derecho a hablar en nombre de los trabajadores del Perú. La "Confederación General de Trabajadores del Perú" cumpliendo con su función de tal, precisa las reivindicaciones inmediatas por las cuales luchará apoyada por las masas de proletarios, en defensa de sus intereses:

- a) Respeto y cumplimiento de la jornada de ocho horas, para el trabajador de la ciudad, el campo y las minas.
- b) Jornada de 40 horas semanales para las mujeres y menores de 18 años.
- c) Amplio derecho de organización obrera.
- d) Libertad de imprenta, de prensa, de reunión y de tribuna obrera.
- e) Prohibición del empleo gratuito del trabajo de los aprendices.
- f) Igual derecho al trabajo, igual tratamiento y salario para todos los obreros, adultos y jóvenes, sin distinción

de nacionalidad, raza o color, en todas las industrias y empresas; y

g) La "Confederación General de Trabajadores del Perú", expuestos el proceso de su creación, y las reivindicaciones por las cuales luchará, recomienda a todos los trabajadores, a los representantes de organizaciones obreras, que en el día se pongan en contacto con esta Central comunicando sus direcciones, explicando sus problemas por resolver, a la vez que acordando su adhesión. Recomienda también la discusión y el voto del proyecto de Reglamento (publicado en *Labor* nº 9).

La dirección provisional de la Central es (calle de Cottabambas Nº 389, Lima), Casilla de correos Nº 2076, Lima.

¡VIVA LA ORGANIZACIÓN DE LOS TRABAJADORES DE LA CIUDAD Y DEL CAMPO!

¡VIVA EL DERECHO DE ORGANIZACIÓN, DE TRIBUNA, DE PRENSA, DE REUNIÓN!

¡VIVA LA UNIÓN EFECTIVA DE LOS TRABAJADORES DEL PERÚ!

¡VIVA LA "CONFEDERACIÓN GENERAL DE TRABAJADORES DEL PERÚ"!

El Comité Ejecutivo

PRINCIPIOS PROGRAMÁTICOS DEL PARTIDO SOCIALISTA*

El programa debe ser una declaración doctrinal que afirme:

1º El carácter internacional de la economía contemporánea, que no consiente a ningún país evadirse a las corrientes de transformación surgida de las actuales condiciones de producción.

2º El carácter internacional del movimiento revolucionario del proletariado. El Partido Socialista adapta su praxis a las circunstancias concretas del país; pero obedece a una amplia visión de clase y las mismas circunstancias nacionales están subordinadas al ritmo de la historia mundial. La revolución de la independencia hace más de un siglo fue un movimiento solidario de todos los pueblos subyugados por España; la revolución socialista es un movimiento mancomunado de todos los pueblos oprimidos por el capitalismo. Si la revolución liberal, nacionalista por sus principios, no pudo ser actuada sin una estrecha unión entre los países sudamericanos, fácil es comprender la ley histórica que, en una época de más acentuada interdependencia y vinculación de las naciones, impone que la revolución social, internacionalista en sus principios, se opere con una coordinación mucho más disciplinada e intensa de los partidos proletarios. El manifiesto de Marx y Engels condensó el primer principio de la revolución proletaria en la frase histórica: "¡Proletarios de todos los países, uníos!".

3º El agudizamiento de las contradicciones de la economía capitalista. El capitalismo se desarrolla en un pueblo semi-feudal como el nuestro, en instantes en que, llegado

* Este esquema de un Programa del Partido Socialista Peruano fue encargado a José Carlos Mariátegui por el Comité Organizador en octubre de 1928. Se reproduce de *Apuntes para una interpretación marxista de historia social del Perú*, de Ricardo Martínez de la Torre, Tomo II, pp. 398-402, Empresa Editora Peruana S.A., Lima, 1948 [N. de los E.J.]

a la etapa de los monopolios y del imperialismo, toda la ideología liberal, correspondiente a la etapa de la libre concurrencia, ha cesado de ser válida. El imperialismo no consiente a ninguno de estos pueblos semi-coloniales, que explota como mercado de su capital y sus mercaderías y como depósito de materias primas, un programa económico de nacionalización e industrialismo. Los obliga a la especialización, a la monocultura. (Petróleo, cobre, azúcar, algodón, en el Perú.) Crisis que se derivan de esta rígida determinación de la producción nacional por factores del mercado mundial capitalista.

4º El capitalismo se encuentra en su estadio imperialista. Es el capitalismo de los monopolios, del capital financiero, de las guerras imperialistas por el acaparamiento de los mercados y de las fuentes de materias brutas. La praxis del socialismo marxista en este período es la del marxismo-leninismo. El marxismo-leninismo es el método revolucionario de la etapa del imperialismo y de los monopolios. El Partido Socialista del Perú, lo adopta como su método de lucha.

5º La economía pre-capitalista del Perú republicano que, por la ausencia de una clase burguesa vigorosa y por las condiciones nacionales e internacionales que han determinado el lento avance del país en la vía capitalista, no puede liberarse bajo el régimen burgués, enfeudado a los intereses imperialistas, coludido con la feudalidad gamonalista y clerical, de las taras y rezagos de la feudalidad colonial.

El destino colonial del país reanuda su proceso. La emancipación de la economía del país es posible únicamente por la acción de las masas proletarias, solidarias con la lucha anti-imperialista mundial. Sólo la acción proletaria puede estimular primero y realizar después las tareas de la revolución democrático-burguesa, que el régimen burgués es incompetente para desarrollar y cumplir.

6º El socialismo encuentra lo mismo en la subsistencia de las comunidades que en las grandes empresas agrícolas, los elementos de una solución socialista de la cuestión agraria, solución que tolerará en parte la explotación de la tierra por los pequeños agricultores ahí donde el yanaconazo o la pequeña propiedad recomiendan dejar a la gestión individual, en tanto que se avanza en la gestión colectiva de la agricultura, las zonas donde ese género de explotación prevalece. Pero esto, lo mismo que el estímulo que se preste al libre resurgimiento del pueblo indígena,

a la manifestación creadora de sus fuerzas y espíritu nativos, no significa en lo absoluto una romántica y anti-histórica tendencia de reconstrucción o resurrección del socialismo incaico, que correspondió a condiciones históricas completamente superadas, y del cual sólo quedan, como factor aprovechable dentro de una técnica de producción perfectamente científica, los hábitos de cooperación y socialismo de los campesinos indígenas. El socialismo presupone la técnica, la ciencia, la etapa capitalista; y no puede importar el menor retroceso en la adquisición de las conquistas de la civilización moderna, sino por el contrario la máxima y metódica aceleración de la incorporación de estas conquistas en la vida nacional.

7º Sólo el socialismo puede resolver el problema de una educación efectivamente democrática e igualitaria, en virtud de la cual cada miembro de la sociedad reciba toda la instrucción a que su capacidad le dé derecho. El régimen educacional socialista es el único que puede aplicar plena y sistemáticamente los principios de la escuela única, de la escuela del trabajo, de las comunidades escolares, y en general de todos los ideales de la pedagogía revolucionaria contemporánea, incompatible con los privilegios de la escuela capitalista, que condena a las clases pobres a la inferioridad cultural y hace de la instrucción superior el monopolio de la riqueza.

8º Cumplida su etapa democrático-burguesa, la revolución deviene en sus objetivos y en su doctrina revolución proletaria. El partido del proletariado, capacitado por la lucha para el ejercicio del poder y el desarrollo de su propio programa, realiza en esta etapa las tareas de la organización y defensa del orden socialista.

9º El Partido Socialista del Perú es la vanguardia del proletariado, la fuerza política que asume la tarea de su orientación y dirección en la lucha por la realización de sus ideales de clase.

REIVINDICACIONES INMEDIATAS

Reconocimiento amplio de la libertad de asociación, reunión y prensa obreras.

Reconocimiento del derecho de huelga para todos los trabajadores.

Abolición de la conscripción vial.

Sustitución de la ley de la vagancia por los artículos que consideraban específicamente la cuestión de la vagancia

en el anteproyecto del Código Penal puesto en vigor por el Estado, con la sola excepción de esos artículos, incompatibles con el espíritu y el criterio penal de la ley especial.

Establecimiento de los Seguros Sociales y de la Asistencia Social del Estado.

Cumplimiento de las leyes de accidentes del trabajo, de protección del trabajo de las mujeres y menores, de la jornada de ocho horas en las faenas de la agricultura.

Asimilación del paludismo en los valles de la costa a la condición de enfermedad profesional, con las consiguientes responsabilidades de asistencia para el hacendado.

Establecimiento de la jornada de siete horas en las minas y en los trabajos insalubres, peligrosos y nocivos para la salud de los trabajadores.

Obligación de las empresas mineras y petroleras de reconocer a sus trabajadores, de modo permanente y efectivo, todos los derechos que les garantizan las leyes del país.

Aumento de los salarios, en la industria, la agricultura, las minas, los transportes marítimos y terrestres y las islas guaneras, en proporción con el costo de la vida y con el derecho de los trabajadores a un tenor de la vida más elevado.

Abolición efectiva de todo trabajo forzado o gratuito; y abolición o punición del régimen semi-esclavista en la montaña.

Dotación a las comunidades de tierras de latifundios para la distribución entre sus miembros en proporción suficiente a sus necesidades.

Expropiación, sin indemnización, a favor de las comunidades, de todos los fundos de conventos y congregaciones religiosas.

Derecho de los yanaconas, arrendatarios, etc., que trabajen un terreno más de tres años consecutivos, a obtener la adjudicación definitiva del uso de sus parcelas, mediante anualidades no superiores al 60 por ciento del canon actual de arrendamiento.

Rebaja, al menos en un 50 por ciento de este canon, para todos los que continúen en su condición de aparceros o arrendatarios.

Adjudicación a las cooperativas y a los campesinos pobres de las tierras ganadas al cultivo por las obras agrícolas de irrigación.

Mantenimiento en todas partes, de los derechos reconocidos a los empleados por la ley respectiva. Reglamentación por una comisión partitaria, de los derechos de jubilación, en forma que no implique el menor menoscabo de los establecidos en la ley.

Implantación del salario y sueldo mínimo.

Ratificación de la libertad de cultos y enseñanza religiosa, al menos en los términos del artículo constitucional y siguiente derogatoria del último decreto contra las escuelas no católicas.

Gratuidad de la enseñanza en todos sus grados.

Estas son las principales reivindicaciones por las cuales el Partido Socialista luchará de inmediato. Todas ellas corresponden a perentorias exigencias de la emancipación material e intelectual de las masas. Todas ellas tienen que ser activamente sostenidas por el proletariado y por los elementos conscientes de la clase media. La libertad del Partido para actuar pública y legalmente, al amparo de la Constitución y de las garantías que ésta acuerda a sus ciudadanos, para crear y difundir sin restricciones su prensa, para realizar sus congresos y debates, es un derecho reivindicado por el acto mismo de fundación pública de esta agrupación. Los grupos estrechamente ligados que se dirigen hoy al pueblo, por medio de este manifiesto, asumen resueltamente, con la conciencia de un deber y una responsabilidad histórica, la misión de defender y propagar sus principios y mantener y acrecentar su organización, a costa de cualquier sacrificio. Y las masas trabajadoras de la ciudad, el campo y las minas y el campesinado indígena, cuyos intereses y aspiraciones representamos en la lucha política, sabrán apropiarse de estas reivindicaciones y de esta doctrina, combatir perseverante y esforzadamente por ellas y encontrar, a través de cada lucha, la vía que conduce a la victoria final del socialismo.

EL PROLETARIADO CONTRA LA GUERRA:
LA 15^a CONMEMORACIÓN DE LA DECLARATORIA
DE GUERRA DE 1914*

La vanguardia obrera no ha querido que la conmemoración de la declaratoria de guerra de 1914 se redujese este año a las sólitas paradas del pacifismo internacional, a las inocuas efusiones de lágrimas y palabras de los retóricos de la fraternidad humana sobre la tumba de Jean Jaurés. Las amenazas de guerra se han mostrado, en el último año, demasiado próximas para que el realismo de una vanguardia operante, que mira de frente a los hechos, sin temor de llamarlos por sus nombres, se acomode a la fácil repetición de esas vaguísima declaraciones pacifistas. El proletariado mundial ha sentido el deber de hacer esta vez de la conmemoración de la trágica fecha una unánime, disciplinada, multitudinaria demostración contra la guerra.

Y la represión que el franco anuncio del carácter que este año tendría la movilización del proletariado contra la guerra, ha suscitado en diversos países, es la prueba más terminante de la respuesta que las burguesías se proponen dar, en caso de inminencia bélica, a la protesta obrera. Dirigir un llamamiento a las masas trabajadoras para que vigilen alertas contra la insidiosa imperialista, contra el armamentismo, contra la explotación de las querellas y de los recelos entre los pueblos, significa para la burguesía internacional complotar contra el orden, incitar a la rebelión. ¿Qué mejor confesión podían hacer los Estados Burgueses de lo que verdaderamente representan sus pactos y palabras de paz y de la solidaridad entre una política armamentista y belicosa, apenas disimulada por uno que otro postizo, y los intereses y los propósitos del capitalismo imperialista?

El proletariado mundial sabe que los votos platónicos de paz, que las condenaciones genéricas de la guerra, de nada sirven. Innumerables había pronunciado la Segunda Internacional, en sus congresos y manifiestos, antes de 1914. Ninguna estorbó la deserción de los jefes reformistas, la traición a los solemnes pactos a que hasta la víspera de la declaratoria de guerra se había adherido. Los partidos socialistas y las agrupaciones sindicales no pudieron hacer nada contra la gran masacre.

Por eso hoy se trata de organizar la resistencia a la guerra, a base de la experiencia aleccionadora de 1914-18, advirtiendo a las masas respecto a todos y cada uno de los peligros de guerra, denunciando la impotencia y la ficción de los tratados y convenios imperialistas de desarme y de no agresión, oponiendo a la práctica armamentista —que desmiente tan inmediatamente la bella teoría antibélica o pacifista— la más vigorosa y metódica crítica, acrecentando los lazos de fraternidad y solidaridad entre los pueblos, *defendiendo contra todas las acechanzas y maquinaciones al primer estado socialista, la primera unión de repúblicas obreras y campesinas.*

Nada más contagioso que la tendencia a eludir la seria y objetiva estimación de los peligros bélicos. La experiencia de 1914, a este respecto, parece haber sido completamente inútil. Son muchos los que se imaginan que por el solo hecho de ser demasiado destructora y horrible y estar reprobada por una nueva conciencia moral, entre cuyos signos habría que contar el pacto Kellog y el espíritu de Locarno, la guerra no puede desencadenarse más en el mundo.

Pero el examen de la economía y de la política mundiales condena inapelablemente esta pasiva confianza o ficticias fuerzas morales. La lucha entre los imperialismos rivales mantiene viva la amenaza bélica en el mundo. Y el odio a la URSS hará que se olviden todas las protestas pacifistas apenas recién llegado el instante de atacarla militarmente.

Acabamos de asistir, con ocasión de la ruptura entre la Rusia revolucionaria y la China militarista y feudal —ruptura preparada por el imperialismo capitalista— a la espontánea caída de las máscaras del legalismo, del pacifismo y del “patriotismo” burgueses. Las potencias que, en respuesta a las violencias de los “boxers”, de las que no podía ser responsable el Estado y menos aún el pueblo chino, enviaron a la China la expedición punitiva del gene-

ral Waldersee y le impusieron enseguida la oprobiosa obligación de pagar el costo de esta guerra criminal, han hecho esta vez todo lo que han podido para excusar la violación de un tratado internacional, el desconocimiento de la inmunidad consular, la apropiación violenta de un ferrocarril, la prisión y la expulsión en masa de funcionarios y huéspedes de una nación amiga. El grueso, fácil, barato pretexto de la propaganda comunista ha servido una vez más para justificar algo que, si hubiese estado dirigido contra alguno de los grandes Estados capitalistas de Europa no se habría dejado de calificar como un acto de lesa civilización, como una muestra de la barbarie china. Y los oficiales rusos “blancos”, que se han declarado dispuestos a combatir al lado de los chinos contra Rusia, han descubierto lo que vale la palabra “patriotismo” para estos miserables deshechos de la guardia zarista. La Santa Rusia era, para ellos, el Zar y su vergonzoso régimen; no es la patria el pueblo ruso que, liquidando una autocracia degenerada, vencida en 1904 por el Japón, y en 1917 por los austro-alemanes, *se ha dado el gobierno más conforme con sus intereses y sus ideales y ha realizado con su revolución, el esfuerzo más grandioso de la historia contemporánea.*

El año transcurrido después de la última conmemoración de la guerra, ha sido un año de evidente y clamoroso reclujo de la amenaza guerrera. La guerra ha estado a punto de estallar en Sur América, entre Bolivia y el Paraguay. Y ahora, con el conflicto ruso-chino, fomentado por los intereses imperialistas, reaparece el peligro bélico en Oriente. El proletariado, por tanto, hace bien en velar porque no sorprenda a los pueblos, inertes e ilusionados con un 1914, la guerra reaccionaria, la guerra imperialista.

LA ORGANIZACIÓN DE LOS EMPLEADOS*

La fundación de la Confederación de Empleados de Lima y Callao, a pesar de todas las reservas que imponen la estructura y la orientación anticuadas de casi todas las sociedades que la componen, merece ser señalada como un importante signo de concentración y actividad de la clase media.

No es, sin duda, a través de sociedades de antiguo tipo mutualista, con pretensiones de casino social, como la organización de los empleados alcanzará sus objetivos ni llenará sus funciones de clase. La asociación de los empleados necesita, para ser orgánica, ajustarse al principio sindical, que conduce a la agrupación por categorías, articulando masas homogéneas en vez de asambleas compósitas. La Federación de Empleados Bancarios, que, como lo anuncia el espíritu combativo y renovador de su quincenario y lo confirma su gestión de iniciadora de la confederación, constituye la vanguardia de los empleados, presenta, entre nosotros, el tipo más o menos preciso de sindicato de categoría. Por razón de una mayor pluralidad de rangos y por la falta de grandes concentraciones, la asociación gremial de los empleados es mucho más completa y difícil que la de los obreros. Pero, por esto mismo, no puede sustraerse a un criterio de organicidad, so pena de no funcionar nunca con unidad y congruencia.

La flamante confederación adolece, desde este punto de vista, de un defecto congénito, a quienes no se les podía exigir la faena previa de sindicar o asociar por categorías a una masa tan fluctuante e informe. Era forzoso llegar a su relativa unificación por medio de las antiguas sociedades que, aunque en desacuerdo con un criterio funcional, representan siempre un principio de asociación y de solidaridad.

El hecho de que la federación surja en respuesta a la creciente amenaza de una ofensiva reaccionaria contra

la Ley del Empleado, la define como una actitud esencialmente corporativa y clasista. La defensa de esta ley —que, por muchas que sean sus deficiencias y oscuridades, propicias sobre todo las últimas a las celadas de la resistencia patronal, significa una conquista de la clase media— puede y debe ser el punto de partida de una amplia acción gremial de los empleados. Esto es lo importante.

Sería prematuro y excesivo reclamarles desde ahora a los empleados una más vasta perspectiva ideológica. Al descubrir que ninguna victoria de clase es perdurable sino para los que se mantienen en constante aptitud de ganarla de nuevo, nuestra mesocracia arranca a la Ley del Empleado su más trascendente lección y su más recóndito secreto. La defensa de la Ley acechada por el despierto interés capitalista, tiene, sobre todo, el valor de un impulso a la acción. En el curso de ésta, los empleados ensancharán su sentimiento clasista, todavía confuso y rudimentario, y esclarecerán la verdadera naturaleza de sus problemas. La lucha, dilatará, inevitablemente, su horizonte teórico y práctico.

Los empleados no son toda la clase media, a la cual pertenecen también, con sensible influencia en su anarquía, pequeños comerciantes, funcionarios y profesionales, movidos por impulsos centrífugos e individualistas; pero los empleados componen su núcleo principal y activo. El derecho de representarla, les viene, además, no sólo del factor cuantitativo del número como de la capacidad esencial de reconocer y precisar sus intereses de clase.

Políticamente y socialmente, la clase media, la pequeña burguesía, han jugado siempre un papel muy subsidiario y desorientado en el Perú. El proletario manual, que, por nuestro escaso industrialismo, tenía que desprenderse penosa y lentamente de la tradición degenerada del artesano, empezó a afirmar su sentimiento y su autonomía de clase en una época en que la mesocracia carecía del menor atisbo ideológico. Las jornadas obreras por las ocho horas de trabajo, por ejemplo, acusaban ya una conciencia proletaria formada en las fábricas, donde encontraban un terreno favorable de aplicación las primeras nociones de socialismo y sindicalismo. Como una de las causas de nuestro escaso avance democrático, se ha señalado la debilidad de la clase media, particularmente sensible en las provincias, en las cuales un estado semi-feudal la ha sofocado inexorablemente. Se había hecho, sin embargo, un lugar común de nuestro medio desde que se acentuaron las reivindicaciones obreras, la aserción de que el verdadero

proletario era el hombre de la clase media, o más exactamente, el empleado. Fingida compasión patronal o burguesa que no decidía a los empleados a rebelarse contra su condición económica. Herederos de rancios prejuicios españoles, escondían pudorosamente su miseria. No se sentían capaces, sino de la reivindicación de su decencia.

Con todo, resulta indudable el rol sustantivo de la clase media en el movimiento político de 1919. Y, por esto, aparece perfectamente lógica la conquista alcanzada por la mesocracia con la dación de la Ley del Empleado, bajo el gobierno nacido de ese movimiento plebiscitario, más bien que electoral.

Pero, sólo, algún tiempo después ha comenzado la clase media a orientarse parcialmente hacia la asociación gremial. Los primeros signos de renovación ideológica son también muy recientes.

Y éste no es un fenómeno exclusivo de la clase media peruana. En las naciones de más avanzada evolución política, la clase media, condenada por el irreductible conflicto entre el capitalismo y el socialismo, a renunciar a toda excesiva ambición de originalidad y de autonomía, se ha caracterizado por su desorientación y confusionismo que, muchas veces, la han convertido en el principal instrumento de la reacción burguesa.

Más bien en nuestros países, colocados bajo la presión del capitalismo extranjero, la clase media parece destinada a asumir, a medida que progresen su organización y su orientamiento, una actitud nacionalista revolucionaria.

LA ANÉCDOTA LABORISTA*

Como en el Perú no deben faltar nunca las caricaturas y las parodias —sobre todo cuando se hacen protestas de rabioso nacionalismo—, la flora política nacional exhibe desde hace poco un sedicente Partido Laborista. Este Partido, que ambiciona nada menos que a representar políticamente a la clase obrera, tiene su origen en elementos de pequeña burguesía, de tipo burocrático y "constitucional", y muestra en sus confusos documentos unas veces la más extravagante concepción y, otras veces, la más criolla ignorancia del Socialismo, aún modestamente atenuado aquello que es posible designar con la palabra "laborismo". El Partido Laborista o del Trabajo, que en Inglaterra y otros países, ha surgido como un natural movimiento político de los gremios o sindicatos obreros, en el Perú pretende brotar artificialmente de una tertulia de empleados cesantes o jubilados, que como todos los pequeños burgueses del mundo se sienten portadores de alguna buena e infalible receta social y política.

Desde su organización hasta su lenguaje, el presunto Partido Laborista del Perú —absolutamente extraño a las masas obreras que aspiran a representar— acusa resabios de cacerismo y burocracia. Tiene un jefe nato, en vez de un presidente o un secretario general, como cualquier partido democrático, aunque no es la consecuencia de un fenómeno de caudillaje, sino algo mucho menos serio (pero no menos criollo).

La doctrina política y económica del novísimo "partido" es una colección de curiosas chirigotas, cuando no se reduce a un rosario de inocuos y gastados lugares comunes. Así, ante los conflictos entre el Capital y el Trabajo no se manifiesta entusiasta por el arbitraje, porque la taumatúrgica acción de este partido se propone suprimir esos conflictos. ¿Cómo? ¿Se trata, acaso, de un partido revolucionario, que mira a la abolición de las clases?

Absolutamente no. El Partido Laborista denuncia como perniciosas, disolventes y diabólicas las ideas revolucionarias. Pero se imagina suprimir los conflictos entre capital y el trabajo, con patriarcales y razonables aunque asimáticos, consejos a obreros y patrones. Algunos manifiestos redactados en estilo de recurso o petición a alguno de los poderes públicos —capaces de entusiasmar sin embargo a una asamblea de "indefinidos" o "cesantes", y a algunos comparsas reclutados en el artesanado mutualista—, bastan para resolver alegremente la cuestión social. Discretos y medidos subsidios de la burguesía y un poco de música de "cachimbos", harían el resto.

Para que nada falte a la salsa criolla de este suceso político, sucede que son dos los grupos que se disputan el derecho a llamarse "partido laborista". De un lado, están el jefe nato y sus adeptos; de otro lado los "laboristas" de todos los tiempos; el electo de la Confederación de Artesanos y de otros centros representativos del mismo género.

El asunto, por fortuna, pertenece a la crónica: no a la historia, y desde el punto de vista folclórico está por debajo de cualquier tendero o "resbalosa".

III. MOTIVOS POLÉMICOS*

SOBRE UN TÓPICO SUPERADO*

Hemos recibido una extensa carta del nuevo secretario General de la Sección del Apra en París, Luis E. Heysen, que pretende rectificar la comunicación publicada en el N° 25 de *Amauta*¹ sobre la disolución de este grupo y del anexo centro de estudios anti-imperialistas y la adhesión de la mayoría que votó este acuerdo al plan del Partido Socialista del Perú. La inserción de esta carta en *La Sierra*, a cuya redacción ha sido sin duda enviada al mismo tiempo que a nosotros, podría relevarnos de la obligación de publicarla. Pero preferimos concederle la aco-

* Publicado en *Amauta*, N° 28, p. 97, Lima, enero de 1930 en la sección "Memorandum" de "Panorama Móvil".

¹ La comunicación mencionada se publicó en la sección "Documentos" de "Panorama Móvil", del N° 25 de *Amauta*. Con el título "Nuevo curso" se inserta una nota de APRA, Frente Único de Trabajadores Manuales e Intelectuales de América Latina-Célula de París. Centro de Estudios Anti-imperialistas cuyo texto es el siguiente:

Estimado Camarada:

Nos es grato poner en su conocimiento la siguiente resolución votada por la célula del Apra y el Centro de Estudios Anti-imperialistas de París, y aprobada por unanimidad de votos:

Los miembros de la Célula del Apra y el Centro de Estudios Anti-imperialistas de París, en vista de la situación objetiva de los demás grupos similares de la América Latina, cuya descomposición orgánica es evidente y cuya existencia es en la actualidad más formal que efectiva; constatando que existe un profundo desacuerdo entre sus miembros sobre la orientación y la praxis del movimiento, sin que haya podido obtenerse, desde la fundación del Apra, hasta el presente, ni una táctica más o menos precisa de la lucha anti-imperialista, ni una ideología más o menos definida, ni ningún movimiento de masas, aún de mediocre importancia, ni una disciplina política entre sus componentes, y, finalmente, ante la imposibilidad de llegar a una entente

gida que solicita en las páginas de *Amauta* para su más amplia divulgación entre nuestros lectores.

La extensión del escrito nos impide, sin embargo, realizar en este número una inserción que ha perdido su urgencia. No tenemos inconveniente en registrar la noticia de la reconstitución de una célula "aprista" en París. Pero nos parece excesivo e imprudente, por decir lo menos, presentar como una "depuración", el abandono del APRA y sus quimeras por los miembros más solventes intelectual y doctrinariamente de ese grupo. Insistiendo en un reclame desacreditado, y respecto al cual todos saben a qué atenerse, Heysen trata de definir el APRA calificándola de "partido de frente único, nacional-latinoamericano, anti-imperialista". Y la verdad demasiado notoria es que el APRA no pasó nunca de ser un plan, un proyecto, una idea, por cuya organización, que jamás llegó a ser efectiva como "alianza" o "frente único", trabajaban infructuosamente algunos grupos de estudiantes peruanos. El 2º Congreso Anti-imperialista Mundial la ha descartado, en términos definitivos, después de un estricto examen de los hechos. Es extemporáneo, por tanto, todo intento de

que esclarezca la posición, las tendencias y las finalidades de la Alianza Popular Revolucionaria Americana, resuelven:

"*Disolver la célula del Apra y el Centro de Estudios anti-imperialistas de París*". (Moción aprobada por unanimidad de votos). Los miembros de la célula del Apra y del Centro de Estudios Anti-imperialistas de París, anti-imperialistas revolucionarios, que se reclaman de ideología socialista, concordes con la moción anterior, y en vista de que todos los elementos que han venido propiciando la idea del Apra son peruanos, acuerdan:

1º— Invitar a los camaradas conscientes de los demás grupos del Apra a afiliarse a las Ligas Anti-imperialistas, o a los partidos revolucionarios proletarios, incorporándose así al movimiento anti-imperialista mundial.

2º— Exhortarlos a constituir en el exterior células del Partido Revolucionario Peruano, cuyas actividades inmediatas deben tender a reforzar el movimiento de organización del Block Obrero y Campesino del Perú". (Moción aprobada por mayoría de votos).

Lo que nos es grato poner en conocimiento de Uds. suplicándoles quieran aceptar las seguridades de nuestra consideración personal.

ARMANDO BAZÁN
Secretario de la Comisión de Propaganda
de la Célula del Apra en París.

[N. de los E.]

230

especular sobre la credulidad latino-americana con membrete más o menos pomposos.

En el número siguiente de *Amauta* (Nº 29), se transcribe la carta de Luis E. Heysen, en la misma sección y con el mismo título ("Sobre un tópico superado" p. 95), precedida por el siguiente comentario:

Transcribimos la carta dirigida por el Sr. Luis Heysen, quien la firma con el título de Secretario General de la sedicente sección del APRA en París, carta que no publicamos en nuestro número anterior por falta de espacio.

Nada podríamos agregar a lo que expusieron anteriormente: la vanguardia del proletariado y los trabajadores conscientes, fieles a su acción dentro del terreno de la lucha de clases, repudian toda tendencia que signifique fusión con las fuerzas u organismos políticos de las otras clases. Condenamos como oportunista toda política que plantea la renuncia momentánea del proletariado a su independencia de programa y acción, la que en todo momento debe mantener íntegramente. Por esto repudiamos la tendencia del APRA. El APRA, objetivamente, no existe. Ha sido un plan, un proyecto, algunas tentativas individuales, pero jamás se ha condensado en una doctrina, ni en una organización, ni menos aún en un partido. Existe sí como tendencia confusionista y demagógica, frente a la cual es preciso esclarecer la posición proletaria.

Al publicar el confuso documento que sigue, damos por terminada toda inserción de nuevas notas emanadas de estudiantes y jóvenes apristas. *Amauta* no es empresaria de propaganda de ninguna vedette prosopopéyica.

231

RÉPLICA A LUIS ALBERTO SÁNCHEZ*

Luis Alberto Sánchez se declara encantado de verme entrar en polémica, entre otras razones porque "mi monólogo iba tornándose un poco insípido". Pero si mi monólogo es lo que yo vengo escribiendo desde hace más de dos años en esta revista y en otras, tendremos que llamarlo, para ser exactos, monólogo polémico. Pues el trabajo de proponer ideas nuevas trae aparejado el de confrontarlas y oponerlas a las viejas, vale decir de polemizar con ellas para proclamar su caducidad y su falencia. Cuando estudio, o ensayo estudiar, una cuestión o un tema nacional, polemizo necesariamente con el ideario o el fraseario de las pasadas generaciones. No por el gusto de polemizar sino porque considero, como es lógico cada cuestión y cada tema, conforme a distintos principios, lo que me conduce por fuerza a conclusiones diferentes, evitándome el riesgo de resultar, en el debate de mi tiempo, renovador por la etiqueta y conservador por el contenido. Mi actitud sólita es la actitud polémica, aunque polemice poco con los individuos y mucho con las ideas.

Ratifica, enseguida, Luis Alberto su condición de espectador. Pero, por fortuna, de sus propias palabras se desprende que acepta esta condición mal de su grado. No le queda, dice, más remedio "mientras en el tinglado Maese Pedro mueva sus fantoches". Para cuando desaparezcan éstos, promete Sánchez "volver a hacer sus pininos de combatiente, de agonista", quizá si bajo mis banderas, esto es bajo las del socialismo peruano. Tengo, pues, que entender los dardos que hoy se me disparan de la trinchera de Luis Alberto, que hasta ayer yo creía con derecho amigo, como un efecto de su mal humor de espectador obligado. La represión constante de sus ganas de combate contra los que están a la derecha, lo colocan en el caso de

gastarlas contra los que estamos a la izquierda, que es, por supuesto, de quienes Sánchez se siente más cercano.

No seguiré a mi colega por el camino de la anécdota biográfica que, saliendo de la polémica doctrinal, toma en la primera parte de su artículo. Creo que no es tiempo todavía de que al público le interesen estas dos "vidas paralelas" que Sánchez bosqueja con el objeto de demostrar que, mientras yo he andado otras veces por rutas exóticas y europeizantes, él no se ha separado de la senda peruana y nacionalista. Estas, le parecen minucias al mismo Luis Alberto, cuando, más adelante, dice que "no valdría la pena haber suscitado un diálogo para ventilar cuestiones más o menos personales".

Tampoco confutaré aquí su juicio sobre *Amauta* porque —no obstante la hospitalidad que dispensa *Mundial* a mis escritos— pienso que el lugar de ese retrueque está en la propia revista que dirijo y que Luis Alberto ocasional y sumariamente enjuicia. Solo rectificaré, de paso, por el equívoco que pudiese engendrar, el concepto de que lo más mío está en *Amauta*. Siento igualmente mío lo que escribo en esta revista, y en cualquiera otra, y ninguna dualidad me es más antipática que la de escribir para el público o para mí mismo. No traigo, como es mi deber, a esta revista, tópicos extraños a la sección en que el propio director de *Mundial* ha querido situar mis estudios o apuntes sobre temas nacionales y menos aún traigo arengas de agitador ni sermones de catequista; pero esto no quiere decir que aquí disimule mi pensamiento, sino que respeto los límites de la generosa hospitalidad que *Mundial* me concede y de la cual mi discreción no me permitiría nunca abusar.

No es culpa mía que —mientras de mis escritos se saca en limpio mi filiación socialista—, de los de Luis Alberto Sánchez no se deduzca con igual facilidad su filiación ideológica. Es el propio Sánchez quien se ha definido, terminantemente, como un "espectador". Los méritos de su labor de estudioso de temas nacionales —que no están en discusión— no bastan para darle una posición en el contraste de las doctrinas y los intereses. Ser "nacionalista" por el género de los estudios, no exige serlo también por la actitud política, en el sentido limitado o particular que nacionalismos extranjeros han asignado a ese término. Sánchez, como yo, repudia precisamente este nacionalismo que encubre o disfraza un simple conservantismo, decorándolo con los ornamentos de la tradición nacional.

* Publicada en *Mundial*, Lima, 11 de marzo de 1927 y en *Amauta*, N° 7, pp. 38-39 (Boletín *El Proceso del Gamonalismo*), Lima, marzo de 1927.

Y, llegado a este punto, quiero precisar otro aspecto del nexo que Luis Alberto no había descubierto entre mi socialismo de varios años —todos los de mi juventud, que no tiene por qué sentirse responsable de los episodios literarios de mi adolescencia— y mi “nacionalismo recientísimo”. El nacionalismo de las naciones europeas —donde nacionalismo y conservantismo se identifican y consustancian— se propone fines imperialistas. Es reaccionario y anti-socialista. Pero el nacionalismo de los pueblos coloniales —sí, coloniales económicamente, aunque se vanglorien de su autonomía política— tienen un origen y un impulso totalmente diversos. En estos pueblos, el nacionalismo es revolucionario y, por ende, concluye con el socialismo. En estos pueblos la idea de la nación no ha cumplido aún su trayectoria ni ha agotado su misión histórica. Y esto no es teoría. Si de la teoría desconfía Luis Alberto Sánchez, no desconfiará de la experiencia. Menos aún si la experiencia está bajo sus ojos escrutadores de estudioso. Yo me contentaré con aconsejarle que dirija la mirada a la China, donde el movimiento nacionalista del Kuo-Min-Tang recibe del socialismo chino su más vigoroso impulso.

Me pregunta Luis Alberto al final de su artículo —en el discurso del cual su pensamiento merodea por los bordes del asunto de este diálogo, sin ir al fondo— cómo nos proponemos resolver el problema indígena los que militamos bajo estas banderas de renovación. Le responderé, ante todo, con mi filiación. El socialismo es un método y una doctrina, un ideario y una praxis. Invito a Sánchez a estudiarlos seriamente, y no sólo en los libros y en los hechos sino en el espíritu que los anima y engendra.

El cuestionario que Sánchez me pone delante es —permítame que se lo diga— bastante ingenuo. ¿Cómo puede preguntarme Sánchez si yo reduzco todo el problema peruano a la oposición entre costa y sierra? He constatado la dualidad nacida de la conquista para afirmar la necesidad histórica de resolverla. No es mi ideal el Perú colonial ni el Perú incaico sino un Perú integral. Aquí estamos, he escrito al fundar una revista de doctrina y de polémica, los que queremos crear un Perú nuevo en el mundo nuevo. ¿Y cómo puede preguntarme Sánchez si no involucro en el movimiento al cholo? ¿Y si éste no podrá ser un movimiento de reivindicación total y no exclusivista? Tengo el derecho de creer que Sánchez no sólo no toma en consideración mi socialismo sino que me juzga y contradice sin haberme leído.

La reivindicación que sostenemos es la del trabajo. Es la de las clases trabajadoras, sin distinción de costa ni de sierra, de indio ni de cholo. Si en el debate —esto es en la teoría— diferenciamos el problema del indio, es porque en la práctica, en el hecho, también se diferencia. El obrero urbano es un proletario; el indio campesino es todavía un siervo. Las reivindicaciones del primero —por las cuales en Europa no se ha acabado de combatir— representan la lucha contra la burguesía; las del segundo representan aún la lucha contra la feudalidad. El primer problema que hay que resolver aquí es, por consiguiente, el de la liquidación de la feudalidad, cuyas expresiones solidarias son dos: latifundio y servidumbre. Si no reconociésemos la prioridad de este problema, habría derecho, entonces sí, para acusarnos de prescindir de la realidad peruana. Estas son, teóricamente, cosas demasiado elementales. No tengo yo la culpa de que en el Perú —y en pleno debate ideológico— sea necesario todavía explicarlas.

Y, ahora, punto final a este intermezzo polémico. Continuaré polemizando pero, como antes, más con las ideas que con las personas. La polémica es útil cuando se propone, verdaderamente, esclarecer las teorías y los hechos. Y cuando no se trae a ella sino ideas y móviles claros.

VOTO EN CONTRA*

Tenemos una vez más a la Universidad de Lima bajo el rectorado "civilista". Registramos el hecho sin sorpresa. La Universidad sigue siendo el latifundio intelectual del "civilismo", esto es de la plutocracia conservadora y tradicional. La dictadura ideológica de esta casta se halla en quiebra. Hoy se puede pensar en el Perú, con vasta influencia en la opinión, contra y a pesar de sus desvaídos jefes. El index civilista ya no proscribe ni sofoca a nadie. La gente, fatigada de una mediocre retórica y una rampolona erudición, se aleja de las tribunas oficiales de la Inteligencia para acercarse a las tribunas libres. Pero en la Universidad mantiene todavía sus posiciones la maltrecha clientela intelectual del "civilismo".

En una época en que contra esta dictadura ideológica hoy en falencia no se levantaba sino la protesta solitaria de uno que otro gran rebelde, la elección del doctor J. Matías Manzanilla como Rector de la Universidad de Lima habría aparecido ratificada por la unanimidad más uno de la prensa y la opinión. Ahora es otra cosa. Desde esta tribuna libre, somos muchos los intelectuales que dejamos constancia explícita de nuestro voto en contra. No tachamos, personalmente, al doctor Manzanilla por ser el doctor Manzanilla. En el estado mayor de la "inteligencia" civilista, el doctor Manzanilla es uno de los hombres más destacados y más conspicuos. Tachamos la mentalidad, el espíritu, la oligarquía que representa —quizá si un poco mal de su grado—, por no haberse decidido nunca a repudiarlas.

El doctor Manzanilla puede tener muchos méritos como jurisconsulto y gentilhombre. No se lo regateamos ni objetamos, porque lo único que nos importa es su posición ideológica y su actitud magistral. La primera no puede ser atenuada ni salvada por la obra de legislación del trabajo efectuada por el doctor Manzanilla como parla-

mentario, ni por sus vagas coqueterías con un socialismo indefinido y gaseoso. La segunda lo priva, más categóricamente aún, del derecho al voto de la nueva generación. En la Universidad Mayor de San Marcos, el doctor Manzanilla no ha sido nunca un Maestro; no ha sido sino un profesor. Y, como profesor, como catedrático de Economía Política, tiene la grave responsabilidad de no habernos dado hasta ahora un estudio sobre la economía peruana con algún valor de interpretación económica de nuestra historia. Es un profesor y un político que ha gastado casi todo su ingenio no en formular su pensamiento sino en escamotearlo.

Tiempos de sedante apogeo civilista no habrían negado nada a su apoteosis universitaria. Hoy un grupo de intelectuales revolucionarios le disputamos y le contestamos el voto de la juventud.

PRESENTACIÓN DE AMAUTA*

Esta revista, en el campo intelectual, no representa un grupo. Representa, más bien, un movimiento, un espíritu. En el Perú, se siente desde hace algún tiempo una corriente, cada día más vigorosa y definida, de renovación. A los autores de esta renovación se les llama vanguardistas, socialistas, revolucionarios, etc. La historia no los ha bautizado definitivamente todavía. Existen entre ellos algunas discrepancias formales, algunas diferencias psicológicas. Pero por encima de lo que los diferencia, todos estos espíritus ponen lo que los aproxima y mancomuna: su voluntad de crear un Perú nuevo dentro del mundo nuevo. La inteligencia, la coordinación de los más volitivos de estos elementos, progresan gradualmente. El movimiento —intelectual y espiritual— adquiere poco a poco organicidad. Con la aparición de *Amauta* entra en una fase de definición.

Amauta ha tenido un proceso normal de gestación. No nace de súbito por determinación exclusivamente mía. Yo vine de Europa con el propósito de fundar una revista. Dolorosas vicisitudes personales no me permitieron cumplirlo. Pero este tiempo no ha transcurrido en balde. Mi esfuerzo se ha articulado con el de otros intelectuales y artistas que piensan y sienten parecidamente a mí. Hace dos años esta revista habría sido una voz un tanto personal. Ahora es la voz de un movimiento y de una generación.

El primer resultado que los escritores de *Amauta* nos proponemos obtener es el acordarnos y conocernos mejor nosotros mismos. El trabajo de la revista nos solidarizará más. Al mismo tiempo que atraerá a otros buenos elementos, alejará a algunos fluctuantes y desganados que por ahora coquetean con el vanguardismo, pero que apenas éste les demande un sacrificio, se apresurarán a dejarlo. *Amauta* cribará a los hombres de la vanguardia —militantes y simpatizantes— hasta separar la paja del grano.

Producirá o precipitará un fenómeno de polarización y concentración.

No hace falta declarar expresamente que *Amauta* no es una tribuna libre, abierta a todos los vientos del espíritu. Los que fundamos esta revista no concebimos una cultura y un arte agnósticos. Nos sentimos una fuerza beligerante, polémica. No le hacemos ninguna concesión al criterio generalmente falaz de la tolerancia de las ideas. Para nosotros hay ideas buenas e ideas malas. En el prólogo de mi libro *La escena contemporánea*, escribí que soy un hombre con una filiación y una fe. Lo mismo puedo decir de esta revista, que rechaza todo lo que es contrario a su ideología así como todo lo que no traduce ideología alguna.

Para presentar *Amauta*, están demás las palabras solemnes. Quiero proscribir de esta revista la retórica. Me parecen absolutamente inútiles los programas. El Perú es un país de rótulos y de etiquetas. Hagamos al fin alguna cosa con contenido, vale decir con espíritu. *Amauta* por otra parte no tiene necesidad de un programa; tiene necesidad tan sólo de un destino, de un objeto.

El título preocupará probablemente a algunos. Esto se deberá a la importancia excesiva, fundamental, que tiene entre nosotros el rótulo. No se mire en este caso a la acepción estricta de la palabra. El título no traduce sino nuestra adhesión a la Raza, no refleja sino nuestro homenaje al Incaísmo. Pero específicamente la palabra *Amauta* adquiere con esta revista una nueva acepción. La vamos a crear otra vez.

El objeto de esta revista es el de plantear, esclarecer y conocer los problemas peruanos desde puntos de vista doctrinarios y científicos. Pero consideraremos siempre al Perú dentro del panorama del mundo. Estudiaremos todos los grandes movimientos de renovación políticos, filosóficos, artísticos, literarios, científicos. Todo lo humano es nuestro. Esta revista vinculará a los hombres nuevos del Perú, primero con los de los otros pueblos de América, en seguida con los de los otros pueblos del mundo.

Nada más agregaré. Habrá que ser muy poco perspicaz para no darse cuenta de que al Perú le nace en este momento una revista histórica.

ANIVERSARIO Y BALANCE*

Amauta llega con este número a su segundo cumpleaños. Estuvo a punto de naufragar al noveno número, antes del primer aniversario. La admonición de Unamuno —“revista que envejece, degenera”— habría sido el epitafio de una obra resonante pero efímera. Pero *Amauta* no había nacido para quedarse en episodio, sino para ser historia y para hacerla. Si la historia es creación de los hombres y las ideas, podemos encarar con esperanza el porvenir. De hombres y de ideas, es nuestra fuerza.

La primera obligación de toda obra, del género de la que *Amauta* se ha impuesto, es esta: durar. La historia es duración. No vale el grito aislado, por muy largo que sea su eco; vale la predica constante, continua, persistente. No vale la idea perfecta, absoluta, abstracta, indiferente a los hechos, a la realidad cambiante y móvil; vale la idea germinal, concreta, dialéctica, operante, rica en potencia y capaz de movimiento. *Amauta* no es una diversión ni un juego de intelectuales puros: profesa una idea histórica, confiesa una fe activa y multitudinaria, obedece a un movimiento social contemporáneo. En la lucha entre dos sistemas, entre dos ideas, no se nos ocurre sentirnos espectadores ni inventar un tercer término. La originalidad a ultranza, es una preocupación literaria y anárquica. En nuestra bandera, inscribimos esta sola, sencilla y grande palabra: Socialismo. (Con este lema afirmamos nuestra absoluta independencia frente a la idea de un Partido Nacionalista, pequeño burgués y demagógico.)

Hemos querido que *Amauta* tuviese un desarrollo orgánico, autónomo, individual, nacional. Por esto, empezamos por buscar su título en la tradición peruana. *Amauta* no debía ser un plagio, ni una traducción. Tomábamos una palabra inkaica, para crearla de nuevo. Para que el Perú indio, la América indígena, sintieran que esta revista era suya. Y presentamos a *Amauta* como la voz de un movi-

miento y de una generación. *Amauta* ha sido, en estos dos años, una revista de definición ideológica, que ha recogido en sus páginas las proposiciones de cuantos, con título de sinceridad y competencia, han querido hablar a nombre de esta generación y de este movimiento.

El trabajo de definición ideológica nos parece cumplido. En todo caso, hemos oído ya las opiniones categóricas y solícitas en expresarse. Todo debate se abre para los que opinan, no para los que callan. La primera jornada de *Amauta* ha concluido. En la segunda jornada, no necesita ya llamarse revista de la “nueva generación”, de la “vanguardia”, de las “izquierdas”. Para ser fiel a la Revolución, le basta ser una revista socialista.

“Nueva generación”, “nuevo espíritu”, “nueva sensibilidad”, todos estos términos han envejecido. Lo mismo hay que decir de estos otros rótulos: “vanguardia”, “izquierda”, “renovación”. Fueron nuevos y buenos en su hora. Nos hemos servido de ellos para establecer demarcaciones provisionales, por razones contingentes de topografía y orientación. Hoy resultan ya demasiado genéricos y anfibiológicos. Bajo estos rótulos, empiezan a pasar gruesos contrabandos. La nueva generación no será efectivamente nueva sino en la medida en que sepa ser, en fin, adulta, creadora.

La misma palabra Revolución, en esta América de las pequeñas revoluciones, se presta bastante al equívoco. Tenemos que reivindicarla rigurosa e intransigentemente. Tenemos que restituirle su sentido estricto y cabal. La revolución latino-americana, será nada más y nada menos que una etapa, una fase de la revolución mundial. Será simple y puramente, la revolución socialista. A esta palabra, agregad, según los casos, todos los adjetivos que queráis: “anti-imperialista”, “agrarista”, “nacionalista-revolucionaria”. El socialismo los supone, los antecede, los abarca a todos.

A Norte América capitalista, plutocrática, imperialista, sólo es posible oponer eficazmente una América, latina o ibera, socialista. La época de la libre concurrencia en la economía capitalista, ha terminado en todos los campos y todos los aspectos. Estamos en la época de los monopolios, vale decir de los imperios. Los países latinoamericanos llegan con retardo a la competencia capitalista. Los primeros puestos, están ya definitivamente asignados. El destino de estos países, dentro del orden capitalista, es de simples colonias. La oposición de idiomas, de razas, de espíritus, no tiene ningún sentido decisivo. Es ridículo hablar toda-

vía del contraste entre una América sajona materialista y una América latina idealista, entre una Roma rubia y una Grecia pálida. Todos estos son tópicos irremisiblemente desacreditados. El mito de Rodó no obra ya —no ha obrado nunca— útil y fecundamente sobre las almas. Descartemos, inexorablemente, todas estas caricaturas y simulacros de ideologías y hagamos las cuentas, sería y francamente, con la realidad.

El socialismo no es, ciertamente, una doctrina indo-americana. Pero ninguna doctrina, ningún sistema contemporáneo lo es ni puede serlo. Y el socialismo, aunque haya nacido en Europa, como el capitalismo, no es tampoco específico ni particularmente europeo. Es un movimiento mundial, al cual no se sustrae ninguno de los países que se mueven dentro de la órbita de la civilización occidental. Esta civilización conduce, con una fuerza y unos medios de que ninguna civilización dispuso, a la universalidad. Indo América, en este orden mundial, puede y debe tener individualidad y estilo; pero no una cultura ni un sino particulares. Hace cien años, debimos nuestra independencia como naciones al ritmo de la historia de Occidente, que desde la colonización nos impuso ineluctablemente su compás. Libertad, Democracia, Parlamento, Soberanía del Pueblo, todas las grandes palabras que pronunciaron nuestros hombres de entonces, procedían del repertorio europeo. La historia, sin embargo, no mide la grandeza de esos hombres por la originalidad de estas ideas, sino por la eficacia y genio con que las sirvieron. Y los pueblos que más adelante marchan en el continente son aquellos donde arraigaron mejor y más pronto. La interdependencia, la solidaridad de los pueblos y de los continentes, eran sin embargo, en aquel tiempo, mucho menores que en éste. El socialismo, en fin, está en la tradición americana. La más avanzada organización comunista, primitiva, que registra la historia, es la inkaica. No queremos, ciertamente, que el socialismo sea en América calco y copia. Debe ser creación heroica. Tenemos que dar vida, con nuestra propia realidad, en nuestro propio lenguaje, al socialismo indo-americano. He aquí una misión digna de una generación nueva.

En Europa, la degeneración parlamentaria y reformista del socialismo ha impuesto, después de la guerra, designaciones específicas. En los pueblos donde ese fenómeno no se ha producido, porque el socialismo aparece recién en su proceso histórico, la vieja y grande palabra conserva intacta su grandeza. La guardará también en la historia.

mañana, cuando las necesidades contingentes y convencionales de demarcación que hoy distinguen prácticas y métodos, hayan desaparecido.

Capitalismo o Socialismo. Este es el problema de nuestra época. No nos anticipamos a las síntesis, a las transacciones, que sólo pueden operarse en la historia. Pensamos y sentimos como Gobetti que la historia es un reformismo mas a condición de que los revolucionarios operen como tales. Marx, Sorel, Lenin, he ahí los hombres que hacen la historia.

Es posible que muchos artistas e intelectuales apunten que acatamos absolutamente la autoridad de maestros irremisiblemente comprendidos en el proceso por *la trahison des clercs*. Confesamos, sin escrúpulo, que nos sentimos en los dominios de lo temporal, de lo histórico, y que no tenemos ninguna intención de abandonarlos. Dejemos con sus cuitas estériles y sus lacrimosas metafísicas, a los espíritus incapaces de aceptar y comprender su época. El materialismo socialista encierra todas las posibilidades de ascensión espiritual, ética y filosófica. Y nunca nos sentimos más rabiosa y eficaz y religiosamente idealistas que al asentar bien la idea y los pies en la materia.

TEMAS DE NUESTRA AMÉRICA

LA UNIDAD DE LA AMÉRICA INDO-ESPAÑOLA*

Los pueblos de la América española se mueven, en una misma dirección. La solidaridad de sus destinos históricos no es una ilusión de la literatura americanista. Estos pueblos, realmente, no sólo son hermanos en la retórica sino también en la historia. Proceden de una matriz única. La conquista española, destruyendo las culturas y las agrupaciones autóctonas, uniformó la fisonomía étnica, política y moral de la América Hispana. Los métodos de colonización de los españoles solidarizaron la suerte de sus colonias. Los conquistadores impusieron a las poblaciones indígenas su religión y su feudalidad. La sangre española se mezcló con la sangre india. Se crearon, así, núcleos de población criolla, gérmenes de futuras nacionalidades. Luego, idénticas ideas y emociones agitaron a las colonias contra España. El proceso de formación de los pueblos indo-españoles tuvo, en suma, una trayectoria uniforme.

La generación libertadora sintió intensamente la unidad sudamericana. Opuso a España un frente único continental. Sus caudillos obedecieron no un ideal nacionalista, sino un ideal americanista. Esta actitud correspondía a una necesidad histórica. Además, no podía haber nacionalismo donde no había aún nacionalidades. La revolución no era un movimiento de las poblaciones indígenas. Era un movimiento de las poblaciones criollas, en las cuales los reflejos de la Revolución Francesa habían generado un humor revolucionario.

Mas las generaciones siguientes no continuaron por la misma vía. Emancipadas de España, las antiguas colonias quedaron bajo la presión de las necesidades de un trabajo de formación nacional. El ideal americanista, superior a la realidad contingente, fue abandonado. La revolución de la independencia había sido un gran acto romántico; sus conductores y animadores, hombres de excepción. El

* Publicado en *Variedades*: Lima, 6 de diciembre de 1924. Reproducido en *El Universitario*, Buenos Aires, diciembre de 1925.